

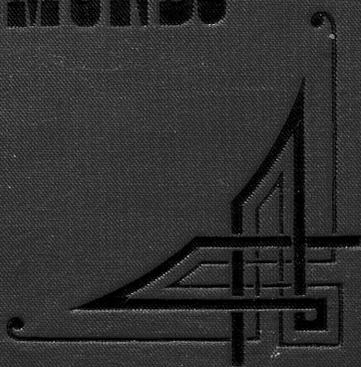
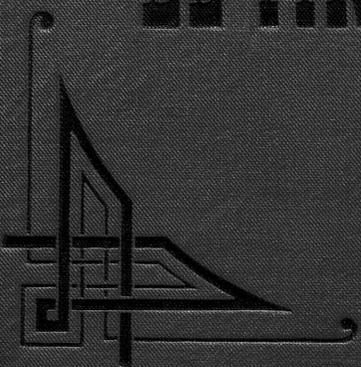
Martínez Sacristán

---

EL ANTECRISTO

Y

EL FIN DEL MUNDO





XL

A

606

EL ANTECRISTO

Y

EL FIN DEL MUNDO.

+ 172056

CB. 1223260



EL ANTECRISTO  
Y  
EL FIN DEL MUNDO,

SEGÚN LAS REVELACIONES DIVINAS,

Y MUY ESPECIALMENTE DEL APOCALIPSIS

POR

D. ANTONIO MARTÍNEZ SACRISTÁN,

DOCTOR EN SAGRADA TEOLOGÍA,  
LECTORAL DE LA SANTA APOSTÓLICA IGLESIA CATEDRAL,  
CATEDRÁTICO DE SAGRADA ESCRITURA  
Y RECTOR DEL SEMINARIO DE ASTORGA.



ASTORGA:  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE L. LÓPEZ,  
RÚA ANTIGUA, 5 Y 7.

1890.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 350

PROBLEM SET 1

DATE: \_\_\_\_\_

NAME: \_\_\_\_\_

PHYSICS 350  
PROBLEM SET 1



AL EXCMO. É ILTMO. SR.

**DR. D. JUÁN BAUTISTA GRAU Y VALLESPINÓS,**  
**OBISPO DE ASTORGA.**

---

**EXCMO. SEÑOR:** Al dedicaros este humilde Opúsculo, sentimos augurar en él tan infastos sucesos: bien quisiéramos predecir días más felices y más bonancibles tiempos; pero nos lo impide la fuerza de los hechos, el desquiciamiento del mundo, la corrupción intelectual y moral siempre creciente, el desbordamiento de la inmoralidad, la plaga de falsos Profetas, folletos y periódicos impíos; la guerra encarnizada y sistemática que se hace á la Iglesia y su Pontífice por las sociedades secretas y no secretas, el estampido del cañón, el ruido de numerosos y formidables ejércitos que se aprestan para nuevos y sangrientos combates, las continuas sacudidas de la tierra, la pestilente atmósfera que nos rodea, el encapotado horizonte político; en una palabra, los males sin cuento que afligen y amenazan afligir sin tregua ni descanso á la mísera humanidad, según lo que Jesucristo, los Apóstoles y Profetas dejaron anunciado sobre los últimos tiempos. Y si bien pudiera adigir vuestro paternal corazón, el que Dios nos haya reservado tiempos tan calamitosos, os llenará de consuelo el que este mismo Dios en su fuerte, al par que suave y amorosa providencia, ha ordenado de tal modo el mundo y sus acontecimientos que, según el Apóstol (ad Rom., c. 8, v. 28) «todo cede en bien de los que le aman.»

Así que, Excmo. Señor, fijo en esta idea y apartando vuestra vista de cuanto imperfecto y no digno de Vos contiene este libro, aceptadle como prenda segura del respeto y veneración filial que os profesa el último de vuestros súbditos, que

B. V. A. P.

*Antonio Martínez.*

*Astorga, día de la Asunción de la Sma. Virgen, año de 1889.*

Astorga, 21 de Agosto de 1889.

Comisionamos al *Reverdo. D. Pedro Rodríguez López*, Presbítero, Catedrático de Teología de nuestro Seminario, para que dé su dictamen y censura acerca del Libro de que se trata.

† *El Obispo.*

Excmo. é Illmo. Sr. Obispo de Astorga.

Excmo. é Illmo. Señor:

*En virtud del mandato de V. E. I., significado en el anterior Decreto, he leído con detención el Opúsculo titulado: EL ANTECRISTO Y EL FIN DEL MUNDO, escrito por el M. I. Sr. Dr. D. Antonio Martínez Sacristán, canónigo Lectoral de la Santa Apostólica Iglesia Catedral y Rector del Seminario de esta ciudad, y nada he visto en él que se oponga á la fé y buenas costumbres, si bien dejo á la responsabilidad del autor el probar y defender (en materia tan obscura é incierta como es la exposición de los acontecimientos á que se refiere el autor del Apocalipsis) las opiniones que sustenta, con el respeto que se merecen los partidarios de las doctrinas contrarias, y sin sacar del estado de conjetura sus propios dictámenes.*

*A juzgar por el espíritu que informa al folleto, el señor Lectoral se propuso al escribirle un fin digno de alabanza, pues tiende á excitar á los fieles á pensar un poco en los días postreros, preparando los caminos del Señor por medio de una santa y saludable penitencia.*

*El Opúsculo mencionado, me parece que es también un paso adelante en el estudio de la exégesis bíblica tan cultivada en estos días en otras Naciones y en la nuestra en tiempos anteriores, pero que hoy, por causas que no habré de apuntar aquí, yace casi en el olvido. A lo cual se agrega que EL ANTECRISTO Y EL FIN DEL MUNDO, no es más que un brevísimo resumen del Comentario, que andando el tiempo, según nos consta, publicará el Sr. Rector del Seminario; sobre el Apocalipsis de S. Juan.*

Considero, por lo tanto, salvo el mejor dictamen de V. E. I., que no hay inconveniente alguno en acceder á los deseos del M. I. Sr. D. Antonio Martínez Sacristán, si este quisiera dar á la estampa su ya referido Opúsculo.

Dios guarde á V. E. I. muchos años.—Astorga, 28 de Agosto de 1889.

Excmo. é Illmo. Señor:

B. EL P. A. DE V. E. I.

S. H. S.,

Pedro R. López.

---

Astorga, 12 de Septiembre de 1889.

En vista del anterior dictamen y censura, concedemos nuestra licencia para la impresión del mencionado Opúsculo.

✠ El Obispo.



## PRÓLOGO.

Tribulación grande, cual nunca fué, ni se vió jamás, habrá en los últimos tiempos. El hijo de perdición hará guerra la mas cruel y sangrienta á la Esposa del Cordero, en términos que, á ser posible, fueran seducidos hasta los predestinados. Jesucristo, los Apóstoles y Profetas nos lo predicen, para que cuando suceda, creamos y no nos escandalicemos. Con el mismo fin, y para humillar la soberbia de los malos, quienes atribuyen al poder de su brazo las victorias que obtienen, ignorando que, cual otro Sennaquerib, no son más que instrumentos de la ira de Dios, justamente irritado por la malicia de los hombres, queremos decir cuatro palabras acerca de *El Antecristo y el fin del mundo* y sus señales.

Explicando, según nuestro deber, la Sagrada Escritura, y escribiendo un comentario sobre la parte histórico-profética del Apocalipsis de San Juán, y observando lo que en el mundo pasa, hemos llegado á temer y sospechar que se preparará ya el reinado del Antecristo y que estará próximo el fin del mundo: y por si fueran fundados nuestros temores y sospechas, concebimos la idea de escribir este folleto, relativo á

los últimos tiempos, dando al mundo, y muy especialmente á los sinceros y verdaderos católicos, la voz de alerta.

Sostenemos algunas opiniones que pueden parecer extrañas: nuestros lectores sabrán apreciar en lo que valgan, las razones en que las apoyamos, advirtiendo que respetamos cuanto se merecen las opiniones contrarias y que sometemos incondicionalmente nuestro juicio al fallo de nuestro Prelado y al que pudiere dar en lo sucesivo la Iglesia ó su cabeza visible, el Romano Pontífice. Es más, estamos dispuestos á retirar dichas opiniones tan pronto como á ellas se opongan razones á que no podamos contestar satisfactoriamente: pues solo buscamos la verdad, y quedaríamos muy satisfechos con que este nuestro escrito diera ocasión á que otro con más luces pusiera en claro sucesos tan oscuros y misteriosos, como son los anunciados y predichos por el Profeta de Patmos.

Respecto á si está ó no próximo el Antecristo y el fin del mundo; si empiezan á verse, ó no las señales precursoras, y acerca de todo lo relativo al tiempo en que tendrán su cumplimiento las profecías que anuncian los últimos acontecimientos, muy poco diremos de nuestra cuenta, limitándonos á ser meros relatores. De un lado pondremos los testimonios de la Sagrada Escritura, Santos Padres, Expositores y Teólogos Escolásticos; y del otro, lo que pasa en el mundo, según refieren célebres escritores de nuestros días, cartas pastorales de los muy Reverendos señores Obispos y documentos Pontificios; y en vista de es-

tos datos, el lector deducirá las consecuencias que procedan.

No se nos oculta que algunos sonreirán maliciosamente al solo ver el título de la obra; pero no nos sorprende: si el mundo se burló de Noé, hombre justo é inspirado de Dios, al anunciarle que la tierra sería anegada por las aguas del diluvio ; qué mucho que se rían del que ni es justo, ni se tiene por inspirado! Pero les diremos que no somos ni los únicos ni los primeros que tratamos de esta materia.

Dicho esto, pasaremos á ocuparnos del primer miembro del título de la obra, que dividiremos en dos partes, y estas en capítulos.

---





## PRIMERA PARTE.

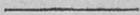


### EL ANTECRISTO.



1. **V**ARIAS cuestiones se agitan entre los Teólogos y Expositores Sagrados acerca de la persona, origen, cualidades personales y nombre del Antecristo; así como también sobre su doctrina, prodigios que obrará y persecución que hará á los cristianos, sobre la extensión y duración de su imperio, punto de su residencia ó corte, etc., etc.

Nosotros por creerlas más importantes, y porque en ellas, aunque incidentalmente, habremos de tocar todas las demás, trataremos cuatro de dichas cuestiones: *en la primera*, demostraremos que la bestia ó Antecristo ha de ser un hombre singular y determinado; *en la segunda*, que será un rey, un monarca, y su corte, al menos por algún tiempo, será la Ciudad de Roma; *en la tercera*, que no ha venido aún; y *en la cuarta y última*, investigaremos si está ó no próxima su aparición sobre la tierra.



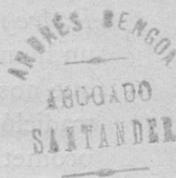




## CAPÍTULO PRIMERO.

### *El Antecristo*

*es un hombre singular y determinado.*



Fruébase por las Sagradas Escrituras.—Santos Padres: Cirilo de Jerusalén, Crisóstomo, Teodoro, Jerónimo, Gregorio, Juan Damasceno.—Teólogos y escritores sagrados: Belarmino, Alávide, Suárez.—Refútanse los argumentos principales de la opinión contraria.

### §. I.

2. **Q**UE la bestia ó Antecristo ha de ser una persona singular y determinada es doctrina revelada por Dios, contenida en las Sagradas Escrituras y Tradición de la Iglesia y creída por el pueblo fiel.

En verdad, en las Sagradas Escrituras se enuncian y predicán de la bestia cosas que solo pueden convenir á un hombre ó individuo singular y determinado, y no á una corporación ó persona moral. *Yo vine, dice Jesucristo, en nombre de mi Padre y no me recibís: si otro viniere de su propia autoridad, á aquel le recibireis.*<sup>1</sup> Este otro de que hablaba Jesucristo, indudablemente es su antagonista por antonomasia, ó sea el Antecristo: tal afirman S. Juan Crisóstomo y S. Cirilo, exponiendo el pasaje citado, y lo

<sup>1</sup> Joan. e. V., v. 43.

mismo enseñan S. Ambrosio <sup>1</sup>, S. Jerónimo <sup>2</sup>, S. Agustín <sup>3</sup>, S. Ireneo <sup>4</sup> y otros varios. Empero Jesucristo hace una contraposición entre Él y otro hombre, entre persona y persona; no entre secta y secta, entre reino y reino, como bien lo expresan las palabras que usa: *Yo y otro, en nombre de mi Padre y de su propia autoridad*. Luego así como Jesucristo fué un hombre determinado, también lo ha de ser este *otro* de que nos habla. Alude Jesucristo al Antecristo á quien, según tradición, los Judíos han de reconocer como el Mesías prometido.

3. San Pablo escribiendo á los Tesalonicenses, alarmados por ciertos impostores, que propalaban supuestas revelaciones con cartas, que decían enviadas por el Apóstol en que se afirmaba estar ya cerca el día del Señor, les dice: *No os dejéis seducir de nadie en manera alguna: porque no vendrá este día, sin que primero haya acontecido la apostasía y aparecido EL HOMBRE del pecado, EL HIJO de perdición, el cual se opondrá y se alzará contra todo lo que se dice Dios, ó se adora, hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios, dando á entender que es Dios. Y entonces se dejará ver AQUEL PERVERSO, á quien el Señor Jesús matará.* <sup>5</sup> Todos los Expositores sagrados y aún los mismos protestantes reconocen que en este pasaje habla el Apóstol del Antecristo: más, terminantemente le llama HOMBRE, y dice que se hará adorar como Dios, que se sentará en el templo de Dios; todo lo cual solo puede convenir á una persona determinada; y lo confirma aún más el fin que se proponía, aquietar á los Tesalonicenses, haciéndoles ver que aún no venía el fin del mundo, toda vez que aún no se cumplía una de sus señales más características, la aparición del hombre

<sup>1</sup> In II ad Thessal. cap. II.

<sup>2</sup> In Epist. ad Algas., quaest. II.

<sup>3</sup> Tract. 14 in Joan.

<sup>4</sup> Cont. Haereses Valent.

<sup>5</sup> II ad Thess. II., v. 3 y sig.

de pecado; empero, si en estas palabras no significase un hombre particular y determinado y sí cualquiera que se opusiera á Jesucristo y su doctrina, la aparición de tal inicuo no sería nota del fin del mundo, y lejos de calmar á los de Tesalónica, les confirmaría más y más en su alarma, porque ya en aquel entonces había quien se oponía á Cristo y su Iglesia, ó lo que es lo mismo, había ya muchos Antecristos por semejanza.

4. Dice el Apóstol amado: *Hijos, esta es ya la última hora: y así como habeis oído que viene el Antecristo, así ahora muchos se han hecho Antecristos: por donde echamos de ver que es ya la última hora.*<sup>1</sup> Quién duda que San Juan en este lugar significa ser una persona individual y determinada el Antecristo? Pues á más de usar el artículo, le distingue de los Antecristos por semejanza que vivían á la sazón. Él mismo hablando de la bestia, se expresa en los términos siguientes: *Ví luego una de sus cabezas como herida de muerte: y su llaga mortal fué curada. Vi otra bestia..... é hizo que la tierra y sus moradores adorasen la bestia primera, cuya herida mortal quedó curada..... Y sedujo á los moradores de la tierra diciendo que hiciesen una imagen de la bestia, que habiendo sido herida, revivió..... Hará que ninguno pueda comprar ó vender sino aquel que tiene la marca ó nombre de la bestia, ó el número de su nombre..... Y el número es de un hombre..... Y vi salir de la boca del dragón, y de la boca de la bestia y de la boca del falso profeta, tres Espíritus inmundos en figura de ranas..... Y fué aprendida la bestia y con ella el falso profeta...; estos dos fueron lanzados vivos en el estanque de fuego. Mientras los demás fueron muertos con la espada que sale de la boca del que estaba montado en el caballo.... Y el diablo.... fué precipitado en el estanque de fuego y azufre, donde también la*

1. I Joan, I, 18.

*bestia y el falso profeta serán atormentados día y noche.* <sup>1</sup> Es á todas luces cierto que la bestia de que habla San Juan es lo que en su primera carta canónica llama Antecristo; tal es el sentir de los Santos Padres é intérpretes sagrados. Mas de la bestia predica en los pasajes citados cosas que solo convienen á una persona determinada. De ella dice que será herida de muerte y curada su llaga; que de ella se harán imágenes ante quienes se postrarán los pueblos; que tendrá un carácter, un sello, un número propio de hombre; la compara con Satanás, quien sabemos es persona; dice que bajará viva al infierno, y que su muerte será distinta de la de sus secuaces; pues estos han de morir á filo de espada y ella viva descenderá á los abismos; y el mismo San Juan, como diremos en el capítulo siguiente, afirma que la bestia será un rey. Todo esto prueba evidentemente que el Antecristo ha de ser una persona singular y determinada, no una sociedad ó corporación.

## §. II.

5. No son menos terminantes los testimonios de los Santos Padres y Escritores sagrados, quienes interpretando los pasajes de la Sagrada Escritura ya citados, los exponen del Antecristo y afirman ser este un hombre determinado y singular: tales son entre otros, S. Ireneo, S. Cirilo de Jerusalén, el Crisóstomo, Teodoreto, Lactancio, S. Ambrosio, S. Jerónimo, S. Gregorio, el Damasceno, S. Hipólito martir y otros.

Oigamos sus mismas palabras:

S. Cirilo escribe: «Pero así como debiendo encarnar y nacer de virgen el Dios esperado, el diablo engañaba poniendo Dioses falsos que engendraban y eran engendrados de mujeres, para que, antepuesta la falsedad, no se

<sup>1</sup> Apoc., cap. XIII, XVI, XIX y XX.

crea después á la verdad; así también en la segunda venida del verdadero Cristo....., aquel adversario (Satanás), y principalmente de los judíos, inducirá CIERTO HOMBRE grande instruidísimo en maleficio y magia; quien se usurpará la potestad del imperio romano, llamándose falsamente Cristo, engañando así con este nombre á los judíos que esperan aún al Mesías.» <sup>1</sup>

6. San Juan Crisóstomo, exponiendo las palabras del Apóstol á los Tesalonicenses, «Ne quis vos seducat,» dice: «Trata aquí del Antecristo y descubre grandes misterios. ¿Qué es apostasía? Llama apostasía al Antecristo, porque hará perecer á muchos. Le llama hombre de pecado, pues cometerá innumerables y procurará que otros hagan cosas terribles. Le denomina hijo de perdición porque él perecerá también. Más ¿quién es éste? Por ventura Satanás? De ningún modo, sino CIERTO HOMBRE que tendrá todo el poder de éste. No inducirá á los hombres al culto de los ídolos, sino que será cierto adversario de Dios, destruirá todos los dioses y mandará que le adoren á él por tal.» <sup>2</sup>

7. Teodoreto, sobre las bestias que vió Daniel, escribe: «Aquí insinúa al Antecristo, quien nace entre los diez cuernos, y afirma que éste radicalmente arrancó tres cuernos, en lo cual significa que de los diez reyes que reinarán en su tiempo destruirá á tres, y le llama cuerno pequeño como nacido de una pequeña tribu de los Judíos; le llama grande, porque después se ha de hacer ilustre.» <sup>3</sup>

8. San Ambrosio: «La abominación de la desolación es la venida del Antecristo; porque contaminará las almas con infaustos sacrilegios, sentándose, según la historia, en el templo para vindicarse el sόlío de la potestad divina.» <sup>4</sup>

9. San Jerónimo: «Luego digamos lo que han ense-

<sup>1</sup> Catequesis 15.

<sup>2</sup> In II ad Thess. XI, Hom. III.

<sup>3</sup> Oratio 7<sup>a</sup> in Dan.

<sup>4</sup> Lib. X, cap. XXI Lucæ.

ñado todos los escritores eclesiásticos: en la consumación del mundo, cuando sea destruido el imperio romano, habrá diez reyes, que se dividirán entre sí dicho reino, y se levantará un pequeño rey, el undécimo, que vencerá á tres de los diez reyes.....; no creamos, según opinan algunos, que éste haya de ser el diablo ó demonio; sino que será UNO DE ENTRE LOS HOMBRES en quien habitará corporalmente todo Satanás. Es, pués, el hombre de pecado, el hijo de perdición, y de tal suerte que se atreverá á sentarse en el templo de Dios, llamándose Dios.» <sup>1</sup>

10. San Gregorio, hablando del mismo asunto, dice: «¿Cuál es la cola de este Behemoht sino la extremidad del antiguo enemigo, ó sea, el hombre perdido á quien poseerá como propio vaso, que especialmente se llama Antecristo?..... Hé aquí que también está escrito en Daniel: *se levantará un rey de aspecto impúdico y su poder será robustecido; pero no en su virtud*, pués la fortaleza de este HOMBRE NO se robustece por sí misma, porque será ensalzado por virtud de Satanás.. ..... Con verdad se dice que el tal Behemoht exprimía su cola, porque condensará todo su poder en AQUEL HOMBRE PERVERSO, de tal suerte que obrará mediante él cosas terribles y admirables, tanto que le instigará comunicándole todo su poder.» <sup>2</sup>

11. San Juan Damasceno: «Conviene saber que ha de venir el Antecristo, pués todo el que no confiesa que el Hijo de Dios y Dios vino en carne y es Dios perfecto y que se hizo hombre perfecto sin dejar de ser Dios, es Antecristo; sin embargo, se llama Antecristo peculiar y principalmente el que ha de venir al fin del mundo. Conviene que primero se predique el Evangelio á todas las gentes, como dijo el Señor, y entonces vendrá para la reprensión de los Judíos enemigos de Dios, pués les dijo el Señor:

<sup>1</sup> In Dan, cap. VII.

<sup>2</sup> Expositio mor., lib. XXXII in cap. XL Job,

Yo vine en nombre de mi Padre y no me recibísteis: vendrá otro en nombre suyo y le recibireis; y el Apóstol, porque no amaron la verdad para que se salvaran, por esto permitirá Dios la propagación del error para que crean en la mentira, y así sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad, sino que aprobaron la injusticia.....: nadie os engañe en manera alguna, porque mientras no venga la apostasía y se dé á conocer el hombre de pecado, el hijo de perdición, que se opone y se ensalza sobre todo lo que se dice Dios, de tal suerte que se sentará en el templo de Dios, dando á entender que es Dios..... Conviene, pues, que primero se predique el Evangelio á todas las gentes, y entonces se manifestará el inicuo. No se hará el diablo hombre á manera de la encarnación de Dios, sino que nacerá UN HOMBRE de fornicación y recibirá todo el poder de Satanás; pues conociendo Dios la malicia de su futura voluntad, permitirá que el diablo habite en él. Nacerá, pues, de fornicación, como hemos dicho, será educado ocultamente, y de repente aparecerá y se ensalzará y reinará. En el principio de su reinado, ó mejor dicho, tiranía, simulará bondad; pero una vez que haya adquirido el dominio, perseguirá á la Iglesia de Dios y manifestará toda su malicia. Y vendrá en signos y prodigios mendaces, y engañará y separará de Dios vivo á los que se hallaren débiles en la fé.»<sup>1</sup>

Pudiéramos aducir el testimonio de otros muchos Santos Padres, pero basten los aducidos, cuyas palabras son tan claras y terminantes, que no necesitan de comentario alguno.

### §. III.

12. De los Teólogos y Expositores Sagrados, consultando á la brevedad, citaremos solamente á Belarmino, Cornelio Alápide y Suárez.

<sup>1</sup> Ortod. fid., lib. IV, c. XXVII.

Dice el primero: «Por lo que hace al segundo (punto ó miembro), en una cosa convenimos con nuestros adversarios y en otra discrepamos. Convenimos en que así como el nombre de Cristo se toma en dos sentidos, á veces en el propio, por cierto Cristo esclarecido y singular que es Jesús Nazareno; á veces en su sentido general, por todos aquellos que tienen alguna semejanza con Cristo por la unción, y en este sentido se llaman Cristos los Profetas, los Sacerdotes y los Reyes; así también el nombre de Antecristo se toma propiamente por el enemigo mayor de Cristo, del cual se trata en la segunda á los Tesalonicenses, y á veces se toma comunmente por todos aquellos que de alguna manera se oponen á Cristo; pues en la primera carta de San Juan, capítulo segundo, leemos: *Oísteis que el Antecristo viene y ahora muchos se han hecho Antecristos*; esto es, oísteis que el Antecristo ha de venir, y ahora, aunque aquel singular Antecristo no ha venido, sin embargo, muchos seductores vinieron ya, quienes pueden decirse también Antecristos. Mas disentimos acerca del Antecristo propiamente dicho, si ha de ser un hombre singular. Todos los católicos sienten así, esto es, que el Antecristo ha de ser un hombre determinado; pero los herejes enseñan que el Antecristo propiamente dicho no es una persona sino un trono ó reino tiránico.»<sup>1</sup>

13. Cornelio Alápide sostiene ser de fé que el Antecristo ha de ser un hombre, en las siguientes palabras: «Pero digo y afirmo que aunque Antecristo, según la etimología, significa contrario á Cristo, y por esto, según San Juan, epístola primera, capítulo segundo, todos los herejes serán Antecristos; sin embargo, es cierto y de fé que el Antecristo ha de ser un hombre y cierta persona, cuyo nombre aún es desconocido, y el cual se dice An-

1 Controv. de Rom. Pont., libro 3.º. cap. II.

tecristo por antonomasia, porque será el enemigo mayor de Cristo.»<sup>1</sup>

14. Suárez pregunta si el Antecristo es un hombre determinado, y responde: «Debe de decirse que el Antecristo ha de ser verdadero hombre. Juzgo que esta aserción es cierta con certeza de fé. En primer lugar, se prueba con las palabras del Apóstol en su segunda á los Tesalonicenses: *A no venir primero la apostasia, etc.*: en donde, según el sentir de todos, habla el Apóstol del Antecristo, á quien llama hombre, mas no podría llamarle así, sino hubiera de ser verdadero hombre. Y se confirma con las palabras de Jesucristo en San Juan, capítulo quinto: *Yo vine en nombre de mi Padre, etc.*: en donde las palabras «otro» y «aquel» evidentemente denotan otro hombre.... En segundo lugar, porque así lo enseñan todos los Padres citados y otros que escribieron del Antecristo, y este es el sentir universal de la Iglesia. Tercero se confirma, porque la muerte supone verdadera vida; empero el Antecristo morirá verdaderamente; luego vivirá con verdadera vida corporal de hombre; será, pués, verdadero hombre. La proposición menor consta de San Pablo en la segunda á los Tesalonicenses, capítulo segundo, en donde dice: *Entonces se manifestará aquel inicuo, á quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca*; mas el acto de matar significa verdadera muerte. Pero si alguno objeta quizá contra esta razón: que el Antecristo no ha de morir, según el Apocalipsis, capítulo diez y nueve, en donde de la bestia y de su falso profeta se dice: *Vivos fueron enviados estos al estanque de fuego ardiendo*; se responde: primero, que, aunque se admita esto, la fuerza del argumento es la misma; porque vivir con vida humana, de la cual allí se habla, no conviene sino á un hombre verdadero. Además, se dice en el Apocalipsis que vivos serán arrojados al infierno, no porque no hayan de morir sino

1 Coment. in II ad Thess., c. II.

para significar la acerbidad de sus penas, ó mejor quizá, la tierra les tragará vivos por mandato de Cristo, y, por tanto, se dice que bajarán vivos; sin embargo, morirán dentro de la misma tierra antes de llegar al infierno, como de Datán y Abirón lo interpreta el Abulense. Segundo, debe no sólo afirmarse que el Antecristo ha de ser un verdadero hombre, sino también una verdadera persona humana propia y connatural á la humanidad, y, por tanto, no será la persona del demonio encarnada.—Digo en tercer lugar que el Antecristo propiamente y según la primera acepción de esta palabra, significa un cierto y singular hombre, enemigo insigne y contrario á Cristo. Es cosa ciertísima y de fé, cuyo sentido explicó bien el Damasceno en estas palabras: «Todo el que no confiesa que el Hijo de Dios y Dios vino en carne y que es Dios perfecto y hombre perfecto es Antecristo; pero de un modo peculiar y principal se dice Antecristo aquel que ha de venir al fin del mundo:» por tanto, así como Cristo prometido primeramente en la ley fué cierto y singular hombre, aunque según cierta participación de la gracia otros se digan Cristos, así también hay un hombre singular, el más encarnizado enemigo de Cristo, á quien llamamos Antecristo..... Y puede confirmarse esto de un modo especial por el Apocalipsis, capítulo trece, en donde se describen las acciones propias y costumbres de aquella bestia, por la que se entiende el Antecristo, de quien se dice que tendrá un nombre propio y particular. Mas con estas señales y notas suelen indicarse personas individuales y singulares. Ultimamente, el Antecristo y su persecución se proponen en la sagrada Escritura como signo cierto que debe preceder á la segunda venida de Cristo; empero, si el Antecristo no fuera un hombre cierto y determinado, esta señal sería de ningún valor.»<sup>1</sup> Á más de ser terminantes las palabras de Suárez, desenvuelven casi todos los tes-

<sup>1</sup> Quæst. LIX in 3. P. Sum. Th. D. Thomæ, art. 6.

timonios de la Sagrada Escritura y Santos Padres por nosotros aducidos.

#### § IV.

15. Confirmaremos más y más nuestro aserto resolviendo los argumentos principales, en que se apoyan los que dicen que el Antecristo no ha de ser una persona singular y determinada, y sí un reino ó sociedad.

No dudan en afirmar que casi todos los testimonios por nosotros aducidos prueban lo contrario de lo que nos proponemos: tal es el de San Juan, cuando en su primera carta, capítulo segundo, verso diez y ocho, dice: *Hijos, esta es ya la última hora y como oísteis que el Antecristo viene, así ahora muchos se han hecho Antecristos: por donde echamos de ver que ya es la última hora.* Y aún más terminante en el capítulo cuarto, versículo tercero, en donde se lee: *Y todo espíritu que desune á Jesús no es de Dios: y este es Antecristo, de quien teneis oído que viene y ya desde ahora está en el mundo.* El Apóstol en su segunda á los de Tesalónica, capítulo segundo, versículo séptimo, dice: *El misterio de iniquidad ya se obra.* Y es de advertir, afirman los contrarios, que por misterio de iniquidad entienden al Antecristo varios Santos Padres, entre ellos San Agustín, cuyas son estas palabras: «Y así algunos quieren que en este lugar (citado del Apóstol) por el Antecristo se entienda, no el mismo príncipe y cabeza, sino en algún modo todo su cuerpo, esto es, la muchedumbre de los hombres que pertenece á él juntamente con su príncipe.»<sup>1</sup> Por último, es evidente que Daniel en las cuatro bestias, de que habla en el capítulo séptimo, y de las que la cuarta es el Antecristo, significa como él mismo expresa, no una persona determinada y sí un imperio ó reino.

Hasta aquí el argumento que pudiéramos llamar Aquiles de los Protestantes y de cuantos afirman no ser la bestia una per-

<sup>1</sup> De Civ. Dei, lib. XX, cap. XIX.

sona determinada. Pero si tenemos en cuenta la doble acepción de la palabra Antecristo, bién se deja conocer que carecen de fuerza alguna dichas observaciones. Cuando San Juan dice que hay muchos Antecristos y que está ya en el mundo, es evidente que no habla del Antecristo por antonomasia y sí de los Antecristos por semejanza, y afirma que aquel está ya en el mundo de idéntico modo que Jesucristo dijo, hablando de su segunda venida: «*Elías en verdad ha de venir y restituirá todas las cosas, mas os digo que Elías ya vino*»<sup>1</sup> Esto es, Elías ha de venir en persona y ya vino en su semejante, Juan Bautista. Del mismo modo San Juan escribe que el Antecristo vendrá en persona y que ya vino en sus semejantes Ebión, Cerinto, Nerón, etc., etc., y en este mismo sentido afirma que el misterio de iniquidad se obraba ya, en cuanto que todos los herejes y perseguidores de Cristo y su Iglesia han preparado y preparan el reinado de la bestia, como los Profetas en la Ley antigua y los varones apostólicos y los hijos fieles de la Iglesia preparan el reinado de Cristo. Es cierto que los Santos Padres han llamado al Antecristo apostasía é iniquidad, pero también lo es que le denominan así, ya porque será causa de que apostaten muchos, ya también por su malicia, que será tal que bien puede decirse la apostasía é iniquidad personificada: por lo que algunos no han dudado sostener y creer que fuera el mismo demonio encarnado, lo cual á todas luces es un error; pero sí es cierto que será el más perverso é inicuo de todos los hombres, y respecto de los condenados será lo que Luzbel es respecto de los otros demonios.

Por lo que hace á San Agustín, en sus mismas palabras se ve que no es doctrina suya, y que lo cita como opinión de otros, antes sí en el mismo libro y capítulo afirma el Santo como cosa suya que ha de ser una persona determinada, en las siguientes palabras: «No hay duda

<sup>1</sup> Math. XVII, 11 y 12.

que todo esto lo dice (el Apóstol) del Antecristo y del día del juicio; porque este día del Señor afirma que no vendrá hasta que venga primero aquel que llama réfuga ó rebelde de Dios nuestro Señor: LO CUAL SI PUEDE DECIRSE DE TODOS LOS MALOS, ¿CUÁNTO MAS DE ESTE?» Y en el capítulo veinte del mismo libro continúa diciendo: «De este juicio final habla Daniel de tal suerte, que dice que vendrá también antes el Antecristo, y llega con su narración al reinado eterno de los Santos; porque habiendo visto en visión profética cuatro bestias que significaban cuatro reinos, y al cuarto vencido por un rey, que se conoce ser el Antecristo.....» En cuyas palabras no sólo afirma San Agustín que el Antecristo ha de ser una persona singular y determinada, sino que también contesta el Santo á la objeción que presentan nuestros adversarios tomada de las bestias vistas por Daniel, toda vez que afirma distinguirse el Antecristo de dichas bestias.

Y en verdad, el mismo Daniel, explicando dicha visión, expresa que el Antecristo no está significado en su cuarta bestia, y sí en el undécimo cuerno que vió nacer de ésta y que él mismo dice ser un rey; pues en el mismo versículo veinticuatro y siguiente del precitado capítulo dice: *Los diez cuernos del mismo reino serán diez reyes y tras estos se levantará otro que será más poderoso que los primeros y humillará á tres reyes. Y hablará palabras injuriosas contra el Altísimo; le parecerá que podrá mudar los tiempos y la ley, y se le entregará en su mano hasta el tiempo y tiempos y la mitad del tiempo.*» Cotejando este pasaje de Daniel con lo que refiere San Juan en el Apocalipsis acerca de la bestia, es indudable que el rey significado por el undécimo cuerno de la cuarta bestia es el Antecristo, y, por tanto, que la cuarta bestia de Daniel no simboliza al hijo de perdición.

16. Es, pues, una verdad ciertísima y en expresión de

Suárez y Cornelio Alápide, de fé que el hombre de pecado, el inicuo, el enemigo de Jesucristo por antonomasia, en una palabra, que el Antecristo ha de ser un hombre singular y determinado: lo que confirmaremos más y más en el capítulo siguiente en que demostraremos que la bestia ha de ser un monarca. Esto no obstante, es respetable la opinión de los que sostienen lo contrario.





## CAPÍTULO SEGUNDO.

*El Antecristo será un rey, y su corte,  
al menos por algún tiempo, la ciudad de Roma.*

Será un rey.—Pruebas de la Sagrada Escritura: el Apocalipsis.

Santos Padres: S. Juan Damasceno, S. Cirilo, S. Jerónimo y otros.

Residirá por algún tiempo en Roma.—Pruébase por los cap. XVII y XVIII del Apocalipsis.—Grandioso proyecto de Pio IX de poner á Roma en comunicación con el Mediterráneo y el Atlántico por medio de un canal.—Testimonios de S. Jerónimo, Tertuliano, S. Agustín, Alápide, las Sibilas, Pastorini.—Dudas de Suárez que comprueban nuestro aserto.—La ciudad de las siete colinas.—Los siete reyes.—Entrada en Roma del rey del Piamonte.—Paralelo entre los cap. XIII y XVII del Apocalipsis.—La abominación de la desolación entronizada en donde no debe.—La cuarta bestia que vió Daniel.—Nada se infiere contra el Pontificado de que sea Roma la capital del Antecristo.

### §. I.

17. **H**EMOS visto en el capítulo anterior como la bestia ha de ser un hombre singular y determinado: concretando mas la cuestión, decimos y afirmamos que será un rey, el monarca más poderoso de cuantos ha habido y habrá sobre la tierra.

Que haya de ser un rey parece ser como lo anterior verdad de fé, por estar revelado en las Sagradas Escrituras y consignado en la Tradición.

18. Y en efecto: Daniel, refiriendo una de sus visiones, dice así: *Después de esto estuve yo contemplando la visión*

nocturna; cuando he aquí que apareció una cuarta bestia terrible y prodigiosa y extraordinariamente fuerte..... mas no se parecía á las otras bestias que antes había yo visto, y tenía diez astas. Estaba yo contemplando las astas cuando hé aquí que despuntó por medio de ellas otra asta más pequeña, y así que ésta apareció, fueron arrancadas tres de las primeras astas..... Quise en seguida informarme por menor de la cuarta bestia..... y de las diez astas..... y de la otra que le había comenzado á salir..... Esta hacía guerra contra los Santos y prevalecía sobre ellos; hasta tanto que llegó el anciano de Dios.... y me habló así: Las diez astas del dicho reino serán diez reyes, después de los cuales se levantará otro que será más poderoso.... y él hablará mal contra el Excelso.....<sup>1</sup> Los Santos Padres y Expositores sagrados reconocen en el undécimo cuerno al Antecristo, y esto mismo, según dejamos dicho, se deduce cotejando este pasaje de Daniel con lo que San Juan refiere en el Apocalipsis al hablar de la bestia: empero, Daniel terminantemente afirma en el citado pasaje que el undécimo cuerno de la cuarta bestia significa un rey. Lo mismo enuncia el Profeta de Patmos cuando dice: «Y se le dió (á la bestia) *potestad sobre toda tribu, lengua y nación*»<sup>2</sup> Las siete cabezas son siete montes..... y son siete reyes..... y la bestia..... es de los siete.<sup>3</sup>

19. El Damasceno, hablando del origen del Antecristo y de la manera con que obtendrá su reinado, escribe: *Nacerá de fornicación, será educado ocultamente, aparecerá de repente y se apoderará del imperio*.<sup>4</sup> San Cirilo: «El Antecristo engañará á las gentes, valiéndose de la magia y del maleficio y se apoderará del imperio romano»<sup>5</sup> San Jeróni-

1 Dan., VII, 7 y sig.

2 Apoc., XIII, 7.

3 Ibid., XVII, 9 y 11.

4 Lib. IV, cap. XXVII.

5 Catequés. XV.

mo: «Nacerá (el Antecristo) de un pequeño pueblo, y tan humilde y despreciado, que no se le dará honor real, y por insidias y fraudes obtendrá el principado» <sup>1</sup>. Lo mismo enseñan todos los Santos Padres y Escritores sagrados citados en el capítulo anterior, y los que sostienen que el Antecristo sentará sus reales en Jerusalén, que su reinado será muy corto y su potestad grande. «Será pués, escribe Alávide, el Antecristo el monarca y el rey de los diez reyes y de los reyes del mundo.» <sup>2</sup>

## §. II.

20. Lo que más nos importa saber es el lugar en que este monstruo ha de sentar sus reales, y hemos dicho que, al menos por algún tiempo, los ha de sentar en Roma. Veámoslo.

21. En el capítulo diez y siete del Apocalipsis dice así San Juan: «*Vino entonces uno de los siete Angeles, que tenían las siete tazas y habló conmigo diciendo: ven, te mostraré la condenación de la gran ramera, que tiene su asiento sobre muchas aguas, con la cual se amancebaron los reyes de la tierra, y con el vino de su prostitución están embriagados los que habitan en la tierra, y me arrebató en espíritu al desierto. Y vi á una mujer sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos y la mujer estaba vestida de púrpura..... teniendo en su mano una taza de oro llena de abominación y de la inmundicia de sus fornicaciones: y en la frente tenía escrito este nombre: Misterio: Babilonia la grande, madre de las deshonestidades y abominaciones de la tierra: y vi á esta mujer embriagada con la sangre de los Santos y con la sangre de los mártires de Jesús. Y al verla quedé sumamente admirado. Y el Ángel me dijo: ¿Por qué te*

1 In Dan., c. XI.

2 In Cap. 17, v. 17 Apoc.

*admiras?: yo te diré el misterio de la mujer y de la Bestia de siete cabezas y diez cuernos en que va montada. La Bestia que has visto fué y no es, ella ha de subir del abismo y vendrá á perecer, y los moradores de la tierra (aquellos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la creación del mundo) se pasmarán viendo la bestia que era y no es. Aquí hay un sentido que está lleno de sabiduría; las siete cabezas son siete montes sobre los cuales la mujer tiene su asiento, y también son SIETE REYES: cinco cayeron, uno existe y el otro no ha venido aún: y cuando venga ha de durar poco tiempo: la bestia que era y no es, ella es la octava, y es de los siete y va á fenecer: los diez cuernos que viste, diez reyes son, los cuales todavía no han recibido reino: mas recibirán potestad como reyes por una hora después de la bestia. Estos tienen un mismo designio; y entregarán á la bestia sus fuerzas y poder..... Dijome más: las aguas que viste, donde está sentada la ramera, son pueblos y naciones y lenguas. Y los diez cuernos que viste en la bestia, esos aborrecerán á la ramera, y la dejarán desolada y desnuda y comerán sus carnes y á ella la quemarán en el fuego. Porque Dios ha movido sus corazones para que hagan lo que á El plugo; y den su reino á la bestia hasta que se cumplan las palabras de Dios: y la mujer que viste, es la ciudad grande que tiene imperio sobre los reyes de la tierra.»*

Y en el capítulo XVIII, continúa diciendo: «Y después de esto ví descender del cielo á otro Angel..... y exclamó diciendo: cayó Babilonia la grande: y está hecha morada de demonios y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de todas las aves asquerosas y abominables....., y oí otra voz del cielo que decía: pueblo mío, escapad de ella: para no ser participantes de sus delitos, ni quedar heridos de sus plagas. Porque sus pecados han llegado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus maldades..... Ya que dice en su corazón: estoy como reina sentada, y no soy viuda

*y no veré duelo. Por eso en un día sobrevendrán sus plagas, muerte, llanto y hambre, y será abrasada del fuego..... ¡Oh cielo!, regocíjate sobre ella como también vosotros, santos Apóstoles y Profetas, pués que Dios condenándola ha tomado venganza por vosotros....., al mismo tiempo se halló en ella la sangre de los profetas y de los santos: y de todos los que han sido muertos en la tierra.*

22. ¿Quién es esta ramera que S. Juan vió sentada sobre la bestia bermeja? Es la ciudad de Roma, porque á Roma y solo á Roma convienen todas y cada una de las cosas que de la tal ramera enuncia. En efecto, el profeta de Patmos dice: *La mujer que viste, es la ciudad grande, que tiene imperio sobre los reyes de la tierra.* 1 ¿Y quién es la ciudad por antonomasia sino la de los Césares? ¿No es cierto que los escritores todos, y muy especialmente el Pontífice en sus Rescriptos y Bulas la dan á conocer con el nombre de Ciudad, *Urbs*? ¿Hay otra ciudad, por ventura, tan célebre cuya fundación sirva de término de partida para el cómputo de los tiempos; *ab Urbe condita*? Y su historia presente y pasada ¿no clama que ella ha sido siempre la admiración de las gentes? Sus leyes, tribunos, Césares, guerras, ¿qué dicen? ¿No expresan bién que es la Ciudad por antonomasia, la Ciudad grande del Apocalipsis, que tiene imperio sobre los reyes de la tierra? Y cuando S. Juan escribió su Apocalipsis, ¿de qué otra Ciudad podría decirse esto sino de Roma? Ella entonces dominaba al mundo, mediante sus Emperadores; y hoy impera mediante el Romano Pontífice, Supremo Jefe de todo el Orbe, como Vicario de Jesucristo en la tierra. Á la dominación del mundo aspira, y lo conseguirá: no ha mucho era un pequeño Estado, hoy es ya formidable Potencia.

23. *Y la mujer tenía en su mano una taza de oro*

1 Apoc. XVII, 18.

llena de abominación é inmundicia de su fornicación. Y en la frente su nombre escrito: **Misterio:** Babilonia la grande, madre de las fornicaciones y abominaciones de la tierra. <sup>1</sup> Y Roma, cuando los Césares y cuando S. Juan escribía su Apocalipsis, ¿no tenía en la mano una taza de oro llena de abominación? En medio de su grandeza y dominio temporal, ¿no era madre de las abominaciones y fornicaciones de la tierra, adorando los ídolos de los pueblos que subyugaba, profesando los monstruosos errores y contaminándose con la corrupción de todas las gentes, por lo que S. Pedro, en su primera carta canónica no dudó llamarla Babilonia, como S. Juan la llama en las citadas palabras? Esto, entonces: y hoy, ¿no es la Ciudad de Rómulo el escándalo de las naciones todas y madre de las abominaciones de la tierra? Siendo la Capital del mundo católico, la Sede de Pedro, ¿no está dando al mundo tristes y escandalosos espectáculos, cual nunca se dieron, erigiendo una estatua á Jordán Bruno, apoteosis de inmoralidad é impiedad, en medio de aclamaciones de innumerable turba, que en sus estandartes ostentaba la imagen de Satanás á quien entonaba himnos? Y en los teatros de la Ciudad Eterna ¿no se parodia sacrílegamente la Pasión de Cristo, glorificando y alabando al traidor Judas? En una palabra, las sectas, según el inmortal León XIII, *no disimulan ya que pretenden convertir la Ciudad, cabeza del Catolicismo, en capital de toda depravación é impiedad.* <sup>2</sup> Y en vista de todo esto, ¿no podrá decirse que Roma es Babilonia la Grande, Madre de las abominaciones y fornicaciones de la tierra, como lo fué en tiempo de los Césares, y que, como entonces, ahora tiene en sus manos la copa de oro llena de abominación y fornicación, y, por tanto, que ella estaba en la mente del Altísimo, cuando

<sup>1</sup> Ibid., v. 4 y 5.

<sup>2</sup> Alocución de 30 de Junio de 1889.

por S. Juan describe á la ramera vestida de púrpura, á la Ciudad grande, que tiene imperio sobre muchos pueblos?

24. *Y vi á esta mujer embriagada con la sangre de los santos y con la sangre de los mártires de Jesús.* <sup>1</sup> Roma, dominando al orbe en los primeros siglos del cristianismo, fué quien por mano de los tiranos y verdugos derramó la sangre de los Apóstoles y de los mártires de Jesucristo. Consúltese la historia, y la veremos enviar á todas las naciones emisarios y pretores *ad hoc*: la veremos conceder premios á los inventores de nuevos y esquisitos tormentos: esto entonces, y hoy ¿no odia al nombre cristiano y hace la guerra más cruel á la Iglesia en su Jefe visible, el Romano Pontífice? ¿No está en vías de ejecutar hoy con los cristianos lo que en los primitivos tiempos de la ley evangélica, haciéndoles retirarse á las catacumbas?

25. *Las siete cabezas son siete montes sobre los cuales la mujer tiene su asiento.* <sup>2</sup> Más cuando se escribió el Apocalipsis, la Ciudad de Rómulo descansaba sobre siete collados, y fué, y es conocida con el nombre de la Ciudad Septem-colina, como la corte de Madrid lo es con el nombre de la Villa del Oso y del Madroño.

26. *Los diez cuernos que viste en la bestia, estos aborrecerán á la fornicaria y la dejarán desolada y desnuda y comerán sus carnes y la quemarán.* <sup>3</sup> Es el común sentir de los Santos Padres y Expositores sagrados y pronóstico de las Sibilas, que Roma, cual otra Jerusalén ha de ser destruida y asolada á causa de sus iniquidades y pecados y para vengar la sangre de los mártires. Alápide exponiendo las palabras de San Juan en las que refiere oyó á un ángel que exclamaba diciéndo: «cayó, cayó la grande Babilonia porque del vino de su fornicación bebieron todas

<sup>1</sup> Apoc., cap. XVII, 6.

<sup>2</sup> Ibidem, v. 9.

<sup>3</sup> Ibidem, v. 18.

las gentes,» <sup>1</sup> escribe: «Predice aquí San Juan la ruina de la Roma pagana al fin del mundo; pero calla su nombre, mejor dicho, le cambia: la llama, pués, Babilonia. Hace esto, para no ofender al emperador Domiciano y á los romanos aun paganos y excitarlos más y más contra los cristianos. Finalmente, predice San Juan esta ruina de Roma, para consuelo de los fieles y santos que bajo Domiciano eran perseguidos cruelmente en Roma y en otros puntos...., para que supieran los cristianos y santos que en estas sus persecuciones Dios cuidaba de ellos, y que Dios vengaría su sangre, porque al fin del mundo castigaría los pecados no solamente presentes sino también los pasados y las persecuciones de los cristianos hechas en Roma y en el imperio romano en tiempo de Domiciano y después; porque los romanos al fin del mundo alabarán é imitarán la infidelidad, tiranía y depravadas costumbres de sus antepasados» <sup>2</sup>.

Veniet tibi cœlitus æqualis, oh recta cervice Roma,  
 Cœlestis plaga, et flectes cervicem prima,  
 Et terræ allideris, et ignis te totam apsumet,  
 Et tunc eris deserta ac si numquam fuisses.

Prope quidem mundi finis et extremus dies;  
 Sed prius Romanorum inevitabilis ira erit.

Et tu triumphus eris mundo, et opprobrium omnium.» <sup>3</sup>

¿Quién no ve la gran semejanza entre el oráculo de las Sibilas acerca de Roma y lo que San Juan dice respecto de la ruina de Babilonia? Este y aquella dicen que será devorada por las llamas, que siendo la admiración de las gentes por su imperio y grandeza, vendrá á ser el desprecio de las naciones.

28. Lactancio, aludiendo á las palabras citadas de las

<sup>1</sup> Apoc., cap. XVIII. 2. et 3.

<sup>2</sup> In Apoc., cap. XVIII.

<sup>3</sup> Lib. VIII. oracul. Sybil.

Sibilas, dice: «Cuando la cabeza del orbe cayese y principiase lo que las Sibilas dicen que ha de suceder, ¿quién dudará que llegó el fin de todas las cosas y del mundo? Aquella es, pués, la ciudad que aún sustenta todas las cosas, y se ha de rogar á Dios del Cielo, si es que sus decretos pueden diferirse, que aquel tirano digno de ser abominado, que tanta maldad maquina no venga mas pronto de lo que pensamos, y sofoque aquella luz con cuya extinción el mundo perecería.»<sup>1</sup> Sí, Roma será destruida cual otra Jerusalén. Y ya que de Jerusalén hablamos, de ella podremos sacar un argumento de analogía.

29. Jerusalén fué el asiento de Sanhedrín; á ella fueron enviados los Profetas; ella era morada del Sumo Pontífice y capital del pueblo de Dios, á ella subían de todas partes los judíos á celebrar sus festividades en el grandioso templo; en ella predicó y enseñó su admirable doctrina el Verbo hecho hombre; en una palabra, ella fué la que entre todos los pueblos que constituían la nación escogida de Dios, recibió más gracias y beneficios; pero cuanto mayores fueron estos, tanto mayor fué su oprobio y castigo por no corresponder á ellos y por perseguir á los Profetas, y lo que es más, enarbolar en la cruz al Profeta de los Profetas, viendo sobre ella llanto, luto y desolación, no quedando de sus muros y magnífico templo piedra sobre piedra. ¿Y no podremos pronosticar esto mismo de la nueva Jerusalén? Pués qué, ¿esta no ha recibido de Dios tantos y más beneficios que aquella? ¿No fué escogida de entre todos los pueblos del mundo para ser centro del Cristianismo, para Corte del Sumo Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra? Y desde que el Príncipe de los Apóstoles fijó allí su Silla, ¿no fué encumbrada y ensalzada sobre todo pueblo y nación? Y cómo corresponde á beneficios tantos? Con suma y negra ingratitude, llegando su osadía y perfidia hasta atentar contra su Rey, imitando en todo esto á la

<sup>1</sup> Lib 7, cap. XXV.

pérfida Sinagoga. Y habiendo Dios vengado con tanto celo la sangre de los hijos de la esclava y la conculcación de las sombras y figuras, ¿no habrá de vengar la sangre de los hijos de la libre, y el desprecio y conculcación de la realidad de la ley promulgada por su Hijo santísimo? Ah que sí! sobre Roma vendrá lo que de la ramera está predicho: *dadle el retorno que ella os ha dado: y aún redobládselo según sus obras: en la taza misma con que os dió á beber echadle el doble. Cuanto se ha engreído y regalado, dadle otro tanto de tormento y de llanto.*<sup>1</sup>

30. Y no se diga que Roma fué ya castigada por Alarico, Genserico y Atila, y por tanto vengada la sangre de los mártires y purgada su malicia; porque, según queda dicho, Roma ha de volver y mejor diremos volvió ya á sus antiguas abominaciones, por las que será borrada del mapa para no volver á aparecer sobre la tierra. Conciérne sí á Roma cuanto S. Juán predica de la ciudad grande; ella espués la ramera del Apocalipsis.

### §. III.

31. Una sola cosa de cuantas el Profeta de Patmos enuncia de Babilonia parece no convenir á Roma. En el versículo 9 del capítulo 18 del Apocalipsis se insinúa que dicha ciudad es puerto de mar; toda vez que allí se dice haberse enriquecido en ella todos los que tenían naves. Pero hay que tener presente que ya el inmortal Pío IX se propuso realizar su colosal obra de convertir á Roma en un puerto de mar, según anunció *La Regeneración* de 6 de Mayo de 1870, por estas palabras: «Enlazada ya Roma por sus vías férreas con el resto de Italia, la Francia y demás naciones de Europa, centro providencial de un vasto continente; separada solamente por po-

1 Apoc., XVIII., 7 y 8.

cas millas del Mediterráneo y del Adriático, el puerto y canal que la ponga en inmediata relación con estos mares, llena por completo los generales deseos de acercarse la Ciudad Eterna á aquellos puntos que pueden, desde luego, dar pujante vida á su comercio y facilitar y acrecentar sus relaciones internacionales. El sabio ingeniero romano, Sr. Felipe Costa, ha tenido la honra científica de interpretar fielmente los paternales anhelos de Su Santidad, exponiendo el correspondiente proyecto de construcción del puerto, que consiste en un canal de seis kilómetros de longitud, por 100 metros de latitud, en donde deben establecerse docks y almacenes generales, destinados á encerrar las mercaderías en *franquicia*. Un puerto de esta clase, á media hora de distancia, y pudiendo contener los buques de más alto bordo, dotará á Roma de todos los recursos de una ciudad marítima, con que destruirá las barreras que impiden hoy día el comercio de importación, levantar las trabas á la exportación y facilitar el tráfico por medio del establecimiento de los docks, y de un brazo de unión con la línea de Ancona. Por otra parte; la cuestión de *franquicia*, de tan grande interés para el comercio marítimo, atrayendo un número considerable de buques de todas clases, en busca de mejor asilo, ha de contribuir poderosamente á formar con rapidez, de Roma, un puerto de *depósito y circulación*, libre de toda competencia. ¿Y quién no comprende la grandeza floreciente del porvenir de Roma que, con la realización del proyecto atraerá á sí, más que á ningún otro puerto de Italia, esa enorme afluencia de navíos, símbolo del movimiento perpetuo y provechoso de circulación mercantil que á tan alto rango ha elevado á las naciones Europeas? Formada ya la correspondiente compañía que debe emprender en breve esta obra gigantesca, y avivado su celo por las generosas concesiones que Su

Santidad le otorga.....»<sup>1</sup> Nada tendrá de particular que este proyecto que Pío IX no pudo realizar, quizá por la usurpación de Víctor Manuel, se realice cualquier día; y aunque no fuera realizado, nada se seguiría en contra, toda vez que S. Juan dice que se enriquecieron en ella los que tenían naves en el mar, y esto puede decirse de toda ciudad comercial aun distante del puerto. Cuadra, pues, á Roma y solo á Roma, cuanto S. Juan predica de la mujer sentada sobre la bestia. Ella es, por tanto, la ramera, la *ciudad* grande del Apocalipsis.

#### § IV.

32. Esto mismo afirman los Stos Padres y Expositores sagrados.=S. Jerónimo, sobre el pasaje de Isaías, *attrita est civitas vanitatis*, escribe: «Será assolada la Ciudad vana, ó toda Ciudad, ó la espiritual Babilonia, que está sentada sobre siete montes, llena de púrpura, cuyos castigos leemos en el Apocalipsis de S. Juan.» Y el mismo, en el prólogo sobre los libros de Dídimo, «De Spiritu Sancto:» «Cuando moraba, dice, en Babilonia y era colono de la ramera purpurada y vivía bajo los Quirites.....» Y en la carta 151 á Algasia, cuestión 11, se lee: «Según el Apocalipsis de S. Juan, en la frente de la ramera purpurada está escrito el nombre de *blasfemia*, esto es, de Roma eterna.» Palabras de Tertuliano son las siguientes: «Así Babilonia, según nuestro S. Juan, es figura de la Ciudad de Roma, y, por tanto, de la grande y soberbia por su reino, y perseguidora de los Santos.»<sup>2</sup> S. Agustín dice que «Babilonia es como la primera Roma: y la misma Roma es como la segunda Babilonia...

<sup>1</sup> Copiado de la proximidad del *Fin del Siglo*, por D. Cayetano Caballero, cap. 15, pág. 165.

<sup>2</sup> Lib. adv. Judæos, cap. IX.

Ha sido fundada Roma como otra Babilonia y como hija de la primera Babilonia.»<sup>1</sup>

33. De los Expositores sagrados citaremos uno que otro: entre los cuales Alcázar dice: «Una vez demostrado, que en aquella meretriz está figurada la Roma pagana, se vé claro que la bestia es el imperio romano, adorador de los Dioses falsos, el cual imperio era administrado por la Roma gentil. Empero, los autores que creen que la Babilonia del Apocalipsis es la antigua Roma adoradora de los ídolos, son muchos y gravísimos, como vimos en la anotación II proemial, en donde hemos enumerado más de veinte citando sus lugares. Estos son Papias, Tertuliano, Eusebio, Jerónimo, Apringio, Casiodoro, Pablo Orosio, Hentenio, Arinio, Salmerón, Edero, Bulenguer, Forerio, Gagrieyo, Heselio, Belarmino, Pereira, Suárez, Márquez, Prado y Mendoza. Y en mi juicio con verdad podemos designar, como guía previo de estos autores, al Ángel que explicó á S. Juán algunas cosas del Apocalipsis; pués claramente afirmó que las siete cabezas de esta bestia eran los siete montes de Roma, y que por la meretriz estaba significada la Ciudad grande, *que tenía imperio sobre los reyes de la tierra.*<sup>2</sup> El mismo Alcázar, después de referir los varios pareceres sobre la Babilonia del Apocalipsis, concluye diciendo: «Desechadas, pués, las otras exposiciones, debe ser cierta la que enseña que en el Apocalipsis bajo el nombre de Babilonia está significada Roma.»<sup>3</sup>

34. De Cornelio Alávide, en quien también puede verse la multitud de Padres y Escritores sagrados que sostienen nuestra doctrina, son las siguientes palabras: «Digo, pués, que en este capítulo y en el siguiente (XVII

1 De Civ. Dei, Lib. XXIII, cap. II y XXII.

2 In Apoc., cap. XIII, par. 5, letra C.

3 Loc. cit., prólogo al cap. XVII y XVIII, dup. 1.

y XVIII del Apocalipsis), Babilonia es Roma, no cristiana, cual ahora es, sino infiel y pagana cual fué en tiempo de S. Juán, y cual volverá á ser en tiempo del Antecristo..... Más preguntará: ¿Cómo al fin del mundo volverá Roma á sus antiguas glorias y riquezas y al gentilismo? Cómo sucederá esto? Solo Dios lo sabe: sin embargo, puede suceder de varios modos; v. g., si algún gentil ocupa el imperio romano y restituye á Roma sus senadores gentiles y su antigua grandeza, como hizo Juliano Apóstata.»<sup>1</sup> No parece sino que Cornelio Alávide estuvo inspirado en estas últimas palabras; y si hoy viera, no diría hipotéticamente, antes bién afirmaría que Roma volvería al gentilismo y á sus antiguas abominaciones por caer bajo el imperio de un rey gentil, antitánico; pues ya lo está.

35. Por último, Pastorini exponiendo el citado capítulo XVII del Apocalipsis, dice: «La grande Ciudad que imperaba *sobre los reyes de la tierra*, no puede ser otra que la Ciudad imperial de Roma, que había conquistado casi todos los reinos del mundo conocido. Claramente está, pues, designada aquí la ciudad imperial é idólatra, y representada por la *mujer* ó la *grande ramera*, como han entendido los antiguos Padres y los intérpretes modernos de la Iglesia católica.»

Según, pues, argumentos intrínsecos y extrínsecos, Roma es la ramera ó Ciudad grande, la Babilonia del Apocalipsis. Recórranse una por una las ciudades del mundo, y véase si hay alguna á quien cuadren como á Roma todas las cosas que en los capítulos XVII y XVIII se enuncian de dicha ramera. Regístrense los Stos. Padres y Expositores Sagrados que hayan tratado este punto, y notarése que todos ó casi todos ven retratada la ciudad de Rómulo en la Ciudad grande del Apocalipsis.

1 In Apoc., cap. XVII.

36. Es verdad que Suárez y algunos Santos Padres, entre ellos San Agustín, San Próspero, San Ambrosio y otros, por dicha ramera parecen entender al mundo; pero, con el debido respeto á teólogo tan esclarecido, séanos permitido afirmar que los pasajes citados del Apocalipsis no pueden aplicarse al mundo sin violentar el texto y sin incurrir en graves absurdos. Prescindiendo de otras cualidades que San Juan enuncia de la Ciudad grande y que de ningún modo cuadran al mundo, nos fijaremos en solo dos. Según San Juan, los diez reyes significados por los diez cuernos de la bestia odiarán á dicha ciudad grande: empero, siendo estos diez reyes del partido de la bestia, y *teniendo el mismo sentir que ella, y haciendo guerra al Cordero y peleando contra ÉL*, ¿cómo han de odiar al mundo? Antes bién le adorarán y amarán como á su Dios. Dichos diez reyes, en virtud del odio que profesan á la Ciudad grande, *la desolarán, dejarán desnuda, comerán sus carnes y la abrasarán*: y ¿es posible que nadie pueda abrasar al mundo?: y, lo que es más, despojarlo y desnudarlo? Y en dónde se colocarían los despojos de éste? En las estrellas? Hay más; según el mismo San Juan, después de incendiada y arrasada la ramera, los diez reyes entregarán su poder á la bestia con quien se reunirán en Armagedón para librar la gran batalla contra los cristianos: empero, si la ramera ó la Ciudad grande es el mundo, ¿en dónde se salvarán éstos y aquellos cuando tenga lugar el arrasamiento de la fornicaria? ¿Subiránse quizá á la luna para librarse de tal incendio? Es evidente que, á no violentar el texto sagrado, y á no admitir absurdos, no puede entenderse del mundo lo que se enuncia de la mujer sentada sobre la bestia. El mismo Suárez si hoy viviera, rectificaría su opinión, como bién lo insinúa cuando, citado éste mismo pasaje del Apocalipsis, dice: «Hablo, pues, de ella (Roma) considerando el estado que tenía cuando él (San Juan) escribió el que

tendrá al fin del mundo si tal vez se separa de la fé y de la obediencia al Pontífice Romano, subyugado por tiranos gentiles: dada, digo, esta exposición, solamente se deduce de este lugar que Roma será destruida y abrasada en la persecución del Antecristo, ó en las batallas que librará para usurpar el imperio de todo el orbe.»<sup>1</sup> En estas palabras de Suárez se insinúa bién claramente que Roma sería la ciudad fornicaria del Apocalipsis si volviera al estado primitivo del gentilismo, si se separase de la fé y de la obediencia al Romano Pontífice; y como quiera que hoy se da todo esto, que la ciudad de los Césares tiene prisionero al Papa, que reniega de la fé, y que está en poder de príncipes gentiles y anticatólicos, nada aventuramos al decir que Suárez retractaría su opinión, si hoy viviese. Si San Agustín y los Padres citados entienden por la ramera al mundo, es dando al pasaje un sentido místico, mas no literal. Repetimos, pués, ser cierto á nuestro modo de discurrir, que Roma estaba en la mente de Dios cuando, por el profeta de Patmos describe á la mujer sentada sobre la bestia; por que á ella y solo á ella conviene cuanto de tal mujer se predica, y porque tal es el sentir de los Santos Padres y Expositores Sagrados, quienes há siglos dieron esto por cierto; y si hoy vivieran y vieran lo que en Roma pasa, quizá no solo lo dieran como cierto, sino hasta casi de fé.

#### §. V.

37. Pero, admitido que la abominable ramera simboliza la ciudad de Rómulo, y afirmando San Juan que las siete cabezas de la bestia representan las siete colinas, sobre las que se levantó y fuese ensanchando la que con el incesante andar de los siglos había de ser la señora del mundo, ¿será aventurado sostener que los siete reyes, significados

1. In 3. P. S. Th. D. Thomæ, quest. LIX, art. 6.º, dist. 56, p.º 2.º

también por las siete cabezas, han de ser otros tantos soberanos de Roma? Ó se ha de decir, pués, que los pensamientos del Profeta de Patmos, semejantes á los delirios de un enfermo, ningún enlace tienen entre sí, á cuya hipótesis se opone el orden, ya lógico, ya cronológico que en todo el libro y especialmente en el capítulo XVII se descubre, ó hay razón para decir que los siete reyes de que habla, tendrán en Roma su corte. Y en efecto: las siete cabezas no solo simbolizan las siete colinas, sino siete reyes. Ahora bién, si las colinas se refieren á Roma y á Roma pertenecen, ¿por qué no ha de decirse lo mismo de los reyes, siendo así que San Juan enuncia estas dos cosas *continuative* y bajo un mismo concepto y en los mismos términos? *Las siete cabezas, son siete montes, sobre los que la mujer descansa, y son siete reyes.* <sup>1</sup>

38. Todo cuanto se enuncia en los capítulos XVII y XVIII del Apocalipsis dice relación inmediata á la ramera ó ciudad grande: así, los diez reyes, simbolizados en los diez cuernos de la Bestia, á ella se refieren, en cuanto que la han de abrasar é incendiar por odio, que la profesan: pero si San Juan no quiso enunciar que los reyes significados por las siete cabezas habían de ser reyes de dicha ciudad, no dirían estos relación alguna; es más, ni se vé el fin que se propusiera al hablar de dichos reyes: empero, de estos es la bestia; *Y la bestia..... es de los siete.* <sup>2</sup>

39. Hay un hecho consumado; la ocupación de Roma por Víctor Manuel que parece demostrar dos cosas: que Roma es la Babilonia del Apocalipsis y que en ella tendrán su corte los reyes simbolizados por las cabezas de la bestia; pués, como diremos, es muy de temer que en el mencionado hecho principie á cumplirse la profecía de los siete reyes.

40. Los Santos Padres y Expositores sagrados recono-

<sup>1</sup> Apoc., XVII, 9.

<sup>2</sup> Apoc., XVII, 11.

cen que los seis primeros reyes de los siete significados por las cabezas de la bestia fueron reyes de Roma, los primitivos tiranos; y si lo fueron los seis, ¿por qué no lo ha de ser el séptimo ó sea el Antecristo? Qué razón hay para afirmar lo uno y negar lo otro? Absolutamente ninguna, toda vez que S. Juan enuncia como queda dicho este pensamiento con las mismas palabras y bajo un mismo concepto: *Las siete cabezas, son siete montes, sobre los que la mujer está sentada; y son siete reyes..... Y la bestia que era y no es: y ella es la octava: y es de los siete.* <sup>1</sup>

41. Más: refiere S. Juan que *la ramera, Babilonia, ó ciudad grande* ha de ser abrasada y arrasada por los diez reyes coetáneos de la Bestia, y, por tanto, reinando ésta, es más, tocando ya al ocaso de su imperio; toda vez que describe el profeta dicha ruina después de decirnos que el quinto ángel había derramado su taza sobre el trono de la Bestia, haciéndose su reino tenebroso; y después de esta había enviado emisarios convocando á los reyes de la tierra para la batalla, que se ha de librar en el día grande de Dios omnipotente <sup>2</sup>, día en que el Antecristo y su falso profeta vivos serán devorados por la tierra. <sup>3</sup> Si hay, pués, orden cronológico en la narración del Profeta, como verdaderamente le hay, según afirman los Expositores sagrados y se prueba con argumentos mil, intrínsecos y extrínsecos, es evidente que Roma ha de ser incendiada y arrasada durante el tiempo que media entre la convocación de los reyes para la gran batalla y la muerte de la Bestia, ó lo que es lo mismo, tocando ésta á su ocaso; pero la ciudad grande desaparecerá del mapa por ser madre de las abominaciones de la tierra, ó lo que es lo mismo, la más inícuca de todas las ciudades, y por distinguirse en la persecución de los Santos, y, finalmente, por su soberbia al contemplarse señora del mundo. *Cayó, cayó,*

<sup>1</sup> Apocalip., XVII., 11.

<sup>2</sup> *Ibid.* XXI, 10 y 14.

<sup>3</sup> *Ibid.*, XIX, 20.

*Babilonia la grande....., por cuanto todas las naciones bebiéron del vino irritante de su disolución: y los reyes de la tierra estuvieron amancebados con ella..... Ya que dice en su corazón: estoy como reina sentada: y no soy viuda; y no veré duelo. Por eso en un día sobrevendrán sus plagas, mortandad, llanto y hambre, y será abrasada por el fuego..... Con tal ímpetu será precipitada Babilonia, la ciudad grande, y ya no parecerá más....., porque tus mercaderes eran los magnates de la tierra, y con tus hechizos erraron todas las gentes. Al mismo tiempo se halló en ella la sangre de los profetas y de los santos: y de todos los que han muerto sobre la tierra.*<sup>1</sup>

Es indudable que en estas palabras significa claramente el profeta que la ciudad grande, esto es, según demostramos, Roma, al ser quemada ó abrasada, será la ciudad más poderosa, más inicua y perseguidora de los Santos, y, por tanto, que será todo esto durante el reinado de la Bestia, toda vez que al fin del reinado de ésta será, según queda dicho, abrasada y asolada. Más no fuera tal, á no tener en ella su corte el Antecristo, porque la Ciudad más grande, más inicua y enemiga de los Santos, cuando la Bestia, será aquella en que ésta tenga su Corte; porque escrito está que á la Bestia *se le dió potestad sobre toda tribu, lengua y nación;*<sup>2</sup> y que será *el más inicuo y perverso* de todos los hombres, pues se le llama *el hombre de pecado, el hijo de perdición*<sup>3</sup>, *el inicuo;* y la persecución que promoverá contra los cristianos, la mayor que se habrá conocido: tal afirma Jesucristo;<sup>4</sup> luego, ó hay que decir que, reinando la Bestia ó el Antecristo, habrá dos pueblos ó ciudades que al mismo tiempo tengan imperio sobre todo el mundo, lo que implica *in terminis*, ó fuerza es convenir en que, según el Apocalipsis, la Bestia tendrá su corte en Roma.

1 Apocalip , xviii, v v. 2, 3, 7, 8, 21, 23, et 24.

2 Ibid. xiii, 7.

3 2. ad Thess. 11, 3.

4 Math., XXI, 21.

42. Pero que, ¿la Bestia del capítulo XVII del Apocalipsis no es la misma que la del cap. XIII? Las dos tienen siete cabezas y diez cuernos; las dos hablan palabras de blasfemias; las dos luchan contra el Cordero y sus santos; las dos reinarán un corto tiempo; pero, ¿á qué cansarnos? Oigamos qué dice Cornelio Alápide sobre el particular: «Alcázar y Suárez y otros juzgan que esta Bestia es la misma que la del capítulo XIII, y que á la misma, así aquí, como allí, y en el capítulo XIX, v. 19, se la llama Bestia, la cual significa y representa al Antecristo; por esto en el cap. XIII, igualmente que en este (XVII) se dice que tiene siete cabezas y diez cuernos. El Antecristo se dice tener siete cabezas, porque tuvo siete tiranos precursores á quienes él seguirá en último lugar como rey y príncipe.» <sup>1</sup> Una es, pues, la Bestia del capítulo XVII y la del capítulo XIII, y por tanto, una y otra significan el Antecristo, pués de la Bestia del capítulo XIII dice así el citado Cornelio Alápide: «Digo que esta Bestia es el Antecristo. Es sentencia común de S. Ireneo, Tertuliano, Victorino, Hipólito, Efrén, Prudencio, Gregorio, Próspero. Y así lo entienden todo los intérpretes de este pasaje, como Ambrosio, Andreas, Metodio, Aretas, Haymo, Ruperto, Alberto, Tomás, Panonio, Gaugeño, Serafín, Ribera y los mismos hejerés.» <sup>2</sup> Resulta de todo esto que la Bestia de siete cabezas y diez cuernos *sobre que S. Juan vió sentada la meretriz* <sup>3</sup> (Roma) es el Antecristo. Y ¿qué significa estar una ciudad sentada sobre un rey ó monarca, cual ha de ser la Bestia sino ser su privada, su predilecta, ó lo que es lo mismo, su corte y morada?

43. Jesucristo, hablando de las señales del fin, dice:

<sup>1</sup> In Apocalip. XVII.

<sup>2</sup> In Apocalip. cap. XIII.

<sup>3</sup> Apocalip. XVII, 3.

*Cuando viéreis que la abominación de la desolación, que predijo el profeta Daniel está en el lugar santo.....*<sup>1</sup> ¿Qué abominación es esta de que habla Jesucristo? Los Santos Padres cuyos testimonios citamos en el capítulo primero, dicen que la abominación de la desolación es el Antecristo; abominación por sus crímenes y malicia, y desolación por la ruina que causará á muchos. ¿Y cuál es el «lugar santo» según Jesucristo, «el templo» según San Pablo, en donde tomará asiento esta desolación? ¿No es Roma la ciudad tres veces santa y la Iglesia de San Pedro el templo por antonomasia? No ignoramos que algunos por «el templo de Dios y lugar santo» entienden el templo de Jerusalén; pero el templo de Jerusalén no existe en la actualidad, y de ser reedificado á la venidad del Antecristo nunca podrá decirse lugar santo, templo de Dios, toda vez que ha de ser reedificado por la Bestia.

44. San Marcos,<sup>2</sup> en donde San Mateo dice «lugar santo,» pone «en donde no debe», es decir, *cuando veais la abominación de la desolación establecida en donde no debe*. A la iniquidad ningún lugar la es debido. Así, pues, cuando San Marcos dice «en donde no debe», significa que hay razones especialísimas para que la abominación de la desolación no se entronice allí en donde se entronizará. ¿Y qué razones especialísimas hay para que en Jerusalén no deba entronizarse la abominación de la desolación? Absolutamente ninguna, y sí hay mil para que no se entronice en Roma. Es verdad que Jerusalén fué regada con la sangre del Hombre-Dios, y que por esto se llama tierra santa, pero Roma es lugar santísimo, pues fué regada con la sangre de innumerables mártires, y por espacio de diez y nueve siglos se ha renovado en ella todos los días el sacrificio del Gólgota, y en sus templos habita y mora como en su

1 Math., XXIV, 15.

2 Marc. XIII, 14.

trono el Santo de los Santos, no en sombra y figura como en el de Salomón, sino en verdad y realidad. Por esto, sin duda, San Jerónimo y otros Santos Padres, cuyas palabras citaremos después, por «el lugar santo» entendieron, no el templo judío, sino el templo cristiano. Por otra parte, si Jerusalén fuera el lugar santo en donde no debiendo se ha de entronizar la abominación, ya há siglos que se hubiera cumplido la profecía de Daniel y la predicción de Jesucristo, pues ya há siglos que Jerusalén fué hollada por la inmunda planta de los sectarios de Mahoma, y que está bajo el imperio de la media luna. Nó, no es Jerusalén ni su templo «el lugar santo» y sí lo es Roma, porque ella es la Ciudad santa, ella la capital del orbe católico, ella la sede del Vicario de Jesucristo, ella, en fin, la predilecta y escogida por Dios de entre todos los pueblos del mundo para ser madre y cabeza de todas las iglesias. «Donde no debe»: ¿y no es cierto que por títulos mil, Roma es del Pontífice y que solo olvidando toda idea de justicia y de derecho, puede ser privado de sus estados? ¿Y no es cierto que de ellos ha sido despojado por la revolución? ¿Y no es público y notorio que en Roma, en una de sus plazas más públicas, en uno de los días mas solemnes, se erigió una estatua al sucio y asqueroso Jordán Bruno, prototipo de inmoralidad é incredulidad? ¿Será que la abominación de la desolación principia á entronizarse en donde no debe?

45. Por último, la cuarta Bestia, vista por Daniel, capítulo VII, según el sentir de los Santos Padres y Expositores sagrados, significa el imperio romano, y según los mismos, el undécimo cuerno que el Profeta vió nacer en dicha cuarta Bestia, significa el Antecristo, y esto mismo se deduce de lo que Daniel predica del undécimo cuerno, cotizado con lo que San Juan refiere de su Bestia en el Apocalipsis. «Es sentir común de los Doctores, dice Alápide, que el Imperio Romano será el último, y que durará hasta el fin

del mundo: y no solamente es sentir de los Doctores modernos sino que también de los Santos Padres; testigo San Jerónimo sobre el cap. IX de Daniel; es tradición, y al parecer, tradición apostólica: luego no por los diez reyes, sino por el Antecristo será destruida (Roma) al fin del mundo. Se confirma esto, porque Daniel, cap. VII, versículos 8 y 24, vió nacer de la Bestia que designa el imperio romano un pequeño cuerno que significa el Antecristo. Luego el Antecristo nacerá del imperio romano; por tanto, éste durará hasta la venida de aquel por quien será destruido. Además, diciéndose aquí que la mujer, esto es, Roma, está sentada sobre la misma Bestia que tiene estos diez cuernos, síguese que Roma dominará al imperio romano y á los diez reyes hasta que sea destruida y quemada por el pequeño cuerno, esto es, el Antecristo, mediante los diez reyes.»<sup>1</sup> Ahora bién, significando la cuarta Bestia el imperio romano y naciendo de ella el Antecristo, ¿aventuraremos algo al decir que se insinúa ya en las palabras de Daniel que la Bestia será un rey de Roma? Es más; según el anterior testimonio de Cornelio Alápide, Roma, durante el reinado del Antecristo, dominará al imperio romano y á los diez reyes; ó lo que es lo mismo, será la Ciudad que tenga imperio sobre pueblos y naciones; y no fuera tal á no ser la corte del Antecristo.

#### §. VI.

46. Los Santos Padres y Expositores sagrados, repondrá alguno, sostienen que Jerusalén será la corte del Antecristo; pues dicen que en ella quitará la vida á Elías y á Henoc; que reedificará su templo; que ella es el lugar santo; que el Antecristo será judío de nación, de la tribu

<sup>1</sup> Alápide in Apoc., cap. XVII, v. 17.

de Dan, y, por último, que la bestia ha de incendiar y arrasar á la córte de los Césares: todo lo cual prueba que Jerusalén y no Roma será la córte del Antecristo. También nosotros afirmamos con los Santos Padres que éste sentará sus reales en la capital del pueblo judío, pero después de haber residido en la Ciudad de Rómulo, después de ser ésta arrasada y asolada: sostenemos con ellos que el Antecristo ha de quitar la vida á Elías y á Henoc en Jerusalén, y que hará todo lo posible por agradar al pueblo judío, y, por tanto, que reedificará su templo, y, si se quiere, hasta se sentará en él: pero todo esto en nada se opone á que la Bestia tenga su córte en Roma; pués si se tiene en cuenta que es doctrina revelada y sostenida por los mismos Santos Padres y Expositores que el Antecristo ha de tener potestad, como afirma S. Juan, *sobre toda tribu, pueblo, lengua y nación*, bién se echa de ver que sin tener su trono en Jerusalén y sí en Roma, puede reedificar el templo de Salomón, sentarse en él y quitar la vida á Elías y á Henoc en la Ciudad deicida. No dudamos que mucho hará el Antecristo para atraerse al pueblo de Israel, que cuidará de complacerle reedificando su templo y ciudad; pero también sabemos que hará cuanto sea posible por aparecer que venció á Jesucristo y su Iglesia, á lo que contribuirá no poco sentar sus reales allí donde les tiene el Jearca Supremo de la Esposa inmaculada del Cordero. Es cierto que por el «templo» algunos Santos Padres y Expositores han entendido el de Jerusalén; pero otros lo entienden del templo cristiano; tales son S. Jerónimo, S. Juan Crisóstomo, etc... «En el templo de Dios se sentará, ó en Jerusalén, como quieren algunos, ó en la Iglesia cristiana, como lo creo mas verosímil». <sup>1</sup> «No inducirá á la idolatría (el Antecristo), sino que despreciando todos los dioses, manda-

1 S. Jeron., quest. XI ad Algas.

rá que se le adore y venere á él como á Dios, y se colocará en el templo de Dios, no sólo en el de Jerusalén sino en las Iglesias». <sup>1</sup>—Ya en las pruebas dejamos dicho que todos los Santos Padres y Expositores reconocen ser reyes de Roma los seis primeros significados en las siete cabezas de la Bestia, y que afirmando tal de los seis, no vemos que haya razón alguna para negarlo del séptimo, ó sea el Antecristo. Muchos de los Expositores sagrados, en nuestro humilde juicio, no confesaron paladinamente, antes bién negaron, que Roma fuera la capital del hijo de perdición, por quitar armas á los protestantes, enemigos capitales del Pontífice, quienes no dudaron sostener que el Papa era la Bestia del Apocalipsis. Ignoraban y no pudieron prever dichos escritores que llegaría un día en que el Vicario de Cristo no fuera de hecho rey de Roma, y que le sería arrebatado su poder temporal.—No es de todo punto cierto que los Padres de la Iglesia y Expositores sagrados afirmen que la Bestia ó Antecristo haya de ser judío de origen y haya de destruir á Roma, pues sólo lo tienen como opinable; es más, respecto de la destrucción de Roma, S. Juan dice que lo verificarán los diez reyes coetáneos á la Bestia: pero, aunque tal afirmasen, nada se seguiría de aquí contra nuestro aserto; pues el que el Antecristo sea judío, alemán, inglés ó francés de nación, no impide que fije su trono en la que es hoy centro del mundo católico toda vez que no ha de ser rey legítimo, antes bién confesamos y sostenemos con toda nuestra alma y fuerzas que será intruso como hoy lo es Humberto. Asimismo, que la Bestia sea rey de Roma, no se opone á que la prenda ó mande prender fuego; pues no sería el primer ejemplo que se diera. ¿Quién ignora que Nerón, siendo emperador de dicha ciudad, la entregó á las llamas contemplando como ardía, cantando al son de la cítara el pa-

1 El Crisóstomo, in II ad Thess. XI, homil. 3.<sup>a</sup>

saje de la Iliada de Homero sobre el incendio de Troya?

47. Creemos, pués, que militan razones suficientes en favor de nuestro aserto, para que consideremos probable, y, por tanto, para que sin nota de temeridad, podamos, al menos conjeturar, que Roma será capital del hijo de perdición, por lo menos, hasta ser destruida por los diez reyes. Porque ella es el lugar santo en donde, no debiendo, tomará asiento la abominación de la desolación; ella dominaba el orbe cuando el ungido del Señor vino al mundo, y ella lo dominará cuando la Bestia, que, para mejor simular haber vencido y destruido al cristianismo, sentará su trono en donde el Vicario de Cristo. Esto dice el interés de los enemigos de la Iglesia en apoderarse de Roma y en no soltar la presa. Roma, sí, fué la admiración de las gentes por su imperio y república; lo es por el Pontificado, y lo será por la Bestia ó Antecristo. Tal predice S. Juan, tal indica la Providencia observada con dicha ciudad, tal, por fin, clama su historia pasada y presente, la cual nos dice ser ella la ciudad de los grandes destinos; y si el pasado y el presente nos indican el porvenir, prodremos afirmar que tal será su historia futura.—Pero, si bién es cierto que Roma será Corte de la Bestia ó Antecristo, no lo es menos que éste no será el Romano Pontífice.

#### §. VII.

48. Los enemigos de la Iglesia de Cristo, especialmente los protestantes, no han dejado piedra por mover á fin de oscurecer la gloria y brillo, con que resplandece el Pontificado, y entre otras mil y mil calumnias é imposturas, que le acumulan, figura no en último lugar la de afirmar que la Bestia del Apocalipsis no es ni será otro, que el Romano Pontífice; pero no están de acuerdo en determinar ni la época, en que apareció ó aparecerá, ni en si ha de ser un

solo Pontífice ó su colectividad. Unos afirman que la Bestia apareció en el momento, en que el Romano Pontífice adquirió el poder temporal, y que desde entonces reina la abominación de la desolación. Otros afirman que principió en S. Gregorio; y otros, por fin, dicen que aún no ha venido el Pontífice, que, lejos de ser el Vicario de Cristo, sea su antagonista por antonomasia. Los primeros, esto es, los que dicen que ya vino el Pontífice-Antecristo, quedarán rebatidos con lo que diremos en el capítulo siguiente, y unos y otros con lo que sigue.—Nada diremos de las costumbres, doctrina y carácter de la Bestia, según se desprende de los libros santos; carácter, doctrina y costumbres, que no han convenido, ni pueden convenir á ningún Pontífice, pasado, presente ni venidero. Argumentos que pueden verse en los lugares citado de Belarmino y Suárez. Nosotros únicamente aduciremos dos razones que demostrarán que el Romano Pontífice, ni pudo ser, ni es, ni será la Bestia del Apocalipsis.

49. Es de fé, según queda repetido, que la Bestia dominará sobre todo pueblo, tribu, lengua y nación <sup>1</sup>, y esta es la doctrina común de los Santos Padres. Ahora bien; ningún Pontífice Romano ha intentado siquiera dominar el orbe, ni lo intentará jamás, y aún cuando lo intentase, ¿se lo permitirían las demás naciones? ¿Podrá hacerlo hoy? ¿Si no puede recobrar sus pequeños estados; ni procuran las naciones que les sean devueltos, antes todas ellas han reconocido y reconocen, lo que se ha dado en llamar *reino de Italia!* Si, pués, ningún Romano Pontífice ha dominado el orbe, y si todas las conjeturas están porque jamás le dominará, y si es de fé que la Bestia ha de subyugar al mundo todo, es evidente que el Romano Pontífice ni ha sido, ni es, ni será la Bestia del Apocalipsis. Y no se diga que el

1 Apocalip. XIII, 7.

Romano Pontífice tiene imperio, al menos de derecho y espiritual, sobre el universo mundo, como cabeza que es de la Iglesia de Jesucristo, de quien es nota característica la universalidad; porque la potestad é imperio de la Bestia ha de ser en el orden civil, en el orden temporal, lo que también está revelado; pués entre otras cosas, que hará, será el no permitir comprar y vender sino á los que tengan su carácter <sup>1</sup> esto es, desechará del comercio humano, proscribirá civilmente á todos los que no sean sus afiliados, lo que es propio de la potestad temporal.

50. Hemos demostrado anteriormente que el Antecristo ha de ser un rey de Roma, y lo ha de ser de hecho, aunque no de derecho; lo ha de ser de hecho, por las razones que acabamos de indicar. Empero el Romano Pontífice ya no es de hecho rey de Roma, aunque sí lo es de derecho por títulos mil. Es, pués, indudable que si bién la Bestia será un rey de Roma, lo que sostenemos y concedemos á los Protestantes, no puede deducirse de aquí que lo sea el Pontífice. Por el contrario, el Antecristo ha de ser rey de Roma, y el Pontífice dejó de serlo, merced á la mas inicua de las usurpaciones: tanto dista, pués, de ser el Antecristo.



1 Apocalip., XIII, 17.



## CAPÍTULO TERCERO.

### *El Antecristo no vino aún.*

Cuando venga, reinando tres años y medio, dominará al orbe.—Pruébase por la profecía de Daniel y Apocalipsis.—S. Hipólito, mártir, S. Ireneo, S. Jerónimo, S. Cirilo, S. Agustín, Suárez.

A la aparición del Antecristo, los cristianos se verán constreñidos á refugiarse en los desiertos y apenas se dará culto público á Dios.—Pruebas sacadas del Apocalipsis y de la profecía de Daniel.—Suárez y Alápide.—Roma será destruida para no volver á levantarse.—El Apocalipsis; Lactancio y los Santos Padres.—El Antecristo dará muerte en las calles de Jerusalén á los dos testigos Apocalípticos.—Paralelismo entre los cap. XII y XIII del Apocalipsis.—Sentir de Alápide.—Elías y Henoc son dichos testigos.—Malaquías, eclesiástico, S. Mateo y los Santos Padres y Teólogos Escolásticos.—S. Ambrosio, Tertuliano, S. Agustín, Suárez y Belarmino.—Signo de la Bestia en sus secuaces que serán muchos.

Proximidad del fin del mundo á la venida del Antecristo.—Pruébase que nada de esto se ha cumplido.—El Antecristo no fué Nerón, ni Diocleciano, ni Mahoma, etc.—Desátase una objeción.—Los reyes significados en las cabezas de la Bestia no fueron los primitivos tiranos y sí serán precursores inmediatos al Antecristo.—En el Apocalipsis se observa orden cronológico.

#### §. I.

51. **D**EMOSTRADO que la Bestia es un hombre, un rey, un monarca que tendrá su corte en Roma, y destruida esta, también en Jerusalén, nada más natural é importante que indagar si vino ya, ó está por venir; si pasó ya ese gran día de tribulación, en que hasta los escogidos peligrarán; y si bién tememos que está llamando á la puerta, sin embargo, afirmamos y tenemos por cier-

tísimo que aún no ha venido *el hijo de perdición, el hombre de pecado*, como puede probarse con argumentos mil, y todos fuertes.

52. La Bestia, cuando venga, en solos tres años y medio de reinado, subyugará al orbe bajo su imperio; la Iglesia se retirará al desierto, al lugar, que le está preparado, y volverá á las catacumbas, huyendo de la persecución.—La Bestia, al fin de su reinado, quitará la vida á Elías y á Henoch, dejando sus cadáveres en las plazas de Jerusalén por espacio de tres días y medio; pasados los cuales, resucitarán, y á vista de todo el pueblo subirán triunfantes al Cielo. Cuando aparezca el mónstruo, hará que todos, ricos y pobres, jóvenes y ancianos lleven en su frente ó mano derecha su signo ó carácter, y que nadie pueda comprar ni vender sino el que tenga dicho sello.—Roma será destruida, cuando el reinado de dicha Bestia toque á su ocaso y el mundo agonizará. Entonces, en fin, tendrá fácil explicación y se conocerán muchas cosas predichas, que hoy son oscurísimas: más nada de esto se ha dado desde Jesucristo hasta nuestros días: luego la Bestia aún no ha venido.

Vayamos por partes.

## §. II.

53. La Bestia, reinando tres años y medio, dominará al orbe. Óigase á este propósito como se expresa el Profeta Daniel: *Y las diez astas del dicho reino serán diez reyes, después de los cuales se levantará otro, que será mas poderoso que los primeros, y él hablará mal contra el Excelso, y atropellará á los Santos del Altísimo, y se creará con facultad de mudar los tiempos, y leyes, y serán dejadas á su arbitrio (TODAS LAS COSAS) por un tiempo, y tiempos y la mitad de un tiempo.*<sup>1</sup> Casi con idénticas palabras enuncia esto mismo San Juan

<sup>1</sup> Cap. VII, 2, 4, 25.

al hablar del Reinado de la Bestia; pués dice: *Y se le dió (á la Bestia) una boca que hablase cosas altaneras y blasfemias, y se le dió facultad por espacio de cuarenta y dos meses..... Y se le permitió hacer guerra á los Santos, y vencerlos, Y se le dió potestad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación.*<sup>1</sup> Que Daniel y San Juan se refieren á un mismo sujeto, consta, á más del testimonio de los Santos Padres, de la simple lección del texto, pués el undécimo rey de Daniel, será *más poderoso que los primeros*, y á la bestia *se le dió potestad sobre todo pueblo, lengua y nación*; aquel *hablará mal contra el Excelso y atropellará los Santos del Altísimo*, y á esta *se le dió boca que hablase cosas altaneras y blasfemias y hacer guerra á los Santos y vencerlos*; se dejaron *al arbitrio del undécimo rey todas las cosas por espacio de un tiempo, tiempos y la mitad de un tiempo*, y á la Bestia *se le da facultad de obrar por espacio de cuarenta y dos meses*: empero, tanto S. Juan como Daniel afirman que el reinado de la Bestia será sólo de tres años y medio, y esto no obstante, que su poder será grande. Y no se diga que los videntes de la Bestia y su reino hablen en sentido figurado, tomando un tiempo determinado por otro indeterminado, pués los Santos Padres y Teólogos Escolásticos han siempre entendido estas palabras en un sentido propio literal.

54. Entre otros muchos testimonios de los Padres, que pudiéramos aducir, nos contentaremos con los siguientes: San Hipólito, mártir, en la oración del fin del mundo dice: «tres años y medio reinará el Antecristo sobre la tierra; después será quitado su reino y gloria.» San Ireneo: «reinará tres años y seis meses, y entonces vendrá el Señor de los Cielos.»<sup>2</sup> San Jerónimo, haciéndose cargo de las palabras de Daniel, escribe: «tempus», significa un año; «tempora», según la propiedad de la lengua hebrea, que tiene número dual, figura

1 Apocalip., XIII, 5 et 7.

2 Lib. 5.º in fine.

dos años; mas «dimidium temporis,» seis meses, en los cuales tiempos los Santos serán entregados á la potestad del Antecristo.»<sup>1</sup> San Cirilo, «reinará, dice, el Antecristo solamente tres años y medio, lo que no hemos aprendido de libros apócrifos, sino del profeta Daniel.»<sup>2</sup> Por último, San Agustín se expresa en los términos siguientes: «pero de que ha de venir á ser cruelísimo el reinado del Antecristo contra la Iglesia, aunque por poco tiempo, hasta que por último y final juicio de Dios reciban los Santos el reino eterno, al que leyere esta doctrina (de Daniel), aunque no sea con mucha atención, no le quedará lugar de duda, porque el tiempo y tiempos y la mitad del tiempo se advierte aún por el número de los días que después se ponen, y alguna vez en la Sagrada Escritura se declara también por el número de los meses, que es un año, dos años y medio año, y, por consiguiente, tres años y medio: pués aunque en latín parece que se ponen los tiempos indefinidamente y sin limitación, con todo aquí están puestos en el número dual, del cual carecen los latinos..... Dice pués tiempos, como si dijera dos tiempos».—Esto mismo afirman Teodoreto, Beda y otros varios exponiendo los capítulos de Daniel y del Apocalipsis, y cuyas palabras omitimos por no ser pesados.

55. De los Teólogos Escolásticos citaremos solo al esclarecido Suárez, cuyas palabras copiaremos íntegras, por ser muy del caso, y al mismo tiempo rebatir y hacerse cargo de las observaciones, que contra esta doctrina pudieran hacerse. «El segundo argumento, escribe, está tomado de que el reino del Antecristo ha de durar brevísimo tiempo. Pués como se deduce de Daniel, capítulos 7.<sup>o</sup> y 12.<sup>o</sup> y del Apocalipsis, capítulos 11.<sup>o</sup>, 12.<sup>o</sup> y 13.<sup>o</sup>, la suprema potestad y monarquía del Antecristo tan solo durará tres

1 In Cap. 7. Dan.

2 Catech. 25.

años y medio. Hablo de la monarquía y suprema potestad, porque en el mismo lugar se dice: *se le dió la potestad en toda tribu...*, la que adquirirá paulatinamente, ya con sus riquezas, ya con obsequios, parte con la fuerza y el fraude. Más cuanto tiempo gastará en establecer y aumentar su monarquía, no me consta, porque ni se deduce de los predichos lugares, ni parece verosímil que en tan breve tiempo de tres años y medio («no eran conocidos el telégrafo y vías férreas») haga todo esto. *Tan solo es cierto que á lo más permanecerá en su trono tres años y medio*, inmediatamente después él será muerto y su reino destruido. Lo dicho se prueba por los lugares citados («pone aquí las palabras que hemos transcrito de Daniel») esto es, por un año, y otros dos años, y la mitad de un año; habló así enigmáticamente el profeta para encubrir la profecía, y lo mismo habló San Juan en el capítulo doce del Apocalipsis, lo que, repitiendo Daniel en su capítulo doce, explica de este modo: *desde el tiempo en que falte el sacrificio continuo y se haya verificado la abominación de la desolación, mil doscientos noventa días*. De cuyas palabras, puede colegirse probablemente que este tiempo se ha de computar desde el momento ó estado, en que el Antecristo obtendrá ya *el principado del mundo*, pues antes no cesará el «juge sacrificium.» Añade empero en este último lugar Daniel doce días á los tres años y medio arriba dichos, para denotar que aquel tiempo era preciso, y absolutamente definido, aunque según el común modo de hablar, verdaderamente se prescriba cierto número de años, sin que obste el que sobren ó falten pocos días. Y en este mismo sentido dijo San Juan: <sup>1</sup> «Conculcarán la ciudad santa por espacio de cuarenta y dos meses,» los que completan los dichos tres años y medio. Más omite los doce días, porque no completan el

1 Apocalip., IX.

mes, y, por tanto, no se computan en aquel número completo. Pero hablando de Elías y Enoch dice: «y profetizarán por espacio de mil doscientos sesenta días.» Porque el tiempo de su predicación será treinta días más breve (que el reinado de la Bestia). Igualmente en el cap. XIII: «Y se le dió potestad de obrar por espacio de cuarenta y dos meses.» En lo que se dá á entender que este tiempo será lo que dure todo el reinado y potestad del Antecristo. Y estos pasajes no pueden exponerse en sentido impropio, de suerte que se ponga un número cierto por otro incierto, ya porque el modo preciso de contar no solo los años, y meses, sino también los días y siempre con la misma proporción, claramente significa que es tiempo determinado; ya también porque jamás por semejantes números tan varios suele significarse en la Sagrada Escritura indefinidamente un número incierto, principalmente cuando se ponen no solamente números perfectos sino los imperfectos; ya también porque en otros pasages ó lugares de la Sagrada Escritura siempre se indica que aquel tiempo será brevísimo *propter electos*, como se dice en San Mateo, capítulo XXIV. Y por tanto el Apocalipsis, cap. XII y XX, le llama *modicum tempus*. De donde todos los Santos Padres, basados ya en las palabras de la Escritura, ya en estas razones, deducen que tal ha de durar la persecución del Antecristo; y añaden una razón de congruencia: que así como Jesucristo predicó tres años y medio, así se permitirá al Antecristo perseguir á la Iglesia casi por el mismo tiempo.»<sup>1</sup> Hasta aquí el testimonio de Suárez, según el cual la Bestia reinará solo tres años y medio, y en este corto tiempo obtendrá el principado del mundo; y tan persuadido estaba de esto, que no pudiendo explicarse cómo en tan corto tiempo extendiera tanto su poder, antes que admi-

1 In 3 P Sum. Th., Div. Th., q. LIX, a. VI.

tir un sentido impropio y figurado en los pasajes de Daniel y del Apocalipsis, confiesa su ignorancia, si bien en otro punto lo explica por las inmensas riquezas, que poseerá la Bestia, y por la mediación del demonio: mas si hoy viera, ya lo explicaría por el telégrafo y las vías férreas. Es, pues, cierto que el hijo de perdición reinará sólo tres años y medio, y esto no obstante, los límites de su imperio, serán los del mundo. Quedando demostrado el primer miembro de la proposición mayor de nuestro silogismo; y pasamos al segundo.

### §. III.

56. Cuando el Antecristo aparezca sobre la tierra, la Iglesia de Jesucristo se retirará, se esconderá, y desaparecerá de la haz de la tierra el culto público. Para corroborar nuestro modo de sentir, volvamos al Apocalipsis, á la historia profética de cuanto ha de suceder á la esposa del Cordero, y en él leemos: *Viéndose, pues, el dragón precipitado á la tierra fué persiguiendo á la mujer, que había parido á aquel hijo varón: y á la mujer se le dieron dos alas de águila grande, para volar al desierto, á su sitio, en donde es alimentada por un tiempo y dos tiempos, y la mitad de tiempo lejos de la serpiente.*<sup>1</sup> ¡Ahora bien: ¿quién es esta mujer que perseguida por el dragón, mediante la Bestia, se retira al desierto en donde vive tres años y medio, ó mil doscientos sesenta días<sup>2</sup>, el mismo tiempo del reinado de la Bestia, sino la Iglesia?

57. Porque la mujer de que habla San Juan en este capítulo, ó es la Virgen María, ó la Iglesia. Afirmar lo primero es absurdo, pues la tal mujer se dice que clamaba y era atormentada para dar á luz á su hijo; lo que no

<sup>1</sup> Ibid. XII, 13 et 14.

<sup>2</sup> Ibid., XII, 6.

puede admitirse respecto de la Virgen: mas no respecto de la Iglesia, toda vez que trabaja incesantemente para engendrar hijos para Dios. Y así San Pablo pudo decir con toda verdad á los de Galacia: *Hijitos míos, por quienes segunda vez padezco dolores de parto hasta formar á Cristo en vosotros*<sup>1</sup>; esto es, para engendraros en Cristo, y haceros hijos de Dios, revestidos de Aquel, según la expresión frecuentemente usada en la Sagrada Escritura, en la cual vemos se llama hijo primogénito de Dios al pueblo de Israel.<sup>2</sup>

58. Al pensar así no hacemos mas que seguir el dictamen de los Expositores sagrados, quienes entendieron que este pasaje, propia y directamente, se refiere á la Iglesia y á la persecución que sufrirá cuando el Antecristo, y á los grandes trabajos y sufrimientos, que tendrá en aquellos tiempos, ya para conservar los pocos cristianos, que habrán permanecido fieles á Jesucristo, ya para convertir á los que habrán sido presa de la Bestia y su profeta. Léanse sino Alávide y Tirini.

59. Más sentado que la muger de que aquí habla S. Juán es la Iglesia, es evidente que durante la persecución del Antecristo se retirará al desierto; pués, además de afirmarlo, como vimos, el Profeta de Patmos, es doctrina de los Santos Padres y Teólogos escolásticos, quienes no dudan sostener que el pasaje de Daniel en donde dice que desaparecerá el *juge sacrificium*<sup>3</sup> se refiere á los tiempos del Antecristo. Y en verdad, antecedentes y consiguientes y las circunstancias, con que refiere este hecho, expresan que tuvo en su mente los tiempos peligrosos del Antecristo; y no se diga que esto es contra el dogma de la indefectibilidad de la Iglesia; porque al expresar nosotros con los Santos Padres y

1 Gal. cap. IV, 19.

2 Exod., cap. IV, 22.

3 Dan., XII.

Expositores sagrados que la Iglesia desaparecerá, y que cesará de ofrecerse el sacrificio de la Misa, queremos significar que no se ofrecerá el *juge sacrificium* públicamente; esto es, cesará el culto público, solemne; queremos decir que la Iglesia se retirará á los desiertos, á las cavernas, en donde ofrecerá sus sacrificios y practicará sus actos religiosos, como lo hicieron los primeros cristianos de las catacumbas.

60. Oigamos sobre el particular á Suárez y á Cornelio Alávide: «Serán obligados los fieles, dice el primero, á abandonar todo culto de Dios, todos los ritos y todas las ceremonias cristianas, por lo que se dice en Daniel, cap. XII: «en aquel tiempo desaparecerá el *juge sacrificium*»; lo que entienden del tiempo del Antecristo San Jerónimo, Teodoro, Ireneo é Hipólito, en el cual tiempo dicen que por la acerbidad y violencia de la persecución cesará todo culto divino, que suele tributarse por los cristianos, cuya parte principal es el sacrificio de la Eucaristía..... Pero como Cristo no puede abandonar á su Iglesia de tal modo, que sea de todo punto vencida..... habrá muchos escogidos, que no serán vencidos, y en los que permanecerá la Iglesia. Y por eso en el Apocalipsis se pone siempre aquella limitación «adoraron á la Bestia todos los que habitaban en la tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida.» Los Padres citados suponen que entonces ha de haber muchos y esclarecidos mártires, que serán constantes en la fé hasta la muerte: luego igualmente en los montes y cavernas perseverarán muchos confesores, que sobrevivirán al Antecristo. Mas en estos no faltará el uso de los sacramentos y del sacrificio eucarístico en los lugares escondidos, pues los perseguidores no podrán quitar estas cosas si no tienen conocimiento de ellas: y Dios no permitirá que el demonio recorra todos los lugares escondidos, de los santos, ó que lo revele á los perseguidores. Y así se han de entender todos los escritores católicos, si alguna vez dicen que en aquel

tiempo faltará la fé en todo el orbe, ó cosa semejante.» <sup>1</sup>

Tenemos, pués, que, según Suárez, la Iglesia en tiempo del Antecristo se retirará á las cavernas, á los lugares ocultos; y que por esto no podrá decirse que faltó la Iglesia de Cristo.

61. Alápide escribe: «El Antecristo abrogará en la Iglesia el *juge sacrificium* (el cual no puede ser otro que la Misa) y todo culto de Dios y las ceremonias, mejor dicho, toda religión, como consta de Daniel.... Sin embargo, no faltará la Iglesia, la fé y la religión bajo el Antecristo....., pues esto no puede decirse; pero residirá en pocos, quienes celebrarán en lugares escondidos los santos sacrificios; y por éstos dijo Jesucristo: *serán abreviados los días* de la persecución del Antecristo.» <sup>2</sup> Es, pués, doctrina corriente entre los escritores sagrados y contenida en las Sagradas Escrituras que la Iglesia, durante la persecución de la Bestia, desaparecerá de la vista de los hombres, escondiéndose en las cavernas de los montes, de donde saldrá, cuando reunida la Bestia con todo su ejército, para librar la última batalla con los cristianos, sea muerta con la espada, que sale de la boca del que está sentado sobre el caballo blanco, y que tiene escrito en sus vestidos «Rey de reyes y Señor de los que dominan.»

62. Mas antes de su muerte incendiará la corte de los Césares. Sí, Roma será destruida, al menos estando ya para terminar el reinado de la Bestia. Esto afirma S. Juán en el Apocalipsis, en el tan citado cap. XVII, cuando dice: «Y los diez cuernos que viste en la Bestia: estos aborrecerán á la ramera, y la dejarán desolada, y desnuda, y comerán sus carnes, y la quemarán», porque ya saben nuestros lectores que esta ramera simboliza á Roma.

<sup>1</sup> In 3.m P. S. Th. D. Thoma, quæst. LIX, a. 6, sect. VII.

<sup>2</sup> Comm. in 2.m ad Thessal, cap. II.

## §. IV.

63. El Antecristo, días antes de perecer con todo su ejército, quitará la vida á los testigos enviados por Dios, dejando expuestos sus cadáveres en las calles de Jerusalén, por espacio de tres días y medio, después de los cuales resucitarán y subirán al Cielo á vista de todos. Palabras son estas en casi su totalidad del Apocalipsis, en el cual, hablando de dichos testigos, está escrito: *Y daré orden á dos testigos míos y profetizarán cubiertos de sacos, por espacio de mil doscientos y sesenta días. Estos son dos olivos y dos candeleros puestos en la presencia del señor de la tierra. Y si alguno quisiere maltratarlos, saldrá fuego de su boca y devorará á sus enemigos:..... Mas después que concluyeren de dar su testimonio, la Bestia que sube del abismo, moverá guerra contra ellos y los vencerá y les quitará la vida. Y sus cadáveres yacerán en las plazas de la grande Ciudad, que se llama místicamente Sodoma y Egipto, y donde el Señor de ellos fué crucificado. Y las gentes de las tribus y pueblos y lenguas y naciones estarán viendo sus cuerpos por tres días y medio: ni permitirán que se les dé sepultura.....; pero al cabo de tres días y medio entró en ellos por virtud de Dios el espíritu de vida. Y se alzaron sobre sus piés, con lo que un terror grande sobrecogió á los que los vieron. Enseguida oyeron una voz grande del cielo, que les decía: subid acá. Y subieron al cielo en una nube, y sus enemigos los vieron.»*<sup>1</sup>

64. Son terminantes las palabras del Apocalipsis, y únicamente pudiera objetarse que la Bestia, de que aquí se habla, no es la misma que la del cap. XIII, ó lo que es lo mismo, que no es el Antecristo; pero á esto, á más del testimonio de los Santos Padres, que citaremos, y común sen-

<sup>1</sup> Apocalip., XI. 3. et seq.

tir del pueblo fiel, opondremos las razones siguientes: Una misma es la Bestia de que se habla en dichos capítulos, si de ella se enuncian propiedades y cualidades iguales, y tal es la Bestia, de que habla San Juan en el capítulo XI, *se levanta del abismo, y del abismo sube* la de que habla en el cap. XIII. La una *perseguirá á la Ciudad Santa por espacio de cuarenta y dos meses:* y á la otra *se le dió facultad de obrar por espacio de cuarenta y dos meses.* Aquella *moverá guerra contra los profetas enviados y los vencerá*<sup>1</sup>; y á ésta *fuéle también permitido el hacer guerra á los santos y vencerlos*<sup>2</sup>. Esto arroja de sí el texto sagrado, y según Cornelio Alápide esta es la interpretación común de los Expositores. «Esta Bestia, dice, es el Antecristo, porque será cruel y feroz como una Bestia, no terrena sino infernal, como subida del abismo. Pues los demonios le poseerán, y por él ejercerán toda su furia contra Elías y Enoch, y otros santos compañeros de estos. Así conumente exponen esto los intérpretes.»<sup>3</sup> Y no se diga que por los dos testigos de que habla San Juan deben entenderse los doctores y predicadores de uno y otro Testamento, como quieren algunos, y no dos personas singulares y determinadas, porque esto es evidentemente contrario al contexto y sentido literal del pasaje citado; pues en él se dice de dichos testigos que han de venir vestidos de saco; que han de predicar por espacio de mil doscientos sesenta días, lo que dura poco menos que el reinado de la Bestia; se les llama dos olivas, dos candeleros, que tendrán poder de obrar grandes milagros; y, por último, que la Bestia les ha de quitar la vida y que sus cadáveres permanecerán insepultos por tres días y medio; todo lo cual no puede entenderse de una clase de personas; sino

1 Apocalip., XII, 7

2 Ibid., XIII, 7.

3 In Apocalip., cap. XIII, v. 7.

de dos personas, de dos hombres determinados. Este fué el sentir común de los Stos. Padres, Teólogos escolásticos y del pueblo fiel, basados en el pasaje citado de S. Juan y en otros lugares de la Sagrada Escritura; tales son el de Malaquías cuando dice: *He ahí que yo antes que venga el día grande del Señor os enviaré á Elías profeta* <sup>1</sup>; y el Eclesiástico: *Enoch agradó á Dios y fué trasladado al paraíso, para predicar penitencia á las gentes*; <sup>2</sup> y en las palabras de Jesucristo: *Elías ha de venir y restituirá todas las cosas* <sup>3</sup>, afirman ser Elías y Enoch los significados por San Juan en los dos olivos y candeleros, y á quienes la Bestia quitará la vida en Jerusalén.—Oigamos lo que escriben algunos sobre el particular.

65. San Ambrosio, sobre aquellas palabras: *puto enim* del Apóstol, dice: «Esto lo atribuye á su persona porque siempre estuvo en necesidad, y sufrió persecuciones y opresiones sobre los demás, como han de padecer Enoch y Elías que serán apóstoles en los últimos tiempos; pués serán enviados *ante Christum* para preparar al pueblo de Dios, y unir todas las Iglesias, para resistir al Antecristo, quienes sufrirán persecuciones y la muerte, según testifica el Apocalipsis». <sup>4</sup> Y Tertuliano: «Están reservados (Elías y Enoch) para morir, á fin de que con su sangre extingan el Antecristo.» <sup>5</sup> S. Agustín: «Elías ha de venir para restituir aquellos que la persecución del Antecristo haya conturbado, y esto enseña más claramente Anselmo «In Elucid. Y puede darse la razón («de porque han de venir cuando el Antecristo»); porque estos varones santísimos vendrán para resistir al Antecristo; luego vendrán cuando la persecución del Antecris-

1 Malach., IV, 5.

2 Eccles., XLIV, 16.

3 Math., XVII, 11.

4 In 1. am. ad Corinth., IV.

5 De ánima, c. L.

to esté más potente y poderosa. Y porque (como se deduce del mismo lugar del Apocalipsis) poco después de la muerte de estos precursores perecerá el Antecristo y cesará su persecución.»<sup>1</sup>—De los Teólogos escolásticos sólo citaremos á Suárez y á Belarmino. Escribe aquel: «Debe decirse que Elías y Enoch han de ser precursores de la segunda venida de Cristo. Esta afirmación ó es de fé ó muy próxima, la cual se prueba primeramente por el cap. XI del Apocalipsis.»<sup>2</sup> Y después de haber hablado del tiempo que durará la predicación de dichos testigos, concluye con estas palabras: «Después de este tiempo les matará el Antecristo, y sus cuerpos yacerán en las plazas de la ciudad de Jerusalén por tres días y medio, á la vista de todos los habitantes de aquella tierra, que se alegrarán de su muerte, y no permitirán que sus cuerpos sean sepultados. Así lo enseña el cap. XI del Apocalipsis.»<sup>3</sup> Por último, Belarmino, contestando á los que tienen esta doctrina como fruto de una pueril imaginación, dice: «Pero á nosotros no nos parece imaginación pueril, sino sentencia verísima que Elías y Enoch han de venir en sus personas; y la contraria, ó es herética ó error próximo á herejía.»<sup>4</sup> Es, pues, doctrina revelada que la Bestia ha de quitar la vida á Elías y á Enoch dejando sus cadáveres expuestos al público por espacio de tres días y medio; después de los cuales resucitarán y subirán al cielo á la vista de todos.

### §. V.

66. La Bestia hará que todos, *grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos lleven en su mano de-*

1 Lib. I. Quæst. evang. 21.

2 In 3. am P. S. Th. D. Th., q. LIX, a. VI, disp. LV, sect. II.

3 Loc. cit.

4 De Rom. Pont., lib. III, cap. VI.

*recha ó en la frente su signo ó carácter; y excluirá de sociedad del comercio humano á todo aquel, que no lleve su marca ó signo; hará también que todos los habitantes y moradores de la tierra hagan su imagen y quitará la vida á todos los que no la adoren.* <sup>1</sup> El sentido literal de estas palabras es muy claro y obvio, y está al alcance de cualquiera; y que en tal sentido deban tomarse, consta de la primera regla de interpretación de todo escrito, según la que han de tomarse en sentido propio literal las palabras de todo el que habla ó escribe, á no seguirse algún absurdo ó contradicción; y en nuestro caso nada de esto sucede, pues el único absurdo, que pudiera seguirse de tomar en su sentido propio literal las palabras citadas del Apocalipsis, sería la defectibilidad de la Iglesia, lo que es contra el dogma y promesas de Jesucristo, según las cuales durará hasta la consumación de los siglos; así como también el no poder explicarse cómo en tres años y medio, que, según el mismo S. Juan, ha de reinar la Bestia, conseguirá ésta que todos los hombres adoren su imagen y lleven en su mano derecha ó en la frente su marca ó sello.—En cuanto á lo primero, ya dijimos arriba que muchos cristianos permanecerán firmes en la fé, aunque retirados en las cavernas y lugares ocultos, en donde practicarán sus actos religiosos junto con sus sacerdotes y obispos; lo cual basta para que pueda decirse con toda verdad que la Iglesia de Jesucristo no ha desaparecido del mundo; de donde se sigue que cuando San Juan en las palabras citadas dice: «que adoraron á la Bestia todos los que habitaban la tierra,» y que hizo que todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, se resellasén con su carácter, se entienden exceptuados los pocos escogidos; á más de que el mismo San Juan cuida de expresar esto mismo, li-

1 Apocalip., XIII.

mitando el número de los que adoraron á la Bestia con las palabras siguientes: «todos cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida del cordero.»—En cuanto á la dificultad de explicar cómo en tan corto tiempo la Bestia ha de conseguir todo esto en el universo mundo, tendría fuerza, aunque aparente, en otros tiempos, más no hoy, que conocemos las locomotoras y telégrafos. No se sigue, por tanto, absurdo alguno de tomar en su sentido propio literal, y en el que le toman todos los expositores, el pasaje citado del Apocalipsis.—Y ya que con motivo de resolver las dificultades hemos notado la diferencia de los tiempos pasados y presentes para explicar y ver con claridad la rapidez, con que el Antecristo dominará el orbe y subyugará el universo todo, séanos permitido llamar la atención sobre la veracidad y sabiduría suma de los libros santos, y cómo á medida, que se acercan los tiempos y las ciencias adelantan, desaparece la obscuridad del Apocalipsis, y lo que antes pudiera parecer un imposible, y, por tanto, un absurdo, hoy se conoce sumamente asequible y fácil; brillando así más y más la divina inspiración del profeta de Patmos, que con mil ochocientos y tantos años de anticipación predijo había de suceder lo que muchos hombres grandes, como un S. Agustín, Suárez y Belarmino y todos hasta nuestros días, no pudieron explicarse el modo, en que había de suceder, y hoy el más rudo é ignorante conoce y comprende que no es un imposible, y sumamente fácil que se verifique lo pronosticado tantos años há por el autor del Apocalipsis. ¿Y esto no será bastante á probarnos más y más la divina inspiración de dicho libro y, por ende, confirmarnos más y más en la fé, que profesamos, en términos que no sean bastantes á separarnos de ella ni la espada, ni la persecución, ni la vida, ni la muerte, ó lo que es lo mismo, ni los prodigios mendaces, ni la tribulación sin igual, que ha de obrar la Bestia?—Pero volvamos á nuestro asunto.

67. Cuando el Antecristo venga, el mundo tocará á su ocaso. En verdad, entonces, como dijo Jesucristo, *los que estén en la Judea huyan á los montes, los que en el terrado no desciendan á coger algo de su casa, y los que en el campo no vuelvan á buscar su túnica,*<sup>1</sup> porque signo es este de la consumación de los siglos. Tal expresa S. Pablo<sup>2</sup> y afirman los Santos Padres y Expositores sagrados; pero este argumento lo desarrollaremos en la parte 2.<sup>a</sup>, capítulo cuarto.

68. Por último, cuando venga la Bestia se verán claras y tendrán fácil explicación muchas cosas á ella relativas y que son obscurísimas y objeto de varias controversias entre los sabios; pues propio es de toda profecía derramar copiosa luz una vez cumplida. Y pudiera servirnos de ejemplo lo que acabamos de citar del dominio universal, que la Bestia adquirirá y ejercerá en tan pocos años; de lo que no pudieron darse razón nuestros antepasados, y hoy que parece que principian ya los tiempos apocalípticos, y á cumplirse muchas de sus profecías, lo vemos fácil y claro. Pudieran también servirnos de ejemplo las profecías relativas al Mesías esperado, cuyo cumplimiento en Jesús, hijo de María, fué tan clarísimo, que sus mismos resplandores deslumbraron al pueblo judío.

#### §. VI.

69. Son, pues, ciertos, ciertísimos todos los miembros que abraza nuestra proposición mayor, y algunos de ellos con certidumbre de fé: ésto es que el Antecristo reinando sólo tres años y medio dominará el universo todo y hará que todos lleven su marca y adoren su imagen; que durante su reinado la Iglesia de Jesucristo se retirará á las catacum-

1 Matth., XXIV.

2 II. ad Thessel., II

bas, ó al desierto; y que estando ya para desaparecer de la tierra ha de incendiar á la ingrata Roma, quitando después la vida á Elías y á Enoch en Jerusalén; y que el mundo tocará á su ocaso una vez aparezca; teniendo entonces fácil explicación muchas de las cosas á él relativas.

70. Es así que aún permanecen oscuras y son objeto de disputas muchas de las cosas relativas al Antecristo, y Roma aún existe, y la Iglesia, si bien salió de las catacumbas, no ha cesado ni un instante de ofrecer ya en uno, ya en otro pueblo, pública y solemnemente el *juge sacrificium*, y de cantar himnos de gloria y alabanza al Todopoderoso, y, por último, la historia de todos y cada uno de los pueblos desde Jesucristo hasta la fecha, testifica no haberse cumplido en persona ni monarca alguno cuanto está predicho de la Bestia; luego es un hecho evidente é incontrastable que ésta aún no ha venido, y, por tanto, una impostura afirmar que lo han sido los Pontífices desde S. Bonifacio hasta nuestros días, como de cualquier otro Pontífice anterior.—No lo fué Neron, Diocleciano ni tirano alguno de cuantos han perseguido á la Iglesia; pués por grande que haya sido su persecución, no fué mas que sombra y figura de la que tendrá lugar cuando el Antecristo: y si en alguno que otro de dichos tiranos pareció cumplirse alguna nota característica de la Bestia, ni se dieron todas, ni tan extensiva y claramente como se han de dar en ésta. Se dieron algunas en ellos como sombra y figura que fueron del hijo de perdición; así como en los patriarcas y profetas se dieron notas características de Jesucristo de quien fueron tipos; y en este sentido y no en otro llamaron los Santos Padres, Antecristos á los perseguidores de los Cristianos, no de otra suerte que nosotros llamamos Judas y Neronés á los traidores y crueles; y lo mismo cabe decir de Mahoma en quien algunos quisieron ver al Antecristo.

## §. VII.

71. Siendo el Antecristo, dirá alguno, el séptimo rey, ó á lo sumo, el octavo de los significados por las siete cabezas de la Bestia, y afirmando S. Juán que los seis primeros habían ya pasado cuando él escribía el Apocalipsis, es indudable que el Antecristo vino ya; pues no es de creer que S. Juán enunciase bajo un mismo concepto sucesos que tanto habían de distar entre sí. Que tal afirme S. Juán aparece de la simple lectura del texto en que dice así: «*Las siete cabezas, son siete montes sobre los que la mujer descansa, y son siete reyes. Cinco cayeron, uno existe, el otro no vive aún.....*»<sup>1</sup> Además los Santos Padres siempre reconocieron en los Emperadores primitivos de Roma los reyes significados por S. Juán.—Hé aquí nuestra respuesta.

72. Los Santos Padres y Expositores pudieron ver en los Emperadores tiranos de los primeros siglos los reyes significados en las siete cabezas de la Bestia, dando á las palabras del texto un sentido acomodaticio, no propio; de no ser así, respetando mucho su parecer, séanos lícito sostener que no fueron los primeros perseguidores de la Iglesia y sí han de ser en los últimos tiempos. En verdad, los primeros tiranos de la Iglesia fueron mas de siete; por lo menos, se cuentan diez: ahora bién, si S. Juán quiso significar los primeros perseguidores de la Iglesia en las cabezas de la Bestia, ¿por qué en vez de siete no dijo que tenía diez? Es doctrina cierta que lo que S. Juán refiere en los capítulos últimos, especialmente lo relativo á la Bestia, es profético: empero, cuando escribía el Apocalipsis se habían dado ya dos persecuciones ó tiranos. Asimismo, es cierto, y tal afirman los Santos Padres, que el Antecristo ha de venir al fin, y ¿será verosímil y creible que S. Juán enunciase bajo un

<sup>1</sup> Apoc., XVII, 9 y 10.

mismo concepto y bajo una misma oración sucesos que habían de distar entre sí cerca de dos mil años? Es cierto, y se demuestra con argumentos intrínsecos y extrínsecos, que el Apocalipsis está escrito con orden cronológico, y esto reclama que dichos siete reyes no han pasado, sino que vendrán en los últimos tiempos, toda vez que de ellos nos habla después de que el séptimo Ángel ha tocado su corneta, cuando, según el mismo, no habrá *ya mas tiempo, sino que tocada la séptima corneta se consumará el misterio de Dios*. Es verdad que S. Juan parece decir que los seis primeros reyes habían pasado: pero es muy frecuente en los Profetas, para significar la evidencia de sus predicciones, usar del tiempo pasado y presente por el futuro. Por otra parte, había razones especiales para que S. Juan en el citado pasaje usase los tres tiempos, cuales son, entre otras, significar que dichos reyes habían de ser sucesivos (á diferencia de los diez significados por los diez cuernos de la Bestia, que serán coetáneos), lo cual expresa hasta de una manera elegante y poética, valiéndose de los tres tiempos, presente, pasado y futuro: *Cinco cayeron, uno existe y el otro no vino aún*. Por último, la ocupación de los Estados Pontificios por Víctor Manuel y su hijo Humberto parece confirmar ser reyes futuros y no pasados. En nada desvirtúa la observación los argumentos con que hemos probado que la Bestia no vino aún; es, pues, cierto, ciertísimo que está por venir.





## CAPÍTULO CUARTO.

---

### *¿Estará próximo el Antecristo? ¿Qué tiempo tardará en venir?*

Demonolatría: El Apocalipsis.--S. Pablo.--Alápide, Pastorini.--Nuestra España.--Francia.--Roma.--Notables palabras de M. Gaume.--Idem de León Taxil.--Lenguaje blasfemo predicho en los días de la Bestia.--Daniel, El Apocalipsis--Horrenda oración masónica publicada por Taxil.--Reinado del Antecristo sobre todo pueblo y nación.--La persecución se extiende á todos los países y contra todo lo religioso.--Crispi protegido ó alentado por las potestades seculares.--El idioma *volapük*.--El ferro-carril.--El teléfono.--El telégrafo.--Los globos aerostáticos.--El Semitismo y sus aspiraciones: discurso pronunciado por un gran Rabino.--Prodigios que hará el Antecristo.--El espiritismo é hipnotismo.--Cuatro palabras oportunas de la Novela titulada. «Los Espiritus de las tinieblas» por el P. Franco.--Refiérense algunos hechos.--El Antecristo hará que todos lleven su signo ó carácter, persiguiendo al que no le lleve.--El Apocalipsis.--La masonería funcionando públicamente.--Palabras del Gran Oriente Italiano á las logias.--Reyes precursores del Antecristo.--¿Será Víctor Manuel el primero de los siete reyes significados en las cabezas de la Bestia?--¿Qué tiempo tardará ésta en venir?--Las testas coronadas preparando el reinado del Antecristo--Epílogo.

### §. I.

73. **C**UAN deseada y esperada fué de los patriarcas y profetas, de los verdaderos israelitas la venida del Mesías prometido, el deseado de los collados eternos, por quien constantemente hacían votos, suplicando al Dios de las misericordias abreviase los días, y repitiendo incesantemente el *Rotare cæli desuper, et nubes pluant justum* de Isa-

ias, otro tanto fué temida de los cristianos la aparición del monstruo de iniquidad sobre la tierra; y apenas supieron por revelación divina que llegaría un tiempo en que aparecería en el mundo el enemigo más encarnizado de Cristo, quien, después de blasfemar de lo más santo, haría guerra á los cristianos, de la que fueron sombra y figura las promovidas por los Césares, les parecía oír á cada instante los pasos del monstruo, llenándose de terror y de espanto; y si bién hemos visto que hasta aquí sus temores eran infundados, quizá no podamos decir otro tanto en nuestros días; porque parecen sentirse ya los pasos del hombre-bestia, y que sus emisarios le allanan á toda prisa caminos y sendas, y hasta las ciencias con sus adelantos como que le preparan el imperio sobre toda tribu, pueblo y nación, y le proporcionan medios para obrar sus signos mendaces. A cualquier punto que dirija su vista quien tenga algún conocimiento, por pequeño que sea, de las Sagradas Escrituras, le asaltarán temores de ver señales precursoras del Antecristo: leamos sino lo que en ellas se dice de la Bestia, y observemos lo que pasa en el mundo.

74. *Toda la tierra pasmada se fué en pos de la Bestia. Y adoraron al dragón que dió el poder á la Bestia: también adoraron á la Bestia,*<sup>1</sup> afirma S. Juan, del Antecristo: y el Apóstol, hablando del mismo, dice: *El cual se opondrá sobre todo lo que se dice Dios ó se adora hasta llegar á poner su asiento en el templo de Dios.*<sup>2</sup> En estos pasajes de S. Juan y del Apóstol se predice clara y terminantemente que el mundo se separará de Dios y se acercará á la Bestia á quien adorará: se predice que en tiempo del Antecristo será restaurada la idolatría. Tal opina Alápide: «Dedúcese de aquí (dice), que al fin del mundo será restaurada la idolatría, pero que será después destruida, viniendo el An-

1 Apoc., XIII, 3 y 4.

2 II ad Thess., II, 4.

tecristo: pues querrá él solo ser adorado como Dios, según predijo Daniel.»<sup>1</sup> Lo mismo afirma Pastorini: «En aquellos desventurados tiempos (escribe) abundará la iniquidad: la propagación de la infidelidad, de la irreligión y del libertinaje será universal.... LA APOSTASÍA de la fé, el desprecio hácia los predicadores, la licencia de las opiniones, y la depravación, en fin, de las costumbres ahogarán de tal suerte la influencia de la Religión y ocasionarán tan grande corrupción entre los hombres, que muchos de ellos serán suficientemente cobardes para abandonar la verdadera fé y entregarse en brazos de la idolatría. Quizá parezca imposible esta aserción á muchos de nuestros contemporáneos y la consideren demasiado imposible, destituida de fundamento; pero ya veremos como en el Apocalipsis se hace mención expresa de la idolatría que sobrevendrá en tiempo del Antecristo. Creemos, pues, que la sorpresa que debe causar nuestro aserto disminuirá grandemente á poco que se quiera considerar la naturaleza y las disposiciones de los hombres en el siglo en que vivimos. En efecto, cuando se les vé despojarse de todo temor hácia el Ser Supremo, y de todo respeto hácia su Creador y su Señor, como parecen hacer gala los hombres de hoy; cuando se les vé correr tras de los placeres hasta embriagarse en el sensualismo, soltando el freno á todas las pasiones y dirigir todos sus cuidados á la satisfacción que les ofrece un mundo corrompido, sin cuidarse de los destinos ultraterrenales, ¿no se puede asegurar que nada hay en verdad, menos difícil que el paso ó transición de este estado al de la idolatría? Cuando se han dado ya todos los pasos necesarios que conducen á un objeto determinado, ¿debe de sorprender que llegue ó suceda lo que con tanto afán se busca?—La depravación del género humano hizo tan rá-

1 In cap. Apoc. IX, vers. 20

pidos progresos en las primeras edades del mundo, que poco á poco, divinizando las pasiones, introdujo la práctica abominable del culto de los ídolos. No ignoramos, sin embargo, que se contestará á esto:—Nosotros tenemos la dicha de vivir en un siglo más ilustrado que los de aquellos tiempos; nuestros conocimientos son más extensos y han alcanzado la perfección que no conocieron jamás los antiguos; nuestras ideas son más claras y más elevadas; las facultades humanas están ahora mejor cultivadas que nunca, y la razón, en fin, tiene tal predominio sobre todas las cosas, que se puede considerar la raza actual de los hombres como una sociedad de filósofos, si se les compara con las generaciones anteriores. ¿Cómo, pues, habíamos de retroceder con todas estas circunstancias hasta un grado tal de estupidez que volviéramos á caer en la idolatría?—Creemos, sin embargo, que este razonamiento es más especioso que sólido, porque concedido al siglo actual la ventaja de exceder en conocimientos y en adelantos de todo género á los siglos anteriores, se convendrá también en que es proporcionalmente más vicioso.—Poco importa, por otra parte, que la inteligencia esté más cultivada, si el corazón se halla corrompido, porque en este caso la experiencia nos enseña todos los días, que el hombre se abandona más fácilmente á toda clase de vergonzosos excesos. Si el filósofo orgulloso rehusa someterse á la autoridad de la religión, su doctrina será absurda, llena de contradicciones y despreciable aún á los ojos de los hombres más ignorantes de la multitud. Créese que Sócrates, Cicerón y Séneca tuvieron conocimiento de un Ser superior, pero les faltó el valor necesario para profesar públicamente su culto, y se dejaron arrastrar por su cobarde complacencia con el pueblo, hasta el punto de adorar á los ídolos de madera y de piedra y ofrecerles públicamente sacrificios.—Cuando los hombres han desterrado de su corazón todo senti-

miento religioso, cuando han llegado á romper los lazos sagrados de la justicia, en cuyo caso se encuentran muchos cristianos de nuestros días, ¿no se puede creer sin grande esfuerzo que habrá muchos entre ellos que no tendrán el menor escrúpulo en incensar á un ídolo, si por este medio encuentran la satisfacción de sus ambiciones, de sus intereses ó de alguna otra pasión favorita? No hay motivo, pues, de sorprenderse ante la idea de que la idolatría suceda á la infidelidad y á la irreligión.....»<sup>1</sup>

75. Esto escribía Pastorini un siglo há: ¿qué diría si viviera en nuestros días, cuando no hay en la tierra nación alguna católica en su totalidad? ¿No es cierto que la única que lo había sido desde tiempo inmemorial, renunció á honra tanta menospreciando y hasta blasonando de haber perdido la joya que tanto la engrandecía? Y si esto pasa en la nación que se dice más pura y que se titula católica; si Francia la titulada Cristianísima, ha llevado su furor hasta á arrojar de las escuelas por decreto del Gobierno la imagen del Crucificado; y si en Roma, Capital del mundo católico, en los días más solemnes de la Religión, como Pentecostés, se erigen monumentos á la impiedad é inmoralidad, como la estatua de Jordán Bruno, y se hacen públicas manifestaciones de odio al Cristianismo y al Pontificado, ¿qué esperarémos de aquellas naciones que no se honran con tales títulos?

76. Gaume que escribió há treinta y tres años, describe la separación de los pueblos de Europa del catolicismo en los términos siguientes: «Hablamos fundados en los hechos; vemos alzarse por doquier formidable como un gigante y siniestra como un espectro, la defección religiosa de los pueblos de Europa, el desprecio universal del Catolicismo.—¿Cuántas naciones permanecen fieles á su

<sup>1</sup> Pastorini, El Catolicismo y la raza humana, lib. II, cap. III.

Padre? Cuál es la religión de sus Gobiernos? Reconocen un poder divino que los dirija? Cómo se encuentran respecto á la celeste esposa del hombre-Dios? Hay tan solo uno cuya conducta dirija la fé, cuya constitución esté basada sobre el Evangelio? No se sientan en todos los tronos de occidente el cisma, la herejía, el odio al Catolicismo, ó la indiferencia más insultante que el odio? Quién se atreverá á decir que Jesucristo es el verdadero Dios de las naciones del siglo XIX, el rey de sus reyes y el oráculo de sus legisladores? Si de las naciones descendéis á las familias, entristecerá vuestras miradas la misma apostasía. ¿En qué se ha convertido ya el matrimonio.....? No es para la mayor parte de los hombres un innoble mercado.....? Donde están las tradiciones de fé, patrimonio hereditario de las familias? Qué se han hecho los actos piadosos celebrados en común? Cómo se comprende la educación, este primer deber de la paternidad, y del cual depende el porvenir del mundo? No es el egoísmo antisocial y anticristiano el móvil y la norma de los cuidados paternos? Sube, hijo mío, sube, elévate á mayor altura que tu padre; el término de tus estudios es un empleo brillante, y un empleo no es una *carga*, sino un dominio para explotarlo en provecho tuyo y de los tuyos. Examinad al hombre en particular. Qué veis? No están la mayor parte de ellos encadenados é inmóviles á los piés de dos ídolos, el placer y los negocios, que son las únicas divinidades que se conocen en el día....? Sabeis cuales son sus creencias al verlos hacer alarde de deistas, materialistas, panteistas y racionalistas? Y saben tal vez si son alguna cosa.....? Pueden contarse por miles los jóvenes que todos los años se pasan á las filas de la indiferencia y de la incredulidad..... Qué es el cristianismo en medio de una defección tan general? Abandonado como el Justo por sus discípulos, le cargan de cadenas y le qui-

tan la libertad que ha dado al mundo; le acusan de quererse hacer rey, le arrastran de tribunal en tribunal como á un malhechor....; le acusan por sus dogmas, por su moral, por su culto y por sus ministros..... Y el grito deicida que se oyó en el mundo, solamente una vez, en un solo día y en una sola Ciudad; este grito que no había oído jamás el mundo moderno, se ha elevado cien veces desde el seno de la Francia, y ha resonado en toda Europa. El Cristianismo nos fastidia, no lo queremos. *¡Ha pasado ya su época; jóvenes, venid á sus funerales, abridle una sepultura; está gastado..... está muerto!!!* Príncipes de los pueblos, vosotros habeis oído tan horribles blasfemias, y habeis leído tan sacrílegos errores que han volado de mano en mano en millones de libros; ¡y no habeis dicho nada! <sup>1</sup>

77. Es un hecho evidente y manifiesto la separación constante y progresiva de los pueblos de Cristo, y, por tanto, de Dios; y lo es también por acreditarlo así la historia de todos los pueblos y de todas las edades que el hombre no puede estar sin culto, sin religión y sin Dios. Primero incurrirá en la aberración de adorar á los ojos y cebollas del Egipto que estar sin Dios; y separándose constantemente del Dios verdadero, ¿á quién erigirá en su lugar sino al dragón? ¿No hay ya una secta que reconoce á este por su Dios, en cuyas aras quema incienso? León Taxíl, miembro antiguo de la logia *Los amigos del Honor Francés*, y por tanto testigo mayor de toda excepción, refiere la oración que recitan en el *grado* KADOSCH, y es como sigue: «Ven, Lucifer, ven, ¡oh el calumniado por los sacerdotes y los reyes! ¡ven para que nosotros te abracemos y estrechemos contra nuestro pecho! Mucho tiempo há que nos conoces, y que nosotros te conocemos

1 Gaume.—Hist. de la Sociedad doméstica: Discurso preliminar, párf. II.

también. Tus obras, oh el bendito de nuestro corazón, no son siempre hermosas y buenas á los ojos del vulgo ignorante; pero únicamente ellas dan buen sentido al universo, y le impiden ser un absurdo. Tú sólo animas y fecundas el trabajo, tú ennobleces la riqueza y sirves de esencia á la autoridad: tú pones el sello á la virtud.»<sup>1</sup> Y la oración de clausura de la sesión de los *grados administrativos*, está concebida en estos términos. «¡Oh tú, glorioso y eterno Dios, padre de la luz y de la vida, Supremo Arquitecto y Regulador de los mundos, guíanos en los senderos de la virtud y de la justicia! ¡Enséñanos los grandes principios fundamentales de la verdadera religión, que tengan relación con las adoraciones que te tributamos y con nuestros mútuos deberes, para que podamos ser miembros del Consejo Supremo de tu cielo!»<sup>2</sup> Es de advertir que el Supremo Arquitecto, según los masones, es Satanás, como afirma dicho León Taxil, quien también dice que una de las ceremonias de los últimos grados de la secta es quemar incienso en las aras de Luzbel. Pero aún más; ¿no es cierto que las turbas que aclamaban y victoreaban al impío Jordán en las calles de Roma, llevaban en uno de sus estandartes la imagen de Satanás? El sapientísimo León XIII nos lo dice en la Alocución que pronunció en 30 de Junio del presente año, protestando contra los atentados é insultos hechos á la Iglesia y al Pontífice en la erección de la estatua al apóstata é impío Bruno. «Y para extremar, dice, la injuria y que brille más la significación horrenda del monumento, han querido inaugurarle con gran aparato y muchedumbre. Roma ha visto en nuestros días que de todas partes han acudido gentes á sus muros, y ha presenciado el desfile de procesiones con cínicos estandartes, llenos de letreros hostiles á la religión, y hasta con la imagen del malvado espíritu que se rebeló en el cielo contra su

1 La Francmasonería—Edición pequeña—cap. IV, p.º II.

2 Ibid., cap. V, p.º II.

Creador, y que es por eso príncipe de los sediciosos y caudillo de los rebeldes.» ¿Y no será esto adorar ya públicamente al dragón, á la serpiente infernal, y hacer que las gentes se preparen para ir en pos de la Bestia? Sabemos que siempre y en todo tiempo Satanás tuvo adoradores en los países bárbaros é incultos, en donde no ha penetrado la luz del Evangelio; mas nunca tan pública y solemnemente como hoy en las naciones que se dicen cultas y civilizadas.

## §. II.

78. *Diósele asimismo una boca que hablase cosas altas y blasfemias* escribe San Juan..... *Y abrió su boca en blasfemias contra Dios, blasfemando de su nombre y de su tabernáculo, y de los que habitan en el cielo.*<sup>1</sup> Lo mismo predice Daniel<sup>2</sup> y el Apóstol.<sup>3</sup> Conocemos, pués, cual ha de ser el lenguaje de la Bestia; apliquemos ahora el oído á lo que hablan los hombres en el mundo; y ¿qué oímos sino continuas y horrendas blasfemias? Se blasfema de Dios y sus Santos, en público y en privado, por escritos y de palabra, blasfeman el rico y el pobre, el letrado é ignorante, en una palabra, se blasfema en todas partes y por todo género de hombres. ¿Quién ignora la horrible blasfemia que se profirió en el Santuario de las leyes de la católica España contra el augustísimo misterio de la Santísima Trinidad? ¿Y quién podrá enumerar las que desde entonces acá se han proferido en multitud de periódicos impíos? ¿Y quién será capaz de contar las que se pronuncian en los centros libres de enseñanza, en donde no se reconoce mas Dios que la razón individual, el yo; ni mas Verbo encarnado que el mismo hombre;

<sup>1</sup> Apoc., c. 13, v. 5 y 6.

<sup>2</sup> C. 7.

<sup>3</sup> II ad Thess., c. 2.

ni mas moral que la universal, ó lo que es lo mismo, el libertinaje y las pasiones propias de cada individuo? ¿Y tendrán número las palabras sucias y asquerosas que constantemente hieren los oídos, no solamente de los que pasean las calles y plazas, si que también de los que están recogidos en su santo retiro? ¿Y no es cierto que pocos años há era castigada por las autoridades civiles la blasfemia, como mal horrendo, y que hoy se deja en completa libertad á todo el que quiere vomitar improperios, calumnias y ultrajes mil por escrito ó de palabra contra lo mas santo? Oigamos como continúa la oración de los *kadosch*, que citamos ya y que copiamos de LA FRANCMASONERÍA descubierta y explicada por León Taxil, edición pequeña de Barcelona, página 234, concebida en estos términos: «¡Y tú, Adonai, Dios maldito, retírate, renegamos de tí! El primer deber del hombre inteligente y libre es arrojarte de su espíritu y de su conciencia, pues erés esencialmente hostil á nuestra naturaleza, y de ninguna manera dependemos de tu autoridad. Llegamos á la ciencia á pesar tuyo, al bienestar á pesar tuyo, y á la sociedad á pesar tuyo: cada uno de nuestros progresos es una victoria con la que aplastamos tu divinidad. Espíritu embustero, Dios imbécil, acabó tu reinado; busca entre las bestias otras víctimas. Ahora héte destronado y hecho pedazos. Tu nombre, que por tanto tiempo ha sido la última palabra del sabio, la sanción del juez, la fuerza del príncipe, la esperanza del pobre y el refugio del culpable arrepentido; sí, ese nombre incommunicable, Padre Eterno, Adonai ó Jehováh, desde ahora abandonado al menosprecio y al anatema, y escupido por los hombres! pues Dios, es torpeza y cobardía; Dios, es hipocresía y mentira; Dios, es tiranía y miseria; Dios, es el mal..... Mientras la humanidad se inclina ante tu altar, la humanidad, esclava de los reyes y de los sacerdotes, será reprobada; mientras que un hombre reciba el juramento de otro en tu nombre execrable, la sociedad estará fundada en

el perjurio, y la paz y el amor quedarán desterrados de entre los mortales..... ¡Dios, retírate! pues desde hoy curados de tu temor y trocados en sabios, juramos, levantadas las manos hácia tu cielo, que no otra cosa eres sino el verdugo de nuestra razón y el espectro de nuestra ciencia.» No puede decirse más; contiene dicha oración, que mejor diríamos execración, más blasfemias que palabras. Ni en tiempo del gentilismo se profirieron, ni tantas, ni tan horrendas blasfemias. ¿Será que la Bestia se aproxima y que principiamos á hablar su idioma en la tierra? Daniel, á más del lenguaje de la Bestia; dice que esta *se creará con facultad de mudar los tiempos, y las leyes*:<sup>1</sup> esto es, se creará con poder de trastornarlo todo. ¿Y no es cierto que hoy los hombres, las potestades seculares se creen facultadas para cambiar hasta el nombre de las cosas y principios del derecho? ¿No se creen árbitros y Señores absolutos, y como tales obran sin otra regla que su voluntad soberana? \*

### §. III.

79. *Y se le dió* (continúa S. Juan) *hacer guerra con los Santos y vencerlos. Y se le dió potestad sobre toda tribu, y pueblo, y lengua, y nación.*<sup>2</sup> Nada diremos de la guerra que hoy se hace á la Iglesia de Jesucristo, por deducirse de lo escrito en los párrafos anteriores y porque de ésta nos ocuparemos en el capítulo segundo de la segunda parte.—Respecto al reinado de la Bestia sobre todo pueblo y nación, queda demostrado en el capítulo anterior que este pasaje del Apocalipsis ha de entenderse literalmente. En este supuesto, ¿no existen hoy motivos más que suficientes para sospechar y temer que se prepara ya dicho reinado, y que todo conspira á este fin? La secta masónica está extendida por todo el

1 Cap. 7, v. 25.

2 Apoc., XIII, 7.

mundo, y á ella pertenecen individuos de todas clases y que ocupan altos puestos en la sociedad: y sus miras son apoderarse de las naciones todas, de quienes intenta hacer un solo pueblo, pués bien sabido es que para los masones no hay nacionalidad alguna; y en verdad que parecen conseguirlo al ver como desaparecen las costumbres, trajes, leyes y modo de ser propio de cada nación; y hasta se intenta que los hombres no hablen sino una sola lengua, un mito. Sir Albet ha legado millón y medio de francos para sufragar los gastos de la fundación de una academia de *volapiik*, y 800,000 francos para distribuirlos en premios á traducciones, publicaciones y obras en la nueva lengua universal <sup>1</sup>

¿Y qué dirémos de la rapidez, con que hoy se transmiten nuestros pensamientos, y la velocidad vertiginosa, con que se puede recorrer las cinco partes del mundo? Rapidez siempre creciente y que se hace sentir en todo el mundo, cruzándose todos los pueblos con las vías férreas: ¿no será esto preparar el mundo, para que la Bestia en su corto reinado persiga á los Santos y los venza, y extienda su poder sobre todo pueblo, lengua y nación? ¿Y no tendría Dios presente esto, cuando há mil ochocientos años reveló al desterrado de Patmos el grande imperio y la general persecución, que la Bestia había de ejercer sobre el universo mundo? Ciertamente que sí; los hombres en sus inventos y descubrimientos podrán proponerse el desarrollo del comercio y de la industria, pero Dios, sin quien nada puede el hombre, prepara el cumplimiento de sus vaticinios. Los hijos de Jacob vendieron á su hermano José, á fin de que no se cumplieran sus sueños, y no sabían que en este acto ponían una condición precisa para que José fuera ensalzado y adorado por ellos. César Augusto en el Edicto, que dió del empadronamiento de todo

1 *El Movimiento Católico*, 13 de Febrero de 1889.

el orbe se proponía conocer su grande imperio, sin saber que era instrumento de Dios para que se cumpliera la profecía de Miqueas, según la cual, el Verbo encarnado nacería en Belén. Y para valernos del símil de un escritor de nuestros días, los Romanos construían sus vías con objeto de ponerse en comunicación con los pueblos que formaban su grande imperio; pero Dios, á quien están subordinadas todas las cosas ordenaba estas vías romanas á fines más altos, á la fácil propagación del Evangelio; así también nuestros ferrocarriles y télegrafos, y los globos aerostáticos, podrá el hombre beneficiarlos para sus viajes de recreo, para abrir nuevos mercados, etc., pero Dios en los altos designios de su providencia quizá permita que sean instrumentos de su divina justicia, haciendo que de ellos se sirva la Bestia, para tiranizar bajo su imperio al mundo; ya que este, ingrato, se separa de la Providencia paternal y solícita de un Dios amorosísimo.

80. Contribuyen no poco á preparar el reinado del Antecristo las tendencias del pueblo judío, quien aspira al dominio del mundo y á la destrucción del catolicismo. Esto confiesan y publican sin rubor alguno, como es de ver en el siguiente programa judáico: «Nuestros padres han legado á los selectos de Israel el deber de reunirse por lo menos, una vez en cada siglo, al rededor de la tumba del gran Maestro Caleb, santo rabino Simeón-ben-Thuda, cuya ciencia entrega á los selectos de cada generación el *poder* sobre toda la tierra y la *Autoridad* sobre todos los descendientes de Israel.—Há ya diez y nueve centurias que existe la guerra del pueblo de Israel contra este *poder* que había sido prometido á Abrahám, pero que le había sido arrebatado por la *Cruz*. Hollado, humillado por sus enemigos, sin cesar bajo la amenaza de la muerte, de la persecución, de raptos y violaciones de toda especie, el pueblo de Israel, empero, no

ha sucumbido; y si está disperso sobre toda la superficie de la tierra, es porque *toda la tierra debe pertenecerle*.—Desde hace varios siglos, nuestros sabios luchan valientemente, y con una perseverancia que nadie puede abatir, contra la *Cruz*. Nuestro pueblo se eleva gradualmente, y cada día crece su poder. *A nosotros nos pertenece* ese Dios del día, que Aarón nos elevó en el desierto: ese *Becerro de oro*, esa divinidad universal de la época.—Cuando, pués, nos hayamos hecho *los únicos poseedores de todo el oro de la tierra*, el verdadero poder pasará á nuestras manos y entonces se realizarán las promesas que han sido hechas á Abrahám.—El oro es el poder más grande de la tierra; el oro, que es la fuerza, la recompensa, el instrumento de todo el goce, todo lo que el hombre teme y codicia: hé ahí el gran misterio, la profunda ciencia del espíritu que rige al mundo. ¡Hé ahí lo porvenir!—Diez y ocho siglos han pertenecido á nuestros enemigos; pero el siglo actual y los siglos futuros *deben pertenecernos á nosotros*, ¡pueblo de Israel! *y nos pertenecerán seguramente*.—Esta es la décima vez después de mil años de lucha atroz é incesante con nuestros enemigos, que se reunen en este cementerio, al lado de la tumba de nuestro maestro Caleb, santo rabino Simeón-ben-Thuda, los electos de cada generación del pueblo de Israel, con el fin de concertarse sobre los medios de sacar ventaja para nuestra causa, de las grandes faltas y pecados que no cesan de cometer nuestros enemigos, los cristianos.—Cada vez, el nuevo Sanhedrín ha proclamado y predicado la lucha sin cuartel contra sus enemigos. Pero en ninguno de los siglos precedentes nuestros antepasados habían conseguido concentrar en nuestras manos tanto oro (y por consiguiente tanto poder) como el que el siglo XIX nos ha deparado. Podemos, pués, lisonjearnos sin temeraria ilusión, con la idea

de alcanzar bien pronto nuestro objeto y lanzar una mirada más segura sobre nuestro porvenir.—Los tiempos de persecución y las humillaciones (esos tiempos sombríos y dolorosos que el pueblo de Israel ha soportado con tan heroica paciencia) han pasado felizmente para nosotros, gracias al progreso de la civilización entre los cristianos; y ese progreso es el mejor escudo detrás del cual podemos abrigarnos y obrar para salvar con un paso rápido y firme el espacio que nos separa todavía de *nuestro objeto supremo*.—Fijémonos solamente en el estado material de Europa y analicemos los recursos que se han procurado los Israelitas desde el comienzo del siglo actual, por el solo hecho de la concentración en sus manos de los inmensos capitales de que disponen en este momento. Así, en París, en Londres, en Viena, en Berlín, en Amsterdam, en Hamburgo, en Roma y en Nápoles, y en suma, donde están todos los Rothschild, que es en todas partes, los israelitas son *dueños de la situación financiera* por la posesión de muchos millones; sin contar que en cada localidad de segundo y tercer orden son ellos todavía los que retienen los fondos en circulación y que en *todas partes*, sin los hijos de Israel, sin su influencia inmediata, *ninguna operación financiera, ningún trabajo importante*, puede ejecutarse.—Hoy todos los emperadores, reyes y príncipes reinantes están cargados de deudas, contraídas para sostener ejércitos numerosos y permanentes, que sostengan sus tronos bamboleantes. La Bolsa cotiza y regula esas deudas, y somos en gran parte *dueños de la Bolsa en casi todas las plazas*.—Es menester, pues, que nos empeñemos en facilitar más y más los empréstitos, para convertirnos en árbitros de todos los valores, y en cuanto fuese posible, tomar en cambio, por los capitales que suministramos á las naciones, la explotación de sus vías férreas, de sus minas, de sus

selvas, de sus grandes minas y fábricas, como también otros inmuebles y áun la administración de los impuestos.—*La agricultura será siempre la gran riqueza de cada país.* La posesión de grandes propiedades territoriales valdrá siempre á sus titulares honores y grande influencia. Por tanto, nuestros esfuerzos deben tender también á que nuestros hermanos de Israel hagan *importantes adquisiciones de tierras.* Debemos, pués, fomentar en lo posible el *fraccionamiento de las grandes propiedades* á fin de hacernos su adquisición más pronta y más fácil.—Bajo *pretexto* de auxiliar á las clases obreras, es menester hacer pesar sobre los grandes poseedores de tierra todo el peso de los impuestos; y cuando las propiedades hayan pasado á nuestras manos, todo el trabajo de los jornaleros y proletarios cristianos se convertirá, para nosotros, en fuente de inmensos beneficios.—*La pobreza es la esclavitud,* ha dicho un poeta. El proletariado es el humildísimo servidor de la especulación.—Pero la opresión y la influencia son las más humildes siervas del espíritu, que inspira y estimula la astucia. ¿Y quién podrá negar que los hijos de Israel tienen ingenio, prudencia y perspicacia?—Nuestro pueblo tiene ambición, es orgulloso y ávido de goces. Donde hay luz, hay también sombra; y no sin razón *ha dado nuestro Dios á su pueblo elegido,* la vitalidad de la serpiente, astucia del zorro, el golpe de vista del halcón, la memoria del perro, la solidaridad y el instinto de asociación de los castores.—¡Hemos gemido bajo la esclavitud de Babilonia, y, sin embargo, nos hemos hecho poderosos!—Nuestros templos han sido destruidos, y hemos levantado millares de templos en su lugar!—¡Durante diez y ocho siglos fuimos esclavos, y en el siglo presente nos hemos levantado y colocado por encima de todos los demás pueblos!—Se dice que un gran número de nuestros hermanos de Is-

rael se convierten y aceptan el bautismo cristiano. ¡Qué importa! Los *bautizados* pueden *servirnos perfectamente*; pueden ser, en favor nuestro, auxiliares para marchar hacia nuevos horizontes que nos son todavía actualmente desconocidos, pues los *neófitos* están siempre vinculados á nosotros y, á pesar del bautismo de su cuerpo, sus almas permanecen siempre fieles á Israel. Dentro de un siglo á lo más, ya no serán los hijos de Israel los que quieran hacerse cristianos, pero sí los cristianos los que se plegarán á nuestra Santa Fé; *más entonces Israel los rechazará con desprecio*.—Siendo como es la Iglesia cristiana uno de nuestros más peligrosos enemigos, debemos trabajar con perseverancia para menguar su influencia.—Es, pues, necesario inocular en lo posible, en las inteligencias de los que profesan la religión cristiana las ideas del libre pensar, del excepticismo, del cisma; y provocar las cuestiones religiosas, tan naturalmente fecundas en divisiones y en sectas, en el Cristianismo. Lógicamente, hay que comenzar por denigrar á los Ministros de esta religión. Declarémosles una guerra abierta; provoquemos sospechas sobre su devoción y sobre su conducta privada, y por el ridículo y la befa acabaremos con la consideración guardada al estado y al traje.—La Iglesia tiene por enemiga natural á la luz, que es el resultado de la instrucción, efecto natural de la propagación múltiple de las escuelas. Afanémonos en ganar influencia sobre los jóvenes alumnos.—De la idea del progreso fluye como consecuencia la igualdad de todas las religiones, y esto á su vez conduce á la supresión de las lecciones de Religión Cristiana en los programas de estudios. Los israelitas, mediante habilidad y ciencia, obtendrán sin dificultad las cátedras y los puestos en las escuelas cristianas. De este modo, la educación religiosa quedará relegada á la familia, y como á la mayor parte

de las familias falta el tiempo para vigilar esta rama de enseñanza, el espíritu religioso menguará y poco á poco desaparecerá completamente.—Cada guerra, cada revolución, cada conmoción política ó religiosa, ocurrida en el mundo cristiano, acerca el momento en que llegaremos al fin supremo, hácia el cual tendemos.—El comercio y la especulación, dos ramas fecundas en pingües beneficios, jamás deben salir de las manos de los israelitas. Y desde luego es menester *acaparar el comercio de alcoholes, de manteca, de pan y de vino; porque por ese camino nos haremos señores absolutos de toda la agricultura y en general de toda la economía rural.* Seremos los dispensadores de granos para todos, pero si sobreviniesen algunos descontentos, producidos por la miseria entre los proletarios, siempre nos será fácil arrojar la responsabilidad sobre los Gobiernos.—Todos los empleos públicos deben ser accesibles á los israelitas, y una vez dueños de ellos, mediante la obsequiosidad y la perspicacia de nuestros factores, sabremos penetrar hasta la primera fuente de la verdadera influencia y del verdadero poder. Entiéndase que no se trata aquí sino de esos empleos que traen consigo honores, poder y privilegios; *porque los que exigen saber, trabajo y asiduidad, esos pueden y deben ser abandonados á los cristianos.*—La magistratura es para nosotros una instrucción de primera importancia. La carrera del foro es la que más desarrolla la facultad de la civilización y la que mejor inicia en los negocios á nuestros enemigos los cristianos, y por ahí podremos reducirlos á nuestra merced.—¿Por qué no han de ser los israelitas ministros de Instrucción pública, si á menudo han tenido la cartera de Hacienda?—Los israelitas deben también aspirar al rango de legisladores, con la mira de trabajar en la abrogación de las leyes hechas por los *goins* (infeles pecadores) contra los hijos

de Israel, verdaderos fieles por su invariable adhesión á las santas Leyes de Abrahám.—Por lo demás, sobre este punto, nuestro plan se aproxima á la más completa realización, porque el progreso, casi en todas partes, nos ha reconocido y acordado los mismos derechos cívicos que á los cristianos; más lo que importa obtener, lo que debe ser objeto de nuestros incesantes esfuerzos, es una ley menos severa sobre la *Bancarrota*. Haremos de ella para nosotros una mina de oro, más rica de lo que fueran en otro tiempo las de California.—El pueblo de Israel debe enderezar su ambición hácia ese alto grado de poder, de donde dimanar la consideración y los honores. El medio más eficaz para llegar á él es conservar ascendiente sobre todas las asociaciones industriales, financieras y comerciales.....

Nosotros no debemos ser ajenos á nada que conquiste un lugar distinguido en la sociedad: filosofía, medicina, derecho, música, economía política, en suma, todos los ramos de la ciencia, del arte y de la literatura, son un vasto campo donde el éxito debe coronarnos y poner de relieve nuestras aptitudes. Así, hasta la producción de una composición musical, aún cuando solo fuere mediocre, nos brindará razón plausible para levantar un pedestal y rodear de una aureola israelita á su autor. En cuanto á la ciencia médica y filosofía, ellas deben igualmente formar parte de nuestro dominio intelectual. El médico es iniciado en los mas íntimos secretos de la familia, y tiene, como tal, entre las manos, la salud y la vida de nuestros mortales enemigos, los cristianos.—Debemos fomentar las alianzas matrimoniales entre Israelitas y cristianos; porque el pueblo de Israel, sin riesgo de perder en ese contrato, no puede sino sacar provecho de semejantes uniones.—La introducción de una mínima cantidad de sangre impura en nuestra raza, elegida por el Señor, no podría corromperla; y nuestros hijos y nuestras hijas pro-

porcionarán, con esos matrimonios, alianzas con las familias cristianas en posesión de algún influjo y poderío. En cambio del dinero que daremos, justo es que obtengamos el equivalente en influencia sobre todo lo que nos rodea. El parentesco con los cristianos no nos desviará de la senda que nos hemos trazado; por el contrario, con un poco de habilidad, nos convertirá, en cierto modo, en árbitros de su destino. Sería además deseable que los israelitas se abstuviesen de tener por *concubinas* á mujeres de nuestra santa religión, y que las escogiesen para ese fin entre las *vírgenes cristianas*. *Reemplazar el sacramento del matrimonio en la Iglesia por un simple concubinato ante una autoridad civil cualquiera, sería para nosotros de grandísima importancia, pues entonces las mujeres cristianas afluirían á nuestro campo.*—Si el *oro* es la primera potencia de este mundo, el segundo es sin disputa la prensa. Pero ¿qué puede la segunda sin el primero? Como no podemos realizar todo lo que se ha dicho y proyectado mas arriba, sin el auxilio de *la prensa*, es menester que los nuestros presidan la dirección de todos los diarios en cada país.—La posesión del *oro*, la habilidad en la elección y el empleo de los medios para plegar las capacidades venales, nos harán árbitros de la opinión pública y nos darán el *imperio sobre las masas*.—Marchando así paso á paso, por esta senda, y con la perseverancia que es nuestra gran virtud, pondremos de lado á los cristianos y anularemos su influencia. Dictaremos al mundo aquello en que debe tener fé; lo que debe honrar y lo que debe maldecir. Tal vez se alzarán algunas individualidades contra nosotros y nos lanzarán la injuria y el anatema; pero las masas dóciles é ignorantes, nos escucharán y tomarán nuestro partido. Una vez dueños absolutos de *la prensa*, podremos cambiar á nuestro antojo las ideas sobre el honor y sobre la rectitud de carácter; sacudir y asestar el primer golpe á esa institución *sacrosanta* hasta el presente, *la familia, y con-*

*sumar su disolución*; extirpar la creencia y la fé en todo lo que nuestros enemigos, los cristianos, han venerado hasta ahora; y forjando un arma del ímpetu de las pasiones, declaramos guerra abierta á todo lo que todavía se respeta y venera.—¡Compréndase y tómesese buena nota de todo, y que cada hijo de Israel se penetre de estos verdaderos principios! Crecerá entonces nuestro poder cual árbol gigantesco, cuyas ramas darán esos frutos que se llaman *riqueza, goce, felicidad, poder*..... Es menester sostener hasta cierto punto, el proletariado; someternos á los que tienen el manejo del dinero. Por este medio sublevaremos las masas cuando lo queramos; las impeleremos á los trastornos, á las revoluciones, y cada una de esas catástrofes hará dar un gran paso á nuestros íntimos intereses y nos aproximaremos rápidamente á nuestro único objeto: *el de reinar sobre la tierra*, como fuera prometido á nuestro padre Abrahám.» Hasta aquí el programa ó discurso pronunciado por un gran Rabino de Israel y que nosotros copiamos de *La Restauración*, año IV, núm. 22. En suma, el pueblo judío y francmasonería, dueños del poder y del oro y enemigos implacables del cristianismo, le han declarado guerra á muerte é intentan subyugar al mundo, haciendo de él un solo pueblo, favoreciéndoles á este fin hasta los mismos adelantos de las ciencias. ¿Será que la Bestia llama á las puertas del mundo, y que la Providencia, que dispone suavemente todas las cosas, permite por nuestros pecados se prepare el reinado de aquella sobre todo pueblo, lengua y nación?

81. Examinemos ahora algunos caracteres distintivos de la Bestia. De San Juan son las siguientes palabras: *E hizo grandes signos* (la Bestia y su profeta) *hasta hacer bajar fuego del cielo á la tierra. Y sedujo á los habitantes de la tierra con los prodigios que se le permitieron obrar*..... *También se le concedió el dar espíritu y habla á la imagen*

*de la Bestia* <sup>1</sup> Estos signos, dice S. Pablo <sup>2</sup> que serán *mentaces*, ya porque los obrará en confirmación de la mentira y para engañar á los hombres, ya porque su causa eficiente, como insinúa el mismo Apóstol, será Satanás, padre de la mentira; ya también porque muchos de ellos serán aparentes y efectos de causas físicas desconocidas, por lo que Jesucristo no les llama milagros y sí prodigios. <sup>3</sup> Ahora bién: desde que fué arrojado el demonio del mundo, y desde que enmudecieron los oráculos de Delfos y las pitonisas de Endor, y desaparecieron los magos y encantadores, jamás hubo en el mundo tantas adivinaciones y adivinos, magos y encantadores como hoy. ¿No es cierto, por desgracia, que se consulta al demonio mediante las mesas rotantes, espiritistas, magnetizadores, sonámbulos, mesmeristas é hipnotistas, y que el demonio, por permisión divina, contesta y obra y hace prodigios por su mediación? Y no se diga que los efectos producidos son efectos naturales, debidos á causas físicas, si bien desconocidas; porque, á más de negar hombres instruidos, químicos y físicos excelentes, que tales efectos sean hijos de causas naturales físicas, tenemos los católicos, para quienes principalmente escribimos, el testimonio de la Iglesia, que repetidas veces ha condenado el uso del magnetismo; á más de que la razón misma dicta que no todos los efectos producidos por el magnetismo é hipnotismo puedan atribuirse á causas físicas, y sí muchos de ellos al demonio. Pues qué ¿podrá ser hijo de leyes físicas que un magnetizado é hipnotizado adivine los pensamientos, hable idiomas desconocidos, vea la causa de las enfermedades internas, conozca su lugar, su desenvolvimiento, su duración y señale los remedios, que han de aplicarse para curarlas? ¿Lo será asimismo leer cartas y libros cerra-

<sup>1</sup> Apocalip., XIII, 13, 14 et 15.

<sup>2</sup> 2.º ad Thess., XV, 9.

<sup>3</sup> Math., XXIV, 24.

dos, cumplir una orden puramente mental, predecir los sucesos futuros, aunque dependan de una causa libre y contingente, conocer los secretos de las familias, saber lo que de presente sucede en lugares distantes, y ver los objetos y personas que hay en una casa, sin haber estado nunca en ella, señalando cómo y de qué manera están colocados los primeros y en qué se ocupan las segundas? No y mil veces nó. Y es tan evidente que no pueden atribuirse á causas físicas dichos fenómenos, que muchos, antes de ver la intervención del demonio, optan por negar la realidad de dichos efectos. Pero á estos les diremos: 1.º, que hemos tenido consultas de personas, que presenciaron muchos de los efectos dichos, y algunos de ellos fueron obrados no por personas hipnóticas y magnetizadas, y sí por un hombre rústico, despierto y en el uso de todos sus sentidos y potencias y que nada tenía de santo; y 2.º les diremos con el Emmo. Cardenal, Fr. Ceferino González: «Sería preciso echar por tierra las leyes morales de la vida social y adoptar un excepticismo histórico, tan contrario á la razón como al sentido común, pretender que centenares y millares de hechos, verificados unos en presencia de hombres prevenidos contra su realidad, de médicos, de académicos y de sabios; realizados otros en presencia de multitud de hombres honrados y de personas de todas clases, edades y condiciones y atestiguados los más por hombres serios, en periódicos, revistas y libros de todo género, no eran más que fraudes ó ficciones vanas sin realidad alguna.» <sup>1</sup> Es, pues, indudable y sólo un excéptico podrá negar que el demonio obra ya prodigios. ¿Y no serán estos, ensayos de los que hayan de obrar la Bestia y su falso profeta? Sí, mil veces sí. Confirma esto mismo el fin que se proponen los que tales prodigios obran, que no es otro, según propia confesión, que desvirtuar los milagros recono-

1 Filosofía Elemental, Tom. II, pág. 249.

cidos por la Iglesia. «Jesucristo, dice uno de ellos, sanaba á los enfermos magnetizándolos, y fué el más prodigioso de los magnetizadores.»<sup>1</sup> Las curaciones, dice otro, atribuidas á ciertas reliquias son efecto de la confianza y de la imaginación.<sup>2</sup> ¿Y qué diremos de los grandes descubrimientos físicos, como el fonógrafo y teléfono? ¿No contribuirán estos mucho para los signos mendaces de la Bestia; por ejemplo, para hacer hablar su imagen y engañar á los incautos, como las cabezas parlantes? Todo, todo en verdad parece decir que se ensayan ya los profetas precursores del Antecristo en sus signos mendaces y que principia á cumplirse lo que el Vidente de Patmos anuncia de los grandes portentos que obrará el antagonista de Cristo, con los que seducirá á muchos.

82. Escritas las anteriores líneas, llegó á nuestras manos la versión española de la Novela histórica titulada «Los Espíritus de las Tinieblas por el padre Juan José Franco, de la Compañía de Jesús», cuyo prólogo dice así:.... «Dar á conocer con toda exactitud, aunque en forma novelesca, los fenómenos, las vicisitudes, los hechos reales é históricos, los efectos del Espiritismo; tal es en pocas palabras el objeto del presente libro que ofrezco á la atención del benévolo lector. Mas ¿por qué,—preguntará, tal vez, alguno,—por qué dar alas á fantasías ligeras con aventuras imaginarias y peligrosas, después que la ciencia ha demostrado que los fenómenos espiritistas quedan reducidos á farsas de saltimbanquis? A esta cuestión dará cumplida respuesta la presente novela, pues no quiero anticipar aquí un tratado completo sobre la materia. Fuera de que cuantos ven algo más allá de su alrededor no ignoran que las prácticas del Espiritismo, cuyas memorias se confunden con las más remotas tradiciones de la humanidad, han vuelto á pulular en

1 Donato.—Revista de ciencias fisiológicas, n.º 1—París, 10 de Febrero de 1886.

2 Beruheim, haciendo suyas las palabras de Pedro Pomponazzi, *La sugestión*, pág. 200.

nuestro siglo con increíble ardimiento, hasta el punto de invadir la sociedad culta. Presento aquí hechos acaecidos en presencia de millones de espectadores, doctos algunos de ellos y nada inclinados á la credulidad; hechos renovados en todas las partes del mundo, en circunstancias las más opuestas. Sólo en los Estados-Unidos se contaban años atrás unos sesenta mil *mediums*, esto es, intermediarios entre los espíritus y sus consultores: escritos de todas las categorías y periódicos al servicio de la secta, en número mucho mayor de lo que se cree, se esfuerzan en dilatarla entre el pueblo, mientras multitud de personas doctas, académicos, magistrados, y hasta no pocos príncipes y monarcas, la cultivan y secundan: las sociedades y asambleas de experimentadores se multiplican en las grandes ciudades y aún en poblaciones pequeñas: en cientos y miles de familias las consultas de los espíritus se convierten en cotidiano entretenimiento: innumerables personas viven en comercio continuo con las pretendidas almas protectoras y con ellas conversan día y noche á su placer; y se encuentran á cada instante personas prudentes y juiciosas que os dicen con el mayor aplomo: Yo lo he visto, yo lo he tocado. Si todo este conjunto—sin contar lo muchísimo más que podría añadir—no basta á dar fé racional y cierta, hagamos una hoguera con todas las historias antiguas y modernas, ya que ninguna hay por ventura provista de más y mejor autorizados testimonios que los hechos del moderno Espiritismo. Quisiera por último decir una palabrita al oído de ciertos hombres de bién, muy pagados de sí mismos porque rechazan lo que el vulgo comunmente admite. No hay que hacer con las divulgadas creencias un solo haz, pues unas son fundadas y otras vanas, por lo que es preciso estudiarlas, pesarlas bién y hacer la elección á ciencia cierta. No se aperciben esos tales de que en la cuestión espiritista presantan al diablo un gran servicio guardándole las espaldas, pues

mientras la Iglesia anatematiza las prácticas espiritistas, ellos dicen al pueblo, alborotando temerariamente: «No temais; eso son jugarretas de saltimbanquis.» ¿Qué sucedería si prevaleciera semejante temeridad? Que, aún en los países católicos, los curiosos que tanto abundan, y mas aún las curiosas se entregarían á ella de cabeza, no retenidos ya por la conciencia, como por desgracia sucede en los países cismáticos y protestantes, donde las hechicerías espiritistas cunden sin cesar; lo cual es precisamente lo que quiere Satanás. Reflexiónenlo ciertos bachilleres que desde la cumbre de su ciencia hablan como doctores de lo que ni siquiera han estudiado, y se lisonjean de sobrepujar á todo el género humano con solo decir: «No lo creo, no lo creais.»

83. Para que nuestros lectores puedan juzgar de la realidad de los hechos, copiamos de dicha «Novela histórica» los siguientes fenómenos espiritistas. En el cap. 47, después de referir el voltear de las sillas en una reunión habida en Roma, continúa diciendo: «Mas todo esto fué nada en comparación con un fenómeno aún más extraño, que bién pronto hizo olvidar los anteriores. Una ventana de la sala que daba á un pequeño patio de la casa, se abrió de pronto de par en par, y se vió entrar por el aire un joven que fué á caer, ó mejor dicho á quedar sentado sobre una silla á la manera que se posa un pájaro sobre una rama. Un grito de estupor se escapó de todos los labios, y cuantos allí estaban reunidos, se agruparon, rota la cadena, en torno al huésped llovido del cielo que era un hermano conocidísimo y asiduo concurrente á la reunión, y á quien marearon á preguntas. Después de dejar pasar aquel primer entusiasmo, el presidente rogó al joven que contara tranquilamente lo que le había sucedido, á lo que sin la más mínima turbación contestó éste, haciendo observar ante todo que, «ni un solo pliegue de su traje estaba descompuesto, ni alterado poco

ni mucho el estado físico y moral en que se hallaba un instante antes de que los amigos rogaran á los espíritus que le llevaran á él allí.» Confesó luego que su caso debía ser atribuido á los hermanos que le habían deseado. Y esto era ciertísimo: porque tres ó cuatro de los allí presentes habían deseado que él fuera testigo de la admirable danza de las sillas, y habiendo él conocido el deseo de sus hermanos, se había confiado á los espíritus para que lo satisficieran, sin que nada hubiera visto ni sentido por el camino, ni nadie, según creía, le hubiese visto á él durante su viaje aéreo..... En otra asamblea celebrada en Florencia se dieron los fenómenos siguientes: «Formada la cadena de manos en rededor de una mesa, entró él (Señor Home) también en ella dando las manos á dos señoras, cuya fé espirítica habían encomiado frecuentemente las relaciones florentinas impresas. El solo hecho de sentarse y dar las manos á sus vecinas pareció dar fuego á una mina; tal fué la súbita conmoción de todos los objetos circustantes. El pavimento trepidaba como agitado por un temblor de sobresalto; las paredes parecían inclinarse, como los costados de una nave asaltada por el temporal, y amenazaban sepultar en su ruina á los circunstantes. Era cosa terrible el verlo. En cuanto á los diferentes muebles que adornaban la sala, no había uno que se estuviera quieto. Dos jarros de flores artificiales que había al lado de un reloj de péndulo sobre la chimenea se mecían y chocaban contra el globo de cristal que cubría el reloj, sin romperle; los candelabros hollaban una bandeja llena de tazas para café, y estas daban estrepitosamente con las demás bagatelas que á su lado estaban; sillas, cajitas, veladores y mesitas parecían azogadas, según se movían rebullendo.—Todo esto estaba más ó menos previsto: más lo inesperado fué el furor que acometió á la mesa de en medio sobre la

cual tenían todos apoyadas y unidas formando cadena las manos. Movíase y coceaba como animal enfurecido, mugía, rechinaba y temblaba; avanzaba á veces contra alguno de los circunstantes, con súbito movimiento le estrechaba y oprimía lanzándole lejos de sí con el sillón y todo. Era imposible conservar la cadena, pues los perseguidos tenían que defenderse de aquella furia. Levantáronse entonces algunos señores, cogieron la mesa y con todas sus fuerzas trataron de sujetarla en su sitio. Vano intento: la mesa dió una sacudida y se levantó libre y gallardamente por el aire. Al descender nuevamente sobre el pavimento, tres hombres sentáronse sobre ella para obligarla á permanecer en tierra, pero en vano: alzóse de nuevo y se puso á voltear en el aire por la habitación, arrastrándose consigo á los tres valientes que llevaba encima..... No había en la sala instrumento alguno, y con todo se oían tonadas y sonidos alegres que parecían bajar de lo alto del techo; y luego lúgubres melodías que subían de los cimientos de la casa. En breve los sonidos armoniosos se trocaron en rugidos de tempestad, retumbó el trueno y parecía que estallara el rayo en medio de la sala.—Soplaba, por añadidura, un viento frío como tramontana invernal que atravesando los vestidos helaba los miembros, y á más de esto vinieron manos invisibles, pero no obstante sensibilísimas, porque con inesperada petulancia pellizcaban, manoseaban, golpeaban, oprimían las espaldas, se apoyaban en las rodillas, cogían el cuello y sofocaban el pecho de los allí presentes. Y, sin embargo, todos estos tenían sus manos entre las de sus vecinos formando corro, y en la sala, que estaba inundada de luz, no había nadie más. A los hermanos angustiaba aquello en gran manera, y á algunas de las hermanas no menos las indignaba: pero era en vano, porque todos habían ido allí á ponerse á merced de las

espiríticas manos, y era preciso aguantarse. Érales tanto más molesto aquel ludibrio, cuanto que si alguna vez parecía acariciar, más frecuentemente ofendía con el tacto, helaba, quemaba y era áspero por la rudeza y tosquedad. A lo cual se agregaban besos de bocas frías y cadavéricas: daba uno vuelta para evitarlos en un carrillo cuando le chasqueaban ya en la otra mejilla; hacíanse otras, y entonces sentían el beso los labios, acompañado de un hálito sepulcral.—Plúgoles al fin á los espíritus tangentes y besuqueadores manifestarse un poco, pero nada cortesmente en verdad; porque las manos comenzaron á parecer acá y acullá visibles. Parecían de cera y terminaban en la muñeca. Las había varoniles, femeninas, grandes y pequeñas, bien formadas y groseras, y entre ellas se veían algunas bellas y negras. Hubo en la asamblea quien quiso asegurarse tocando una de aquellas manos cortadas, pero fué como pisar una víbora, tan de repente la mano se resintió con un apretón estrechísimo, que dejó para muchos días la huella de los cinco dedos, lívida y dolorosa.—El Señor Home, á quien rogaron que pusiera término á tales medrosos fenómenos, no contestó una palabra: estaba fuera de sí, absorto en la catalepsia magnética, pero no trascurrió mucho tiempo sin que una ráfaga de viento cambiara la escena y el escenario. Las numerosas luces que ardían en derredor fueron apagadas por aquel soplo de aire, y la reunión quedó en profunda oscuridad, que tampoco duró mucho, pues comenzó á alborear una aurora fosforescente que se convirtió pronto en nimbo luminoso y se trocó finalmente en meridiana claridad difundida con igualdad por toda la sala. El presentimiento de alguna importante novedad hacía latir todos los corazones, y el silencio que allí reinaba era profundísimo. Interrumpíalo tan solo de vez en cuando el Señor Home para decir á los de su lado:

Detenedme..... aguantadme..... coged firme las manos..... los piés..... Hacían para ello esfuerzos las dos condesas que á su lado tenía; un señor se puso á sus piés y se los tenía sujetos al pavimento, y con mayor brío cuando Home daba ciertos tirones, como de corcel que se desboca. Pero todo fué inútil. Irguióse el jero-fante, escapóseles de entre las manos, se puso en pié rodeado de rayos de luz, y poco á poco se elevó por el aire hasta el techo. Dos ó tres veces se renovó el fenómeno, y en la última subida trazó con lápiz un triángulo en el techo. Un círculo de estrellas rodeó su cabeza, y una más brillante lucía sobre su frente. Un rato permaneció allá arriba rodeado de aquel nimbo de gloria, y luego, tal como subiera, sin precipitación ni sacudida, descendió, como se posa en el prado el copo de nieve.)»<sup>1</sup> El autor prueba la realidad y verdad de estos hechos citando en alguno de ellos el año y lugar, (omitiendo por caridad y delicadeza el nombre de las personas concurrentes á dichas asambleas espiritistas) y nombrando los periódicos de la secta en que fueron publicados dichos fenómenos sorprendentes y que parecen ser ensayos para otros mayores que ha de obrar la Bestia y su profeta. Porque, si bién es verdad que siempre y en todo tiempo hubo magos, hechiceros y brujas, porque siempre y en todo tiempo ha habido hombres que amaron más las tinieblas que la luz, que amaron más á Satanás que á Jesucristo, también lo es que á medida que avanza el reinado de Satanás, que á medida que crece el número de espiritistas, decrece el de verdaderos hijos de Dios; y estando hoy como está tan extendida la secta espiritista, nos prueba que el mundo se separa de Jesucristo para caer en manos y ponerse bajo el imperio de la Bestia ó Antecristo.

1 Cap. 51.

## §. IV.

84. Continuemos examinando los caracteres del Antecristo, y desprendidos de toda preocupación, pensémosles atentamente.

Dice el discípulo amado de Jesús: *Y hará que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, tengan el carácter en su mano derecha ó en sus frentes: y que nadie pueda comprar ó vender, sino el que tiene el carácter ó el nombre de la Bestia ó el número del nombre de ésta.*<sup>1</sup> Es público y notorio que existe en el mundo una sociedad, cuyos individuos llevan en su brazo ciertos signos, por los que son conocidos. ¿Será esto preparar á los hombres para que algún día lleven en sus brazos ó frente la divisa de la Bestia? Asimismo, hoy la mejor recomendación para obtener un empleo ó altos puestos en la sociedad es hacer alarde de libre-pensador; y al contrario, se procura alejar de todo empleo público al verdadero y sincero católico. En un reciente discurso de M. Freppel, Obispo de Angers, dice este sabio Prelado que los privilegios hoy son para los judíos, protestantes, masones y libre-pensadores; hoy es raro ver á un católico verdadero en un empleo de categoría<sup>2</sup>. El Gran Oriente de Italia, en una circular dirigida á los masones de aquella nación y publicada en el periódico de Palermo, «L' Arco», entre otras cosas dice lo siguiente: «Deben procurar (los H. H... M...) que no se den títulos, salvo casos excepcionales, á personas católicas, ó que se prevea que conserven afecciones católicas; las escuelas municipales, los asilos, gimnasios, liceos y escuelas técnicas, según las circunstancias, han de ser ó indiferentes ó contrarias al Catolicismo, enseñando en ellas teorías y

<sup>1</sup> Apoc., XIII, 16 y 17.

<sup>2</sup> *El Movimiento Católico*, año II, núm. 82.

costumbres naturalistas y libres, ajenas á toda preocupación religiosa. Las escuelas superiores deben estar en poder de los H. H.... ó sus afines; pués la lucha, que hasta hoy se ha sostenido, ha sido débil; es preciso que se inicie con franqueza.» Nada tenemos que añadir, habla un testigo de mayor excepción; únicamente diremos que esta sociedad antes oculta en los antros, hoy se manifiesta con todo cinismo y adquiere carta de vecindad en casi todas las naciones y parece apoderarse del mundo. ¿Será esto preparar el terreno para un día, quizá no distante, dar el decreto de exclusión de la sociedad y de esterminio contra todo aquel que no lleve en su mano derecha ó frente, la marca de la Bestia?

#### §. V.

84. Óigase otra vez á S. Juan quien dice: *Las siete cabezas, son siete montes, sobre los que la mujer está sentada, y son siete reyes..... Y la Bestia, que era y no es: y ella es la octava: y es de los siete, y vá á perecer.* <sup>1</sup> Según estas palabras de S. Juan, y según la interpretación de los Santos Padres y Expositores sagrados, el séptimo de estos reyes es la Bestia ó el Antecristo, quien será precedido de los otros seis, significados también por las cabezas de la Bestia, sobre que descansaba la meretriz. Hemos enunciado que dichos siete reyes no han venido aún, y que cuando vengan, tendrán su corte en Roma. Hay un hecho público y notorio, consumado contra toda ley, á despecho del mundo católico; ya comprenderán nuestros lectores que aludimos al despojo del poder temporal del Papa, verificado por Víctor Manuel y continuado por su hijo, Humberto. Es de admirar y debe llamar la atención de todo hombre medianamente pensador que en quince siglos de poder temporal

<sup>1</sup> Apoc., XVII, 9 y 11.

del Papa, á contar desde Constantino el Grande, ú once desde Pipino y su hijo Carlomagno, ningún monarca extraño sentase sus reales en la capital del mundo católico hasta Víctor Manuel y su hijo, Humberto, no obstante haber atravesado los Pontífices por circunstancias muy críticas y verse precisados varias veces á salir de Roma y fijar su residencia por largos años en Ciudad estraña; tal fué Aviñón. ¿Será que Víctor Manuel fué el primero, y su hijo, Humberto, el segundo de los seis reyes que han de preceder en Roma á la Bestia ó Antecristo, y que el cañonazo que abrió la Puerta Pía fué el signo de que se ponía el fundamento, la primera piedra del reinado de éste? Si el Pontífice, obligado, sale de Roma, según de público se dice, ó si pasa la generación que conoció al Papa-Rey sin que le sean devueltos sus Estados y sin que cambie el estado actual de cosas en la corte de los Césares, dada cualquiera de estas dos hipótesis, no dudamos contestar afirmativamente á la pregunta que anteriormente hacemos. Mucho esperamos de los Congresos Católicos, y más aún, de las oraciones de los justos, y muy especialmente de las del Vicario de Cristo en la tierra, el sapientísimo é inmortal León XIII, cuya fortaleza y serenidad de espíritu en medio de tantas tribulaciones y sin semejante en la historia, nos llena de esperanza y aliento; no obstante razones poderosas que omitimos, por no ser oportuno manifestarlas ahora, nos hacen abrigar serios y fundados temores de que ha sonado en el reloj de la Providencia la hora de los reyes precursores del Antecristo. Si tal fuera, hasta éste restan cuatro, ó á lo sumo, cinco; y suponiendo que se hayan de suceder sin solución de continuidad, y dando á cada uno por término medio un reinado de veinte años, resulta que hasta el Antecristo faltarán de ochenta á cien años próximamente, pues es de advertir que este cálculo no es matemático. Podríamos notar aquí la coincidencia de este cálculo con la

opinión de los talmudistas de la que hablaremos en la segunda parte, y con varias expresiones de la sagrada Escritura y revelaciones particulares; pero no insistiremos más sobre este punto.

85. Queda demostrado en otro lugar que la abominación de la desolación de que nos habla Jesucristo en el cap. XXIV de S. Mateo y XIII de S. Marcos, si bién puede referirse á la desolación de Jerusalén, ha de tener su pleno y principal cumplimiento en el Antecristo, quien, según los Santos Padres y Expositores, ha de ser la verdadera abominación y desolación. Dijimos también que el lugar santo, que el templo en que dicha abominación tomará asiento, no es ni puede ser otro que el templo cristiano, Roma. Recordemos ahora el hecho escandaloso de la erección de la estatua de Jordán Bruno perpetrado en la capital del mundo católico, y dígasenos si no hay motivos más que suficientes para temer que la abominación de la desolación principió á entronizarse ya en donde no debe, tanto más cuanto que el mismo Romano Pontífice, en la Alocución dirigida al Sacro Colegio de Cardenales, en 3o de Junio de este año, con motivo de tan sacrílego atentado, lo afirma en las siguientes palabras: «Los sucesos nos han traído á la amarga estremidad de ver así á la abominación invadir el lugar santo.» Los grandes acontecimientos, así buenos como malos, no se instalan de repente; y sí el Pontífice, decimos aquí como en el párrafo anterior, obligado, abandona á Roma, entonces es indudable que la abominación de la desolación de las calles y plazas de la nueva Jerusalén penetrará en el Vaticano y templo de San Pedro, cabeza del Orbe católico; y, por tanto, que es muy de temer esté para cumplirse la predicción de Jesucristo y de Daniel, porque es muy de temer, por no decir cierto, que el Papa se vea precisado á salir de su corte y palacio. Esperan algunos que el día en que esto suceda será el de la restauración del mundo y triunfo de

la Iglesia porque los pueblos se levantarán. ¡Quiera Dios que nos engañemos! Pero es muy de temer que ¡el día en que el Papa saliera de Roma, los pueblos y naciones se contentasen con estériles lamentaciones, como lo hicieron el día que fué despojado de su poder temporal, y lo está haciendo al ver implantar en ellos leyes y costumbres contrarias á la verdad y á sus antiguas tradiciones y prácticas. Esto dice la historia contemporánea y la degradación y prostración actual de los pueblos.

86. Despues de los argumentos basados en los caracteres del Antecristo dados en el Apocalipsis, confirma nuestros temores y conjeturas la razón que pudiéramos llamar histórica, fundada en la economía que la Providencia ha observado con los pueblos y naciones, con el mundo todo. Hemos probado ya, y lo haremos más extensamente en la segunda parte, que está mas que iniciada la apostasía de que nos hablan Jesucristo y el Apóstol; empero Dios, siempre que un pueblo, á sabiendas y por malicia, se ha separado de Él, le ha dejado en manos de su consejo para que yendo de precipicio en precipicio, ó se reconozca y convierta, ú obstinado llegue hasta el abismo de los males: tal testifican miles de ejemplos en la historia profana y sagrada. Ahora bién; es un hecho por desgracia ciertísimo que pueblos y naciones se separan de Dios, desechan su ley santa, y que pretenden desterrar hasta su nombre sacrosanto, clamando, cual en otro tiempo clamó el pueblo judío, que no tienen más rey que al César. De aquí que este Dios amorosísimo, al verse así despreciado de los hombres, retira su vista y permite que pueblos y naciones, marchando de abismo en abismo, caigan en completa ruina y desolación; y porque desprecian su autoridad y dominio, permitirá que caigan bajo el imperio del rey más tirano y cruel que los que sacrificaron y azotaron al pueblo gentil; porque los crímenes y malicia del pueblo cris-

tiano, al separarse de su Dios y querer desterrarle de la sociedad, excede á la malicia de los gentiles, cuanto el cielo dista de la tierra. Los gentiles, como aún no había venido la *Luç* al mundo, aún no la conocían y solo pudieron vislumbrarla en sombras y figuras; éstos caminaban de la noche al medio día; más los cristianos caminan en sentido opuesto, volviendo las espaldas y cerrando los ojos á la *Luç* que vino ya al mundo; se precipitan en las tinieblas amando más á éstas que á la *Luç*; separándose de Jesús, cuyo yugo es suave y leve su carga, merecen que Dios en su sabia providencia les permita caer bajo el imperio del Señor cien veces más tirano que los Emperadores gentiles; en una palabra, merecen que separándose de Cristo, caigan en manos de la Bestia ó Antecristo. Todos los monarcas y reyes se han hecho reos, aprobando unos y callando otros, del despojo más inícuo, del destronamiento injusto del monarca más legítimo, el Romano Pontífice; y viendo esto el Omnipotente, ¿callará? No castigará tal pecado? ¡Ah que sí! ¿Y cómo tomará venganza de tal crimen é injusticia tanta? Lo tiene revelado: enviando al rey déspota por antonomasia, la Bestia, quien invocando los mismos principios de la revolución, el derecho de la fuerza, los hechos consumados; invocando la unidad del mundo, como hoy se invoca la unidad Italiana, despojará á todos los reyes y monarcas de la tierra, sometiéndoles á su tiránico imperio y haciéndoles sus tributarios. Sí, príncipes y emperadores del mundo y muy especialmente los de Europa, vosotros habeis visto y consentido al pequeño reino de Cerdeña engrandecerse hasta ser potencia de primer orden, anexionando á su pequeño estado varias provincias y pueblos y despojando al Romano Pontífice, para formar el mal llamado reino de Italia; y en esto habeis mimado y acariciado á vuestro propio verdugo,

porque, sabedlo y no lo olvideis, Italia, Roma aspira á sus pasadas glorias, aspira á dominar al mundo, y de hecho lo conseguirá; porque escrito está que ha de ser la ciudad grande, con quien se amancebarán los reyes de la tierra; porque escrito está que ha de ser la corte de la Bestia, á quien se dió potestad sobre todo pueblo, lengua y nación: y todo esto vendrá porque vosotros habeis cerrado los ojos á la luz y los oídos á la verdad; no escuchais la voz del Vicario de Cristo, quien tantas veces en sus cartas encíclicas os ha avisado del peligro que corren vuestros tronos si no cambiáis de rumbo. Sí, no dudeis, Víctor Manuel, el insignificante reino de Cerdeña, es el cuerno pequeño, que Daniel vió nacer de entre los diez de su cuarta Bestia, esto es, del imperio romano, y que desarrollándose poco á poco fué creciendo hasta hacerse más fuerte y más grande que los demás, hasta apoderarse de la tierra; lo que tendrá lugar cuando venga el Antecristo. Nó; aún no están convencidos los pueblos de que nada pueden sin Dios y que renunciando á Él, se acarrearán males sin cuento; es necesario que aún corran más en sus extraviadas sendas y que caigan bajo la Bestia para que se acuerden de Dios y clamen por Él. Nó; aún no está aplacada la ira divina, y Dios necesita vengar más y más los ultrajes tantos, que hombres y pueblos le han irrogado, despreciándole y blasfemando cual nunca de su santo nombre, y hollando y pisoteando la sangre de su propio Hijo á quien entregó por salvar al mundo. Nunca se manchó la tierra con tantos crímenes, ni tan enormes como hoy; por eso es necesario que se derrame hoy más sangre expiatoria que nunca; por eso es necesario hoy que venga un tirano que derrame él solo más sangre de santos que derramaron los primeros tiranos; más éste, dicen los Santos Padres y Expositores sagrados, que ha de ser la Bestia ó Antecristo. No lo

dudemos, en el reloj de la Providencia parece haber sonado la hora de la potestad de las tinieblas, de las que el Padre Eterno no quiso libertar á su propio Hijo hasta no haber agotado el cáliz de su pasión, y de las que tampoco quiere libertarnos á nosotros hasta no haber expiado los crímenes del mundo con la gran tribulación que anuncia Jesucristo, ó sea, hasta que haya pasado la Bestia.

87. Aún hay fé en Israel, dicen algunos, y si bién es cierto que el mundo está malo, este estado de cosas puede cambiar de un momento á otro, cuando menos lo pensamos; pués Dios se burla de los cálculos de los hombres y tiene á su disposición medios mil para cuando le plazca hacer cambiar de faz al mundo; puede suscitar un Sansón que derrote á los Filisteos y liberte á Israel; una Judit que degüelle á Holofernes y liberte á Betulia.—Cierto que aún hay fé en Israel, ¡podía no haberla! En este caso ya no serían temores y sospechas las que abrigásemos, sino que rotundamente afirmaríamos que estábamos ya en los tiempos del Antecristo; es más, si no hubiera fé en Israel, el mundo habría ya concluido. Es cierto que aún hay fé en Israel, pero no lo es menos, y todo el mundo lo confiesa, que esta fé se extingue por grados; es evidente que el mundo está gravemente enfermo, tiene abiertas grandes y muchas heridas, y la mayor de todas consiste en desechar al Samaritano, al único médico que pudiera restañárselas. Aún no existe la apostasía en el grado que se dará en tiempo del Antecristo; pero sí está iniciada, ó más que iniciada, y faltando, según nuestros cálculos, de ochenta á cien años próximamente para que éste aparezca sobre la tierra, y viviendo, como vivimos, en el siglo del vapor y de la electricidad; continuando así las cosas, en este espacio de tiempo, ¿á dónde iremos á parar? Dicen los Físicos que el espacio recorrido por un cuerpo está en razón directa del tiempo y de la velocidad; y que en el movimien-

to uniformemente acelerado, aquel es cómo los cuadrados de los tiempos: ahora bién, es indudable que el mundo marcha hácia el abismo con movimiento acelerado: en el trascurso de ochenta á cien años, ¿qué espacio no habrá recorrido? ¡Pero Dios se opondrá á su marcha! se dice. Omnipotente es Dios, y un Saulo sabe convertirle en Pablo, y de *post factantes* puede suscitar un David; pero como esto dependa de su libre voluntad, no lo podremos saber sin que nos lo revele: pero es el caso que en la revelación divina venimos basando nuestros temores y conjeturas de que este Dios Omnipotente no quiere suscitar por ahora en castigo de nuestros pecados ni un Sansón ni una Judit que nos libre de los males que amenazan al mundo. No dudamos que Dios ha de salir por su causa, que necesita demostrar prácticamente á los que desprecian su omnipotencia, á los que dicen que no cuida de su Iglesia, que no entiende en las cosas del mundo, que Él es el Dios terrible, el Dios de los Ejércitos, el motor primario, sin quien no se moviera la hoja en el árbol; Él quien sostuvo el brazo del tirano y el trono del impío; pero ésto lo hará, según el Apocalipsis, cuando reunida la Bestia con sus reyes tributarios en Armagedón, aquella sea devorada por la tierra y estos muertos por la espada del que tiene escrito en sus vestidos: Rey de reyes y Señor de los que dominan.

Por último, cuantos argumentos (que constituyen materia de cinco extensos capítulos) aduciremos en la Segunda Parte para justificar nuestros temores de que estamos ya en el *initia dolorum* del Evangelio, prueban también la proximidad del Antecristo, toda vez que la venida de éste es una de las señales mas características del fin del mundo.

#### §. VI.

88. En suma: es de fé, según Suárez y Belarmino, que la Bestia ó Antecristo es un hombre singular y determinado

y no una sociedad ó persona moral: así está revelado en las sagradas Escrituras y tradición constante. Según aquellas y esta, el Antecristo se ensalzará cual Dios y hará que todos lleven su carácter ó signo, que es de hombre, y que adoren su imagen; reinará sobre toda tribu, pueblo y nación por tres años y medio, después de los cuales, vivo descenderá á los abismos, en donde será atormentado por los siglos de los siglos. Todo esto propio es de un hombre, y de un hombre singular y determinado, como que, según S. Pablo, ha de ser signo de la próxima ruina del mundo, y el mismo Apóstol le llama hombre de pecado, hijo de perdición. Por las mismas razones es también de fé que será un monarca, toda vez que terminantemente Daniel, y S. Juan, y todos los Santos Padres y Expositores afirman que la Bestia será el rey más poderoso de cuantos han existido, como que subyugará bajo su imperio el universo mundo. Asimismo, es probable, que la córte de este tan inicuo como poderoso monarca será, al menos por algún tiempo, la Ciudad de Roma; porque es cierto, ciertísimo, si no de fé, que Roma es la Ciudad grande, la prostituta que S. Juan vió en el Apocalipsis sentada sobre la Bestia bermeja; tal afirman los Santos Padres y Expositores Sagrados casi en su totalidad, y á Roma, y sólo á Roma conviene cuanto de dicha prostituta predica S. Juan; Roma y sólo Roma era y es la Ciudad grande, la que siempre fué conocida con el nombre de Ciudad, *Urbs*. Roma, cuando S. Juan escribía el Apocalipsis, tenía imperio sobre pueblos y naciones, y lo tiene hoy mediante el Romano Pontífice, y lo tendrá mañana cuando reine la Bestia. Roma se yergue sobre siete collados y es conocida con el nombre de la ciudad septemcolina: Roma estuvo, está y estará ebria con la sangre de los mártires. Roma fué, es hoy y será la gran Babilonia, la gran prostituta, adoradora de todas las falsas deidades, estando ya hoy á dos dedos de

profesar los mismos errores que profesó cuando en su trono sentábanse los Césares. Roma es el lugar santo donde, no debiendo, será entronizada la *abominación de la desolación*, el Antecristo; *abominación de la desolación* que se ha manifestado ya de mil modos, ora en el procaz libertinaje que reina, ora en las inmundas bacanales que tuvieron lugar cuando la erección de una estatua á un fraile apóstata y licencioso, ora, en fin, estableciendo su corte en la Ciudad de los grandes destinos, Víctor Manuel y su hijo, Humberto, enemigos jurados del Pontificado y, por ende, de Cristo; reyes precursores del hijo de perdición, del hombre de pecado, quien evidentemente no vino aún: porque cuando venga, reinando solo tres años y medio, dominará el mundo y hará guerra tan cruel á la Iglesia, que la hará desaparecer de la tierra retirándose á las catacumbas, al lugar que la estaba preparado por Dios; quitará la vida á Elías y á Enoch, quienes, después de tres días y medio, resucitarán y subirán á los cielos á vista y presencia de gentes de todo pueblo, lengua y nación; hará que todos lleven en la mano ó frente su signo ó carácter, excluyendo de la sociedad á todo el que no ostente dicho signo. Cuando venga, al fin de su reinado abrasará y asolará la Ciudad grande, la corte de los Césares para que no vuelva á levantarse ni aparecer en el mapa: empero, Roma existe; y es ciertísimo, como consta de la historia, que ningún monarca de cuantos han existido y reinado sólo tres años y medio, ha dominado el orbe; es cierto que la Iglesia de Jesucristo, si bién salió de las catacumbas, extinguida la persecución de los emperadores romanos, no ha vuelto á ellas: no consta de historia alguna el hecho, público y ruidoso que ha de ser, de la muerte y resurrección de Elías y Enoch: luego aún no vino. Pero si es evidente que la Bestia no vino aún, no es menos de temer que esté ya llamando á las puertas

del mundo; porque han reinado en Roma dos reyes intrusos, anticatólicos y paganizadores de la corte de los Papas; en el mundo se habla ya el lenguaje de la Bestia, se blasfema por escrito, de palabra y de medios mil contra Dios y sus Santos; existe una sociedad que adora al demonio, conocida por ciertos signos, cosmopolita, que intenta hacer un solo pueblo del universo mundo, sirviéndole para llegar á este fin, el telégrafo y ferro-carriles y el volapük; sociedad que intenta excluir á los cristianos de todo puesto honorífico y hasta del comercio de los hombres. Ya los espiritistas, mesmeristas, etc., etc., ensayan los prodigios y obras estupendas con que la Bestia seducirá al mundo; ya, en fin, el mundo volviendo las espaldas á Jesucristo, despreciando su ley santa, vá al encuentro y espera con los brazos abiertos al Antecristo, y justo es que Dios permita que esta sociedad perversa ó ingrata á beneficios tantos caiga en manos del enemigo más cruel, caiga bajo el imperio de la Bestia, que la conculque con sus piés y la despedace con sus garras. Pero cuando venga, habrá gran tribulación, cual nunca fué: ¡ay de los débiles! ¡ay de los que quieren estar con Dios sin renunciar al mundo! ¡ay de los tímidos y cobardes! Estos de hecho caerán en las garras de la Bestia feroz y bajo el Imperio de Satanás.—Padres de familia, ¿quereis que vuestros hijos reinen en Jesucristo por eternidades sin fin?; ¿quereis su verdadera dicha y felicidad? Imponedles bién en la hermosa y consoladora religión del Crucificado; confiad su enseñanza á los maestros católicos; y en el hogar doméstico procurad que oigan y vean, que por ojos y oídos les entren las prácticas tan tiernas y las doctrinas tan saludables y consoladoras de la religión cristiana; procurad afirmarles bién en la fé; decidles que nuestra religión es obra del Altísimo, acreditada con miles de millones de argumentos y de milagros; que fué fundada por

Aquel que dos mil años antes predijo por sí y por su siervo Juán las obras todas de la Bestia, obras que ellos mismos verán con sus propios ojos cumplirse; y de este modo podrán oponerse y contradecir á los signos mendaces que esta hará. Y para que eviten los otros dardos de que se servirá el inicuo para la seducción, los halagos y el terror, enseñadles á menospreciar las honras, dignidades y glorias vanas del mundo; decidles que no són más que heno; que se marchita como la flor, que apareciendo lozana á la mañana, por la tarde se seca y caen sus hojas, fantasmas que desaparecen como el humo; decidles que no hay más verdadera gloria que la del cielo, ni dignidad más grande que la de ser hijo de Dios, Criador de cielo y tierra, y tener derecho á sentarse en el mismo trono en que está sentado el que es Rey de reyes y Señor de los que dominan: enseñadles á ser pacientes y sufridos, á pasar hambres, sed y cansancio, todo género de privaciones y tribulaciones y no ser sorprendidos por las que promueva Satanás mediante la Bestia: enseñadles á despreciar esta efímera vida que no es más que sombra de vida, figura de la eterna que da principio cuando aquella se estingue: procurad, en fin, que ni la vida, ni la muerte, ni la espada, ni la persecución, ni la adversidad, ni la prosperidad; les separe del amor de Dios. Si tal haceis, si enseñais á vuestros hijos á ser sufridos, á despreciar cuanto existe en la tierra y anhelar y suspirar por el cielo, á ser fuertes, á no temer sino á Dios, que, después de quitarnos la vida, puede arrojarnos en los abismos eternos, ciertamente no temerán las amenazas, ni serán atraídos por los halagos y ofertas del inicuo, antes bién estarán dispuestos á derramar gota á gota toda su sangre, y siendo del número de los mártires de Cristo, y lavando sus estolas en la sangre del Cordero y en la suya propia, reinarán con Él por eternidades sin fin.





*SEGUNDA PARTE.*



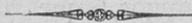
EL FIN DEL MUNDO.



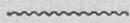




## SEGUNDA PARTE.



### EL FÍN DEL MUNDO.



89. **I**NCOMPLETO parecería nuestro trabajo si, después de la Bestia ó Antecristo, no dijéramos algo acerca de la consumación del mundo y segunda venida de Jesucristo; pués estas dos cuestiones, aunque distintas, suelen ir siempre juntas, por razón del tiempo en que tendrán lugar. No es nuestro ánimo tratar aquí las múltiples y varias cuestiones, que se agitan sobre el particular; como si el universo todo, todos los cuerpos, así celestes como terrestres, han de ser aniquilados y creados de nuevo; ó si solo han de ser renovados é inmutados, y en qué consistirá esta inmutación. Únicamente nos proponemos indagar si está ó no próximo el tiempo en que el hombre, dejando de vivir esta vida mortal, sea revestido de la inmortalidad; pués es evidente que vendrá un día en que el hombre desaparecerá de la haz de la tierra, y concluyendo su peregrinación llegará

al término. Esta verdad, á más de enseñarla la fé, lo dictan la razón y la experiencia, acompañadas de la historia. La razón dice que la causa nunca produce un efecto mayor que ella, (pués es un principio *per se notum* que nadie dá lo que no tiene); antes sí, por regla general, el efecto es menor que la causa; ya porque esta no tiende á obrar con toda su intensidad; ya porque, aunque lo intente, miles de obstáculos se lo impiden. La experiencia clama que la naturaleza física del hombre está muy quebrantada, muy empobrecida, y que cada día se multiplican los enemigos, que la combaten; quienes si no la destruyen, la causan graves heridas, que la debilitan más y más; siguiéndose de lo dicho que nunca un padre de naturaleza pobre podrá engendrar hijos de naturaleza robusta: tal afirman los Fisiólogos. De aquí que debilitándose de día en día la naturaleza humana, decrece, y decreciendo, según principio matemático, tocará á su límite, á no fundirse de nuevo; ¿pero en donde están esos hornos y cuál será el fuego, que tan gran maravilla obre? Es verdad que algunos esperan descubrir el elixir de la vida; pero mientras ellos esperan, el tiempo y la vida pasan, y la naturaleza humana se desmorona; y la historia de 6.000 años dice que el hombre muere y que su vida ha disminuido notabilísimamente: por tanto, mientras ellos esperan contra toda razón, experiencia é historia de 6.000 años, nosotros tendremos derecho á decirles que el hombre desaparecerá de la tierra antes que se descubra; y aún mejor les diremos que el tal elixir está ya descubierto *ab æterno*; pués Dios, criador y padre amorosísimo del hombre, *ab æterno* decretó que este viviera, y viviera eternamente; más no en la tierra, no con esta vida, que no es sino sombra de vida, no ahora sino el día de la resurrección general. ¿Cuándo será esto?: es lo que nos proponemos indagar, ó conjeturar.

Mas antes habremos de desvanecer tres preocupaciones sobre el particular, muy admitidas y generalizadas; y después pondremos un cuadro cronológico de los últimos sucesos, á fin de que los escogidos vean las cosas antes que sucedan, y viéndolo crean en Aquel que dos mil años antes las predijo.







## CAPÍTULO PRIMERO.

### *Preocupaciones ó ideas erróneas acerca del fin del mundo y sus señales.*

Puede conjeturarse con alguna aproximación cuando fenecerá el mundo —Pruébase por las palabras de Jesucristo en S. Mateo.—Las Cartas canónicas y el Apocalipsis.—Desátase una objeción.—Declárase el sentido de los Santos Padres al hablar de este asunto.—Las señales del fin del mundo serán extraordinarias, no milagrosas.—Una excursión por el campo de las ciencias fisico-astronómicas.—Significado de las palabras, caer las estrellas, oscurecerse el Sol, etc.—Serán muy pocos los que reconocerán por tales las señas del fin del mundo cuando se cumplan.

#### §. I.

98. **T**RES preocupaciones circulan como verdades y que son de todo punto falsas, y que conviene muy mucho combatir y desarraigar por completo.

Fundados algunos en las razones, que después diremos, sientan como verdad indiscutible que «no se puede conocer, ni aun conjeturar si está ó no próximo el fin del mundo». Esta aserción, en absoluto, es un error, que no puede admitirse de ninguna manera. Es cierto, ciertísimo que nadie, absolutamente nadie, ni los ángeles del Cielo conocen, ni conocerán el momento matemático, el instante en que se verificará la consumación del mundo. Es también cierto, ciertísimo que nadie, absolutamente

nadie podrá conocer si está, ó no próximo el fin hasta no cumplirse las señales, dadas por Jesucristo y los Profetas; pero es cierto, ciertísimo que una vez cumplidas estas, los hombres que entonces vivan, podrán adquirir certidumbre moral de que el mundo toca á su término; y nos atrevemos á afirmar que esta doctrina está revelada en las Sagradas Escrituras.—Veámoslo.

90. Habiendo preguntado los Apóstoles á Jesucristo: *¿Dinos cuando serán estas cosas? ¿Y cuál la señal de tu venida, y de la consumación del siglo?* Jesús les dijo: *que nadie os seduzca. Muchos vendrán en mi nombre..... Oiréis guerras y opiniones de guerras.* <sup>1</sup> Y continúa dándoles las señales, que han de preceder al fin del mundo. Ahora bién: inutilmente Jesucristo hubiera dado tales señales, si por ellas ni aun conjeturar pudiéramos el tiempo de su segunda venida; y pudiérasele objetar: ¿á qué nos dices tales cosas, si por ellas ni nosotros, ni los que vengan después han de conocer si está próximo el fin? El mismo Jesucristo afirma terminantemente que por ellas sabrán que está muy próximo, cuando, después de haber referido las señales, dice: *Cuando veais todas estas cosas, sabed que está próximo en la puerta.* Y en el símil de que se sirve, expresa lo mismo: *Aprended de la higuera; cuando su ramo está tierno y nacidas las hojas, sabeis que está próxima la primavera.* Ahora bién, el florecer de la higuera es signo cierto y evidente de que está despuntando la hermosa y florecida estación del año.—En el mismo capítulo, hablando de la abominación de la desolación, predicha por Daniel, se expresa en los términos siguientes: *Cuando veais la abominación de la desolación entronizada en el lugar santo, el que lee, entienda. Entonces los que estén en Judea huyan á los montes: los que estén en el terrado,*

<sup>1</sup> Matth., XXIV.

*no descieran á coger algo de su casa: y los que en el campo, no vuelvan á coger su túnica. Y en el versículo 29 y siguientes continúa diciendo: Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá..... y entonces aparecerá la señal del hijo del Hombre en el cielo: y entonces llorarán todas las tribus de la tierra: y verán al hijo del Hombre que viene en las nubes del cielo con gran poder y majestad.* No puede estar más terminante: ó habremos de decir que las señales, que Jesucristo dá, no son relativas al fin del mundo, y que son ambiguas y no bién determinadas, ó fuerza es convenir en que, cumplidas, los hombres pueden estar ciertos de que el mundo toca á su término. Afirmar lo primero es absurdo, por razones mil, que expondremos en el capítulo siguiente; luego hay que admitir lo segundo, esto es, que está revelado que los hombres que vivan cuando tengan lugar las señales del fin, podrán adquirir certidumbre moral de que este está próximo.

91. Hemos dicho ya repetidas veces que S. Pablo, calmando los ánimos de los Tesalonicenses, alarmados por temores de que se avecinaba el día del Señor, les escribe: *Nadie os seduzca de manera alguna: puesto que á no venir primero la apostasía, y manifestarse el hombre de pecado, el hijo de perdición.....*,<sup>1</sup> y sabemos que en estas palabras dá como señal de la segunda venida de Jesucristo la apostasía general y la aparición del Antecristo sobre la tierra. Y ¿quién podrá no ver dicha apostasía cuando suceda? Sólo aquel que cierre los ojos á la luz. Y ¿quién desconocerá al hijo de perdición? ¿quién no reconocerá al Antecristo cuando aparezca en el mundo? Sólo aquel que ignore los múltiples y característicos signos, con que le retratan los profetas, especialmente el de Patmos y los Santos Padres. Si así no fuera, S. Pablo no hubiera quietado á los Tesalonicenses.

1 II ad Thessal., II, 3.

92. Según S. Juan en el Apocalipsis: «Cuando llegue el tiempo de juzgar á los muertos, enviará Dios dos testigos, que profetizarán por espacio de mil doscientos sesenta días.<sup>1</sup> Esto mismo enseñan los Santos Padres y tradición del pueblo cristiano.<sup>2</sup> Empero estos dos testigos han de ser conocidísimos por todos sus coetáneos, toda vez que de ellos enuncia S. Juan en el citado capítulo cosas sumamente características y que no permiten sean confundidos con ninguno otro. Y omitiendo varios de los signos característicos, con que les describe, y de que ya hablamos en otro lugar, repetiremos los de su muerte: *Y cuando hayan terminado su predicación, la Bestia, que sube del abismo, moverá guerra contra ellos, y los vencerá y les quitará la vida. Y sus cadáveres yacerán en las plazas de la gran Ciudad, que se llama místicamente Sodoma y Egipto, donde asimismo el Señor de ellos fué crucificado. Y las gentes de las tribus y pueblos, y lenguas, y naciones estarán viendo sus cuerpos por tres días y medio: ni permitirán que se les dé sepultura: y los que habitan la tierra, se regocijarán con verlos muertos, y harán fiesta: y se enviarán presentes los unos á los otros, á causa de que estos profetas atormentaron á los que moraban sobre la tierra. Pero al cabo de tres días y medio entró en ellos por virtud de Dios el espíritu de vida. Y se alzaron sobre sus piés, con lo que un temor grande sobrecogió á los que los vieron. Enseguida oyeron una voz sonora del cielo, que les decía: subid acá. Y subieron al cielo en una nube, y sus enemigos los vieron. Y en aquella hora se sintió un gran terremoto, con que se arruinó la décima parte de la ciudad, y perecieron en el terremoto siete mil personas: y los demás entraron en miedo, y dieron gloria á*

1 XI, 3 et 18.

2 Véase lo que dejamos dicho en el cap. de 3.<sup>o</sup> la 1.<sup>a</sup> P., sobre Elías y Enoch.

*Dios del cielo.* <sup>1</sup> Si las palabras citadas tienen sentido propio literal, como es verdad, pues que ningún absurdo ni contradicción se sigue, no pueden ser más características las notas, con que se dan á conocer dichos dos testigos: «serán muertos en Jerusalén; yacerán sus cadáveres en las plazas de la Ciudad por espacio de tres días y medio, después de los cuales resucitarán, y siendo llamados con voz sonora, subirán al Cielo á vista de sus enemigos; entonces se sentirá un gran terremoto, gran parte de Jerusalén será destruida, pereciendo una multitud de sus habitantes». Aún más, estos hechos, á más de ser característicos, según S. Juan, serán vistos por gentes de toda tribu, lengua y nación, y, por ende, publicados por todo el mundo, pues que la Bestia y sus aliados no permitirán dar sepultura á los cadáveres, á fin de que sean vistos por todos y cunda por todas partes esta noticia, con objeto de que las gentes aprendan que triunfó de Cristo y su Iglesia, quitando la vida á sus dos profetas; pero, ¡oh consejos inescrutables de la providencial, esto mismo que ellos intentan hacer servir para ostentar su triunfo, servirá para manifestar más y más su completa derrota; porque, yaciendo tres días y medio los cadáveres á vista de todos, todos se convencerán de que su muerte fué real y verdadera, y, de consiguiente, al verles erguirse sobre sus plantas y elevarse al cielo, no podrán dudar de su verdadera y milagrosa resurrección. Repetimos, pues; dados signos tan característicos de la venida de los dos Profetas, ¿podrá nadie de cuantos vean y oigan tales cosas ignorar que las personas, en quien se cumplen, son los dos olivos, los dos testigos de que S. Juan habla en el citado capítulo? Nadie, absolutamente nadie puede ignorarlo, á no ignorar lo que está escrito: empero, todo el que conozca que Elías y Enoch vinieron al mundo y predicaron

1 Apocalip., XI, 7 et seq.

á las gentes, tiene que saber que el universo toca á su término, porque, según el mismo S. Juan, Santos Padres y Teólogos escolásticos, cuyos testimonios citamos en otro lugar, y tradición cristiana, tales predicadores han de aparecer sobre la tierra, cuando estén próximos el día grande de la ira del Señor y la hora de ser juzgados los muertos. Es, pues, evidente que, según las Stas. Escrituras, los hombres que vivan en los últimos tiempos podrán adquirir certidumbre moral de que está próximo el Hijo del hombre; y si no la adquieren, será porque no reflexionan, ó porque no tienen fé, ni conocimiento de las cosas reveladas, más nó porque no puedan.

93. Y en verdad; si cuidó de manifestar á los hombres en tiempo de Noé que el mundo iba á ser anegado y perecería toda carne; si cuidó de anunciar de mil modos y señalar los tiempos de su aparición en la tierra en su primera venida, cuando, según Él, venía, no á juzgar, sino á salvar al mundo, y lo anunció á fin de que los hombres se preparasen á recibirle; ¿será creíble que no haya designado los tiempos de su segunda venida á fin de que los que entonces vivan se preparen también á recibirle, tanto más, cuanto que entonces ha de venir no á salvar, sino á juzgar al mundo? No parece creíble dada su infinita misericordia y providencia que observó siempre previniendo á los hombres antes de castigarlos. Pero qué, ¿no es cierto, como diremos luego, que el mundo ha de perecer por muerte, digámoslo así, natural? Y si en el hombre, que comparado con el universo no es más que un átomo, son tan característicos y marcados los signos precursores de la muerte, que sólo un estúpido pudiera desconocer que se extingue por momentos la vida de su semejante, en quien se dan tales signos, ¿cuál no serán las señales precursoras de la consumación del universo? ¿qué convulsiones no sufrirá la tierra? ¿qué perturbación y confusión no habrá en

todos los elementos? En verdad que serán tales, que los hombres se secarán de temor.

## §. II.

94. Se confirmará más y más nuestra doctrina refutando las razones, en que se apoyan nuestros contrarios, y son las siguientes: la S. Escritura, dicen, expresamente enseña que no es dado ni al hombre, ni al ángel conocer el tiempo de la segunda venida de Cristo; pues son terminantes las palabras de Jesucristo en S. Mateo: «más en orden al día y á la hora nadie lo sabe, ni aun los ángeles del cielo sino sólo mi Padre.» <sup>1</sup> Y preguntado el mismo Jesucristo por los Apóstoles: *dinos, ¿será este el tiempo en que has de restituir el reino á Israel?* Les contesta: *no os corresponde á vosotros saber los tiempos ó momentos que el Padre tiene reservados á su poder.* <sup>2</sup> S. Agustín, haciéndose cargo de estos pasajes, escribe: «Unos afirman que desde la Ascensión del Señor hasta su última venida pueden computarse quinientos años, otros mil, y valiéndose de conjeturas humanas, no citan lugar alguno de la S. Escritura. Más desbarata las conjeturas de todos aquel que dijo: no os es dado saber los tiempos que el Padre puso en su potestad.» <sup>3</sup> S. Cirilo, ocupándose del mismo asunto dice: «Nadie indague curiosamente el tiempo, pues no está en nuestra mano saber los tiempos que Dios puso en su poder; ni te atrevas á determinar cuando sucederán estas cosas». <sup>4</sup> S. Juan Crisóstomo afirma que el tiempo de la consumación del mundo es tan incierto cuanto es para cada hombre el

<sup>1</sup> Matth., XXIV, 36.

<sup>2</sup> Act. App., I, 6 et 7.

<sup>3</sup> De Civit. Dei, lib. XVIII, cap. LIII.

<sup>4</sup> Catech. XV.

día de su muerte.»<sup>1</sup> El eximio Suárez, después de haber citado los testimonios de la S. Escritura y Santos Padres enunciados, concluye diciendo: «De lo dicho se deduce que nadie puede afirmar en qué tiempo, año ó día será la segunda venida de Cristo, y, por tanto, que sería curioso y supérfluo tratar de inquirir esto: puesto que la Providencia divina lo ha ordenado de tal manera, que se nos oculte, como consta de las citadas palabras de Cristo.....; y la razón es que esto depende de la voluntad divina, la cual no nos ha sido revelada: y ni el ángel, ni el hombre pueden investigarlo por la razón. Pues si en alguna cosa la razón del hecho es la voluntad del hacedor, principalmente lo es en esta.»<sup>2</sup> Por último, el único medio por donde pudiéramos adquirir certidumbre de la aproximación del fin, serían las señales dadas por J. C. y los Profetas. Mas ¿quién ignora que dichas señales son ambíguas, equívocas y muy generales, y que se han dado en todas las épocas? Hasta aquí los argumentos poderosísimos en que se fundan los que afirman que ni conjeturar podemos si está, ó no próximo el fin del mundo.—Veamos de desatar estas dificultades.

95. Es cierto que Jesucristo dijo á los Apóstoles que *ni los ángeles del cielo podían saber el día y la hora, y que no les era dado conocer los tiempos y momentos;* pero también lo es que el mismo J. C. dijo á los Apóstoles y en ellos á nosotros: *cuando veais todas estas cosas esto es, guerras, pestes, hambres, terremotos, muchos falsos predicadores, la seducción de muchos, la abominación de la desolación en el lugar santo, donde no debe, la gran tribulación cual nunca fué, etc., sabed que próximo está.* Si Jesucristo en estas palabras significa algo, es evidente que en ellas afirma que dadas las seña-

1 Homil. IX. in I ad Thessal.

2 In 3. P. S. th. D. Thom., quæst. XLIX, a. 6, disp. LIII, sect. IV.

les del fin, pueden los hombres conocer que este está cerca; si pués, cuando dice: *De aquel día y hora nadie sabe*, quisiera expresar que no puede saberse si está ó no próximo, Jesucristo se contradeciría, lo cual es absurdo é impío pensar siquiera. ¿Qué diremos pués? Que dichos pasajes dicen verdad sin que haya en ellos contradicción alguna, ni puede haberla, porque versan acerca de distinta materia. En los primeros, esto es, cuando Jesucristo dice que nadie puede saber el día y la hora, afirma que no quiso revelar el momento, el instante matemático, en que se verificaría la consumación; y en los segundos, ó sea, cuando dice: vistas estas cosas, etc., afirma que los que vivan cuando se cumplan las señales, pueden estar ciertos de la aproximación, de que está cerca el fin, sin que puedan por esto señalar y determinar el día y la hora, en lo que no hay contradicción alguna. Es decir, para mayor claridad, que preguntado J. C. por los Apóstoles: «cuándo sería su segunda venida y la consumación del mundo», se condujo con ellos como aquel que, preguntado por un caminante que va del N. ó N. O. de España, cuando llegará á Madrid, le contesta: «no le diré á V. el día y hora en que llegará, pero cuando V. vea el Escorial cerca está de llegar»: claro está que, según estos datos, el viajero, mientras no vea el Escorial, no puede saber ni el instante ni la hora, ni si está próximo ó nó de llegar á Madrid; ni aún, después de visto, sabrá el día ó momento de su llegada, pero sí tendrá certidumbre de que está ya próxima la villa del «oso y del madroño». Que tal sea y no otro el sentido de los pasajes aducidos de la S. Escritura, á más de lo dicho, lo prueba el diferente modo de expresarse J. C. en esta materia: siempre que habla de las señales que han de preceder al fin, y, por tanto, de lo que podemos conocer, nunca usa las palabras *día, hora*, y sí únicamente

dice: *sabed que está próximo*; y al contrario, cuando quiere expresar lo que no nos es dado conocer, siempre se sirve de las palabras *día, hora, momento*, en lo que bien significa que revelaba la manera de poder conocer la aproximación del fin, más no la de conocer el instante, el día ni hora en que tendrá lugar. Si cuando dijo J. C. *de aquel día y hora ni los ángeles del cielo saben*, no hubiera tomado en su sentido propio literal estas palabras, y sí hubiera querido significar en ellas que ni aun, dadas las señales del fin, podrá adquirirse certidumbre de su aproximación, se seguiría el absurdo de que el príncipe de los demonios, Satanás, cumplidas las señales del fin, sabría que el mundo tocaba á su término, ignorándolo los ángeles del cielo, pues revelado está que Satanás conocerá cuando el mundo va á consumarse. Oigamos á S. Juan: *¡Ay de la tierra y del mar! porque descendió el diablo á vosotros con grande ira, porque sabe que tiene poco tiempo.* <sup>1</sup> Es doctrina de los Expositores sagrados, y del mismo texto se deduce, que en este pasaje se habla de la guerra y persecución que Satanás hará á la Iglesia en los últimos tiempos, y, por tanto, que cuando afirma S. Juan que el demonio está lleno de ira porque sabe que tiene poco tiempo, es que conoce estar próxima la consumación del fin; y así como cuando conoce que es llegada la última hora de un hombre, redobla sus esfuerzos por perder á aquella alma, así también conociendo ser llegados los últimos tiempos, hará esfuerzos supremos por seducir á las gentes. Pero, cuán absurdo sea afirmar que el demonio pueda conocer, bien por revelación divina, bien por lo que observe en el mundo, lo que los ángeles ignoran, no hay para que demostrarlo. —Por lo que hace á los Santos Padres citados, aunque

1 Apocalip., XII, 12

concediéramos que tal fuera su opinión, en nada quedaría perjudicada la nuestra, toda vez que se fundan en los testimonios que acabamos de exponer y de explicar, y, destruida la base, el edificio se viene á tierra; y porque contra ellos estará el sentir de todos los demás Santos Padres y Expositores sagrados: pero es á todas luces cierto que S. Agustín, S. Cirilo, el Crisóstomo y aún Suárez quieren decir que es inútil y curioso indagar, esto es, que no se sabrá el momento, la hora de la consumación de los siglos; y caso de querer expresar que no es dado al hombre investigar si están ó no próximos los últimos tiempos, deben de entenderse respecto á aquellos que no vean cumplirse los signos precursores; y de no entenderse así, dichos Santos Padres y el eximio Suárez estarían en contradicción consigo mismos, toda vez que hablan del Antecristo, de Elías y Enoch y de los caracteres marcadísimos de dichos personajes, y afirman que aparecerán sobre la tierra cuando el mundo toque á su término; luego es evidente que, según dichos Santos Padres, los que vivan cuando la Bestia y referidos profetas, pueden estar ciertos de que el fin del mundo está muy próximo. Á más de que, si nos fijamos en sus mismas palabras, aparece que hablan del instante ó momento, pues San Agustín reprueba que se fije el número de años que transcurrirán desde la Ascensión del Señor á su segunda venida; lo que equivale á determinar la hora, el día, ó el momento; y S. Cirilo dice: «no te atrevas á determinar cuando sucederá esto; más una cosa es determinar el tiempo y otra conocer si está ó no próximo sin determinar el cuando; y, por último, S. Juan Crisóstomo, lejos de oponerse á nuestra doctrina, la confirma en el símil de que se sirve, pues dice que «el tiempo de la consumación del mundo es tan incierto, como para cada hombre el día de su muerte;» ahora bién, es cierto que

estando el hombre en sana salud y robustez es de todo punto imposible saber el día y la hora de su muerte y aun conjeturar si está ó no próximo; pero es ciertísimo también que cuando vemos su rostro desencajado, sus labios cárdenos y fríos, su nariz afilada, sus ojos hundidos y cristalinos, su respiración ansiosa, sus miembros rígidos y paralizados, perturbadas todas sus funciones, en una palabra, cuando en él vemos los signos característicos de la muerte, aunque no podemos determinar el momento, sí afirmamos con certidumbre que está próximo al sepulcro. Hagamos aplicación á nuestro asunto: antes que veamos las señales precursoras del fin del mundo, es de todo punto imposible, no solamente determinar el momento, la hora y el día en que tendrá lugar, sino también conjeturar si está próximo ó nó; más vistas aquellas, si bien ni aun entonces podremos determinar el momento, podremos, sí, ciertamente conocer que está próximo. Suárez terminantemente afirma que podemos adquirir esta certidumbre, cuando al hablar de las señales que precederán al juicio, se propone esta objeción; «estas señales harían ciertos á los hombres de que el día del Señor estaba próximo, lo que parece contrario á lo que San Pablo dice en la primera carta á los Tesalonicenses, cap. III, *que vendrá como ladrón etc.*», y la resuelve en los términos siguientes: «Á esta objeción puede contestarse que por las señales del juicio puede colegirse que está próximo el fin del mundo: mas nó saberse ciertamente el día y la hora de la venida del Señor, y de este modo es cierto que aquel día vendrá como ladrón..... Pero si objetases que hemos dicho arriba que cuarenta y cinco días después de la muerte del Antecristo será la venida del Señor: responderemos con Anselmo II ad Thess. II, quien dice: “Si cumplidos aquellos cuarenta y cinco días, inmediatamente vendrá el Señor: ó si trascurrirá algún tiempo más, lo ignoramos

completamente.” O puede decirse también que este secreto de las Escrituras, ó es bastante dudoso, y si es verdadero ha de ser conocido de pocos, y, por tanto, se puede decir, que aquel día es incierto para todos ó para casi todos. Ó también, habiendo de morir todos los hombres antes del día de la venida, aunque á todos constase que habían de morir dentro de aquellos cuarenta y cinco días, sin embargo, á cada uno le sería incierto en que día había de morir, y cuanto tiempo después de la muerte de cada uno ó de todos, había de ser el día del juicio; y, por tanto, siempre habría alguna incertidumbre sobre aquel día, aunque constase que no estaba distante. Lo que ningún inconveniente encierra, toda vez que Jesucristo quiso esto y á este fin dió las señales»<sup>1</sup> Es, pues, indudable que en nada se oponen á nuestra doctrina los testimonios de la Sagrada Escritura y Santos Padres aducidos en contra; pues una cosa es saber de cierto el día y la hora de la venida del Hijo del hombre y fin del mundo, y otra conocer y saber que está próximo, cerca: podemos bién conocer esto é ignorar aquello.—Por lo que hace á la ambigüedad, que dicen tener los signos precursores, si bién puede afirmarse de alguno de ellos, no de todos: pues hay algunos signos, tales como la predicación del Evangelio en todo el mundo, la aparición del Antecristo y predicación de Elías y Enoch etc., que solo tendrán lugar y se darán en los últimos tiempos; pero reservamos para el capítulo siguiente contestar plenamente á esta observación; allí haremos ver que aun aquellas señales, que parecen ambiguas é indeterminadas, por haberse ya dado en otros tiempos, como son: las guerras, pestes, etc., cuando sean señales del fin, han de revestir un carácter especial que nunca tuvieron.

1 In Tertiam P. S. h. D. Thomæ, quæst. 59, art. 6.º, disp. 56, p.º 3.

## §. III.

96. Otra de las preocupaciones tiene por objeto la naturaleza de las señales que han de preceder al fin del mundo: «creen muchos que han de ser milagrosas». Esta creencia, sobre no ser verdadera, es perjudicial; perjudicial, porque, aunque estén ya cumpliéndose, no se reconocerán como tales, y de aquí que los hombres vivan, como en tiempo de Noé, muy tranquilos cuando tienen mucho porque temer y llorar: es falsa, porque de cuantos signos nos dieron Jesucristo y los Profetas, ninguno tiene nada de milagroso. Léanse los capítulos XXIV de San Mateo, XIII de San Marcos y XXI de San Lucas y cuantos libros sagrados hablan del asunto, y nos convenceremos. En verdad, para que haya guerras, opiniones de guerra, pestes, hambres, terremotos; para que muchos se digan Cristos y Profetas, se entibie la caridad y la iniquidad abunde; para que aparezca sobre la tierra el hijo de perdición, subyugue al mundo, lo reselle con su estigma y se haga adorar de todos y declare guerra la más cruel á cuantos no le sigan, etc., etc., no hay para que obrar milagros; todo esto y mucho más puede suceder y sucederá por causas físicas, naturales y humanas libres. Para que dichas cosas sean señales del fin, ni se requiere ni es necesario que sucedan milagrosamente, basta que sean extraordinarias, y no todo lo extraordinario es milagro. Este mundo ha de perecer, digámoslo así, por muerte natural. Es ley física acreditada por la experiencia que todo ser corpóreo obrando y recibiendo la acción de otros, se gaste y reciba trasformaciones mil: nada de cuanto existe en el mundo se aniquila; pero todo está sujeto á cambios y mutaciones; de aquí las incalculables combinaciones químicas, las composiciones y descomposiciones sin número de seres orgánicos é inorgánicos,

que á cada instante se verifican en el mundo, como en gran laboratorio, favorables unas y perjudiciales las más á la vida, contribuyendo no poco á estos fenómenos los mismos adelantos y descubrimientos de la ciencia. ¿Quién apreciará la cantidad de carbono que desprenden las locomotoras y tantas minas antes ocultas en las entrañas de la tierra y hoy puestas en contacto con la atmósfera? Las mismas ciencias físicas y astronómicas unánimemente reconocen que el mundo envejece: á una voz dicen que el calor de la tierra disminuye, que los campos se cansan de producir, que el gran foco vivificador, el Sol, se apaga, que los terremotos y convulsiones de este viejo decrepito crecen en número é intensidad, que el desarrollo y duración de los seres vivientes decrecen, aumentando los enemigos que les combaten. Así como en los moribundos gradualmente crecen los dolores y enfermedades, hasta quitarles la vida, así igualmente las guerras, hambres y pestes, etc., crecerán bajo la consumación del orbe. “Pues porque estamos en el ocaño del siglo, precederán ciertas enfermedades del mundo,” dice S. Ambrosio sobre el capítulo XXI de San Lucas, versículo 9. <sup>1</sup>» En verdad, así como, en sentir de algunos, la tierra de una masa líquida é incandescente, con el trascurso de años y en fuerza de obrar sus mismas leyes físicas se hizo habitable, así en virtud de estas mismas leyes llegará un día en que el mundo haya sufrido cambios y trasformaciones tales que se haga inhabitable para el hombre, ó lo que es lo mismo, que el mundo perezca ó muera naturalmente. Y si en el hombre, pequeño cosmos, los signos precursores de la muerte, aunque naturales, son tan característicos, ¿cuales no serán los que precedan á la disolución del gran cosmos?—Pero hay más.

97. El mundo no sólo ha de perecer naturalmente,

1 Alápide in Matth., XXIV, 8.

atendida su naturaleza y constitución física, sí que también por efecto del pecado. Dios estableció tal armonía y trabazón en esta casi infinita variedad de entes; hizo tan perfecta esta gran máquina, tan nivelado este suntuoso y magnífico edificio, que toda su estabilidad y regularidad la hizo depender de la centralización de una de sus piezas; de que el hombre permaneciese en su nivel. De aquí que desnivelado el hombre, separándose de su Dios, fuerza era que todo el edificio se resintiera; que esta gran máquina descarrilara y sufriera gran perturbación en todos y cada uno de sus elementos constitutivos, hasta en los más diminutos é insignificantes, cual es el átomo de arena. ¡Tan grande y funesta es la malicia del pecado! Por eso, no bién Adán hubo infringido el precepto que Dios le impusiera, ¡qué cambio tan fatal no se verificó en el hombre y en el mundo todo! En el hombre la parte inferior se rebela contra la razón, entablándose desde entonces esa lucha intestina y continúa de la carne contra el espíritu, fuente de continuos desórdenes y miserias en el individuo, trasmitiéndose de este á la familia y de la familia á la sociedad. ¡Qué de errores, qué de luchas y odios, qué de guerras, qué de calamidades y miserias no aquejaron al hombre! Si bién estos males fueron reparados con la venida del Hacedor, como no entró en los planes de Este devolver al hombre completamente á su primitivo estado, los movimientos de este continuaron siendo no del todo rectos y ordenados, creciendo y aumentando el desequilibrio á medida que se aleja de su reparador, como crece el ímpetu tumultuoso de los ríos según que se separan de su origen y se acercan á su término: creciendo así las pasiones del hombre, y levantándose como olas de mar embravecido, creció su ambición y soberbia; de aquí que cuando el mundo toque á su ocaso, se resfriará la caridad de muchos, abundando la iniquidad; serán in-

evitables los disturbios, guerras y asonadas, etc. Tal es la perturbación que el pecado causó en el hombre, en el mundo moral; pero no es menor la ocasionada en el mundo físico: ¿y cómo no? Pues ¿el hombre no es uno de sus elementos constitutivos?; y sus actos pecaminosos ¿no serán otros tantos movimientos irregulares que se harán sentir en el todo sumamente armónico? Ciertamente que sí. Todos los seres que constituyen este mundo están ligados y enlazados entre sí, formando un todo que llamamos universo, al modo que nuestros miembros unidos forman el cuerpo humano; y así como el desarreglo de uno de los miembros perturba más ó menos las funciones de los otros, así en el mundo el desarreglo de uno de sus elementos, por insignificante que sea, se hace sentir en el todo. Pero ¿á qué cansarnos? No es cierto que por el pecado vinieron pestes, guerras, terremotos, huracanes, avenidas, y la tierra anegada con el diluvio, y herida con otras mil y mil plagas y cataclismos, cataclismos y plagas que son otros tantos trastornos del universo? ¿Y no es cierto que por el pecado, la atmósfera y la tierra son corrompidas con los miasmas de tantos miles de millones de cadáveres? Ahora bién: siendo cierto, como es, y la razón dicta, que Dios hizo todas las cosas en número, peso y medida, que equilibró el mundo cual balanza la más sensible y exacta en términos que, si un solo átomo de cuantos crió llegase á faltar ó á aniquilarse, sería inevitable un cataclismo universal, ¿quién podrá calcular el desorden, confusión y desarreglo que habrán producido en el mundo físico tantos actos desordenados del hombre, cuantos han sido sus pecados? ¿y á quién será dado calcular los trastornos y perturbaciones causadas por tantos cataclismos y plagas, consecuencias del pecado? Solo Dios, y nosotros, cuando viéndole cara á cara, conozcamos perfectamente la grande armonía, el enlace tan íntimo que estableció entre todos los elementos del mundo. Es pues, á no

dudar, por el pecado del hombre, este universo una máquina descarrilada, que sin perder nada de su fuerza por el descarrilamiento, marcha á todo vapor. ¡Qué rudos no serán los choques de sus elementos! ¡qué de desperfectos no ocasionará en la vía! ¡qué de espanto y confusión en los que contemplen sus últimas convulsiones!, ó lo que es lo mismo, ¡qué extraordinarios y singulares, aunque naturales, no serán los movimientos y funciones del mundo cuando toque á su ocaso! Habrá sí en este tiempo (sin un concurso especial de Dios, esto es, sin milagros) guerras, pestes, hambres, terremotos, etc., etc., de un carácter especial que Jesucristo y los Profetas nos dieron como señales del fin. Aun lo de oscurecerse el Sol, la luna y las estrellas, el caer de estas y conmovearse las potestades del cielo, puede suceder, en opinión de muchos, según leyes físicas; á más de que estas cosas, como diremos, más que señales han de ser principio de la consumación del mundo y de su destrucción. Es verdad que en las plagas, con que, según San Juan, Dios castigará y llamará á los pueblos antes y en tiempo de la Bestia, concurrirán como en las de Egipto circunstancias milagrosas; es cierto que Elías y Enoch obrarán milagros, pero también lo es que todas estas cosas no se dán como señales del fin, y sí únicamente como motivos de credibilidad. Asimismo, el fuego que trasformará el mundo, como también el signo del Hijo del hombre que aparecerá en el cielo, serán verdaderos milagros, pero tampoco son señales del fin y sí consumación y señal del juicio universal.—Es tan cierto que las señales precursoras de la disolución del mundo nada tendrán de milagrosas, que, lo que es más, han de pasar desapercibidas para casi la totalidad de los hombres, contra lo que muchos creen; y es la tercera preocupación que intentamos desvanecer.

## §. IV.

98. Los más están persuadidos que todos ó casi todos han de reconocer las señales del fin cuando sucedan: esta creencia está en manifiesta oposición con lo revelado en las Sagradas Escrituras. En S. Mateo dice Jesús: *Lo que sucedió en los días de Noé, eso mismo sucederá en la venida del hijo del hombre: porque así como en los días anteriores al diluvio, proseguían los hombres comiendo y bebiendo, casándose y casando á sus hijos, hasta el día mismo de la entrada de Noé en el arca, y no pensaron jamás en el diluvio hasta que lo vieron consumado, y los arrebató á todos, así sucederá en la venida del Hijo del hombre.*<sup>1</sup> No sé en que otros términos más claros pudiera decir Jesús que los hombres no sólo no reconocerán las señales del fin, antes bién estarán completamente descuidados. S. Pedro expresa lo mismo y aun usa las mismas frases, con que hoy ridiculizan al que cree que se cumplen ya los signos precursores: *Estando ciertos, dice,..... de que vendrán en los últimos tiempos ilusores..... diciendo: ¿dónde está la promesa ó advenimiento de este (Jesús)?, porque desde la muerte de nuestros padres, todas las cosas permanecen del mismo modo, desde el principio de la criatura.*<sup>2</sup> Y ¿no son estas las palabras con que se expresan muchos al oír que están ya cumpliéndose las señales? ¿no contestan que siempre hubo guerras, pestes, hambres, etc.? S. Pablo escribe á los Tesalonicenses y les dice: *Porque vosotros sabeis muy bién que como el ladrón de noche, así vendrá el día del Señor; pues cuando estén diciendo paz y seguridad, entonces les sobrecojerá de repente la ruina.*<sup>3</sup> Es, pues, indu-

1 Matth., XXIV, 37 y sig.

2 II Pet., cap. III, vv. 3 et 4.

3 I ad Thess., c. V, v. 2 et 3.

dable que, según las Sagradas Escrituras, los hombres, cuando sucedan las señales del fin del mundo, no las han de reconocer como tales, antes bién esto será uno de tantos signos.

99. No se opone á esta doctrina lo que S. Juan refiere al fin del cap. VI de su Apocalipsis, cuando dice que: *Todos los hombres se escondieron en las grutas y piedras de los montes, y decían á los montes y peñascos, caed sobre nosotros y escondednos de la vista del que está sentado sobre el trono....., porque llegado es el día de su ira y del Cordero.*—Ni tampoco se opone lo que refiere Jesucristo cuando dice: *Y habrá señales en el sol, la luna y estrellas..... secándose los hombres de temor y de espanto por las cosas que sobrevendrán á todo el orbe.*<sup>1</sup> Decimos que estos pasajes no obstan á lo que dejamos dicho de que pasarán desapercibidas para la generalidad de los hombres las señales del fin, porque estas exclamaciones y temores, las harán y tendrán los hombres cuando vean caer las estrellas, oscurecerse el sol, enrojecerse la luna, los montes é islas moverse de sus lugares; empero todo esto, como se deduce del mismo texto, y demostraremos después, ha de tener lugar momentos antes, ó al consumarse el fin; por lo que más que señales, son disolución ó consumación del mundo; de donde se sigue que los hombres dirán que se acerca el día grande del Señor, conocerán que viene el fin del mundo, cuando principie ya á consumarse, lo que es muy conforme con lo que Jesucristo dijo: *así como en los días de Noé los hombres no pensaron jamás en el diluvio hasta que lo vieron comenzado....., así sucederá en la venida del Hijo del hombre.*

100. No se opone tampoco lo que dejamos demos-

1 Luc., XXI, 25,-26.

trado acerca de la certidumbre que pueden adquirir los hombres de la aproximación del fin, vistas las señales; porque, como dicen los filósofos, *de posse ad factum non valet consecutio*: una cosa es que los hombres puedan, si reflexionan, conocer las señales del fin, y otra que de hecho las conozcan; á más de que no afirmamos que nadie las reconozca, y sí únicamente decimos que pasarán desapercibidas para la generalidad de los hombres, pero serán reconocidas por algunos, los verdaderos cristianos, que entonces serán los menos.

Por último, las señales más características y principales del fin del mundo han de tener lugar en los tiempos del Antecristo, y ¿cómo han de ser reconocidas por la generalidad de los hombres cuando sabemos que estos, en su mayoría, habrán perdido entonces la fé y que irán en pos de la Bestia á cuya imagen han de adorar?







## CAPÍTULO SEGUNDO.

### *Señales del fin del mundo contenidas en los Santos Evangelios. ¿Se cumplirán ya?*

Explicase el cap. XXIV de S. Mateo y los paralelos de S. Marcos y S. Lucas.—Las señales que Jesucristo dió á los Apóstoles en estos pasajes, son relativas al fin del mundo.—Muchas de ellas no pudieron serlo de la ruina de Jerusalén.—Palabras de S. Gregorio respecto al particular.—Idem de Lactancio, Alápi-de y Allioli.—¿Se cumplirán ya dichas señales?—Lucha de nación contra nación.—Calamidades y hambres.—Persecución de la Iglesia.—Aspiración de la masonería.—Matanza de Sacerdotes y de personas eclesiásticas y seglares.—*Tolle, tolle* de los actuales enemigos del Cristianismo, por M. Gaume.—Ayes de dolor de Su Santidad, León XIII.—Escándalo que padecen algunos al ver el estado de la Iglesia.—Plaga de falsos profetas ó predicadores.—La prensa al servicio de la iniquidad.—Crecimiento de la corrupción y disminución de la fé, por M. Gaume.—El siglo de las luces, ó sea, *claridad oscura*.—*Nolumus hunc regnare super nos*: artículo del «Mensajero del Corazón de Jesús».—Una observación.—Una insistencia.—Dos palabras del conde de Maistre.—Predicación del Evangelio en todo el mundo.—*Comamos y bebamos que mañana moriremos*.—Banquete monstruo.—Tristes reflexiones que se siguen de todo lo escrito aplicándolo á nuestra época. ¿Estaremos en el *initia dolorum*, de S. Mateo?

#### §. I.

101. **P**ROBADO que los hombres pueden adquirir certidumbre, no del momento y hora, ni del año en que tendrá lugar, pero sí de que está próximo el fin y la consumación del mundo; demostrando que los signos y señales, que precederán, no son cosas milagrosas, y que cuando

sucedan pasarán desapercibidas para la generalidad de los hombres, nada más natural, que indagar si se cumplen ó no dichas señales; si el mundo enfermó ya de muerte; y reservando para otro capítulo el pronóstico del período de la enfermedad, diremos únicamente que abrigamos temores y sospechas de que tiene signos mortales: y para probar esto seguiremos el método observado en la primera parte, citaremos lo que en la Sag. Escritura, Santos Padres y tradición de la Iglesia se dice sobre el particular, cotejándolo después con lo que pasa y se observa en el mundo.

102. Refiere S. Mateo que habiendo los Apóstoles llamado la atención de Jesucristo sobre la estructura y belleza del templo de Salomón y habiéndoles dicho que no quedaría piedra sobre piedra, sentados después en el monte Olivete, le hacen la siguiente pregunta: *Dínos: ¿cuando sucederá eso? y cual será la señal de tu venida, y del fin del mundo?* Y Jesús respondiendo, les dice: *Mirad que nadie os seduzca: pués muchos vendrán en mi nombre diciendo: Yo soy Cristo: y seducirán á muchos. Oireis, pués, guerras y opiniones de guerras. Mirad que no os turbeis. Porque conviene que sucedan estas cosas, pero aún no es el fin. Se levantará gente contra gente, y reino contra reino, y habrá pestes y hambres y terremotos en distintos lugares. Mas todas estas cosas son principio de los dolores. Entonces os entregarán á la tribulación y os matarán y sereis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Y entonces se escandalizarán muchos y se entregarán mutuamente y se tendrán odio unos á otros. Y se levantarán muchos falsos profetas, y seducirán á muchos. Y por que abundará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos..... Y se predicará este evangelio del reino en todo el orbe, en testimonio para todas las gentes: y entonces vendrá la consumación.* <sup>1</sup> Lo mismo refieren S. Marcos y S. Lucas en los ca-

1 Matth., XXIV, v. 3 y sig.

pítulos XIII y XXI, respectivamente, con sola la diferencia de expresar estos lo que aquel omitió.

103. Es cierto que en las palabras citadas de Jesucristo están contenidas varias de las señales que precederán á la consumación del mundo; empero todas estas señales parecen cumplirse ya.—Vayamos por partes. En las citadas palabras se dan señales del fin: tal reclaman antecedentes y consiguientes; tal expresan las mismas palabras; tal enseñan los Santos Padres y Expositores sagrados, y tal, por fin, dicta la razón.—En verdad, hemos visto que los Apóstoles hicieron á Jesucristo la siguiente pregunta: *dínos: ¿cuando sucederá eso? Y cual será la señal de tu venida y del fin del mundo?* La pregunta no puede estar mas terminante; abraza tres miembros, «destrucción del templo de Jerusalén», «venida del Hijo del hombre» y «consumación del mundo»: Jesucristo, sin distinguir á cual de los tres miembros contesta, les da las referidas señales; luego, ó estas dicen relación común á dichos tres miembros, ó Jesucristo nó contestó adecuada y coherentemente á la pregunta de sus Apóstoles. Esto último no es de admitir, ya porque desde de la sabiduría infinita del Verbo encarnado, ya porque contestando sin distinción, los Apóstoles, como nosotros, entendieron que contestaba á los tres miembros de la pregunta; si, pués, hubiera contestado á un solo miembro, les hubiera dejado en un error en materia tan importante, lo que tampoco es admisible. Pero demos por un momento que Jesucristo contestase á uno de los miembros, que contiene la pregunta; en este caso hubiéramos de conocer, á cual de ellos contestó, por antecedentes y consiguientes, por lo que arrojen de sí las palabras, y por el sentir de los Santos Padres y Expositores y tradición de la Iglesia; y en este caso es indudable que Jesucristo, mas que á la destrucción de Jerusalén, primaria y principalmente contestó á la pregunta de la consumación del mundo y de su segunda ve-

nida. En verdad; si tenemos en cuenta el modo de la pregunta de los Apóstoles, y la contestación de Jesucristo, claramente aparece: pués los Apóstoles respecto de Jerusalén y su templo sólo preguntaron cuando tendría lugar su destrucción; *Dinos: ¿cuando serán estas cosas?* (la destrucción del templo, que era de lo que antes venían hablando): mas respecto del fin del mundo le preguntaron por las señales precursoras: *¿Y cual será la señal de tu venida y del fin del mundo?* Ahora bién, como quiera que Jesucristo en la contestación habla de señales más bién que del tiempo en que tendrían lugar, es evidente que principalmente contestó á la pregunta de las señales del fin. Esto mismo demuestran los consiguientes. Léase bién todo el capítulo 24 de S. Mateo y el 13 de S. Marcos y veremos que ni siquiera una vez hace mención expresa de Jerusalén y su templo, y sí varias de la consumación del mundo y de su segunda venida. *No os turbeis. Conviene que suceda todo ésto, pero aun no es el fin.* <sup>1</sup> *Y se predicará este Evangelio en el universo mundo..... y entonces vendrá la consumación.* <sup>2</sup> *Porque como el relámpago sale del Oriente....., así será la venida del Hijo del hombre.* <sup>3</sup> *Inmediatamente después de la gran tribulación..... Verán al Hijo del hombre, que viene con gran majestad.* <sup>4</sup> *Así como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre.* <sup>5</sup> Ni una palabra de Jerusalén y su templo, y sí repite varias veces la pregunta de los Apóstoles relativa al fin y su segunda venida. ¿Esto no demostrará que si Jesucristo contestó á la pregunta de la destrucción de Jerusalén, primaria y principalmente contestó á la del fin del mundo? Si S. Lucas, hablando de este mismo asunto, en el capítulo 21, hace mención de Jerusalén, es

1 Matth. cap. XXIV. v. 6.

2 Matth. cap. XXIV. v. 14.

3 Ubi. v. 27.

4 Ibi., v. 29. y 30.

5 Ibi., ver. 37.

porque dicho Evangelista sólo se hace cargo ó refiere el primer miembro de la pregunta de los Apóstoles, ó sea de la destrucción del templo; y, esto no obstante, el mismo Evangelista hace mención del fin del mundo; en lo que prueba muy bién que Jesucristo contestó colectivamente á los tres miembros de la pregunta: lo que nada tiene de particular, si se tiene en cuenta que la destrucción de Jerusalén fué sombra y figura de la consumación del mundo; y que los Apóstoles entendían y creían que estas dos cosas habían de coincidir. Siendo comunes á las dos catástrofes las señales dadas por Jesucristo, nada tiene de particular que contestase colectivamente á los tres miembros, que abrazaba la pregunta: pero insistimos en que dichas señales dicen relación más adecuada al fin del mundo que á la destrucción de Jerusalén.

104. En efecto, las más de ellas sólo tendrían perfecto cumplimiento en la consumación del mundo, y las restantes evidentemente no pudieron cumplirse cuando la desolación de la capital del judaismo, ni, por tanto, referirse á dicha desolación. Jesucristo dice que habrá *guerras, pestes, hambres y terremotos en distintos lugares; que se levantará pueblo contra pueblo y nación contra nación*, esto es, que el mundo todo se conmoverá, y la razón de conmoverse es la catástrofe de la que son preludios. Y ¿qué motivo ó razón había para que el universo todo se conmoviera, sintiese, por decirlo así, y llorase la destrucción de Jerusalén? Absolutamente ninguna; pero sí la hay y muy poderosa para que todos los elementos, las criaturas todas, el universo mundo se conmueva y llore al aproximarse su inevitable ruina y destrucción: pués, como dice San Gregorio, «porque todas las cosas se han de consumir, antes de la consumación todas se perturban; y los que pecamos en todas, en todas somos heridos»<sup>1</sup>; y Lactancio:

1 Hom. XXXV in Evang.

«este hecho (libertad de Israel de la esclavitud de Egipto) tan esclarecido y tan admirable, aunque entonces sirvió para manifestar á los hombres el poder de Dios, sin embargo, fué presagio y figura de otra cosa mayor, que el mismo Dios habrá de obrar en la consumación de los tiempos: pues libertará á su pueblo de la pesada esclavitud del mundo. Pero como entonces no había más que un solo pueblo de Dios, y moraba sólo en una nación, por eso solo el Egipto fué herido. Más ahora porque el pueblo de Dios está formado de todas las lenguas y mora entre todas las gentes, y es oprimido por ellas como dominadoras que son, es necesario que todas las naciones, esto es, que el orbe todo sea azotado con plagas celestiales, para que el pueblo justo y adorador de Dios sea libertado, Y así como entonces se obraron signos con los que se demostraba á los egipcios su futura derrota, así al fin se obrarán grandes prodigios por todos los elementos del mundo, en los que se dé á entender á todas las gentes la inminente consumación.»<sup>1</sup>

Afirma Jesucristo que una de las señales será el que *abundará la iniquidad y se resfriará la caridad de muchos, y que el Evangelio será predicado en todo el mundo*; mas es evidente que estas señales de ninguna manera pueden convenir á la destrucción de Jerusalén. Jesucristo habla de una iniquidad futura, y cuando Jerusalén fué destruida, abundaba la iniquidad, la misma iniquidad, con pequeña diferencia, que había encontrado Jesucristo á su venida. Más claro; cuando la destrucción de Jerusalén, la iniquidad lejos de aumentar, se batía en retirada, toda vez que principiaba á propagarse la luz del Evangelio. Asimismo, cuando la destrucción de Jerusalén, ¿qué caridad se había de entibiar? La del pueblo judío? Si ya la había perdido. ¿La de los gentiles?

1 Divin. Inst. lib. VII., cap. XV.

Si no la conocían. ¿La de los cristianos? Pero ¿cómo? Si era aún naciente y estaba en toda su pujanza y llena de vida, como bién lo acredita la sangre de tantos mártires, entonces derramada. Y ¿cómo nó estar en todo su vigor, humeando aún en el Gólgota la sangre del Corazón amantísimo de Jesús, del corazón que vino á prender fuego de amor en la tierra, fuego que entonces principiaba á arder con toda su intensidad?—Que el Evangelio no pudo ser predicado en todo el mundo, cuando Vespasiano y Tito asolaron la capital de la Sinagoga, queda demostrado con saber que entonces aún estaba sin descubrir el nuevo-mundo, y, si bien S. Pablo, escribiendo á los Romanos, les dice: *vuestra fé se anuncia en todo el mundo*,<sup>1</sup> como diremos en otro lugar, habla hiperbólicamente, y si se quiere en sentido profético, en cuanto que se había de anunciar; y aun pudiéramos decir que *inchoative* se anunciaba ya en todo el universo.

## §. II.

105. Por último, que Jesucristo en las palabras citadas de S. Mateo da las señales precursoras del fin del mundo, es tradición constante del pueblo fiel y doctrina corriente entre los Expositores y Santos Padres. Aquel siempre reconoció y reconoce como señales precursoras del fin las pestes, guerras, hambres, terremotos, etc.; de aquí el que se alarmase por creer próxima la venida del Hijo del hombre, siempre que vió reinar en el mundo dichas calamidades. De los Santos Padres y Expositores, consultando á la brevedad, citaremos sólo alguno que otro.

S. Gregorio, á más de lo que dejamos ya indicado, dice: «Nuestro Señor y Rector anuncia los males precursores del mundo que ha de perecer, para que cuando vengan, tanto

1 Ad Rom., I, 8.

menos nos perturben cuanto más los conozcamos..... He ahí, pues, dice: cuando oyéreis batallas y sediciones, no querais temer: porque conviene que primero suceda esto, pero aun no será inmediatamente el fin. Deben de considerarse las palabras de nuestro Redentor, en las que anuncia que habremos de padecer interior y exteriormente. Puesto que las guerras pertenecen á los enemigos, las sediciones á los ciudadanos. Luego para indicar que seremos turbados interior y exteriormente, manifiesta que hemos de sufrir de los enemigos y de los hermanos. Pero antecediendo estos males, no siguiéndose inmediatamente el fin (añade), se levantará gente contra gente y reino contra reino, y habrá grandes terremotos en distintos lugares, y pestilencias y hambres y terrores del cielo y grandes señales. La última tribulación es precedida de muchas tribulaciones; y por los males continuos, que anteceden, se indican los males perpetuos que sobrevendrán..... Pero habiendo ya enunciado tantas señales de la perturbación, conviene que consideremos brevemente cada una de ellas: porque es necesario que unos padecimientos nos vengan del cielo, otros de la tierra, otros de los elementos y otros de los hombres. Dice, pues.: “se levantará gente contra gente”, y esta será la perturbación de los hombres: “habrá grandes terremotos en distintos lugares”, esta será la ira del cielo: “habrá pestilencias”, y este será el desequilibrio de los cuerpos: “habrá hambres”, y en esto la esterilidad de la tierra: “habrá terrores del cielo y tempestades,” y será el desequilibrio de la atmósfera.» <sup>1</sup>

106. Lactancio, tratando de las señales del fin, se expresa en los términos siguientes: «Cuando se aproxime el término de este siglo, toda la tierra se conmoverá: bramarán las guerras en todas partes: todas las gentes estarán en armas y se combatirán mutuamente: las ciudades limítrofes

1 Homil. XXXV in Evang.

se batirán..... Entonces la espada recorrerá el orbe segando y derribándolo todo como la mies..... Serán destruidos hasta los cimientos, no sólo por el hierro y el fuego, sino también por los continuos terremotos, aluviones, frecuentes enfermedades y hambres constantes. Pues se viciará el aire y se hará corrupto y pestilente, ya por las lluvias fuera de tiempo, ya por la esteril sequedad, bién por los fríos rigurosos, bién por el excesivo calor; ni la tierra dará fruto al hombre.» <sup>1</sup>

107. Cornelio Alápide comentando las palabras: “Y habrá pestilencias y hambres”, etc., añade: «antes de la ruina de la Ciudad y del orbe: pues, como rectamente advierte S. Jerónimo, Beda y S. Agustín en la Epist. LXXX ad Hesidium, Jesucristo contesta confusa y mezcladamente (uniendo y mezclando uno con otro) á los Apóstoles que preguntan confusamente de la ruina de la Ciudad y del orbe..... Finalmente, que se trata de la ruina de la ciudad y del orbe, mezcladamente en este versículo y siguientes hasta el 15, se deduce de los mismos signos, los que precederán á una y otra ruina. Por lo que S. Hilario, S. Gregorio, Homil. I in Evang., é Ireneo, lib. V., cap. XV., entienden estas cosas de la ruina del mundo y sus señales. Pues precederán gravísimos tumultos, guerras, hambres, pestes, terremotos y falsos Cristos.» <sup>2</sup> Lo mismo y casi en las mismas palabras se expresa Tirini cuando dice: «Estos y los siguientes signos los interpretan de la ruina de todo el orbe Lactancio, é Ireneo, Hilario y Gregorio; y de la ruina de Jerusalén, el Crisóstomo con los suyos. Mas yo con S. Jerónimo, Agustín y Beda opino que de uno y otro deben de interpretarse, al menos, hasta el versículo 15, (que son los versículos por nosotros aducidos), pues de uno y otro preguntaron en confuso los Apóstoles.» <sup>3</sup>

<sup>1</sup> Divin. Inst., lib. VII, cap. XV. et XVI.

<sup>2</sup> In Matth., XXIV, 7.

<sup>3</sup> In Matth., XXIV, 4.

108. Por último, Allioli escribe: «Respondiendo á sus discípulos Cristo, ante cuyos ojos mil años son como el día que pasó, juntamente ve y mezcla dos sucesos, como acto de una sola divina operación y providencia, conviene á saber, la ruína de Jerusalén y el fin del mundo. Pués sucede las más de las veces que aparecen juntamente y sin separación alguna de tiempo y como fusionados y mezclados entre sí á la mente de los Profetas sucesos separados por un largo intervalo de tiempo. Así en esta profecía se refieren dos sucesos no desemejantes en realidad, pero diversos en el tiempo..... La opinión de algunos de que aquí se predice solamente la ruina de Jerusalén, debe ser desechada de todo punto, como contraria á los Santos Padres y escritores eclesiásticos.» <sup>1</sup>

Tenemos, pués, que, según los Santos Padres, Expositores Sagrados y Tradición constante del pueblo cristiano, antecedentes y consiguientes, y según el sentido propio de las palabras con que Jesucristo contestó á sus Apóstoles, es indudable que en el capítulo XXIV de San Mateo se dan señales del fin del mundo; pero, ¿se cumplen ya? Veámoslo:

### §. III.

109. *Oireis noticias de batalla y rumores de guerra, se levantará nación contra nación y reino contra reino.* <sup>2</sup> Esto dice Jesucristo. Fijemos ahora nuestra mirada en el mundo: ¿qué de guerras no ha habido en lo que llevamos de siglo? Apenas hay nación alguna en que no haya sonado una, dos ó más veces el grito de combate: díganlo España, Francia, Austria, Italia, Alemania, Inglaterra, Rusia y Turquía, y, por decirlo de una vez, todas las nacio-

<sup>1</sup> In Matth., XXIV, 4.

<sup>2</sup> Matth., XXIV, 6 et 7.

nes europeas, cabiendo decir lo mismo de Asia, África y América. Sediciones y motines se cuentan por el número de días; y en cuanto á rumores de guerra, ¿no es cierto que todas son conjeturas y cálculos sobre estallamiento de guerra entre esta ó aquella nación? Y ¿no es verdad que ya há tiempo se habla mucho y se hablará de la guerra europea? Y ¿qué significan esos miles y millares de hombres, que se ponen sobre las armas, esos preparativos asombrosos de guerra que hacen todas las naciones, y que son su ruina? ¿Esa desconfianza y mirarse de reojo? «El mundo está oprimido por las fuerzas materiales. Existen de doce á quince millones de hombres armados que se miran de hito en hito, llenos de temor y de espanto, Los pueblos hablan de desarmes: mera figura retórica. Nunca, desde que el mundo es mundo, se acumularon tantos elementos de recíproca destrucción. La ciencia ha multiplicado los caminos de esta y proporcionado elementos sin comparación mayores que los que hubieron á su disposición las épocas de más declarada barbarie desde el principio del mundo. No hay que pensar en el desarme de los ejércitos. Nó; estan cargadas las minas y preparados los cañones en Oriente y Occidente, al Norte como al Mediodía, y solo Dios sabe cuando estallarán. A no ser que la mano de Dios lo impida, ningún hombre, ningún Congreso europeo, ninguna diplomacia es capaz de impedirlo .....»<sup>1</sup> «La inquietud y el malestar indefinible, que parece ser el estado normal de la Europa desde el protestantismo, se manifiesta por medio de frecuentes convulsiones y espantosos espasmos. Y así debía ser, porque retrocediendo el mundo al paganismo por sus principios políticos, debe entrar forzosamente en las condiciones sociales del paganismo; y los frutos de su re-

1 Emmo. Cardenal Manning.—*Movimiento Católico*, 16 de Octubre de 1889.

belión contra la Iglesia han de ser forzosamente la inestabilidad, la anarquía y el despotismo. Contad las revoluciones que le han agitado de tres siglos á esta parte; no esas revoluciones parecidas á la brisa que solo arrugan las superficies de los mares, sino las formidables é íntimas, que nada respetan, y conmueven y trastornan la sociedad desde sus cimientos, como las negras tempestades cuyo soplo agita el océano desde lo profundo, destroza las naves, sumerge á los navegantes y eleva siempre el leño á las superficie. Encontrareis más revoluciones en un siglo que durante el largo período de la edad media. Pero ¿qué digo? La edad media no presenta tal vez una sola revolución parecida á las que han asolado con tanta frecuencia la Europa desde Lutero hasta Robespierre. En aquella época veis cambios de personas y de dinastías, pero quedan los principios; en los siglos modernos han desaparecido personas y principios: la monarquía deja su puesto á la República; esta al Gobierno representativo, sucede á este el despotismo, y siempre aparece en la sombra un nuevo sistema social que se agita y hace esfuerzos para apoderarse del cetro, que sucesivamente empuñan tantas manos diferentes. Nada se respeta en esta lucha incesante y á muerte, y no vereis escrito en todas las páginas de la historia moderna más que violación de todos los derechos divinos y humanos, de los pueblos por los reyes, y violación por los pueblos de los mismos derechos del trono.»<sup>1</sup> —Como quiera que en esta materia hablan más alto los hechos que las palabras, pondremos al fin como apéndice la estadística de las guerras y motines que ha habido en lo que llevamos de siglo.—Mas paréceme leer en el interior de mis lectores que quisieran hacerme la siguiente observación: «siempre y

1 Gaume, Hist. de la Soc. domést., discurso prel., pár. 8.

en todo tiempo hubo guerras y revoluciones; por tanto, de que ahora las haya, no puede sospecharse que sean las que Jesucristo dió como señales del fin.» Justa y oportuna es la observación; pero me han de permitir que reserve el contestarla, para después de haber tratado otros puntos, sobre los que pudiera hacerse la misma objeción.

#### §. IV.

110. *Y habrá pestes, hambres y terremotos en varios lugares.* <sup>1</sup> ¡Cuántas veces nos ha visitado el huésped del Ganges, y cuántas víctimas ha causado en Europa, en donde se ha hecho como endémico! ¡Y qué diremos de la fiebre amarilla, de la enfermedad variolosa y crup, de las que há más de un año no se ven libres España y otras naciones! Con la particularidad de que antes estas dos últimas enfermedades parecían propias de la infancia, y hoy lo mismo atacan al niño que al anciano. *Hambres.* Conteste la multitud inmensa de familias que emigran y las clases obreras que perecen por falta de recursos y trabajo. Leemos en el MOVIMIENTO CATÓLICO, de 27 de Febrero: «En Nápoles se han sublevado los obreros sin trabajo al grito de Comunismo y anarquía. En Mantua desde hace algunos meses hay trescientos en obligada inacción. En Caltagirone, tres mil campesinos, armados de palos y azadones, corren los campos pidiendo pan y trabajo.» Y ¿qué diremos de Inglaterra y de nuestra España? De *Los Soldados de Cristo*, periódico de Ciudad-Real, del 27 de Marzo de 1889, es lo que sigue: «Dice el Norte de Aragón: "Las noticias que recibimos de la ribera del Cinca pintan con vivos colores la angustiosa situación por que atraviesa aquella comarca, y muy especialmente la de la importante Ciudad de Fraga.—Los jornaleros no en-

<sup>1</sup> Matth., XXIV, 7.

cuentran ocupación con que poder ganarse el necesario sustento, viéndose por consecuencia obligados á implorar la caridad pública para no morir de hambre; y como son muchos los que piden y pocos los que están en disposición de dar, la situación se va haciendo insostenible. Urge, pues, como primer remedio á tan difícil situación, se reanuden los trabajos de la carretera en construcción de dicha Ciudad á Alcolea.—Escriben de Antequera.—En este pueblo, desde donde escribo, ciudad antes rica y floreciente, con importante agricultura y adelantada industria lanera, hoy pobre, decaída y víctima de gravámenes y gabelas hasta el punto de abandonar el cultivo de sus tierras muchos labradores, de arrendar otros sus fincas sin más renta que el pago de las contribuciones, de cerrar sus talleres el mayor número de los fabricantes, se nota de día en día el descenso de población viéndose infinidad de casas deshabitadas, barrios enteros casi despoblados.—Los inenos emigran al interior para hacerlo después á otras regiones; los más se alistan y forman parte de esas bandadas que con tanto sentimiento vemos partir con destino al imperio brasileño y repúblicas Sud-americanas, adonde Dios sabe la suerte que les espera.—Un periódico de Morella lamenta la miseria que existe en aquella comarca, y la emigración, que es su consecuencia. “Sólo en Morella, dice, se han cerrado en menos de un año de veinte á treinta establecimientos de comercio ó industriales. Pues cuando tan agobiado se encuentra el país, aún se le estruja más.—El vapor-correo de Orán que salió ayer tarde de nuestro puerto, dice un periódico alicantino, llevaba á bordo gran número de emigrantes, que se dirigen á las colonias francesas en busca de trabajo, que no encuentran en la Península.” Y no es de estrañar; la desmoralización general produce el pauperismo: en los pueblos irreligiosos, dice un escritor, vereis siempre reinar el egoismo entre las clases ricas, y la afición al lujo y á los excesos

entre los pobres. El hijo legítimo de tales padres es el pauperismo." En *la Regeneración*, del 17 de Agosto de 1871, se lee lo siguiente: «Con fecha del 9 de Mayo escribían de Khorassán (Persia) que se morían diariamente de hambre en aquella Ciudad de 250 á 300 personas. Los que sobrevivían carecían de fuerzas para dar sepultura á los muertos. Los turcomanes se habían llevado todo el pan y trigo que había en los alrededores, y los habitantes del distrito no podían ofrecerles resistencia alguna, por haberse comido todos sus caballos. Con la misma fecha se recibían de otros pueblos noticias igualmente funestas. En algunas partes el hambre había llevado á estos desventurados hasta el extremo de sustentarse con carne humana. En otras los padres vendían á sus hijos por una fanega de trigo, ó se moría la gente desfallecida en la calle. Entre Shiraz y Bushire yacen sin enterrar mas de mil cadáveres.»—En *El Mundo*, del 3 de Febrero de 1874, se dice: «Las noticias de la India Inglesa son temibles. En algunas comarcas el hambre ha causado ya víctimas innumerables, y se teme que el azote tome proporciones horrosas; siendo de advertir que á la escasez de alimentos se une una sequía grande que ha agotado los pozos y los ríos en muchas partes.»—En la *Epoca*, del 2 de Mayo de 1874, se inserta un parte de Berlín del día anterior, en que se dice: «Según las últimas noticias del Asia Menor, el hambre está haciendo grandes estragos.—En el distrito de Angora hay diariamente un centenar de fallecimientos». *Terremotos*: díganlo Manila, Yschia, España y otras naciones, y aun hoy mismo no pasa día sin que los periódicos nos den noticias de temblores de tierra. Sólo en la inundación que tuvo lugar en el corriente año en una región de la América del Norte, se calcula que perecieron diez mil personas. Y para economizar tiempo, remitimos al lector al apéndice que ponemos al fin, y se convencerá que la historia de la humanidad no registra en los archivos una épo-

ca parecida á nuestra época.—En otro lugar diremos el carácter que hoy revisten dichas calamidades, carácter que nunca tuvieron, y, por tanto, que las determina como señales del fin: y entre estas calamidades la más grave y de mayor trascendencia es que los pueblos no quieren ver en ellas el dedo de Dios, atribuyéndolo todo á causas puramente naturales, como si estas no estuvieran sometidas y subordinadas al Omnipotente, como si no fueran efectos de la voluntad divina á cuya providencia y gobierno está sujeto hasta el átomo insignificante; y de aquí que no se arrepientan ni hagan penitencia de sus iniquidades, antes continúan añadiendo pecados á pecados, cumpliéndose en esto lo predicho por S. Juan en estas palabras: *Y los demás hombres, que no murieron en estas plagas, no hicieron penitencia de las obras de sus manos*». <sup>1</sup>

### §. V.

III. *Entonces sereis entregados á la tribulación, y os darán la muerte: y sereis el odio de todas las gentes por mi nombre.* <sup>2</sup> ¿Quién ignora la gran tribulación por que atraviesa hoy la Esposa de Jesucristo? Su doctrina y creencias son ridiculizadas; confiscados han sido todos sus bienes; sus Iglesias vense desnudas; conculcados están sus derechos; y Ella encuéntrase en la dolorosa precisión de tolerar lo que á duras penas tolerarse puede. Su Jefe visible, el Romano Pontífice, nunca fué tan atribulado viéndose privado de sus Estados y prisionero en su propia morada; sus ministros despreciados en términos que ni aun los derechos de ciudadanos se les concede, y todo esto por solo el *crimen* de ser ministros de Cristo; y las Comunidades religiosas espulsadas de sus Conventos.

<sup>1</sup> Apoc., IX, 20.

<sup>2</sup> Matth., XXIV, 9.

«Deben alabarse (habla el Gran Oriente de Italia) los trabajos que se hicieron en los pasados tiempos....., principalmente la supresión de las órdenes religiosas, la desamortización de los bienes eclesiásticos y la destrucción del poder temporal..... Pero esto no basta; la buena voluntad del gobierno, con respecto á la propagación de las indiscutibles teorías del naturalismo en oposición á la revelación, no puede ejecutarse en un momento; las exigencias de la política, tanto interior como exterior, le obligan muchas veces á tomar en cuenta las inveteradas preocupaciones de los pueblos, y los celos de los gabinetes europeos empeñados en la *grandiosa obra de la destruccion de las potencias católicas*. El bién general de la masonería italiana, y el bién general de la masonería europea exigen que se proceda con cautela. Pero las miras de los hombres de estado no impiden la acción privada de los H. H.:. M.:., pudiendo desarrollarse esta acción de modo que el ministerio mismo tenga más libertad para ayudarnos con la fuerza que tiene en sus manos, y que debe dirigirse al triunfo del humanitarismo purificado de las supersticiones».<sup>1</sup> —Interminables nos haríamos si hubiéramos de referir aquí los clamores y lamentos que de todas partes del mundo son lanzados por los Prelados de la Iglesia al contemplar la terrible persecución de que esta es objeto. El Excmo. Sr. Arzobispo de Burgos en una de sus cartas pastorales, después de referirnos los grandes y muchos atropellos que ha sufrido y sufre la Esposa del Cordero, dice en uno de sus párrafos: «Terrible es, pués, azarosa y tremenda la situación porque atraviesa hoy la Iglesia de Dios; lo que parece anunciar, á juicio de algunos ilustres pensadores, la proximidad de los tiempos apocalípticos, en los que debe apa-

1 Boletín Ecies. de Astorga, año de 1888, n. 6.

recer *el hombre de pecado, el hijo de perdición*, para tiranizar á los hombres hasta el extremo de hacerse adorar de ellos como Dios, y de los cuales parece ser síntomas precursores la apostasía universal de casi todos los estados por su negación sistemática del reinado social de Jesucristo, y la preponderancia infausta y mortífero influjo de la francmasonería en el Gobierno de casi todos ellos.....»<sup>1</sup> En estas palabras del Excmo. Sr. Arzobispo de Búrgos tenemos tres cosas muy importantes: la persecución de la Iglesia, la opinión de ilustres pensadores acerca de los tiempos apocalípticos, y la apostasía casi general de todos los Estados; apostasía de que nos hemos ocupado en la Primera Parte, y de que luego volveremos á hablar. «Bien sabido es de todos, dice el Eminentísimo Cardenal Pastorini, cuanta sangre ha sido derramada en defensa de la religión á la aparición de la reforma introducida por Lutero y otros nuevos predicadores de la falsa doctrina. No pretendemos fijar aquí el número de las víctimas sacrificadas en sus manos, porque la historia de la reforma no refiere sino hechos generales, cuando se ocupa de la matanza de católicos. Los anabaptistas fueron los que inauguraron en Alemania aquella série de escenas sangrientas, apenas brotó la nueva secta protestante. Tan grande era el odio que profesaban á los nuevos fieles, á cuya comunión habían pertenecido ellos mismos poco antes, que en el año mil quinientos veinticinco talaron los campos de los católicos, incendiaron las iglesias y los monasterios y asesinaron á los sacerdotes, á los religiosos y á un sinnúmero de personas nobles. Los calvinistas á su vez cometieron todo género de violencias y de inusitados atropellos por donde quiera que pasaron: convirtiendo muchos países en tea-

1 *Movimiento Católico*, 5 de Octubre, 1889.

tro de sangre y de matanza, como se recuerda aún con horror en Francia, en Holanda y en muchas provincias de Alemania. Nicolás Fromentaan, ministro reformado confiesa que los calvinistas dieron muerte sólo en la provincia del Delfinado á 256 sacerdotes y 112 monjes ó religiosos..... No desplegó Inglaterra menos encarnizamientos en la persecución de los católicos..... Este monarca (Enrique VIII), déspota y cruel hizo morir además trece abades y priores, 67 religiosos y gran número de seglares. Más violenta, si cabe, fué aún la persecución contra los católicos, bajo el reinado de Isabel. Todas las crueldades de que se guarda memoria, usadas en tiempo de los paganos, renováronse ahora contra las generosas víctimas cristianas, á quienes se hizo sufrir el rigor del potro y toda clase de tormentos antes de hacerlas morir. Así perecieron 124 sacerdotes y 57 seglares, por el testimonio que ellos dieron de Jesucristo, además de otros muchos que encontraron la muerte en los calabozos donde gemían, sin contar los que sufrieron otra clase de padecimientos por las persecuciones de aquel reinado.»<sup>1</sup> Hasta aquí palabras de Pastorini quien continúa refiriendo que las mismas escenas sangrientas se dieron en 1597, 1614 y 616 y 642 en el Japón, y en los años 1647 y 48 en la China.

112. Pero no solamente fué derramada en abundancia la sangre de los cristianos en los siglos XVI y XVII, sino también en el presente, como puede inferirse de la lectura de las siguientes cartas que copiamos del libro, titulado *La Diosa y la Furia*.

Medítenlas un poco nuestros lectores, pues bien lo merecen.

Dicen así las precitadas cartas:

<sup>1</sup> *El Catolicismo y la razón humana*, lib. II., cap. I.

## «CARTA DEL P. BUENAVENTURA.

113. *Asia, 8 de Diciembre de 1860.*—Mi venerable Padre: Jesús y María le colmen de bendiciones. Seis años hace que nos separamos, y en ellos mis compañeros y hermanos, los Padres Bernardino y Daniel, y coadjutor Pascual, que le saludan afectuosamente. Hoy, día de la Purísima Concepción, tomo la pluma para recopilar cuanto le he dicho en mis anteriores.

Es sobre manera y consolador, los muchos misioneros de distintos institutos y nuevas congregaciones que vienen de varios reinos de Europa, cuyo movimiento ha ido creciendo desde el año 30. Gentes sin número han convertido á nuestra santa fé en estas populosas provincias.

A pesar de todo y la lucha constante que se lleva contra el Infierno y los triunfos que se consiguen, llenan de amargura los medios horribles de que se vale la idolatría y la impiedad para arruinar lo que se ha conseguido por todas las ciudades, pueblos y reinos. En 1854 se ha alzado en Cochinchina una horrible persecucion contra los cristianos; han muerto innumerables y algunos misioneros, y la conjuración tiene trazas de no ceder y sí ir en aumento.

En 1855, un sinnúmero de revoltosos en China se han levantado en varias provincias contra el emperador y otros soberanos: su afán, pués, es destruir, entrando en los planes del Infierno esta conjuración, para que de ella resulte daño al Catolicismo; se vé que por todas partes asuelan, incendian y roban los templos, lo que realizan ambos partidos beligerantes. Mueren á millares los cristianos al cuchillo, ó en los montes, de miseria. La guerra que se lleva la más horrorosa: nadie queda en pié; y yo diría al ver

en este estado casi toda el Asia, ser estas las calamidades anunciadas en los últimos capítulos de Esdras, como castigo de haberse hecho tanta resistencia á la Religión.

Hay provincias donde han sido degolladas veinte mil personas, la mayor parte cristianas.

En 1856 consiguen grandes triunfos en Siria los PP. Franciscos y Jesuitas, pero al propio tiempo conocen que el Infierno lleva en aumento los protestantes de todas sectas y cismáticos por Jerusalén y en todo el Líbano, y que las hordas de beduinos se presentan cada vez más amenazantes contra los católicos. Todo da á entender que Palestina es presa de las secretas sociedades; y como prueba evidente, ven los cristianos que se frecuentan cada día más los asesinatos en sacerdotes y fieles, temiendo una matanza general por todas partes.

En 1857 aumenta nuestra pena la horrorosa carnicería que hay en la vasta India, sublevada contra sus opresores, los ingleses. Esta indefinible situación vá á terminar con todos los cristianos, según arrecia, si la Providencia del Altísimo no la contiene.

En 1858 en la Siria, Cochinchina, India y China todo prosigue en estado creciente y tristísimo de persecución horrible contra los seguidores del Catolicismo.

En 1859 la situación es más angustiosa. Además, los luchadores de la China no dejan cosa en pié ni católico vivo. En el Tibet la persecución arrecia cual nunca; los misioneros, unos son martirizados, otros están entre cadenas. Es cierto que en los países del Bósforo á favor de las comunicaciones del comercio, los misioneros consiguen muchísimas conversiones; pero las sectas protestantes y secretas inutilizan los mejores proyectos, y están disponiendo aquellas provincias para levantar en el día tremendo ejércitos formidables contra la verdad y contra el orden.

La persecución contra el Cristianismo en el imperio Ana-

mita hace víctimas sin cuento en estos años, y en el presente quitó la vida á misioneros españoles y franceses. Estas dos naciones se coligan: bajo el pretexto de vengar la sangre inocente conquistan puertos y ciudades, se posesionan de todo, hacen tratados de comercio, que era lo positivo. También consiguen decretos en favor del Catolicismo, pero se hacen ilusorios, y la diplomacia europea entorpece á los misioneros, aunque con buenas palabras, que es el carácter de la Bestia dominante. Hasta los mandarines infieles dan testimonio. Condenaba uno de estos al castigo á un misionero, y por librarse decía: Ten entendido, gran mandarín, que los de mi nación se vengarán. El tirano riéndose responde: *No me detendrá lo que dices; más tienes que temer de los tuyos que de nosotros.* Estas frases dicen más que un gran discurso, para probar que las conquistas al presente son solo para ir contra la fé, á lo menos indirectamente, procurando solo los intereses materiales.

En 1860 la revolución amenaza por todas partes, pero singularmente, valiéndose de las sociedades protestantes y secretas, se encarniza horrorosamente en el Líbano y la Siria toda. Agitando la antipatía de los drusos y beduinos contra los católicos, consigue que degüellen más de treinta mil, pasando de ochocientos mil los desterrados y de cien mil los huérfanos sin amparo. Los monasterios y templos son destruidos á centenares, asesinados muchos obispos, sacerdotes y religiosos franciscos.

Mientras por este extremo de Asia la revolución así se encarniza, obra lo mismo en Tonquín y Cochinchina; 26 sacerdotes europeos y muchos indígenas son martirizados, y lo mismo innumerables católicos.

A pretexto de tanto horror, los ejércitos inglés y francés penetran luchando en la China, hasta en la capital; se enriquecen y se estacionan para tratos de comercio. Cuando los citados ejércitos disponían la conquista, el emperador dió

decreto para acabar con todos los cristianos, y no hay palabras para explicar los tormentos en que en este año 60 han muerto por todas partes innumerables fieles; y á millares los que huyendo por los montes marchan y agonizan.

Quando os escribo esta, sigue bramando y haciendo víctimas la persecución casi en toda el Asia. Las cartas de los demás misioneros, impresas en los Anales de la propagación de la fé, os dirán cuanto se padece, y los obstáculos que á cada paso presenta contra la verdad en estos países la idolatría, las supersticiones populares y las sectas venidas de Europa, y sobre todo esto, lo peor es la influencia diplomática y artificiosa de la revolución materialista que se ha intrusado, y acabará con la fé, si Dios no lo remedia. Tal es, Padre mío, el estado del Catolicismo en este tan vasto y poblado continente. La doctrina liberal y sus principios no hay duda que hacen eco en todos los pueblos bárbaros, y combinada con sus errores, viene á dar resultados más monstruosos que en Europa; y de aquí el tristísimo estado del Asia. La revolución sigue por aquí su marcha triunfadora con todo descaro. De todo echa mano contra el Catolicismo, y deja en pié los desatinos de la idolatría, en cuanto que la sirven para su fin. Rogad, Padre mío, á Dios y á María Inmaculada que nos dé constancia. Amén.

### CARTA DEL P. PEDRO DE ALCÁNTARA.

114. *África, 8 de Diciembre de 1860.* — Mi venerable Padre: reunidos en este día para celebrar el misterio singular de María Santísima, con los PP. Antonio de Padua, Jácome de la Marca y el hermano Jorge, que nos sirve, convenimos en darle una reseña de cuanto ha ocurrido en este vasto y desconocido continente, desde hace seis años que fué nuestra

separación. Grande ha sido y es la intrepidez de misioneros de varios institutos, pero entristece el poco fruto que se alcanza, porque hay obstáculos casi insuperables, siendo el mayor la influencia de la revolución nacida en Europa, y estendida por todas las costas á favor del comercio. Público es que nuestros afanes y constancia, aunque con pérdida de nuestros hermanos en ocasiones, demostró que teniendo libertad el misionero supo vencer, así al egipcio y tunecino como al marroquí, cafre, hotentote, y habitantes de Nigricia, Guinea y demás, sin distinción; más la revolución ya nos privó de los 20 conventos que teníamos en Marruecos, persiguen por las sectas á cuantos en otros puntos se han establecido, y si tolera algunos, es por fines políticos de las naciones europeas influyentes en cada provincia y reino del litoral. Nuestro P. S. Francisco triunfó en Egipto, sus hijos en Berbería, como Cisneros en Argel y Orán; muchos mártires hicieron la idolatría y superstición mahometana en nuestros hermanos, y en los religiosos de la Merced y Santísima Trinidad, pero consiguieron triunfos que hoy impide la revolución protestante y materialista, con su influencia comercial y diplomática. Ante estos enemigos poco se podrá hacer, y su fuerza solo la conoce el que la toca de cerca.

Público es ya que introducidos bajo el pretexto de comercio, ó de protectores ingleses y franceses en Egipto y toda Berbería, han establecido las secretas sociedades, que formando oposición á los verdaderos católicos, se han conquistado, han enseñado ya á los indígenas á formar clubs y rebeliones en contra de sus soberanos, de modo que todos sienten el malestar europeo, y los motines se frecuentan. ¡Ay, Padre mío! desde todas las riberas del mar Rojo hasta más allá del cabo de Buena-Esperanza, es imponente en] todas] las provincias] la influen-

cia del protestantismo y masonería: de ahí podrán alzarse en su día ejércitos de bárbaros contra el orden, que pueden asolar al mundo. Por todas partes trabajan los misioneros, pero acaso no ganen generalmente hablando el uno por mil, cuando la revolución de seguro gana el veinte, y aún entra con todos, sea de la secta que quieran.

Sobre lo mucho que todos los días sobre esto se imprime, algo diré para apoyar mis lamentos, y la desdicha del África en general.

Todo el Egipto, países de Ganges y Arabia se funden en el materialismo á paso veloz por el trato de comerciantes, viajeros y especuladores, con motivo de las obras del paso del Istmo de Suez y otras.

En toda Berbería, sus conquistadores fomentan y trabajan por fundir en uno, ó sea en la revolución, á moros, judíos, protestantes, cristianos y demás: para ellos todo es igual, y así los hacen servir en los ejércitos, y alternar en todo sin distinción.

En Sierra-Leona y países inmediatos es cada vez más marcada la influencia revolucionaria de los que se agrupan allí todos los días de Europa, por conseguir el lucro de intereses materiales; y esta multitud de especuladores corrompen lo que conquistó el misionero, que es protegido en ocasiones solo porque abra paso.

Los PP. Jesuitas, que penetrando en Nigrícia, Guinea y otros puntos de la costa é islas han ganado muchos á Jesucristo, se lamentan de la oposición que los hace la revolución en el sentido que dejó insinuado, y hacen patente cuanto han tenido que trabajar para sacar del error á los que ya había ganado el protestantismo por sus emisarios y libros perniciosos.

Al mundo aterra la ferocidad y horribles festines de los habitantes del Dahomey, según noticias de los misioneros que allí han penetrado. Sin embargo, confiesan que hace

algunos progresos, que son atendidos por gente tan fiera; más últimamente se lamentaban de que la cizaña revolucionaria ya se introduce en aquellas comarcas donde entraron los primeros con tanta exposición. Ante el comercio, el cañón, el poder de las sociedades protestantes y secretas que la Europa envía por todas partes, ó sean las legiones del Antecristo, solo el poder de Dios puede hacer frente. Dése la vuelta á toda el África, y si es indudable que desde hace 30 años cada vez más se multiplican los misioneros, también lo es que se acrecienta más sin comparación el de los emisarios de varios tintes de la revolución.

África, tan floreciente en la fé católica por muchos puntos cuando S. Agustín, la perdió con la invasión de los bárbaros y musulmanes, y no ha vuelto á ella. Hoy la revolución materialista se lo impide, y todo indica que primero será revolucionaria que católica.

Tal es el estado triste y aterrador en que vemos á fin del año 60 á este vasto continente, desconocido en la mayor parte y trabajado en favor de la mentira y degradadas pasiones como casi todos los pueblos y tribus conocidas. Todo presenta trazas de ir á peor. Sin embargo, no desanimamos; algunos se convierten á la fé á pesar de los perversos ejemplos, vida animal y sin religión alguna de los innumerables europeos que, como he dicho, se aumenta en todos los puertos y poblaciones inmediatas al litoral, ya por sus intereses, ya por venir muchos huyendo á causa de maldades cometidas en sus reinos. ¿Que afecto han de tener al Catolicismo estas gentes bárbaras, cuando ven que los que dicen le profesan se burlan de él y de toda religión conocida? Vuelvo á repetir que no hay remedio posible ante los obstáculos que hemos mencionado.

Encomiéndenos, Padre mío, y todos los hermanos, á las bondades de Jesús y de María Inmaculada, para que nos dé fuerzas en la lucha. Amén.

## CARTA DEL P. LUÍS DE TOLOSA.

*América, 8 de Diembre de 1860.*—Amantísimo Padre y prelado nuestro: este vuestro humilde súbdito, y los PP. Capistrano, Leonardo Portomauricio, y el hermano, Diego Alcalá, le saludamos y le deseamos felicidades. Hemos celebrado hoy el gran privilegio de María Santísima, y en este día he resuelto darle noticia, reseñando cuantas cartas le hemos escrito, de todo cuanto hemos observado en este vastísimo continente y sus islas, con relación á los progresos de la Religión, y sus persecuciones desde hace seis años. Yo me he tomado el trabajo de noticiaros lo principal; todo, sería imposible. Os diré con anticipación, que la causa del Catolicismo va cada vez peor, por la extensión de las sociedades secretas.

Desde que la América, tanto del Sur, como Meridional, se constituyó y dividió en repúblicas, todo el mundo sabe que los pueblos han gozado poca paz, lo que siempre es en perjuicio de la Religión católica. Los misioneros de varios institutos, singularmente del nuestro y Compañía de Jesús han seguido trabajando y conservando; pero la falta de sacerdotes, y las doctrinas disolventes salidas de las posesiones inglesas y Estados-Unidos, habían de ir llenando de cizaña provincias y pueblos antes tan pacíficos y sencillos.

En medio de conjuración tan sorda, el Catolicismo hizo progresos en los Estados-Unidos, y tan grandes que hace cuatro años se contaban mas de veinte Obispos, los que en S. Luís y en Cincinnati se han reunido para tratar asuntos del Catolicismo. También en California la fé ha hecho muchas conquistas; pero es tal y tan triste la situación de innumerables indígenas á causa de la moderna civilización, que hay población donde suceden diez ó mas asesinatos al día por muertes hechas, ya á causa de la bebida, ya de blancos

que se divierten en probar sus pistolas. No es posible referir los horrores que origina en América la civilización moderna, donde pone su inmundicia y furiosa planta.

Es cierto que innumerables se sostienen como pueden en la Religión cristiana; pero también que la multitud vuela en masa á los brazos de la revolución y á su servicio, aunque sin inteligencia de causa los mas. Las sociedades secretas que tienen minada esta parte del mundo, trabajan sin cesar para desterrar el Cristianismo. Los militares, ambiciosos generalmente, han escalado por intrigas el poder; y como para esto se habían de valer de la revolución, á esta sirven y miman, mientras unos luchan contra otros por quién ha de mandar. Estos mónstruos, azote siempre el mas terrible para la humanidad, han retirado de la América la paz, alegría y abundancia que siempre tuvo.

De aquí los mas horrosos desatinos y persecuciones al Catolicismo; desde mediados del siglo, apenas hay país tranquilo. Los ilustres misioneros y sacerdotes se ven acechados y perseguidos. En el 56 ha sido herido de muerte el Sr. Arzobispo de Cuba en la garganta, por un conjurado. El mal-estar se ha aumentado desde que se inició la guerra en los Estados-Unidos, la que en su desarrollo tomó horribles proporciones, lo cual hace grande daño á los progresos de la fé, y paraliza los trabajos de los misioneros. Á medida que los años pasan, se ve aumentarse la persecución contra el Catolicismo, fomentada por la turba inmensa de aventureros y especuladores que vienen á América de todas partes del globo, singularmente de Europa y países mas corrompidos, y no con otro fin que el de enriquecerse. Esta gente, sin fé por lo general, no hay crimen ni maldad revolucionaria que no haya aquí plantado, hasta poder ya ser innumerables americanos sus maestros.

Desgraciadamente se ve en algunas repúblicas, además de las guerras continuas, los horrores sacrílegos contra el

Catolicismo, que han tenido lugar en Inglaterra, Francia, España y otros reinos de Europa. En Méjico, los militarones aspirantes al mando persiguen al clero y Obispos, desterrándolos. Han profanado y robado los templos y catedrales por enriquecerse, siendo incalculable el oro y plata en Méjico, Puebla, Morella y otras ciudades y santuarios. En Nueva-Granada han ocurrido actos escandalosos y sacrílegos. Allí como en todas partes, las hordas revolucionarias buscan diversos pretextos para alzarse; una vez conseguido, todo el afán es robar, y unos descamisados elevarse valiéndose de los que engañan, y perseguir al Catolicismo porque condena el robo y el pillaje. Para colmo de las desgracias, la madriguera de todos los infames del mundo, los Estados-Unidos, se ha enfurecido de tal modo en la guerra en este año, que todo el continente sufrirá sus consecuencias.

Dígase lo que se quiera, la verdad es que la revolución progresa, y que ya tira la máscara para presentarse como tal. Ya apenas queda una nación ó república que como tal se pueda llamar católica: todo prueba que ha entrado en la apostasía general, signo precursor y cercano al fin terrible. Tal es la triste situación en que se encuentra por estos países y sus islas la fé. No parece haber remedio posible, pues manda ya el despotismo militar, que es la última plaga de los imperios y naciones. Lo dicho es poco para lo que tememos, segun todo se presenta. Pida y ruegue á Dios, Padre mio, por nosotros, y para que el Señor conserve en la fé á los pobres católicos de América. Amen.

### CARTA DE PALERMO.

116. *Europa*, 8 de Diciembre de 1860.—Mis carísimos Asís y Solano: Ya sabeis que mediante los estudios que he realizado soy sacerdote, y que trabajo cuanto puedo en este continente. Desde que la revolución solapada nos hizo separar del

santo Apóstol, voy haciendo observaciones, y comprendo que cada vez se tira la careta con mas descaro contra el Catolicismo. Para que os convenzais del triste estado en que nos hallamos, os reseñaré lo principal de cuanto hemos visto desde hace seis años. Causa horror.

Los principios disolventes proclamados en Francia á fines del siglo anterior, y que tanta sangre costaron, diseminados por Europa por las legiones de la Bestia, han sido enseñados por todas partes, y los pueblos los defienden porque lisonjean las pasiones. De aquí las grandes convulsiones que se notan, y cada vez mas frecuentes. Por esas corruptoras doctrinas corre la sangre en España en el año 20, al protegerlas traidores á su patria. Por las mismas, Polonia después es dividida entre soberanos; de Irlanda se aumentan las cadenas; Francia arrojó á su rey, toma otro, le obliga á huir á pocos años, proclama la república, la desecha luego entre arroyos de sangre y se complace en un simulacro de imperio libre, que es tiranía. Todos esos trastornos hasta mediados del siglo, y mas que callo, han sido en Europa causa de las doctrinas de la Bestia revolucionaria.

Aún diré más en prueba de que todo fué, aunque á veces solapadamente, contra el Catolicismo. Francia solo ha arruinado ó profanado más de cien mil templos según, un escritor respetable. España se desmoraliza, degüella y arroja de sus moradas á los religiosos, saquea los templos, y se ve acometida de todo género de sacrilegios y atropellos. Portugal sigue en todo los mismos pasos; y lo propio Suiza, Bélgica y otras naciones, que todas eran católicas á principios del siglo. ¿Qué es esto? A mediados de él ya han caído en la apostasía. Las sociedades secretas así triunfando, acometen rudamente en el 48 á la ciudadela del Catolicismo; toda Europa por sus afares se pone en conflagración; corre la sangre á torrentes; el Vicario de Jesucristo milagrosamente huye de Roma; y si entonces España contiene al mónstruo y da lugar á que el

Austria desmembre sus legiones y el Papa vuelva á su Silla, con todo la Bestia se lleva el Piamonte entre las uñas, para que le sirva de base en lo que medita para el porvenir, de modo que, aunque cede, queda triunfante.

La estrella de plata que señala el venerado lugar donde nació el Redentor del mundo es robada de la gruta de Belén, acaso con fin ulterior. Se disputan el derecho de restaurarla, Rusia, Francia, Austria y Turquía, y pasando la lid al campo de la política, estas naciones, á quienes se unen Inglaterra y Piamonte, arman en Crimea un combate furioso y horrendo por dos ó más años. El objeto final de la guerra solo lo entiende la tenebrosa diplomacia; se suspende hasta otra vez; un millón de víctimas valió á la revolución extenderse en Rusia por medio de las secretas sociedades que poco después, al grito de *fuera Dios y el matrimonio*, talan pueblos y ciudades, y queman á millares las casas y posesiones de los nobles.

Los grandes sucesos en este siglo no solo pasan, sino que se precipitan. Apenas he dicho nada de lo que hemos presenciado, y es preciso estar ciegos para no ver el paso de la Bestia en todo, y más precipitado después de la definición dogmática de la Concepción de María Santísima. ¿Quién será capaz de citar lo principal de esa hórrida série de males? Francia, cuando aún humeaba la sangre de los millares sacrificados en Crimea, que había visto morir por mano aleva á su prelado el venerable Affre, dirigida por el nuevo jefe que proclamó, lleva la revolución á Italia, y entonces los tronos bambolean, y la sangre corre á torrentes en todas direcciones. Luego, hordas de sacrílegos unidos á traidores y patrocinados por ella, hacen rodar los tronos de Nápoles y Sicilia, los ducados de Parma, Toscana y demás; se roban á la Iglesia sus pertenencias y se da la voz por la revolución de: *Roma ó muerte*. Entre tanto, y desde el 54, el Soberano Pontífice se ve en constantes apuros. En España, Portugal, Piamonte, Grecia, Dinamarca, Turquía, y casi todas las na-

ciones sujetas á la doctrina materialista ó liberal, se suceden tremendos y carniceros motines; y siempre la revolución, aunque se vea obligada á ceder, se queda con algunas conquistas. La Italia, por último, ve las hordas sacrílegas, que, al grito de *viva el infierno*, y otros mas horrendos, realiza hechos del mayor vandalismo.

Es de notar que en todas partes el resultado es el mismo; rodar los tronos porque protejen los sanos principios; ser degollados, perseguidos, expulsados obispos, religiosos y sacerdotes; robados los templos, profanados los altares, las imágenes y hasta el Santísimo Sacramento. Desde mediados del siglo, pasan de treinta los reyes y príncipes muertos ó heridos á mano airada, y dirigida por las sectas de los antros, solo en Europa. También muchos prelados y obispos de la Iglesia han tenido la misma suerte, pues contra todos, los revolucionarios se han armado del puñal y del veneno, siendo de notar que, á medida que los años avanzan, se hace con más descaro y seguridad, lo que prueba la extensión del mal.

¿Cómo poder enumerar, mis amados hermanos, los hechos y ataques directos ó indirectos contra el Catolicismo, que hemos visto desde nuestra separación? Si en España en el 55 y 56 se ven los esfuerzos contra la fé y para establecer la libertad de cultos, en Portugal al propio tiempo son furiosamente perseguidas las hijas de la caridad.

También en todo ese tiempo, franceses, ingleses é italianos toman mil formas para combatir la columna de la fé y ciudad santa en que reside. En España arrecia el furor contra Jesucristo; se siente la acción de sectarios y judíos introducidos en ella á favor de la revolución. ¿A quién no espantan los robos de los templos, que en diez años pasan de mil, lo que no podía realizarse sin un secreto y combinado plan?

Si en Francia, á pesar de la hipócrita guerra á la fé, se multiplican las obras de la Caridad por las Conferencias con-

sagradas á esta virtud, llama la atención el ver que empiezan á ser perseguidas, y se suprimen sus consejos directores porque toma vuelo tan santa institución. ¿Quién comprende, sin apelar al poder de la secreta conjuración, al ver suprimirse por los gobiernos los periódicos de mayor importancia religiosa, á la par que se toleran todos los que extienden el error?

Hay un sorprendente fenómeno que pocos advierten, desde hace veinte años ó más, y es aterrador. Consiste en ese afán de los francmasones de todas raleas en Europa, para atraer á sus sectas á los individuos notables de otras, particularmente judíos; y ya es público que han conseguido innumerables triunfos. Ya se ve á los hebreos, despreciados antes por todas las naciones y sectas, colocados en puestos elevadísimos de sociedades materialistas y gobiernos, poseer los caudales del mundo, los ferro-carriles, y grandes centros de riqueza; y lo que es mas, contraer matrimonio muchos cristianos poderosos con hebreas, y vice-versa, y fundirse todos en el judaismo. Debiendo realizarse la suprema elevación del grande impío, ó sea el Antecristo, que dominará las naciones del mundo, y supuesto que será oriundo de ese pueblo maldito y tribu de Dan, según está anunciado, ¿quién no se espanta al ver que la preparación para ese formidable suceso está dispuesta y tan adelantada, por la solicitud con que trabaja en sus planes de iniquidad la revolución filosófico-materialista?

Tales son, hermanos carísimos, parte de las principales observaciones que he hecho en estos seis años en mis correrías por la Europa. Toda la veo oprimida bajo la formidable pujanza del tenebroso poder de los antros, que se extiende á los demás continentes. No me dan el mayor cuidado ni llaman la atención, esos alborotos y motines que hay en las naciones en cuanto á mudanza de dinastías, Gobiernos y cosas por el estilo, sino en cuanto que facilitan y se-

cundan los planes y medios de la conjuración contra la religión católica. Me sobrecoje la tendencia de disposiciones que no están al alcance del pueblo, y prueban la importancia del poder oculto que en todo manda.

Esto es lo espantoso: lo que asusta á todos es secundario, pues es natural que en partidos ó naciones donde no hay unión en la verdad y caridad, reine por necesidad el egoísmo, y, por lo tanto, las divisiones y riñas, y que todo ha de ser por quién ha de tener más y mandar sobre todos. ¡Ojalá que todos, como nosotros, supiesen dar importancia á los sucesos que lo merecen! Vivid, y vivamos alerta, pues marchando ya erguida y cada vez mas descarada la Bestia revolucionaria, vamos á ver horribles sucesos, cada año peores, y probablemente el tremendo desenlace del drama horrible de rebelión contra el Altísimo que viene el siglo XIX representando.

Seguid trabajando con celo y prudencia, pues Dios está con nosotros, y mandad á vuestro amigo y hermano.—*Benito Palermo.*

### CARTA DE SOLANO.

116. Á mediados del año de 1865 recibí una carta de Solano, en que decía: Mi amado hermano, te saludo, y el Señor te llene de su gracia. Sigo trabajando como hijo de S. Francisco en el bién de las almas, y me lleno de alegría al ver que también lo haces tú. Diosinda hace lo propio y dotada por el Señor de excelentes cualidades, promueve ya el aumento de comunidades dedicadas como la suya á la vida regular y educación de las niñas, que es la gran necesidad de nuestro siglo. En los años que tiene el mundo de vida, yo no dudo que esta providencial bandera está llamada para cosas grandes. Si algún día nos vemos, ya nos entenderemos unos y otros y todos los que Dios ha signado, aunque pecadores,

con el carácter del Cordero. Si alcanzamos al que ha de venir *revestido de gran virtud y fortaleza*, nos alegraremos de haber preparado sus caminos.

Supongo habrás recorrido de cuando en cuando las cartas que nuestros hermanos escribieron hace cuatro años desde las cuatro partes del globo, y que en vista de lo que dicen, y lo que ha ido ocurriendo, estarás cada vez más convencido de que la revolución avanza más y con mayor descaro. Te aseguro que ellas han sido muchas veces el objeto de mis meditaciones, y me han impulsado á redactar un *Apéndice* á cada una, sobre lo que en cada continente ha ocurrido de más notable desde el año 60 al presente. Te remito mi pobre trabajo para que le conserves, y aumentes si sabes algo más que yo, pues cada nación y aun pueblo del mundo puede publicar nuevos horrores. ¡Ojalá que todos los jóvenes, así observando, continuasen los apéndices que sobre lo hecho contra el Catolicismo motivaran los sucesos tristísimos que se vienen encima. A Dios, Asís, á Dios: seguiremos nuestras contestaciones como siempre. Encomiéndame á Jesús y á su Madre Inmaculada, y manda á tu hermano que te aprecia. Te escribo hoy día de mi Santo, camino de Oriente en Europa, 25 de julio.—*Francisco Solano*.

### APÉNDICE Á LAS CARTAS.

117. *Asia*.—Sobre los terribles combates que contra la verdad se dirigían en este continente, y trazó el misionero Padre Buenaventura, hay mucho que añadir hasta mediados del presente año 65.

Con espanto del mundo civilizado, en Siria se repiten horribles asesinatos en los cristianos. Los venerandos santuarios de nuestra redención en Jerusalén siguen cada vez más estrechados por las sectas, y la capilla del Santo Sepulcro hundiéndose, sin que la compongan los padrinos que se dispu-

tan el derecho, temiendo se reproduzca la matanza que excitó el robo y restauración de la estrella de Belén. A los religiosos franciscos, custodios de aquellos tesoros, veo cada vez en mayor angustia, no solo por el abandono de las naciones que eran católicas, sí más por las asechanzas que las tienden los nuevos protectores y habitantes embozados de la ciudad oprimida. El desarrollo material conduce á ella, en vez de peregrinos devotos, innumerables viajeros. Los hospicios se convierten en mesones, y quieren á los padres, en vez de misioneros, mesoneros. Los sectarios y especuladores cada vez más se alzan con los territorios de los países santificados por el Redentor, elevan soberbios edificios, y todo pronostica la fatal restauración de la Jerusalén deicida, y congregación de los confundidos bajo el amparo del Apóstata Juliano. ¡Y en tal caso? ¡Ah!!!

En Cochinchina arreció la persecución en el 61. El emperador, viéndose acometido por europeos, da un edicto de esterminio general del Cristianismo; son martirizados más de 17.000; muchísimos desterrados y fugitivos. Si en el 62, á propuesta de los conquistadores, se revoca el decreto, los sucesos posteriores vienen probando lo que son los tratados de la moderna diplomacia, que invoca el Catolicismo por lo que contribuye en favor de los intereses materiales, y cacarea lo hecho para alucinar á los incautos. En prueba de ello, los cristianos han seguido perseguidos con furor; oficiales europeos han detenido á algunos misioneros en sus empresas bajo pretextos dolosos, privándoles de la libertad que antes gozaban, bajo pretextos humanitarios. Aún hay misiones que más llevan el tinte de políticas que puramente católicas.

En China, la situación horrible del año 60 no ha mejorado. Es cierto que el emperador, en el 62, manda se tolere el Cristianismo á propuesta de ingleses y franceses; mas esto es porque la Bestia por sus secretas sociedades sabe que ya

entró allí su acción, y que es más poderosa que la de la idolatría. La persecución sigue por todas partes en el 63; son martirizados más de 60 sacerdotes, y millares de fieles. El Catolicismo contaba en fuerza de trabajos anteriores con sólo la persecución de la idolatría, unos 30 Obispos y más de 100 misiones; pero con las intrigas de la revolución todo desaparecerá, pues verá contra sí, además del poder de los adoradores de los ídolos, el de los protestantes y sociedades secretas, que hacen pasmosos progresos en todo el Asia.

La revolución materialista todo lo invade bajo pretexto del comercio, al presente. La India, el Japón, las islas y países del Archipiélago Filipino y Oceanía, todo se ve invadido por el materialismo y racionalismo, valiéndose para entrar y progresar los emisarios de Satanás, de los conocimientos que de los países citados alcanzaron los misioneros con el sudor de su frente y sangre de sus venas, por Jesucristo.

En todos puntos, disponiendo de los pueblos la revolución contra la verdad, les ve adherirse á su proyecto de universal fraternidad y libertad, para así estorbar y destruir las conquistas que hizo ó va haciendo el Catolicismo en este vasto continente.

Este es el estado en que se ve toda el Asia: quien no mira las cosas bajo este punto de vista, no entenderá. Así como el Catolicismo es uniforme y universal, así lo pretende también la revolución; y para su fin jamás persigue, y sí mima, tolera ó sostiene y aun defiende las costumbres bárbaras y todas las supersticiones en cuanto á su plan son favorables: así crece por todas partes el gran ejército del Antecristo, que está en la tierra: y no puedo ponerlo en duda el que observa la velocidad con que se desarrollan las obras que le caracterizan. Esto es terrible.

*África.*—Voy á continuar la historia que sobre este continente nos remitió el año 60 el P. Pedro Alcántara. Cuando yo oía, amado Asís, á nuestro santo Apóstol que el li-

beralismo y sociedades secretas invadían el África, me resistía á creerlo. Decía entre mí. ¿Cómo han de entender esos bárbaros de semejantes maquinaciones? Pero los sucesos desde el año 60 acá me han convencido de que aquel Venerable sabía lo que sucedía, y me he convencido de que en los países dominados por las herejías halla con facilidad multitud de sectarios la revolución materialista.

En prueba de ello, hemos visto que en Egipto, Túnez, Argel, Marruecos y otras naciones se han levantado y repiten las conjuraciones contra sus soberanos y autoridades y que cada vez cuesta más trabajo contenerlas; la prensa, publica repetidas veces ser consecuencia de los trabajos de las sociedades secretas allí establecidas. Ya tenemos á indios, mahometanos, idólatras y demás de esas tierras iniciados en el gran pensamiento de unidad materialista; como en Europa, á impulso del comercio y trato con los extranjeros, mudan sus trajes antiguos, entran en las nuevas formas, desprecian sus prácticas religiosas, y quien visita estos pueblos ve cada vez más rápido el movimiento revolucionario que les disuelve y hunde; lo que no les sucedió cuando escucharon las doctrinas conservadoras de la divina Religión.

En adelante los africanos serán cada vez más temibles por el tinte de liberalismo, que lo fueron por el de sus errores. En Dahomey progresaba el Evangelio, más ya en el año 72 se quejan los misioneros de que las intrigas protestantes y revolucionarias les inutilizan sus trabajos.

En la isla de Madagascar eran grandes las conquistas de la fé; su Rey, hombre de providencia, daba toda protección, mas todo se estrelló ante las intrigas ya indicadas, y Radamá ve rodar su trono, es asesinado, y, según se cree, siendo la causa las intrigas promovidas por los enemigos de la Cruz.

Á Marruecos, bajo el motivo de vengar ultrajes al honor

nacional, la España lleva sus ejércitos y se formaliza la guerra. Los españoles se alzan entusiasmados, recuerdan la opresión en que los moros tuvieron por 600 años á sus abuelos y Religión, aplauden el pensamiento de hacer guerra á los bárbaros, realizan todas las gentes del pueblo y corporaciones desprendimientos heróicos, pués ven llegado el momento de justa venganza. Todos creen se va á realizar la gran empresa de Cisneros, ó sea la conquista de África, ó al menos que hasta el desierto ondée el estandarte de la Cruz. ¡Pobre pueblo español! ¡En ese momento de entusiasmo has olvidado que te hallas bajo la presión de la Bestia materialista. . . . .

¡Pobre España! Llorá y se estremece al ver el funesto resultado.

La guerra termina; mas de veinte mil de sus hijos perecen por la lucha y por la peste. Se malogran los tesoros de tu pueblo, que creía, pués le era fácil, ver ondear su bandera sobre Tanger, Fez, Marruecos y otros puntos. Se contiene á tus soldados lo necesario para hacerles recibir con calma la voz de paz y aún no se habían internado dos leguas. El negocio está hecho, pués se aseguró el progreso de los intereses materiales por el comercio, y abrir la puerta á la moderna civilización. Si se detiene allí el ejército algunos meses, sólo es para que la inercia, irreligión y los multiplicados y protegidos lupanares le corrompan más. Hé ahí el resultado de tantos sacrificios. Elevarse los que convinieron en el plan, y ensanchar sus dominios la revolución. Si en los tratados de paz se decreta algo en favor de la misión católica, la experiencia enseña que fué fórmula. Está visto, el África será materialista antes que hija de Jesucristo, como decía el P. Pedro en su carta.

*América.*—Sobre lo que el P. Luís de Tolosa nos escribió el año 60 de este vasto continente, es preciso, ama-

do Asís, añade el triste aspecto que el Catolicismo presenta en los cuatro años últimos.

La guerra contra Jesús, que se manifestó en casi todas sus repúblicas, ha ido arreciando cada vez más.

En Méjico hemos visto, ya subir, ya caer los usurpadores del poder: por último, recibir el emperador que le dió la revolución, y en todos casos, ser perseguido el Catolicismo.

En Nueva-Granada y todas sus dependencias, se ha multiplicado el despojo de los templos, atropello de sacerdotes, destierros de Obispos y de las religiosas de sus conventos.

Misionero ha habido que al cautivarle y remitirle al tirano, se le ataron las manos con esposas enrojecidas por el fuego.

El mismo furor contra la fé se ha presentado en el Ecuador, Venezuela, Paraguay y otras repúblicas. En todos puntos es uniforme la conjuración, como parto del masonismo, que tiene por único objeto la destrucción del Catolicismo y cuanto puede prestarle apoyo de modo alguno.

La guerra en los Estados-Unidos ha continuado de un modo el mas formidable y carácter salvaje y carnicero: ha contado hasta su conclusión las víctimas por millones y claro es que había de facilitar la perdición de innumerables almas, encarnizamiento de las pasiones y pérdida de la fé, que allí hizo conquistas que de tanto consuelo servían.

Poco satisfactorio es el que lleguen noticias de algunas conquistas parciales en favor del Catolicismo, que, por fines políticos, se toleran: el conjunto es funesto, y triste el estado en que la relajación de costumbres y la ignorancia en Religión pone á toda la América. Á favor de los principios revolucionarios, en el continente Meridional y Septentrional vendría á eclipsarse por completo la divina Religión.

*Europa.*—Pavoroso sobre manera es, amado Asís, ver, como yo, ser la conspiración siempre creciente contra el

Catolicismo en Europa. Voy á continuar la historia que nuestro carísimo Palermo hacía sobre esto en el año 60. Solo acudiendo al influjo de la protección divina, se concibe que resista tanto.

Ya ves que la revolución en Italia, con el mayor des-  
caro abre templos protestantes, y salones para que funcio-  
ne el masonismo. Por un inglés se atentó contra la vida  
del Papa; si bién Dios castigó al miserable asesino, que muer-  
re en el mismo acto.

No hay en la historia ejemplo de perversidad semejante;  
todos los días oimos nuevos sacrilegios, infamias y desatinos.

Entiende que el Pontífice en 18 de Marzo condena la mo-  
derna civilización, causándola herida de muerte, y llena  
de furor la Hydra en este reino, lo demuestra con execra-  
ciones.

En toda Europa, la revolución obra del mismo modo.  
Cuando observa la solicitud del Vicario de Jesucristo por la  
custodia de la fé en todo el mundo con repetidas alocucio-  
nes; cuando ve el solemne aparato con que el 8 de Junio  
del 62 publica como santos del cielo, á los Mártires Francis-  
canos del Japón y otros, y que en Septiembre del 63 hace  
fervorosas rogativas con la divina imagen del Salvador de  
Roma, y manda se hagan por todo el orbe, implorando el  
favor del cielo por las necesidades y angustias en que la mis-  
ma conjuración tiene el reino de Polonia; cuando advierte  
que, á pesar de tanta persecución, la Iglesia de Jesucristo  
aún dá verdaderas señales de una vida tan firme como en  
los días en que la dieran absoluta protección las potestades  
de la tierra, entonces, poseida de furor diabólico, vemos que  
redobra sus ataques, en Italia por los secuaces de Maquia-  
velo, en España por la ambición de los partidos ambicio-  
sos, en Francia por la hipocresía filosófico-impía, en Inglate-  
rra por el fanatismo popular y preocupaciones, en Rusia por  
la tiranía de su autócrata, en Bélgica, Suiza, Alemania, y

todos los países del Norte por las doctrinas del racionalismo, y en toda Europa por el ódio encarnizado contra su religión que contiene y cohibe los desarreglos del orgullo, egoísmo, sensualidad y doctrinas del liberalismo, que tienen en agonía á todo el género humano. Como el Catolicismo no cede, vemos que la revolución tira la máscara y ha empezado la lucha clara y terminante.

¿Qué podemos esperar de bueno en vista de tales antecedentes? Tal es y tan triste, carísimo Asís, el estado de la Europa, y en ella el del Catolicismo y principios que sostiene. No nos hagamos ilusiones. Vivamos alerta y trabajando por la gloria de Dios cuanto nos sea posible, porque los días peligrosos instan, como nos fué anunciado. Veamos para no ser confundidos.

No ceses, amado Asís, de encomendarme á Dios, seguro de que lo hace por tí este tu inútil hermano en Jesús y María, que desea abrazarte y verte en el cielo. Amén. A Dios, tuyo siempre.—*Francisco Solano.* <sup>1</sup>

118. El mundo actual se llena de impaciencia y de ira cuando se le dirige esta pregunta: ¿que mal te ha hecho (el cristianismo)? Si no fuera un malhechor no te le hubieramos entregado.—¿Pero qué mal os ha hecho?—Es el enemigo de nuestras libertades é instituciones, un perturbador de las conciencias que mira como un crimen nuestras riquezas y placeres, un seductor que enseña supersticiones y mentiras degradantes para la humanidad y un ambicioso que quiere reinar..... Quitadlo; no habéis más de él; no queremos que reine sobre nosotros, ni que intervenga ni su Evangelio ni su Iglesia en nuestras ciencias y en nuestra industria.....; no necesitamos á sus Obispos, sus sacerdotes, ni sus religiosos; rechazamos sus fiestas, sus sacramentos, sus ayunos y sus promesas,

<sup>1</sup> Parte tercera, cap. 12, pág. 503 y sig.

pués sabremos vivir sin él, ser felices sin él, lejos de él y á su pesar. Tal ha sido y es aún el lenguaje más ó menos explícito de la Europa actual, sublevada contra el Catolicismo como un mar borrascoso: los príncipes y legisladores de los pueblos, ó hablan como la turba, ó guardan silencio; muchos han querido tomar la defensa del acusado, pero de todas partes y de todos los labios han salido estas palabras: El que lo protege es enemigo de la libertad, de las luces y del progreso..... Los estados afectados de racionalismo han llamado siempre á la Iglesia en su auxilio como auxiliar, pero no como reina, como instrumento gubernativo, no como elemento necesario de la sociedad, como medio, no como fin. ¿Qué le dicen en el día y á nuestros propios ojos en toda Europa con la insultante voz de su conducta? Os necesitamos, prestadnos vuestro auxilio, pero con la condición de que sólo hareis lo que os permitamos; necesitamos á vuestro Jefe supremo y reclamamos su apoyo, más con la condición de que no podrá hablar directamente con los pueblos y Obispos; necesitamos vuestros prelados y reclamamos su apoyo, pero con la condición de que no puedan tener correspondencia con el soberano Pontífice, sino por nuestro conducto.....; ni escribir lo que pueda herir nuestras pretensiones; que si se les prueba tan sólo una contravención, reciban una reprensión por nuestro ministro de los cultos, sean citados ante el tribunal del Estado y sean declarados culpables del abuso, á pesar de la aprobación del Papa y de la absolución de su conciencia. Necesitamos á vuestros sacerdotes, y reclamamos su apoyo, más con la condición de que se han de encerrar estrictamente en el templo, de que se guarden de culparnos sino entramos jamás en él, que se contenten con cantar sus oficios despreciados y reunir en torno de su púlpito desierto las mujeres sencillas y los niños á quie-

nes nos reservamos el derecho de enseñarles á burlarse de todas esas necedades; que entierren sin decir una palabra todos los cadáveres que les enviemos, bajo pena, en caso de no hacerlo, de ser odiados, injuriados y ridiculizados todas las mañanas por nuestros periodistas y novelistas. Necesitamos vuestras religiosas para enseñar á nuestros hijos y cuidar á nuestros enfermos, pero con la condición de someter humildemente su conducta y sus doctrinas, siempre que lo creamos por conveniente, á la inspección de nuestros delegados, jóvenes ó ancianos, cristianos ó judíos, y de estar continuamente vigiladas maliciosamente por nuestros oficinistas, que fiscalizarán todos sus pasos, y no les permitirán comprar una legumbre, administrar un medicamento, ni gastar un óbolo para los pobres sin nuestro consentimiento. En una palabra; necesitamos vuestra acción, pero con ciertos límites que determinaremos á nuestro antojo: mandaremos y obedeceréis; tendreis vuestros dogmas sociales, más nosotros tendremos otros diametralmente opuestos, esforzándonos á hacerlos prevalecer á pesar de vuestras reclamaciones y quejas. No obstante, queremos ser generosos: en testimonio de nuestro aprecio y profundo reconocimiento, daremos á título de salario, un pedazo de pan á vuestros Sacerdotes, á quienes debiéramos restituir inmensas riquezas: si lo creemos por conveniente cuidaremos de la conservación de vuestros monumentos religiosos, de los cuales nos hemos apoderado..... He aquí en suma sencilla expresión el lenguaje irrisorio que usa el mundo actual con la hija del Cielo.....

«El clero era el primer cuerpo del Estado en las naciones católicas: pero en la actualidad ni siquiera es un cuerpo. Los Sacerdotes eran respetados de los grandes y del pueblo como embajadores del divino Rey: y desde el siglo 16 se les ha hecho morir á millares, inundando con

su sangre la Europa. Han sido diferentes veces desterrados, y hoy se toleran más bién que se aman; les colocan trabas en piés y manos, los persiguen con voces injuriosas; los ponen en escena para ridiculizarlos públicamente, y desprecian su nombre, sus palabras y su traje..... Las corporaciones y órdenes religiosas ¿dónde están en las nueve décimas partes de Europa? O han sido lanzadas con prohibición de volver jamás, ó yacen en una tutela tan cercana á la esclavitud, que necesitan la aprobación del poder temporal para hacer la menor evolución ó buscar quien llene los vacíos de sus filas, pues no les basta el mandato del divino Rey; y los votos que hacen de enseñar al ignorante, consolar al afligido, socorrer al necesitado é instruir á todos en sus deberes, son mirados como un crimen humano. La compañía que lleva el nombre adorable del Rey Jesús, invencible vanguardia del ejército cristiano, martillo de toda herejía y perseguidora incansable del espíritu anticristiano que informa las modernas sociedades, goza por lo mismo el privilegio de ser el blanco de las calumnias más burdas y de los más injuriosos ultrajes.

En el momento que escribíamos estas líneas han resonado en la tribuna las siguientes palabras, pronunciadas por un diputado, que, quejándose de la invasión del clero y de las ambiciones de las congregaciones religiosas, cree que no son tal vez suficientes los medios de represión, y esclama: “Antes que todo, no olvidemos que somos legisladores que podemos examinar si existen medios más eficaces de represión, y que podemos crearlos si se necesitan.” Hablando después de las Congregaciones eclesiásticas, que llama excentricidades, añade: “Os pido que seais implacables, tanto vosotros como el gobierno, con las excentricidades.” (Sesión del mes de Enero de 1844.)»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Gaume, Historia de la familia, discurso preliminar, párrafos 3.º, 16 y 23.

A las palabras trascritas de Gaume solo advertiremos que dicho autor escribió los párrafos citados há 45 años, y por tanto, que tenemos que agregar los sacerdotes cobardemente asesinados por la Commune de París y el destierro de las órdenes religiosas y crucifijos de las Escuelas, decretado por la actual república. Y ¿qué diremos de la persecución que está sufriendo el Jefe supremo de la Iglesia y del despojo inicuo de sus Estados? Oigamos lo que Él mismo dice en la Alocución dirigida al Sacro Colegio.

119. «Bien conoce el Sacro Colegio que las condiciones generales de Europa y del mundo son en alto grado inseguras y pavorosas, y repercuten dolorosamente sobre la Santa Sede. Privada de una verdadera soberanía que asegure su independencia, supeditada á poder extraño, no puede menos de participar de las angustias, peligros y males á que se halla expuesta Europa dentro y fuera de sí misma. Como que la agitación que surja en Italia, y particularmente en Roma, ó los desastres que la amenazan del exterior, producen en los católicos del mundo entero, cuidados, ansiedad y temor por la suerte de su Jefe y Cabeza. Y á esta que puede llamarse causa fundamental de Nuestra solicitud se unen otras de igual gravedad por el lamentable estado de los asuntos religiosos en Italia.—Se ha dicho, y aún en alto lugar se ha repetido, que la Iglesia en Italia goza de la más lata libertad y de las más envidiables condiciones. Y ¿cómo puede escucharse sin justa indignación enormidad semejante? El hecho solo de haber arrebatado á la Santa Sede con la ocupación del principado civil su soberana independencia, es por sí solo una ofensa que encierra y abraza todas las demás.—Esta ofensa hiere directamente á la Cabeza suprema del Catolicismo y á su libertad de acción sobre el mundo; libertad que, violada ó simplemente restringida, pesa necesariamente sobre el gobierno de la Iglesia. Y á parte de la señalada, aún debemos lamentar otra

ofensa contra Nuestro poder espiritual en Italia.—Porque el ejercicio del ministerio episcopal de los nuevos Pastores que Nos nombramos, encuentra dilaciones é impedimentos, por lo que se llama el *exequatur*, que tiene por sistema diferirlo siempre por muchos meses; y en que la autoridad laica encuentra el medio de paralizar la acción de las personas nombradas y por Nos elegidas con excelsa solicitud, sirviéndose de trabas fiscales de la más baja especie. Ni es nuevo el caso de que á dignísimas personas, á quienes Nos juzgamos aptas para las necesidades especiales de alguna diócesis, se les niegue la dotación, con lo cual, además de la privación de los medios necesarios para la vida, se da causa á funestos efectos en múltiples actos de la jurisdicción episcopal, indispensables en el gobierno de una diócesis.—Y aún hay más, puesto que para algunos nombramientos se imponen trabas mayores, con pretendidos derechos de patronato, ó abandonados ó no ejercidos por muchos años, que se reivindican y se mantienen con la mayor terquedad. Porque es claro que esos derechos, que Nós de ningún modo podemos admitir, por falta de fundamento jurídico y de las condiciones exigidas por los Cánones para ejercerlos, pueden producir el efecto de dejar indefinidamente sin Pastores á no pocas diócesis de Italia. Como que, en efecto, ahora se encuentran muchas, vacantes há muchos años, y todas vivamente deseosas de tener en ellas á los Obispos por Nós há largo tiempo nombrados.—Ni es solo eso todavía; Nós recordamos, sólo para mencionarlas, las dificultades que se ponen al reclutamiento de los jóvenes levitas y á las vocaciones eclesiásticas; la disminución de tantos obreros evangélicos por la dispersión de las Órdenes religiosas; la exclusión de la Iglesia en la enseñanza pública; las disposiciones del nuevo Código penal contra el Clero; la confiscación de gran parte de los bienes eclesiásticos; los hechos ya consumados y los que los amenazan, en detrimento de la Obra Pía y de

toda institución católica, y los favores concedidos á las sectas, enemigos jurados del nombre cristiano.—¿Serán estas acaso las pruebas de incomprimida libertad de que goza ahora la Iglesia de Italia?—Tal estado de cosas, tan nocivo para la Iglesia, es funestísimo para Italia, esponiéndola á todos los daños que nacen para las naciones del olvido y del desprecio de la religión.....»<sup>1</sup> Los males que el Supremo Jerarca de la Iglesia lamenta en Italia, es bién notorio que son de llover en todas las demás naciones, aún las mas católicas, como bién se colige por las cartas preinsertas.—Es, pués, un hecho, á todas luces cierto, que la Iglesia es hoy perseguida con persecución más terrible que la de los primeros tiempos, porque entonces se derramaba la sangre de los cristianos que, en expresión de Tertuliano, era fecundísima semilla, de la cual brotaban miles de nuevos hijos del Cristianismo; entonces se perseguía especialmente al cuerpo; mas hoy se persigue al cuerpo y al alma de la Esposa del Cordero, y con persecución tanto más temible y funesta, cuanto es más solapada y disfrazada. Y ¿no se cumplirá en esto una de tantas señales del fin del mundo, dadas por Jesucristo?

#### §. VI.

*Y entonces se escandalizarán muchos, y se harán traición mutuamente, y recíprocamente se odiarán*<sup>2</sup> Y ¡cuántos, al ver el desprecio que hoy se hace del nombre cristiano, y la persecución, befas y escarnios de que es objeto, niegan á Cristo y su Iglesia! ¡Cuántos no se escandalizan de confesar á Cristo delante de los hombres! ¡Cuántos los que quieren contemporizar con la revolución, poniendo una vela á Dios y otra á Satanás! Es bién cierto, por desgracia, que muchos é innumerables cristianos apostatan de la fé y sanas costumbres, profesando las doctrinas liberales, al con-

<sup>1</sup> *Boletín Ecles.* de Astorga, 15 Marzo de 1889.

<sup>2</sup> *Matth.* cap. 24, v. 10.

templar como son alejados de los puestos honoríficos los sinceros creyentes, mientras escalan el poder, triunfan y son atendidos los que alardean de odio contra la Iglesia y de profesar las máximas ó doctrinas de la secta liberal.—«Y se tendrán mutuamente odio y recíprocamente se harán traición». Y ¿quién será capaz de enumerar las intrigas, tramas, trabajos de zapa que hoy se hacen por los hombres que se dicen pertenecer á una misma comunión política, por derribarse los unos á los otros? ¡Qué de ventas y traiciones! ¡qué de calumnias y modos de desprestigiarse los unos á los otros! ¡Qué de silbas, si no preparadas, al menos toleradas por los que empuñan las riendas del Gobierno; porque en dichas silbas reconocen un dardo clavado en el corazón de su enemigo político, que, si no le inhabilita, al menos le aleja por bastante tiempo de los bancos ministeriales! Aún entre los mismos que se dicen católicos ¡qué de divisiones y disputas no basadas en caridad! Pero de esto hablamos con más extensión en los párrafos siguientes.

### §. VII.

120. *Y aparecerán muchos falsos profetas* (doctores ó predicadores.)<sup>1</sup> Siempre y en todo tiempo hubo Apóstoles del error y de la mentira, hombres pagados de sí mismos que, sin ser enviados, y muchos careciendo de toda ciencia, quisieron ser maestros y doctores; pero en el siglo presente hay una verdadera plaga: cuéntense, si se pueden, los que dogmatizan desde la tribuna, por calles y plazas, de palabra y por escrito; ¿no es cierto que llueven por doquiera novelas, folletos, periódicos inmundos que todo lo inundan á manera de un torrente, dando la vuelta al mundo en alas del vapor, penetrando hasta en la humilde cabaña del pastor, infiltrando su corruptora doctrina, hasta en los tuétanos de la sociedad, pro-

<sup>1</sup> Matth., cap. 24, v. 11.

pinándola en dorada copa, ocultando su mortífero veneno? Y ¿no es cierto que hoy se creen todos con derecho á discutir y enseñar, aunque sea el más rústico patán? Y ¿cómo no? Proclamado el principio de la diosa razón, reconocida y admitida ésta como único juez árbitro; proclamada la razón individual, todo hombre desde este momento queda graduado de maestro y doctor. De aquí que una vez sembrada esta fatal semilla por el apóstata Lutero, desde entonces acá se han multiplicado los maestros y doctores, mejor dicho, cada hombre se cree y tiene por juez árbitro en materia de doctrina. ¿Quiérese una prueba? La tenemos en que hoy no se reconoce autoridad alguna. Hubo un tiempo, al principio de la reforma, en que despreciándose la autoridad de la Iglesia, y, lo que es más, la del mismo Dios, parecía respetarse la autoridad de los Jefes y corifeos de las sectas, teniendo aceptación los escritos de entre los suyos; pero hoy hasta de esto se ríen y mofan: y repetimos, que esto es muy lógico y natural: quién siembra vientos, recoge tempestades; son frutos propios y naturales del racionalismo, tan proclamado y seguido en el día, principio arrojado por Lutero á la tierra en su protesta contra la Autoridad Pontificia, y en su razón individual: y como quiera que sentado un principio, bien á pesar de los hombres y aun de los mismos que le sentaron, el tiempo y la fuerza misma de las cosas se encargan de deducir las consecuencias lógicas, de aquí que, cual lluvia torrencial, según dijimos, abunden por todas partes predicadores, escritores, que con sus predicaciones y escritos llenos de ponzoña y veneno, de doctrinas corruptoras y pestilentes, todo lo corrompan, y ansiosos de contaminarlo todo con su hálito, se sirvan de cuantos medios humanos posee el hombre para comunicar sus sentimientos y afecciones. Así que convierten en instrumentos de su malicia, la cátedra, el teatro, el fo-

lletto, el periódico, la novela y hasta la pintura y escultura, haciendo penetrar la corrupción al corazón del hombre por todos los sentidos. Y para que no se crea en nuestra palabra, si bién todo lo dicho lo acredita la experiencia, citaremos aquí lo que sobre el particular dicen hombres muy autorizados. Del «Mensajero del Corazón de Jesús», (mes de Junio del año 1888), son las palabras que siguen: «Desde que los ángeles caídos, disputando al Creador la conquista del corazón del hombre, tremolaron en la tierra la bandera de rebelión que habían antes tremolado en el Cielo, quizá no haya reunido el infierno tantos ni tan poderosos combatientes para bajar al campo de batalla, como durante los dos siglos á que hacemos referencia. El Jansenismo que, imitando la astucia de su madre, la infernal serpiente, se enroscaba al cuello de la Iglesia para ahogarla con sus múltiples y apretados anillos: el filosofismo, padre á la vez de Julianos y Nerones, que armado de los piés á la cabeza, cifraba toda su gloria en aplastar, como él decía, *al infame*; las sectas y asociaciones secretas, especialmente la masonería que iban á pedir todo su odio al infierno, para odiar después con todo su corazón á Jesucristo; el liberalismo, que como nueva atmósfera venía á envolver la tierra, para que al aspirarle, el veneno penetrara en las inteligencias, y la gangrena en los corazones; todos estos enemigos, cada uno de los cuales se llama *legión*, anunciaban no ya un episodio de la guerra comenzada en el Paraíso, sino una invasión de todo el infierno sobre la tierra.....» «Cuando cayó el imperio, (dice Gaume) Francia no tenía un solo periódico impío ni obsceno, y actualmente cuenta más de quinientos, en los que la impiedad y la obscenidad más escandalosa se dan la mano y van con la cabeza descubierta..... Cuando cayó el imperio, Francia sólo tenía que deplorar dos ediciones de Voltaire, anteriores á la revolución, y no

había parecido una sola bajo el régimen imperial; pero en el día se cuentan más de veinticinco, tanto en Francia como en Bélgica. Pero esto es sólo una parte muy débil del mal; de treinta años á esta parte han visto la luz pública las obras más impías é inmorales de la antigua literatura, sacadas del olvido, y aumentando su pernicioso influjo con el lujo sacrílego de la tipografía y del grabado. Las publicaciones antiguas han recibido un refuerzo de obras nuevas que exceden en cinismo á cuantas se han visto durante muchos siglos, y á cuanto pueden haber inventado respecto al mal el corazón más corrompido y la imaginación más desvergonzada. Y para que este torrente espantoso de corrupción que corre sobre la tierra se infiltre más pronto hasta sus entrañas, y envenene la última raíz de la última planta, un arte infernal publica todas las mañanas por capítulos y folletines tan inmundas producciones; y es tal la avidez del mal, que los especuladores de inmoralidad consideran este medio como el más infalible incentivo para adquirir mayor número de suscritores.»<sup>1</sup> Esto decía Gaume há ya cuarenta y cinco años; desde entonces acá no será mucho decir que se han triplicado los periódicos y publicaciones impías en Francia y en la católica España: según expresión del Venerable Obispo de Madrid-Alcalá, Excmo. señor Izquierdo, las cuatro quintas partes de los impresos que diariamente se dan á la publicidad, están saturados de errores contra la moral, las costumbres, la Iglesia, la religión, la autoridad pública, la familia y contra los principios de justicia, que son la garantía del Orden y el fundamento de la Sociedad. Y lo mismo cabe decir de las demás naciones. Abundan, pues, los falsos profetas, predicadores y doctores. ¿Se cumplirá en esto otra de las señales del fin?

1 Gaume, en el lugar ya citado, párrafo 13.

## §. VIII.

121. *Y pervertirán ó seducirán á muchos. Y porque abundará la iniquidad, se resfriará la caridad de muchos.* <sup>1</sup> Nunca desde que Adán cometió el primer pecado en el paraíso, han faltado errores y vicios en el mundo; en cada época, en cada siglo dominaba tal ó cual error, éste ó aquel vicio, que le era como peculiar y característico; mas al siglo presente le son propios todos los errores y vicios; y no es de extrañar, si se tiene en cuenta que están patentes dos fuentes inagotables; la una de tinieblas y la otra de iniquidad; se han sentado dos principios, si principios tiene el error, de donde, como el agua de la fuente, manan todas las falsas y corruptoras doctrinas. Estos dos principios, estas dos fuentes son el racionalismo en el orden teórico intelectual, y el liberalismo en el práctico y moral: es evidente que así como el mundo científico y moral descansa sobre estas dos verdades universalísimas y evidentes: «nada puede ser y no ser á un mismo tiempo,» «debe amarse el bien y aborrecer el mal», así el mundo de tinieblas y de iniquidad estriba y descansa sobre los errores opuestos á estas dos verdades, errores propios y esenciales del liberalismo y racionalismo; y esta es la causa porque hoy pululan á la vez todos los errores antiguos y modernos, y toda malicia se ha apoderado del corazón humano; la atmósfera está saturada de estos dos pestíferos miasmas, y es aspirada sin querer hasta por los más robustos y sanos. Penetraron estos errores y corrupción en el individuo, en la familia, en la sociedad y naciones todas, y, lo que es peor, han llegado como á encarnar en ellos, constituyendo su estado normal y modo de ser, como bien se manifiesta en todos sus actos, en sus leyes, escritos, pintura, escultura, teatros, cafés, fon-

<sup>1</sup> Matth., cap. 24, v. 11 y 12.

das; en una palabra, en cuantos medios tiene el hombre y la sociedad para transmitir sus sentimientos: de suerte que bién podemos afirmar sin temor de equivocarnos, que al menos está iniciada la defección universal, de que nos habla San Pablo, y que llegaron los tiempos, en que, según Jesucristo, cuando venga el Hijo del Hombre, no encontrará fé en la tierra. Y si bién hay cristianos, que aún no se han escandalizado completamente en medio de tanta corrupción de ideas y costumbres, y que aún no han doblado su rodilla ante Baal, sin embargo, su fé es muy tibia y oscilante, y de hecho la perderán el día, quizá no muy lejano, en que los Gobiernos, lejos de proteger y subvenir al culto y clero con lo que les deben de justicia, les persigan clara y abiertamente.-Y porque pudiera creerse que exageramos las cosas, confirmaremos lo dicho con autoridades irrefragables.

122. «Lanzad una mirada retrospectiva sobre la Europa, y apreciareis mejor este síntoma (declinación continua de la verdad y del Cristianismo). ¿Qué veis en el principio del siglo XVI? Una sola familia de pueblos cristianos de norte á mediodía, y de oriente al ocaso, un solo padre para muchos hijos, un redil para muchos rebaños, muchos ejércitos y una bandera, un solo grito de guerra. Un mismo símbolo, un culto y una ley; un Dios, una fé y un bautismo en todas partes. Considerad en el día la herencia de los hijos de Jafet. En vez de la majestuosa unidad de los pueblos, que engrandece el conjunto, en vez del concierto unánime de corazones que creen, esperan, aman y ruegan para conservar su unión, no oís de todas partes más que gritos discordes; voz de Italia que canta al catolicismo (*cuando el escribía*), voz de Alemania que ensalza al racionalismo, voz de Inglaterra que predica la heregía, voz de Rusia que proclama el cisma, voz de Francia que exalta la estúpida indiferencia, y voz de todos los pueblos que dicen: Despreciemos á Jesucristo, odio contra la fé antigua, única y universal..... Pan

del paganismo para su infancia, y pan del error para su edad madura, hé aquí sus alimentos favoritos. El hijo del Evangelio retrocede de pronto mil años, y rompe violentamente con sus hábitos, sus ideas, sus artes, su genio, su filosofía y su civilización enteramente cristiana para volver á comenzar su educación bajo los auspicios de los paganos. Su más ardiente afán consiste en educar á sus hijos como los ciudadanos de Esparta, de Atenas, ó de Roma, y como futuros adoradores de Júpiter y Mercurio. No le habéis de las glorias del Cristianismo, ni de todos aquellos grandes hombres, en cuyos escritos rebosan á raudales la elocuencia, la filosofía y la poesía, y á quienes mira como pigmeos al lado de gigantes del paganismo: durante los diez años de su vida, en que el hombre recibe todo lo que se le transmite, no ha cesado de repetírle en todos los tonos que el genio nunca ha habitado más que en el Pórtico y el Foro, y lo ha creído. Por una parte ha creído en la ignorancia de su religión y el desprecio de sus glorias; por otra parte, como el alimento comunica sus propiedades al cuerpo que se lo asimila, el paganismo le ha comunicado su espíritu sensualista, charlatán y odioso. En la actualidad se halla saturado de este espíritu, y lo ha transmitido á sus leyes, instituciones, filosofía, elocuencia, poesía, pintura, escultura, arquitectura, lenguaje y costumbres, que están impregnadas por el hábito del paganismo..... Las doctrinas de muerte han producido sus frutos, y el mundo actual se entrega á hábitos que acaban de arruinar sus fuerzas. Se hallan afectadas las dos partes nobles de su alma; la gangrena devora su corazón, y la inteligencia está pervertida. Esto produce el nuevo carácter del mal, propio de nuestra época. En todos tiempos ha habido errores; pero lo que no se encuentra desde el Evangelio más que en los siglos posteriores á la reforma, es la apología del error por los hombres que se titulan cristianos, el reconocimiento legal de los derechos del error en el se-

no de las naciones *católicas*, y la glorificación del racionalismo, que es el más monstruoso de todos los errores. En todas las épocas ha habido crímenes; pero lo que sólo se encuentra en el mundo actual es el crimen sin el remordimiento, la injusticia sin restitución, el escándalo sin expiación, la teoría, la apología y el orgullo del crimen. Finalmente, en todos los siglos ha habido rebeliones contra Dios, contra la Iglesia y contra los poderes; pero lo que no se encuentra más que en el mundo actual, formando el carácter propio de su perversidad, es la negación sistemática de la autoridad de Dios, de la Iglesia y de los reyes, la teoría, la apología, el orgullo y la consagración legal del mismo principio de toda rebelión..... Deseais otro termómetro más del progreso de la impiedad? Volved los ojos al teatro. Si comparais lo que es á lo que era treinta años há (escribía el 44), sabreis que el anticristianismo sigue en él un movimiento ascendente como en la prensa, que la más detestable tal vez de todas las obras dramáticas posibles ha tenido ochenta representaciones seguidas, que, cualquiera que sea su nombre, Vandeville, comedia, tragedia, drama ó melodrama, la composición dramática es la glorificación reproducida incesantemente de todos los horribles instintos que conducen en este mundo al deshonor, á las cárceles y al cadalso, y en el otro al infierno; y que como todo se estima en este siglo á precio de oro, una cómica tiene más renta que cuatro Obispos, sin hacer mención de otros mil pormenores, muy significativos, que la pluma se niega á trazar. Entonces habremos de convenir á pesar nuestro que los autores más deshonestos del paganismo como Cátulo, Lucrecio, Propertio y Petronio se sonrojarían, si pudieran ver las monstruosidades que se representan en la escena. ¡Y son aplaudidas frenéticamente en el reino cristianísimo. !; y en la católica España, añadimos nosotros.

1 Gaume, lugar ya citado, párrafo 6, 9, 10 y 13.

123. «Errores hubo en el principio del Cristianismo, y adelantose á los sucesos y los tiempos, San Pablo con espíritu profético en la 2.<sup>a</sup> carta á su discípulo Timoteo..... Y en efecto; conforme á la predicción apostólica, en todos los siglos cristianos ha habido errores y herejías..... Siempre ha habido errores; empero, triste es confesarlo, nunca han sido tan numerosos como en el siglo actual, y sobre todo, nunca han sido tan universales, tan trascendentales, tan radicales como en el siglo diez y nueve, las tinieblas difundidas en la atmósfera de las inteligencias, nunca han sido tantas ni tan espesas, como en nuestra época. ¡Triste privilegio, reservado al siglo que había de apellidarse fastuosamente, *siglo de las luces!*—En otras épocas, con más ó menos osadía y valor, con más ó menos lógica, aparentando formas de verdad, se proclamaba y propalaba algún error, más ó menos peligroso, más ó menos trascendental, pero se respetaba siempre, como sagrado é inviolable, el depósito de las demás verdades; mas hoy se proclaman y propalan todos los errores, se dogmatizan todas las herejías, y no solo se proclaman y propalan los errores, sino que aspírase á identificar el error con la verdad, y lo que es inaudito, hasta se le ha erigido en principio.—¿Qué quieren, sino, decir esas fórmulas ampulosas, pero vagas, tan acariciadas por los sabios de moda, tan idolatradas del siglo, á saber: *libertad de pensamiento, libre-pensamiento, libertad de conciencia, libertad de discusión, moral independiente.....*, y otras semejantes, vaciadas en idéntico molde? ¿Qué quiere decir, sino, esa fórmula radicalmente herética, cuyo significado, encarnado en las actuales instituciones, da vida, movimiento y hasta imprime carácter á las sociedades presentes, *libertad de pensamiento, pensamiento libre?*—Esta fórmula consagra todos los errores, sean ó no religiosos; consagra el error en sí mismo, pues le reconoce derechos y le tributa consideraciones iguales á los derechos y consideraciones que se dan á la verdad; ídolo

detestable, ante el cual han doblado la rodilla los pretendidos sabios del siglo de las luces, ante cuyos altares han quemado el incienso de sus producciones intelectuales, y en cuyas aras han ofrecido en holocausto su Fé y su Catolicismo, no solo los corifeos del error, sino hasta muchos cristianos débiles é ilusos, que, á semejanza de los Israelitas del tiempo de Elías, quieren conciliar el culto del Dios verdadero con el culto idolátrico de Baal.»<sup>1</sup> Palabras son estas del Excmo. é Iltmo. Sr. Obispo de Cartagena.

124. Del «Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús», del mes de Mayo de 1888, es lo que sigue: «Que esta invasión del espíritu satánico en los pueblos modernos va cada día en aumento, lo ha dicho repetidísimas veces todo el Episcopado Católico, y en especial el Episcopado Español en imperecederos monumentos. Que vamos renegando cada vez más de las Santas Tradiciones católicas, y pisoteando uno tras otro los antiguos timbres de nuestras grandezas cristianas, lo deploran cuantos tratan de reconquistar para Jesucristo el imperio sobre las naciones que el Eterno le dió por herencia.»—Y el doctor infalible, León XIII, en su Encíclica *Inscrutabili*, dice, hablando al mundo de los males de la sociedad humana, que si *hay alguno de juicio sano que compare la edad esta en que vivimos, en sumo grado enemiga de la religión y de la Iglesia de Cristo, con aquellos felicísimos tiempos en que la Iglesia era venerada, como Madre, descubrirá por completo que esta nuestra época, llena de perturbaciones y de ruinas, va derecha y rápidamente rodando á su perdición.*—Confesémoslo, pués, con humildad, por la parte de oprobio que nos toca en la derrota; la derrota es en toda la línea; y es mayor aún de lo que suponen mu-

1 *La Restauración* año 3.º n. 9.

chos de nuestros enemigos al escarnecernos con sus vítores de triunfo, y mofarse con sardónicos sarcasmos de nuestra lastimosa actitud de vencidos.—Revuélvase la vista del Oriente al Occidente, y del Norte al Mediodía, y dígasenos, ¿cuál es la nación que rinde oficialmente vasallaje á Jesucristo, como Rey de Reyes y Señor de los que dominan? Ninguna. Repárese en el clamor que se levanta de los ámbitos del mundo, y que estalla en la blasfema frase: ¡No queremos que ése reine sobre nosotros! ¿Qué naciones, como tales, repiten esa frase? Todas.

125. *Se resfriará la caridad.* Es evidente que la reina de las virtudes no puede estar en donde abunde la iniquidad: por eso la vemos hoy desterrada del mundo, y sustituida por la filantropía. El mundo está enteramente materializado, pues no se piensa más que en fábricas, comercios, ferro-carriles y juegos de bolsa; hé aquí su ídolo, su Dios. Si para escalar el poder es necesario promover una revolución en que perezcan miles de hombres, ¿qué importa? Si para allegar caudales fuera preciso el fraude, la *irregularidad*, adulterar los géneros, comidas y bebidas, á costa de la vida del consumidor, ¿qué importa? Hoy no se reconoce otro Dios, otro prójimo que el oro, tener para gozar. Esto es lo que prácticamente enseña en nuestros días el mundo, enemigo de Cristo; realizándose así el proyecto que Satanás propuso á sus ministros en un conciliábulo, que nosotros transcribimos de la obra titulada *La Diosa y la Furia*, ó sea la caridad perseguida por el materialismo, escrita por un misionero de la orden seráfica; el cual dice así:

126. «Sobre los últimos días del siglo XVIII, hallándome en la edad de cuarenta años, y orando á la caída de la tarde en la pendiente de la montaña inmediata á mi monasterio, y que se elevaba dentro de su recinto, lloraba amargamente, oculto entre los cipreses, encinas y bojés, las ho-

rrorosas persecuciones que en los reinos vecinos había padecido y sufría el cristianismo, el orden, y todos los principios de vida social. Mi alma se angustiaba temiendo que un mal tan grande y nuevo se propagase á otras naciones y aún á la mía. En lo más fuerte de mi angustia quedé enagenado y sin sentido: no sé si en sueño ó en vigilia, fuí trasladado al Infierno velocísimamente. Entré en aquella oscurísima caverna sin saber cómo ni por dónde; empecé á ver espantosas y horrendas figuras de atormentados y atormentadores, de condenados y demonios en multitud casi innumerable. . . . .

Sillones de fuego innumerables formaban diversas vallas en el candente salón. En la parte superior se elevaban seis tronos, y ante ellos otro más espantoso, formado todo por fuego, llamas, humo y hediondez. Todo me causaba pavor. Ya el sonido bronco como de infernal campana se oyó á lo lejos; sus terroríficos ecos iban por las cavernas tenebrosas: entendí se extendía hasta los sótanos más profundos y ocultos. Era la señal que llamaba á junta á todos los demonios por orden de Lucifer, príncipe de todos.

Desde luego fueron entrando en la infernal estancia infinita multitud de seres feísimos, que iban cubriendo las paredes y techos, apiñándose como un enjambre de avispas ó ponzoñosos animalejos. . . . .

Ya veo penetrar en la estancia la más horrenda y espantosa figura que pudo llegar á entendimiento humano. Yo no sé quién me sostenía para no morir. Desde luego conocí que el infelicísimo y arrogante que atravesaba el salón era la Serpiente antigua, el Dragón grande y rojo del Apocalipsis, Lucifér, príncipe de los demonios y capitán de todos los réprobos. ¡Pueblos! ¡Pueblos! Esclamaba yo entónces, medita! Sabed que sólo el brazo del Omnipotente puede domar el orgullo y furor de esta fiera: sin esto pereceríais en un instante.

El Dragón tomó posesión de su solio, los infinitos demonios que le antecieron y siguieron le formaron trono; no hay mente humana que pueda sombrear aquella estancia de horror. Colocado ya el jefe de los demonios abrió la sesión extraordinaria bajo penas severísimas é infernales. Empezó á blasfemar, diciendo en eco espantosísimo y arrogante:

Príncipes, capitanes y demonios todos de mis posesiones, y compañeros en mi rebelión y odio contra el Dios infinito á quien maldecís y execrais conmigo, sabed que me obliga á convocaros en concilio, como siempre que se halla en peligro mi poderío, el deseo de buscar medios extremos y definitivos para que llegue el momento de reinar sobre todo lo criado. Ya sabéis que con cada uno de los príncipes y capitanes de mis legiones, y según lo requieren las circunstancias, celebro parciales juntas y consejos. Cuando hoy os convoco á todos, debéis entender que la reunión es de suma importancia. Ya me canso de probar medios para el triunfo completo contra Dios: quiero poner en ejecución un pensamiento, por el que no dudo he de triunfar. Deseo y mando bajo las consecuencias de mi indignación, que todos los demonios, mis súbditos os prepareis y dispongais para el más grande de todos los esfuerzos hecho hasta aquí. Todo el Infierno quiero que se ponga en movimiento para triunfar contra nuestro competidor, hijo de nuestra gran enemiga, y contra su religión. . . . .

¡Á la lucha! ¡Á la guerra! ¡Al triunfo! exclamaron los príncipes y demonios cuando oyeron explicarse así á Lucifer. ¡Vamos! ¡Vamos! ¿Quién es capaz de oponerse á nuestro poder? A la guerra, y guerra definitiva contra el que nos oprime. Mandad ¡ó príncipe! mandad, y sereis obedecido. . . . .

Luego que Luzbel puso silencio, el príncipe Avariciel, tomando la venia del infernal presidente, se dirigió á todos diciendo: Compañeros míos, confieso como nuestro jefe que

vuestros triunfos han sido grandes, pero no completos, pues jamás herísteis directamente, por no ser propio del destino de cada uno de vosotros, á la que es la vida, sustancia y el alma del Cristianismo. Sé que oscurecísteis las lecciones y obras de la Diosa, que es la caridad, con la impureza; que las entorpecísteis con la ira; que las manchásteis con la gula, las perseguísteis con la envidia y enervásteis con la pereza; pero ya sabéis por experiencia que sus obras y lecciones, más ó menos oscurecidas, entorpecidas, manchadas, perseguidas, enervadas, ellas han revivido, porque no herísteis á quien las produce, y mientras no muera, todos los esfuerzos son vanos.

Para preparar el mundo al último y completo triunfo, es preciso destronar á la Diosa. Para esto crear hombres duros, feroces, brutales, y en quienes mueran hasta los sentimientos nobles del corazón de un modo permanente: es necesario proclamar y establecer el materialismo, el que haciéndose dueño de los hombres, dará por resultado el odio á la Diosa y cuanto la protege, y en consecuencia de todo vereis que nos ayudan á desterrarla del globo los hombres materializados. Entended que esto no es de vuestro ramo; yo poseo medios por los que, metalizando el corazón del hombre, se ofuscará su entendimiento: y hé aquí el secreto para el triunfo que deseamos. Los hombres, que yo por este medio conquisto, siempre son míos, y de mil no se me va uno, cuando á todos vosotros se os escapan á docenas. Yo ¡ó Luzbel! prepararé la tierra á propósito para el fin que os proponéis, contando con la cooperación de los príncipes, mis compañeros.

Entonces Luzbel dirigiéndose á todos los demonios les dijo: Ya sabéis, compañeros y vasallos míos, que ninguno de vosotros me excede en odio al Dios que tan injustamente nos trató. Por lo tanto, luego de hecha la re-

dención, hubiera yo mismo levantado mis banderas de independencia en el mundo para sofocar la semilla de la doctrina del Crucificado; pero sabed que una fuerza irresistible me impidió realizar este pensamiento en toda su extensión. Además, el admirable ejemplo de la humildad que dió el Redentor al mundo, estaba muy reciente para poder triunfar sobre él por la soberbia. Estas y otras razones me impelieron á dar otro giro á la lucha, disponiendo que Pereciel empezase la obra con su reinado y preparase los caminos al dominio de Envidiel, este á Gu-liel, y así sucesivamente como habeis visto. Este medio creí el más prudente, como también enviar á la tierra á alguno de vosotros en circunstancias extraordinarias, para verificar un gran trastorno de los que en el mundo hemos realizado, y de que se siguieron los parciales cataclismos por que el Cristianismo ha pasado sin que sus seguidores se apercibiesen de ello. Más al presente, según el estado en que teneis á los hombres por los indicados medios, veo de necesidad absoluta arruinar á la Diosa. Resuelvo por consecuencia de todo que salga á reinar en el mundo su verdadero contrario Avariciel, quién, supuestos los trabajos hechos por vosotros, no dudo llenará debidamente su misión.

Entonces Avariciel soberbiamente erguido exclamó: ¡O Luzbel, yo agradezco el encargo que me haceis, y jurando fidelidad, os aseguro que el triunfo será completo. Ya he insinuado antes y repito ahora que la Diosa huirá delante de mí; los amigos míos la perseguirán, y estos serán tan fieles que muy raros escaparán de mi seducción. Los pocos que huyan será porque la Providencia, según altos secretos y designios, les reducirá á la miseria: pues mientras mis amigos tengan riqueza y mis ideas, es indudable que serán míos, y que serán crueles, impíos y sensuales como yo los quiero. Yo conseguiré que sea es-

te el carácter de los pueblos y naciones, y, por lo tanto, contrarios á la Diosa. Lo aseguro sin reparo; yo haré morir el corazón de los hombres para todo lo bueno, sin que jamás se levanten los caídos. Mi afán será, repito, materializar al hombre para que se metalice, y ocupado solo de lo que ve y goza, deseche lo que le enseña la fé, y aun lo tenga por absurdo.

No dudeis, ó príncipes, que mi plan dará en general el resultado particular que habeis visto en todos los que han oido mis lecciones. Ya sabeis por experiencia que jamás vuelven en sí los que yo conquisto, porque su corazón de carne se convierte en metal, y como el corazón de hierro carece de sentimientos, claro es que no puede tener entrada en él la caridad, ni sus lecciones. Dadme, pués, muchos hombres así, y vereis pueblos y naciones materiales; y, por lo tanto, desechada la Diosa de entre ellos y con ella el Cristianismo, su Fundador, y cuanto dice relación con él.

El Infierno se venía abajo con los infernales plácemes que todos los demonios daban á Avariciel luego que comprendieron su plan y destino. Lucifer puso silencio diciéndo á Avariciel que propusiese su plan de ataque, por si era preciso modificarle ó aumentarle en algo.

El programa de mis principales trabajos, dijo Avariciel, ya está insinuado; si se quiere que explique los medios, diré alguno, aunque no sé los que irá pariendo mi fecunda inteligencia.

Luego que salga á la tierra, quiero que me sigan los cinco príncipes que ya han reinado, con todos sus demonios; cada cual bajo mis órdenes se ocupará solo de su ramo. Vos, Pereciel, impedireis toda instrucción cuanto podais, y sobre todo la religiosa: solo la permitireis en las ciencias naturales, pero sin Dios, y sin idea alguna de sus atributos.

Quiero que vos, Envidiel, sostengais la emulación contra todas las obras de la Diosa, dividiendo á todos los hombres y pueblos en ideas, odios, opiniones y partidos, para que ocupados en esas miserias no puedan reflexionar sobre el mal que les viene encima, y cuando algunos vuelvan en sí no puedan revolverse, y sí todos se vean obligados á tragar materia por arrobas y por quintales.

Gran negocio hareis vos, Guliel: echad mano de toda la naturaleza, para convertir á los hombres en brutos por los manjares, sobre todo á los ricos y sabios, para que así avezados no conozcan el peligro: y en casas, muebles y trages inventad cuanto podais, pués el lujo y la moda harán cosas que se tendrían por increíbles. No olvidéis excitar el apetito de las doctrinas nuevas y contrarias á la religión, pués con esto los instruidos vendrán á mi aun sin buscarlos.

Vos, Iriel, príncipe poderoso, quiero que hagais sonar por todos puntos el clarín de la guerra; que hombres con hombres, pueblos con pueblos y naciones con naciones riñan y se destrocen por mentirosos pretextos; pero tened cuidado que en todas las luchas se introduzcan las ideas religiosas, y que un partido se demuestre enemigo de la Diosa, aunque no venga al caso. Cuando con la guerra veais corrompidos á todos, terminadla de cualquier modo, pués lo que se haya ganado por este medio en mi reinado hecho quedará, sin que se vuelva á ver la general restauración. Esta ¡ó príncipes! debe ser vuestra ocupación incesante, pués así entretenidos los hombres se desbocarán, y no habrá vicio que no practiquen, ni virtud que no persigan.

Vos, Lujuriel intrépido, ya sé que mandais y dominais el mundo casi en general; trabajad porque todos naden más y más en el mar de los placeres sensuales y

carnales; por cuantos ardidés os habeis afanado hasta aquí, procurad que ninguno de los que os pertenecen vuelva atrás, pués los que son carne es cosa de poco momento hacerles metal, y directos enemigos de la Diosa. Sostened á ese número infinito de lujuriosos, con los que cuento de seguro. Los que se hallen fuera de vuestro dominio yo los ganaré por el oro, los honores y otras cosas que les tengo preparadas, y de estos dos lazos muy pocos en la tierra escaparán.

Los príncipes de los demonios volvieron á prorrumpir en alabanzas al príncipe Avariciel, y juraron cumplir los encargos que les hacía y les pudiera indicar en adelante.

Luzbel aprobó cuanto había dicho su segundo; excitó á todos los demonios á la lucha; les amenazó con furor y penas severísimas si se descuidaban; ordenó que todos callasen para que el nuevo emperador de la tierra siguiese proponiendo.

Avariciel continuó diciendo. Como que triunfar en la tierra por la ignorancia es hoy imposible, promoveré la ilustración en lo material, procurando descubrimientos naturales que formen nuevas ciencias, y que contribuyan principalmente á materializar el corazón. Ya sé que los hombres unidos á la Diosa, con estos progresos crecerían más en el amor del Criador; pero trabajando vosotros, ó príncipes, por los medios que os he indicado y os son propios, muy pronto vereis que nada hay que temer. Las palabras de ilustración, progreso, libertad, igualdad, soberanía y otras introduciréis en todo, vengan ó no al caso, y con ellas armaremos juegos diabólicos con los humanos. Sabeis que bien entendidas esas voces, y practicadas según las lecciones de la Diosa, nos arruinan; pero según las mías nos dan el triunfo. Seguid mi plan, ¡ó príncipes! y vereis venir las masas de sábios é ignorantes á parar al oro y su posesión. Los pueblos y naciones con esto correrán á mí, yo les ten-

dré preparados progresos en el comercio, industria, lujo, modas, haciendas y placeres, y abriré las entrañas de la tierra para que todos busquen metal como á un dios nuevo, y de seguro le adorarán. Ya sabéis que por la prensa, teatro y sociedades de danza y bulla se perfeccionan estos proyectos; con que trabajad, ó príncipes y demonios, y no temais la ilustración, os repito, antes por el contrario procuradla al presente por cuantos medios os sean posibles, ordenándola siempre á lo material. No olvideis que este es el carácter y divisa principal de mi reinado; es su arma más formidable que algunos tanto temísteis. Cuanto más sepan los hombres sin Dios, más seguro es el triunfo y la victoria.

Tengo otros pensamientos más avanzados y enteramente nuevos para desarrollar mi plan de ataque, y os los voy á insinuar para que todos marchemos á una. Trato de crearme un bolsillo general de la riqueza de la tierra, con el fin de que todos mis amigos tengan dinero abundante siempre de que disponer para lo que sea necesario á mis fines, porque ya sabéis que sin dinero nada se puede hacer en mi reinado.

Para este gran negocio, luego que por la sujestión vea los corazones inclinados á mí, daremos la voz de alarma, y serán arrojados de sus moradas los siervos de nuestra Enemiga; y con sus haciendas, riquezas, posesiones, y con cuanto por todos conceptos posean crearé el bolsillón, ó sea el foco y gran centro de riquezas para el fin insinuado. No os alarmeis porque veáis entonces repartir los bienes, pués será entre mis apasionados; y esos bolsillitos ó haciendas parciales los tendré siempre congregados en uno, y á él vendrán á parar casi todas las riquezas de la tierra, aun las legítimamente adquiridas: todo estará en los arcones de mis amigos por medio de sociedades, que tendrán nombres diversos, y formarán mis más aprovechados discípulos. En ellos estarán capitalizados los intereses del

globo. Todo se realizará con el medio sencillo de poner en venta el dinero, reduciéndolo á papel moneda, y con otras formas enteramente nuevas. Tened por seguro que en este caso, con que mis discípulos sepan subir y bajar los precios de este nuevo artefacto, que jamás salió á la plaza; con que manejen á tiempo quiebras fraudulentas, alzas y bajas repentinas, y otras farsas con el dinero papel, que los pueblos no entenderán; con estos y otros medios que oculto, sobraré oro á mis secuaces para levantar los reinos en masa cuando sea conveniente atacar á mi Enemiga.»<sup>1</sup>

127. Y en verdad que Avariciel ha tenido la satisfacción de realizar su plan de desterrar la caridad materializando al hombre, como bién lo prueba el autor de la obra anteriormente citada en los pasajes que nosotros hemos copiado.

Completemos, finalmente, este triste cuadro, con las palabras que dice acerca de la corrupción de costumbres y resfriamiento de la caridad el maestro infalible, León XIII, en su carta Encíclica, con motivo de terminar el año de su Jubileo Sacerdotal, dirigida á todos los fieles. «Si se estudia la vida que hoy se vive, no habrá quien deje de ver cuanto se aparta de los preceptos Evangélicos, así la pública como la privada; de manera que parece convenir particularmente á estos tiempos aquella sentencia del Apóstol San Juán: *Todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y soberbia de la vida.* Y en efecto, la mayor parte de los hombres olvidándose del principio de donde proceden y el fin á que son llamados, ponen todo su pensamiento y cuidado en los vanos y caducos bienes de la tierra, y violentando la naturaleza y conculcando el orden establecido, se consti-

1 Parte 1.º, cap. 8.º, pág. 72 y sig.

tuyen en esclavos de aquellas cosas sobre las cuales pide la razón que el hombre domine. Es natural que con el amor á las comodidades y placeres se junte la codicia de cuanto sirve para adquirirlos, de donde procede aquella desenfrenada ansia de dinero que ciega á cuantos la experimentan, y les arrastra á saístfacerla, sin distinguir con frecuencia lo justo de lo injusto, y muchas veces también con procaz insulto de la ajena miseria. Y así hay muchísimos que viven nadando en oro y diciendo al pueblo palabras de fraternidad, á la vez que hacen de él orgulloso desprecio. Del mismo modo hay quienes, dominados del orgullo, quieren romper el yugo de toda ley, menosprecian toda autoridad, llaman libertad al egoísmo, y cada cual de ellos *se cree nacido para no tener freno, como el pollino del asno montés.*<sup>1</sup> Agréganse á esto los incentivos del vicio y las funestas excitaciones á pecar, con lo cual queremos decir las representaciones dramáticas impías y licenciosas, los libros y periódicos escritos para cohonestar los vicios y mofarse de la virtud, y aún las mismas artes, que inventadas para la comodidad de la vida y honesto solaz del ánimo, se han convertido en incentivos que inflaman las humanas pasiones, de manera que no es posible poner la mirada en el porvenir sin sentirse sobrecojido de espanto al reparar en los nuevos gérmenes de males que se depositan y acumulan en el seno de la naciente generación. Notorio es el sistema que se sigue en las escuelas públicas, á las cuales no tiene acceso la autoridad eclesiástica, y dada en la época más conveniente para infundir con suma solicitud en los corazones tiernos el conocimiento de los deberes cristianos, emmudece la instrucción religiosa. Pués los adolescentes todavía se exponen á mayor peligro, á saber: el conocimiento de vi-

1 Job., c. 11, v. 12.

ciadas doctrinas, las cuales muchísimas veces están de tal modo dispuestas que sirven á infatuar á la juventud con los sofismas del error antes que á instruir la con la noción de lo verdadero. Y en efecto, hay muchísimos en la enseñanza que postergando la fé divina, gustan de filosofar solo en el magisterio de la razón, de modo que, prescindiendo del sólido fundamento y la esplendorosa antorcha de la fé, en muchas cosas no distinguen lo verdadero de lo falso, y caen en error. Quien sostiene que en el mundo todo es corpóreo; quien que los hombres y los animales proceden del mismo origen y tienen idéntica naturaleza; y no falta quien duda de si existe, ó no, Dios, sumo artífice del universo y revelador de todas las cosas, ó que yerran tristemente, á la manera de los paganos, acerca de su Naturaleza, y de donde se siguen necesariamente notables alteraciones en el concepto y la forma de la virtud, del derecho y del deber. De esta manera, mientras por una parte exaltan orgullosos la soberanía de la razón y exageran las fuerzas del espíritu humano, sufren por otra la pena de su soberbia con la ignorancia en que viven de las verdades más importantes. Con la perversión de las ideas puede decirse que se infiltra en las venas y el tuétano de los huesos la corrupción de las costumbres, la cual en esta gente solo puede ser curada con gravísima dificultad, pues por una parte los principios erróneos falsean el criterio de lo lícito, y por otra falta la luz de la fé cristiana, que es principio y fundamento de toda justicia. Por estas razones podemos ver en cierto modo con nuestros propios ojos y á todas horas los males que afligen á la sociedad humana. El veneno de las doctrinas perversas ha invadido rápidamente la vida pública y la privada; el *racionalismo*, el *materialismo* y el *ateísmo*, han engendrado al *Socialismo* al *Comunismo* y al *Nihilismo*, téticas y funestas pestilencias que lógica é inevitablemente debían seguirse

de aquellos principios. Y en verdad, si se puede impunemente rechazar la religión católica, cuyo origen divino con tan claras y manifiestas señales se hace patente, ¿por qué no han de ser rechazadas las otras forinas de culto cuando carecen de esas pruebas? Si el alma no es por su naturaleza distinta del cuerpo, y si, por consiguiente, en la muerte del cuerpo no queda ninguna esperanza de una bienaventurada eternidad, ¿á qué le hemos de procurar fatigas y trabajos para someter sus apetitos á la razón? El sumo bién del hombre consistirá en el goce de las comodidades y placeres de la vida. Y como no hay nadie que por instinto y natural impulso no aspire á la felicidad, cada cual despojaría según sus fuerzas á los demás para mejor vivir con los despojos de lo ajeno. Ni habría poder en el mundo con fuerza bastante para contener las impetuosas pasiones, porque allí donde es desconocida la eterna ley de Dios, fuerza es que las leyes pierdan vigor y se debilite toda autoridad. De esta suerte la perturbación de la sociedad civil llega hasta sus mismos fundamentos y excita á todos los miembros que la constituyen á perpétua lucha, unos afanándose por conseguir los codiciados bienes y otros por conservarlos. Esta y no otra es la tendencia de la época actual..... Por tanto, en medio de la dominante procacidad libidinosa, es necesario que cada cual se defienda varonilmente de las excitaciones de la lujuria, y dada la insolente ostentación que suele hacerse de una vida agitada y opulenta, hay que proteger el ánimo contra las fascinaciones del lujo y de la riqueza, no sea que el alma vaya á perder una corona inmarcesible en el cielo por anhelar cosas que nunca sacian y que son fugaces, y que se llaman bienes. Finalmente, deplorable es que las opiniones y los ejemplos hayan tenido tanta fuerza para afeminar los ánimos, que muchos hombres ya casi se avergüenzan del nombre y de la vida de cristianos,

lo cual es propio de una corrupción profunda ó de una grandísima cobardía. Ambas cosas son tan detestables que no puede acontecer al hombre un mal peor. ¿Qué resto de bién queda á los hombres y qué esperanza pueden abrigar si dejan de gloriarse con el nombre de Jesucristo, y si reusan el practicar en la vida sin disimulaciones los preceptos evangélicos? Laméntase uno con frecuencia de que este siglo es estéril en hombres de carácter. Vuélvase á las costumbres cristianas, y con eso recobrará el espíritu humano la constancia y la firmeza..... Y Nós colocado en Gobierno de la mística nave de la Iglesia en tiempos tan borrascosos, volvamos la mente y el corazón al Divino Piloto que se sienta invisible en la popa gobernando el timón.—Tú ves, oh Señor, como de todas partes se desatan los huracanes y como el mar se encrespa levantando altísimas olas; tú que eres quien únicamente lo puede, manda á los vientos y al mar, vuelve á la familia humana aquella verdadera paz que no puede dar el mundo, la tranquilidad del orden. Haz con tú gracia é impulso que los hombres vuelvan al orden de vida, restaurando en sus corazones la piedad hácia Dios, la justicia y la caridad para el prójimo, y la templanza para consigo mismos con pleno dominio de la razón sobre sus apetitos.....»

Después de palabras tan claras y autorizadas, está demás todo comentario. Es, pués, cierto y evidente que los falsos profetas, que hoy abundan, han seducido y seducirán á muchos: que abunda la iniquidad resfriándose la caridad, que los pueblos y naciones son hoy esencialmente anticatólicos y anticristianos, pués circulan por sus venas doctrinas esencialmente contrarias á la religión.

## §. IX.

128. Pero los pueblos y naciones ¿no se convertirán? ¿No adjuarán sus errores? Es muy de temer que nó: porque si Dios hizo á los pueblos sanables, es cuando por ignorancia ó flaqueza se separan de Él; no cuando á sabiendas y por pura malicia; no cuando habiendo conocido la luz y gustado de las delicias de la religión, cierran los ojos á la verdad volviéndole las espaldas; ¡oh! entonces es muy difícil, por no decir imposible, que los pueblos se conviertan: lo dice el mismo Dios por boca del Apóstol en estas palabras: *Es imposible que aquellos que han sido una vez iluminados, que han gustado el don celestial, que han sido hechos partícipes del Espíritu Santo; que se han alimentado con la santa palabra de Dios y de las maravillas del siglo venidero, y que después de todo esto han caído; sean renovados por la penitencia*»<sup>1</sup> Y la experiencia confirma el dicho del Apóstol. ¿Qué naciones son las que habiendo apostatado de la fé la han vuelto á abrazar? Ninguna, absolutamente ninguna: dígalo África, Asia, Inglaterra, Alemania, Francia; y ¿cuándo volverá España á reconquistar su mayor timbre, su más glorioso blasón, la unidad católica? Nunca por desgracia. Si alguna nación, perdida la fé, parece recobrarla nuevamente á la voz del misionero católico, nunca es más que la débil llama producida por la chispa aplicada á muertas cenizas, fruto de voraz incendio. «Distingamos cuidadosamente las conversiones individuales y la reacción social en sus principios. No negaremos que de algunos años á esta parte se efectúa un movimiento católico en las artes y en muchas partes de la literatura; que se manifiesta una afición decidida á la arquitectura gótica; que se nota en cierto número de espíritus, una vaga inquietud que les hace suspirar por alguna cosa que no sea obra de las manos

1 Hebr., VI, v. 4 y sig.

del hombre, ni producto de su imaginación; alguna cosa que enlace y tranquilice las inteligencias; una religión, en fin, y no una filosofía; que esta inquietud lleva al pié de los púlpitos católicos á algunos millares de jóvenes; que hace poco tiempo se reúne una falange de trabajadores de la capital para asistir á reuniones científico-religiosas, que á consecuencia de esta fermentación saludable se han visto conversiones de la indiferencia á la práctica, y que se desprenden de día en día de la masa corrompida algunas almas escogidas, y que estas almas, cansadas vienen á buscar un albergue bajo la tienda del catolicismo..... Si hemos de expresar nuestro pensamiento, creemos que aún ha de ser más rápido y general este movimiento, que los buenos se harán aún mejores, y que la Iglesia volverá á ver fieles dignos de los primeros siglos. Así lo exige el equilibrio del mundo moral; cuanta más iniquidad se coloca en la balanza de la justicia divina, más pura debe ser la virtud para formar el contrapeso, y las catacumbas son una expresión verdadera de la Roma pagana. Además, si es verosímil que va á trabarse una lucha gigantesca, es preciso que la fuerza de resistencia sea proporcionada á los esfuerzos del ataque.» <sup>1</sup> En verdad, ya San Agustín decía: «En los últimos tiempos la virtud será proporcionada á la prueba, lo mismo que el oro es tanto más puro cuanto más ardiente es el fuego donde se ha templado. ¿Qué somos nosotros en comparación de los Santos de los últimos siglos? Cuál será el heroísmo de los que triunfarán de un enemigo desencadenado si no lo podemos vencer ahora que se halla entre cadenas?» <sup>2</sup> La persecución del Antecristo, según testimonio de Jesucristo y común sentir de los Santos Padres, ha de ser tal que exceda á todas las persecuciones que han sufrido los cristianos, reunidas en

<sup>1</sup> Gaume, loc. cit, p.º XIII.

<sup>2</sup> De Civit. Dei, lib. XX, cap. VIII.

una sola. De aquí, pues, que la firmeza y fortaleza de los últimos discípulos de Cristo tiene que ser mucho mayor, y este puede ser el movimiento que hoy se nota en los católicos, es decir, que el triunfo de la religión hoy es *intensive*, más no *extensive*: se convierten, sí, algunas almas, más no las masas, más no los pueblos y naciones, que están saturadas de impiedad; hay reacción religiosa, pero para purificarse y acrisolarse más y más los escogidos, para robustecer su espíritu para el día de la gran tribulación; y ésto, léjos de oponerse á nuestros temores, los confirma.

#### §. X.

129. Llegados á este punto, es hora de contestar á la observación que insinuamos ya en otro lugar. Es muy lógico que á cualquiera se le ocurra hacer la siguiente observación. «Es cierto que la corrupción y apostasía es grande, y que ha habido y hay muchos falsos predicadores y doctores, que hay guerrás, sediciones, pestes, hambres y terremotos; pero de aquí nada se deduce, porque esto no es nuevo, siempre y en todo tiempo fueron y se dieron tales cosas, y quizá se registren en la Historia épocas más calamitosas que la presente: tales signos, pues, son ambiguos y equívocos, convienen á todos los tiempos; y una prueba es que desde el principio de la Iglesia, los fieles, basados en estos mismos argumentos, creyeron estar cerca el día grande del Señor; testigos los habitantes de Tesalónica, á quienes, para aquietar sus ánimos, fué preciso que el Apóstol les escribiera su segunda carta; testigos varios Santos Padres, como S. Jerónimo, Tertuliano, San Cipriano, S. Basilio, el Crisóstomo, S. Ambrosio y S. Gregorio, y más acá S. Vicente Ferrer, quienes en su tiempo predicaban y enseñaban que el Antecristo estaba á la puer-

ta ya, que había llegado la hora de la consumación del mundo, que tal predecían las guerras, los terremotos, las aflicciones y la extinción de la caridad. De todo lo cual se deduce la ambigüedad é incertidumbre de dichos signos y la ninguna fuerza de los argumentos hasta aquí aducidos". Creemos haber expuesto la observación en todo su vigor, pues ningún interés tenemos en ocultar la verdad; al contrario: pero creemos también darle completa solución. Cierto que siempre y en todo tiempo hubo falsos profetas, corrupción intelectual y moral, que siempre hubo guerras, pestes, hambres y terremotos; pero también lo es, como hemos visto y demostrado, que Jesucristo da todas estas cosas como signos del *initia dolorum*, de estar próximo el fin. ¿Qué diremos? Que cuando estas cosas sean tales señales, revestirán un carácter especial que nunca tuvieron, y que las determine y concrete. Y en verdad, si bién nos fijamos en el texto sagrado y en los SS. PP. y Expositores, parece deducirse que tres son las notas características y principales que acompañarán á las guerras, pestes, etc., cuando sean señales del fin. Primera, que serán más universales, permanentes y constantes, como constituyendo, digámoslo así, el estado normal del mundo, y como naciendo de su misma constitución ó naturaleza, de tal manera, que sean fruto natural y propio del espíritu y leyes que entonces animen y rijan á los pueblos en general. Segunda, que todas estas cosas ó calamidades serán simultáneas, estos es, que se den todas á un mismo tiempo; y tercera y principalísima, que se den y vengán acompañadas de otras señales que solo y exclusivamente tengan lugar en los últimos tiempos y en ningún otro. Con estas vases á la vista, fácil nos es ya contestar. Es cierto, ciertísimo que siempre hubo herejes y falsos predicadores, propagadores del error y de la corrupción, pero alguno que otro, en este ó aquel pueblo ó nación; mas nó en todo el mundo, ni en el número que hoy. En otros tiempos desde

la predicación del Evangelio hasta Lutero, los herejes y apóstatas obedecían á una causa particular, á la malicia, soberbia y ambición de uno, dos ó más hombres; pero hoy obedecen á una causa universal y constante, al espíritu de independencía y de protexa, al espíritu privado y razón individual, que, proclamados por el fraile apóstata, han encarnado en el género humano, graduando de doctores á todos y cada uno de los hombres. Es cierto, ciertísimo que siempre y en todo tiempo hubo errores y vicios en el mundo, pero se limitaban á este ó á aquel dogma de fé; prevalecía este ó aquel vicio, y en una que otra nación ó pueblo; más no todos los vicios y errores, ni en el universo mundo, como hoy, eran conocidos entonces el racionalismo y liberalismo, espíritu que hoy anima á la sociedad entera; errores que, siendo como son la esencia de la herejía y de la corrupción, tienen que producir en los pueblos la herejía y corrupción completa y universal, haciéndoles incrédulos y apóstatas. Siempre y en todo tiempo hubo sediciones y guerras, pero parciales y singulares, no constantes y en las cinco partes del mundo: los efectos son proporcionados á las causas. En otras épocas las guerras y las revoluciones eran hijas de causas particulares y transitorias, y hoy son efecto del nuevo derecho reconocido y aprobado por los nuevos legisladores; el derecho que se ha dado en llamar *hechos consumados*, esto es, el derecho de la fuerza, el derecho del cañón y ametralladoras; en una palabra, el derecho de la insubordinación y de la guerra, de tal modo que el estado normal de los pueblos hoy es la continua lucha y la perpetua inestabilidad. Siempre y en todo tiempo hubo pestes, hambres y terremotos, pero ya en este pueblo, ya en el otro, ya en esta ó aquella época, pero no en muchos lugares, y uno y otro día, uno y otro año, como sucede en nuestros días, y mejor dicho desde el siglo XVII y XVIII: y es fuerza que tal suceda; las pestes, hambres y terremotos guar-

dan siempre nivel con la corrupción de los pueblos, como azotes y avisos que son del cielo; siendo, pués, aquella general y constante, generales y constantes serán dichos azotes. Y prueba lo especial de dichas plagas en nuestra época, la conducta de la Iglesia, que, siendo como es madre solícita y cuidadosa, tanto del bién espiritual como del temporal de sus hijos, hasta el año 1847 no insertó en las letanías generales la petición de: *de terremotos, pestes, hambre y guerra, libradnos, Señor*. Siempre hubo guerras, pestes, hambre y terremotos; pero una de estas cosas ó dos cuando más, y en uno que otro pueblo, pero todas á la vez y en muchos pueblos y naciones, y tan constantes, y tan perseverantes como hoy, nunca; regístrese la historia: podrá decírsenos quizá que hubo una época más azarosa que la nuestra en terremotos, pero no en pestes y hambres; en hambres y pestes, más no en guerras y terremotos; pero en todas estas calamidades juntas, repetimos que ninguna como la nuestra: oigamos lo que dice un escritor de nuestros días sobre el particular:

«Durante la impresión de esta obra se han observado todas las calamidades que trata de conjurar la higiene. Terribles incendios en varias partes de Europa, las inundaciones del Loira y otros ríos de Europa y África; la recrudescencia del cólera del Asia, la fiebre amarilla ó el tífus sospechoso en las Canarias, diferentes epizootías en varios puntos del Reino, el hambre de Irlanda, la carestía de Flandes, huracanes en las Antillas, naufragios en nuestras costas, accidentes desastrosos en algunos caminos de hierros.»<sup>1</sup> Escritas las anteriores líneas, leemos en el *Movimiento Católico*, de 23 de Marzo del presente año, las siguientes noticias: «El Capitán General de Filipinas participa al Ministro de Ultramar lo siguiente: el cólera morbo ha estallado

<sup>1</sup> Monlau, *Higiens pública*, adiciones, edición de 1847.

en Zamboanga, cuyo punto ha sido declarado sucio. Desde últimos días de Enero hasta el 9 de Marzo ha habido mil ciento diez y nueve invasiones, falleciendo quinientos veinte atacados entre la población cristiana.—Según dice *Las Novedades* de Nueva York, en los primeros días de este mes se sintieron fuertes temblores de tierra en la república del Ecuador. En Guayaquil en menos de veinticuatro horas, se sintieron trece sacudidas, parándose los relojes y destrozándose los alambres telegráficos.—M. León Lefebure, en la última sesión de la sociedad de economía social de París, describió el horrible cuadro de la indigencia en esta gran capital, demostrando que la verdadera y la falsa mendicidad crecen en igual alarmante proporción.»—Interminables nos haríamos si hubiéramos de referir todas las noticias que, al tenor de estas, ya há años nos vienen dando los periódicos de todo el mundo.—Es, pues, indudable que pesan sobre nosotros á un mismo tiempo todas las calamidades.—Por último, siempre hubo guerras, pestes, hambres, terremotos, falsos profetas, apostasía de la fé y corrupción de costumbres; pero no se cumplían otros signos que sólo y exclusivamente tendrán lugar en los últimos tiempos, signos que hoy parecen cumplirse: tales son; la predicación del Evangelio por todo el mundo, los seis Reyes precursores de la Bestia en Roma, preparación del reinado de esta, la restauración de la idolatría, la soltura ó salida de Satanás del averno para tentar por sí mismo á los hombres, y otros varios de los que hablaremos después.—En suma: las guerras, pestes, etc..., en los siglos pasados no estaban revestidas de las notas características como señales del fin: mas no así hoy, y há dos siglos. Y no se diga que las guerras, pestes, apostasía y corrupción son hoy más frecuentes y generales á causa de los medios más rápidos y fáciles de comunicación; pues no se trata aquí de averiguar la causa, y sí únicamente los hechos, si se dan, ó nó; pues cuando

Jesucristo dió estas cosas como señales, bién conocía las causas, y que estas habían de existir y producir tales efectos en los últimos días: esto, lo único que prueba, es que tales sucesos, aunque extraordinarios, nada tienen de milagrosos, como ya dijimos. Los Tesalonicenses, si bién creyeron que estaba próximo el día del Señor, fué debido, según hemos ya probado, á ciertos rumores propalados por los falsos apóstoles, quienes fingían cartas de San Pablo y revelaciones en que se aseguraba estar próximo el día del Señor, como se deduce de lo que el Apóstol les escribe para aquietarles: «Os rogamos, hermanos..... que no os alarmeis con supuestas revelaciones..... ó con cartas que se supongan enviadas por nosotros, como si el día del Señor estuviera ya muy cercano.»<sup>1</sup>

Por lo que hace á los Santos Padres, pudieron decir y creer que estaba próximo el fin del mundo, ya porque los males presentes siempre parecen mayores, ya por imponer temor á los pecadores, ya porque siempre y en todo tiempo se puede decir con verdad que el juicio del Señor se acerca más y más, ó bién considerando lo breve de esta vida comparada con la eternidad: pudieron decir que se preparaba ya el reinado de la Bestia ó Antecristo, no de otro modo que el Apóstol escribía á los Tesalonicenses que se obraba ya el misterio de iniquidad, en cuanto que el demonio, desde el principio del cristianismo, mediante los errores, cismas y herejías, prepara el camino al Antecristo, quien dará la última mano á la obra de destrucción y corrupción, así como en la ley antigua se dice que los Profetas y Patriarcas prepararon el camino del Mesías. Por último, bién pudieron creer dichos Santos Padres real y verdaderamente que amenazaba el día del Señor, engañados por algunas señales, sin que nada pueda de aquí deducirse contra nosotros, pues el trascurso

1 II Thess. c. 2., v. 2.

de los años aclara mucho las cosas, especialmente las proféticas. Nada decimos de S. Vicente Ferrer, porque de su predicación nos ocuparemos en el capítulo quinto.

13o. Si á pesar de lo expuesto insistiese alguno en que nuestros tiempos por calamitosos que sean, en poco ó en nada se diferencian de los pasados, no le habremos de contradecir, pero sí le recordaremos las palabras del ilustre Conde de Maistre y de M. Gaume. Escribe el primero en las *Ve-ladas de S. Petersburgo*: «Dícese comunmente *que todos los siglos se parecen, y que los hombres han sido siempre los mismos*: pero es preciso desconfiar de estas máximas generales que ha inventado la pereza ó la irreflexión para evitarse el discurrir. Por el contrario, todos los siglos y todas las naciones tienen un carácter particular y distintivo que es forzoso considerar cuidadosamente. No hay duda que siempre ha habido vicios en el mundo; pero se diferencian en cantidad, en naturaleza, en calidad dominante y en intensidad; y á pesar de haber existido impíos en todos los siglos, ¡jamás se había visto antes del siglo XVIII y en el seno del Cristianismo *una insurrección contra Dios!* Jamás había existido especialmente una conjuración sacrílega de todos los talentos contra su Autor; y lo que no habíamos visto nunca, lo vemos en nuestros días.....» M. Gaume, en su obra, *¿Donde estamos?*, dice: «Para sostener que el mal ya en cantidad, ya en calidad, no es mayor hoy que ayer, se necesita mas que valor: es necesario cerrar voluntariamente los ojos á la luz. Abrid la historia, y no encontrareis un siglo tan emancipado como el nuestro, de los principios sociales del cristianismo y de la tutela de la Iglesia; un siglo tan ingobernable y con tanta frecuencia revuelto; un siglo en el que el desprecio y el odio á toda clase de autoridad se haya llevado hasta el punto de que entre todos los reyes de Europa no haya uno que no haya sido objeto de alguna tentativa de asesinato.—¿Qué siglo ha visto el materialismo

desbordado en el mundo y al hombre hecho carne como hoy? Citad la época en que todos los medios de corrupción, lujo, libros, periódicos, teatros, tabernas, sociedades secretas, trabajos en los días festivos, se hayan multiplicado tanto como lo están ahora.....» Asimismo, si á alguno le parecieren poco características, como señales del fin, las guerras, pestes, terremotos, etc. de nuestros días, le advertiremos que, aun dado y concedido que estuviéramos en los últimos tiempos, creemos que aún restan bastantes años de vida al mundo; que no han venido ni vendrán quizá tan pronto sobre la tierra las calamidades y plagas anunciadas por S. Juan en el Apocalipsis, que, como signos precursores inmediatos de la gran tribulación de la persecución del Antecristo, han de ser de las señales más terribles y características del fin. Dios antes de castigar á los pueblos, antes de arrasar las Ciudades y naciones, suele avisarles con anticipación, con pequeños y amorosos castigos; nunca ó pocas veces hizo sentir todo el peso de su justicia instantáneamente acá en la tierra: cien años antes de anegar al mundo con las aguas del diluvio, lo anunció por el justo Noé, y cien años antes de destruir á Jerusalén, mediante los Caldeos, lo predijo por los Profetas, y envió aflicciones y calamidades sobre el pueblo judío, á fin de que se convirtiera á su Dios y Señor, y de este modo aplacase su ira, evitando así la catástrofe que les amenazaba; y si con tantos años de anticipación cuidó de anunciar la ruina de un pueblo, haciendo presentir los males que esperaban por los castigos que antecedían, ¿con cuántos siglos de anticipación y con qué clases de plagas no anunciará el último y más grande de todos los cataclismos? Si, pués, aún no fueran bastante características, como señales del fin, tantas calamidades como azotan al mundo, lo serán en plazo no lejano, si los hombres no nos arrepentimos y hacemos penitencia de nuestros pecados, á pesar de los avisos con que Dios nos llama.

## §. XI.

131. Y se predicará este Evangelio (de Dios) *en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones: y entonces vendrá el fin.* <sup>1</sup> Es de advertir ante todo tres cosas: primera; para que sea señal del fin la predicación del Evangelio, es necesario que se haya predicado materialmente en todo el mundo, en todas las naciones; tal afirman S. Agustín, Orígenes, el Damasceno, S. Cirilo y otros, como puede verse en el eximio Suárez, en el lugar que citaremos; tal se deduce de las mismas palabras de Jesucristo, quien da dicha predicación como signo del fin, y no lo sería si no se hubiera de entender de la predicación general, y sí de un modo impropio por la figura *sinécdoque*; porque en este caso, ya há siglos que se hubiera cumplido. Se deduce esto mismo por la razón; se predicará el Evangelio en todo el mundo *para testimonio*, dice Jesucristo, *de las naciones*, esto es, para que ningún pueblo en el día del juicio pueda excusarse diciendo que á él no le fué predicada la ley de gracia. Esto mismo confirman las palabras con que Jesucristo envió á sus Apóstoles, cuando les dijo: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio á toda criatura.* <sup>2</sup> Esto enseñan aquellos pasajes del antiguo Testamento, en que se predice que Jesucristo reinará de uno al otro polo: tal es entre otros el Salmo II, en donde el Padre Eterno, hablando á su Hijo, le dice: *Pídeme y te daré las gentes por herencia: y tu posesión los términos de la tierra.*—Es de advertir en segundo lugar que no es necesario para que se cumpla esta señal que todos crean, basta que se les haya predicado

<sup>1</sup> Matth., c. XXIV, v. 14.

<sup>2</sup> Marc., c. XVI, v. 15.

y que se hayan fundado algunas Iglesias en cada nación ó regiones del mundo, pués Jesucristo sólo dice *y se predicará*; no dice y será creído ó admitido, y si bién es cierto que es nota de la Iglesia de Jesucristo la catolicidad, y que, según Isaías, todas las gentes han de entrar en ella, es bién sabido que para que esto se cumpla, no se requiere, ni es necesario, que todos los hombres de todos los pueblos crean y abracen el Evangelio, bastando sí, como queda dicho, que algunos en cada pueblo ó nación se hagan miembros de Jesucristo por el bautismo y la fé.—Tercera y última, que no es necesario para que se cumpla este signo, que haya un tiempo antes de la consumación de los siglos, en que todo el mundo crea á la vez en Jesucristo y su Iglesia, bastando que se haya predicado en todos los pueblos sucesivamente, aunque al ser abrazado el Evangelio por unos, otros le abandonen; ó lo que es lo mismo, para que se cumpla la señal de la predicación del Evangelio por todo el mundo, no se requiere que se vuelva á predicar en aquellas regiones en que fué ya anunciado, por más que después lo abandonasen, como sucede en Asia y África. Es doctrina corriente entre los Santos Padres y Teólogos Escolásticos, como puede verse en Suárez, en sus disputaciones sobre la tercera parte de la *Summa* de Santo Tomás, quest. 59, disp. de 56, sección 1.ª, y en Belarmino, Tratado del Rom. Pont., libro 3.º, cap. 4.º

132. Esto supuesto, ¿quién no vé haberse cumplido ó estar ya para cumplirse esta señal? No hay parte alguna del mundo que no haya sido hollada por la planta del misionero católico; en toda la tierra sonó ya su voz: nuestros ferro-carriles cruzan el Continente: las naves dan vuelta al mundo y se han aproximado al polo; empero, á donde llegan nuestros buques, y penetran nuestros ferro-carriles, y más allá, vuela el ministro de Jesucristo, que evangeliza la paz: se puede asegurar que solo en los polos es donde no

habrá resonado la palabra evangélica; pero si es que allí hubiere habitantes, quizá no esté lejano el día en que sean evangelizados, pues sabido es que nuestros buques se han aproximado á las heladas montañas polares, y si á ellos no fuera dado penetrar en las únicas regiones desconocidas, vendrá quizá el globo á satisfacer este deseo del hombre. —En la Primera Parte de este opúsculo hemos dicho que el Antecristo parece llamar á las puertas del mundo; mas es común sentir que antes de su venida el Evangelio se habrá predicado á todas las gentes, por razones varias que el eximio Suárez, en el lugar citado, alegó, diciendo: «Tres cosas se deducen de lo dicho hasta aquí..... Otra es, que esta universal predicación *extensivé* se ha de consumir en todo el orbe antes de la persecución del Antecristo, y de su venida; como bién enseñan S. Agustín y otros Padres ya citados. Y fácilmente nos convenceremos de esto, si se tiene en cuenta lo que se ha dicho del reino del Antecristo. Pues, reinando este, no sólo no podrá la Iglesia propagarse ó llevarse el Evangelio á nuevas regiones, sino que más bién en donde existiese la Iglesia, los fieles apostatarán en su mayor parte, y los que perseveren, á duras penas podrán hacer pública profesión de su culto, cuanto menos ser enviados á convertir nuevas provincias. Después de la muerte del Antecristo. el tiempo será brevísimo; luego después de su venida no podrá verificarse la universal predicación: luego es necesario que se complete antes. Aún más, basados en esta misma razón, nos convencemos y creemos que esta predicación se ha de terminar antes que en la Iglesia Romana ó en el Imperio se verifique la gran mutación ó trastorno temporal, de que hablaremos en la sección siguiente. Porque, para que el Evangelio cómodamente pueda divulgarse en todo el Orbe, es necesario que la dignidad de la Iglesia Romana conserve su esplendor y potestad, no solamente la espiritual y divina, sino también la temporal, ó al

menos que los Reyes y Príncipes Católicos, de cuyo auxilio y protección pueda servirse para propagar la fé, permanezcan en su obediencia. Por lo cual, entre las señales propias del juicio final, esta de que hablamos, nos parece ser la principal y que se ha de cumplir ante todas.» Son convincentes las razones que aduce el esclarecido teólogo para afirmar que la predicación del Evangelio en todo el mundo se ha de consumir antes de la venida de la Bestia, y mejor aún antes de que en Roma se verifique algún gran trastorno temporal que, según dicho teólogo, es la extinción del Imperio Romano, pero nosotros creemos que sea la usurpación del poder temporal del Papa, ya por lo que dejamos expuesto en la Primera Parte, ya también basados en las mismas palabras de Suárez, cuando dice: *Que es necesario que la Iglesia Romana conserve su esplendor y potestad espiritual y temporal, ó que los Reyes católicos permanezcan en su obediencia:* y como quiera que este trastorno se verificó ya, el Papa ha sido despojado inícuamente, y los Reyes católicos, si alguno hay, á duras penas presta auxilio á la Iglesia, es indudable que se ha cumplido ya ó está para cumplirse la predicación del Evangelio en todo el mundo; y es de notar que Suárez llama á esta señal entre las propias del fin, la principal. Alápide afirma hallarse monumentos que acreditan haberse predicado ya el Evangelio en la China: Véanse sus palabras en el capítulo 6.º: y la Historia de las misiones católicas dice que no hay parte en el mundo ni archipiélago, ni isla alguna que no haya sido visitada por algún hijo de tantas órdenes religiosas, que se dedican á la hermosa misión de llevar la luz del Evangelio á los pueblos que yacen en las tinieblas de la noche y en la sombra de la muerte: es más, se nota en los Pontífices de nuestros días, y muy particularmente en el que hoy rige y gobierna la nave de Pedro, el sapientísimo León XIII, un cuidado y solicitud especial en procurar y mandar misiones á los pai-

ses salvages. ¿Será que llegó la hora de cumplirse la predicción de Jesucristo, la hora de la consumación del mundo, antes de la que se ha de predicar el Evangelio á toda criatura?

133. Es verdad que San Pablo ya decía en la carta á los Romanos que *en toda la tierra ha resonado su voz y hasta las extremidades del mundo sus palabras*; <sup>1</sup> y á los Colosenses les escribe: *el Evangelio, el cual se ha propagado entre vosotros, así como en todo el mundo, donde fructifica y crece*; <sup>2</sup> pero es notorio que San Pablo se refiere aquí al mundo entonces conocido, si bien pudiéramos decir también que se anunciaba ya el Evangelio en todo el mundo, no por los misioneros Apostólicos, y sí por la fama; ó que se predicaba, no actual sino virtualmente, en cuanto que se había arrojado ya en la tierra el fuego de la divina palabra, que había de abrasar al mundo; y así como el que prendiera fuego á un bosque (en expresión de un gran Teólogo) por sus cuatro costados, desde el mismo instante podía decir que había sido incendiado todo él, así también pudo decir San Pablo que el Evangelio se anunciaba ya en todo el mundo: en cualquiera de estas aplicaciones, aunque la primera la creemos más propia y adecuada, se ve que en nada se opone el dicho de S. Pablo á que la predicación del Evangelio por todo el mundo sea signo cierto de la consumación del mundo.

134. Por último, dice Jesucristo: *lo que sucedió en los días de Noé, eso mismo sucederá en la venida del Hijo del hombre; porque, así como en los días anteriores al diluvio proseguían los hombres comiendo y bebiendo, y casando á sus hijos, hasta el día mismo de la entrada de Noé en el arca, y no pensaron jamás en el diluvio hasta que lo vieron comenzado, y los arrebató á todos,*

<sup>1</sup> Rom., c. 10, v. 18.

<sup>2</sup> Colos., c. 1, v. 6.

así sucederá en la venida del Hijo del hombre.<sup>1</sup> Siempre y en todo tiempo el pueblo fiel, al considerar los males de su época, creyó ver aproximarse los últimos tiempos; aún viviendo los Apóstoles, fueron sobrecogidos de este temor, testigos los Tesalonicenses; después se repitieron varias veces estos temores, temores infundados, y, cosa extraña, hoy que parece serían fundados y que hay porque llorar y temer, es cuando más olvidados están los hombres, y menos creen en el fin del mundo. Porque, ¿no es cierto que hoy se ríen y burlan y hasta reciben con sarcasmo al que hable de tales cosas? ¿No es cierto que nunca se creyó el hombre eterno sobre la tierra más que hoy que hay ilusos que creen encontrar el elixir de la vida? Aún más: dice Jesucristo que en los últimos días, así como en los anteriores al diluvio, los hombres proseguirán comiendo y bebiendo; y es de notar que las palabras del texto griego significan, no el comer para conservar la vida, sino el comer con gula; y hoy se pasa la vida en un continuo banquete; hoy los edificios más notables se llaman fondas, hoteles; hoy la conversación favorita suele ser de Fornos y Lhardy; hoy se estudia el arte de cocina como uno de los más principales.—Interminables seríamos si hubiéramos de referir los banquetes que á cada instante se celebran en Europa: citaremos uno que vale por todos, y que leemos en el *Movimiento Católico*, del 19 de Agosto de 1889. «Nuestros lectores dirán si merece el nombre de *banquete mónstruo* el que anuncia la *Agencia Fabra*.—París—18.—Con arreglo al ceremonial de antemano dispuesto, los alcaldes Franceses, en número de unos 13000, han sido recibidos en el Palacio de la Ciudad, dirigiéndose después al de la Industria.—En todo el trayecto la muchedumbre reunida para verles pasar

1 Matth., c. 24, v. 37, 38 y 39.

era extraordinaria, y aclamó con entusiasmo, así á los departamentos conocidos por sus sentimientos republicanos, como á los fronterizos.—Añadiremos por nuestra parte, algunos pormenores.—Un ciento de obreros se ha estado ocupando, con varios días de anticipación, en habilitar el local.—Mientras los carpinteros armaban las mesas, los gasistas practicaban en el suelo las aberturas necesarias para la instalación de los nuevos aparatos de gas que debían alumbrar la sala del banquete, á saber: veinte candelabros, de veinticinco luces cada uno, de tres metros de altura, y dispuestos en dos hileras á todo lo largo de la nave. Se han conservado además las trece arañas eléctricas y los demás aparatos de iluminación empleados en los bailes. Los tapiceros, por su parte, se han encargado de colgar paños adornados de guirnaldas, y de hacer banderas.—Para hacer la sopa se montaron cuatro marmitas, y cuya capacidad sería de doscientos cincuenta á trescientos treinta litros, ó sea en total, mil ciento treinta. Para hacer el café se prepararon tres cafeteras que pueden proporcionar 800 litros.—Desde la noche del sábado entraron en funciones 95 cocineros y 100 pinches. La anticipación era absolutamente previsorá: Tenían que preparar 2500 litros de sopa, 600 de salsa, 300 kilos de pescado, 1500 de vaca, y desplumar 1800 aves.» Continúa exponiendo el *menu* de este banquete, como él dice, sin precedente en la historia. ¿Será que se aproxima la ruina del mundo, y que, como en tiempos de Noé en los días anteriores al diluvio, los hombres se entregan á toda clase de placeres, á comilonas y banquetes monstruos? No sabemos; el lector dirá, para lo que le recordaremos que Jesucristo dijo que, cuando fuera el *initia dolorum*, habría guerras, opiniones de guerra, hambres, pestes y terremotos en distintos lugares; que los cristianos sufrirían tribulación, y que muchos se escandaliza-

rían; que habría quienes sedujeran á muchos, y abundando la iniquidad, la caridad se resfriaría, y que el Evangelio se predicaría por todo el mundo; que este, entregado á los placeres, viviría olvidado de su última ruína, véase ahora si se dan todas estas cosas, y dedúzcase la consecuencia.





## CAPÍTULO TERCERO.

### *Señales del fin del mundo contenidas en las Cartas apostólicas. ¿Se cumplirán ya?*

Explicación del discessio de S. Pablo.—Separación de los pueblos, de los reyes y del Pontífice.—¿Hay algún gobierno verdaderamente católico?—Manejo de impiedades, recogido de algunas Cámaras de varios Estados.—Regalos hechos al inmortal León XIII, en sus *bodas de oro*.—Aplicación á las costumbres de nuestros días de las palabras del Apóstol á su discípulo Timoteo, carta II, cap. III.—Lactancio describe gráficamente nuestras costumbres.—*Los hechos consumados*, ó derecho del más fuerte.—Revoluciones atmosféricas á que alude S. Pedro en el cap. III de su II Carta.—Los ciclones.—Confusión de las estaciones del año.

#### §. I.

135. **L**os Apóstoles, fieles al mandato que recibieron de Jesucristo, de enseñar á las gentes las cosas que le habían oído, entre las que ocupan no el último lugar las referentes al fin del mundo, en sus escritos nos legaron varios de los signos precursores.

136. San Pablo escribe: *No os alarmeis..... como si el día del Señor estuviera ya muy cerca..... Porque no vendrá sin que primero haya acontecido la apostasía.* <sup>1</sup> En estas palabras dá San Pablo una de las señales del fin del mundo: lo

<sup>1</sup> II. ad Thess., cap. II, v. 2 y 3.

prueba el objeto que se proponía, que era aquietar á los Tesalonicenses alarmados por ciertos rumores que corrían, de estar ya próximo el día del Señor: lo prueba la tradición constante del pueblo fiel y el sentir unánime de los Santos Padres y Expositores sagrados. Estos no están de acuerdo en determinar qué se debe entender por el *discessio* de que habla S. Pablo. Opinan unos que quiso significar el Apóstol de las Gentes en dicha palabra la apostasía de la fé y sanas costumbres; afirman otros que la separación é insubordinación de los pueblos contra los Reyes y especialmente contra el Romano Pontífice: pero todos convienen en que significó una de estas dos cosas, ó ambas á la vez: lo cual basta á nuestro intento, porque, ya se entienda en un sentido, ya en otro, está cumplida la predicción del Apóstol. Que parece estar al menos iniciada la apostasía general *a fide et moribus*, queda suficientemente demostrado en el capítulo anterior y en la Primera Parte, al hablar de la Bestia: que los pueblos han apostatado de sus Reyes y del Romano Pontífice, atentando contra su poder y su trono, cosa es que pasa á nuestra vista: no obstante recordaremos ciertos hechos y doctrinas que acreditan haberse cumplido en esta parte el *discessio* que anuncia S. Pablo; y como quiera que no habremos de hacerlo tan bién ni mejor que un escritor de nuestros días, copiaremos sus palabras: «Separación, escribe, de los pueblos y de sus reyes. Recuértese con cuidado lo que hemos dicho anteriormente sobre las relaciones que existen actualmente entre los pueblos y los reyes de toda la Europa; calcúlense otra vez los regicidios y revoluciones llevados á cabo ó intentados en espacio de tres siglos; estúdiese á fondo la posición respectiva de los pueblos y los soberanos; téngase en cuenta sobre todo el espíritu de independencia y de rebelión, sentado como principio en el dogma de la soberanía, y expresado por la increíble máxima de los *reyes reinan y no gobiernan* (y la de «pueblo soberano,»

añadimos nosotros); y dígase si esta es la unión de los pueblos y de los reyes, ó más bién la separación mas profunda y verdadera que haya visto el mundo desde el Evangelio. ¿Acaso la separación de las almas y los corazones no es la apostasía y la desaparición de las verdaderas relaciones de respeto, confianza, afecto y adhesión establecidas por el cristianismo entre los reyes y los pueblos? Si esta apostasía no es completa, ¿no es evidente al menos que el espíritu general tiende rápidamente hácia ella, de tres siglos á esta parte?—Separación de los pueblos y del Soberano Pontífice. ¡Qué espectáculo ofrece la Europa actual! ¡Gran Dios! ¡Qué diferencia entre lo que era en el siglo XV y lo que es en el XIX! ¡Cayó una estrella del firmamento, según estaba anunciado, y se abrió el pozo del abismo, y salió de él una densa humareda que se interpuso entre el cielo y la tierra! Precipítanse bajo el estandarte de la rebelión, á la voz de Lutero, Alemania, Suecia, Dinamarca, Prusia, Inglaterra y una parte de Suiza y de Francia: Roma es para estos pueblos apóstatas otra Babilonia, y el Papa, la odiosa personificación del error; y sus más sagrados principios son la independencia absoluta de la razón humana en materia de Religión, y el destierro completo de la Autoridad de la Iglesia: El representante de Jesucristo no es para las demás naciones más que un soberano extranjero y sospechoso, cuyas acciones inspiran recelo, y cuyas palabras sólo deben llegar á oídos de sus hijos después de haber sufrido el examen de los Príncipes, y recibido el Visto Bueno de sus ministros; casi lo mismo que las cartas que llegan de países infectados por la peste, y que no se dejan penetrar en las regiones extranjeras hasta después de haber sido pasadas por vinagre. ¡Tanto se teme la influencia Romana, tanto la autoridad del Vicario de Jesucristo! Los ojos menos perspicaces ven claramente que los gobiernos *católicos* no tratan al Soberano Pontífice como Papa, como padre común de

los Reyes de las naciones y como órgano de la fé social, sino como un simple príncipe temporal.» <sup>1</sup> Esto escribía Gaume cuando aún el Romano Pontífice conservaba su poder temporal. ¿Qué diría, si hubiera estado despojado de sus dominios y prisionero en el Vaticano, y si oyera lo que en plenas Cortes se dijo en su patria, la Cristianísima Francia?

136. En la cámara de Diputados de dicha nación, con motivo de discutirse una enmienda en que se pedía la supresión de la embajada en el Vaticano, el ministro de Negocios extranjeros, M. Goblet, defendiendo la continuación de dicha embajada, dá muestras en esta parte de alguna consideracion hácia el Pontífice; sin embargo, al hablar de la restitución del poder temporal, se expresa en los siguientes términos: «En la situación confusa y turbada en que vive Europa, el Papa tiene también sus amarguras, ¿hemos de aumentarlas nosotros? Se ha dicho recientemente que el Papa no podía contar más que con Francia. Si se entiende por esto que hay que esperar de Francia un concurso cualquiera para la restauración del poder temporal, es una ilusión que sería imposible dejar subsistir. Seguramente ningún gobierno en Francia—yo no sé si otro gobierno, fundado sobre otros principios que los nuestros obraría de otro modo—ningún gobierno consentiría aceptar semejante responsabilidad. En todo caso, yo afirmo que no es del gobierno republicano de quien se pueda esperar ó temer.» Contestando al ministro de Negocios extranjeros, el Diputado M. Louis Guillot, dice: «Habeis dicho, Sr. Ministro, que existe un poder moral, el poder del Papa; más al lado de este poder moral existe Italia, nación generosa, con cuya amistad tenemos una nación amiga del progreso y de la libertad, que nos escucha y ante la cual ciertas palabras no deben ser pro-

<sup>1</sup> Gaume, en el lugar ya citado, párrafo 12.

nunciadas. El Sr. Ministro ha hablado del poder temporal, donde existe un partido republicano al cual pertenece.—Yo no sé que exista otra que declare que es preciso concluir de una vez para siempre con esos halagos excesivos que se conceden á ciertos poderes, cuyo tiempo ha pasado. Estimo que es un acto de mala política, estimular la continuación de semejante régimen. Nos habeis hablado de las amarguras del Padre Santo; pero ¿qué nos pueden importar á la Francia republicana y á la Francia que piensa libremente, las amarguras del Papa?—La Francia republicana quiere vivir en buena inteligencia con las naciones democráticas, que la rodean, y destruir la equivocación. Es preciso que en Roma se sepa que hay una Francia, enemiga del Pontificado. Lo digo muy alto: nosotros, republicanos, somos adversarios, no solamente del poder temporal, sino también del poder espiritual, enemigo eterno de la libertad, con el cual os tratais de potencia á potencia. Nó, nosotros no debemos tratar con él de potencia á potencia. La Francia republicana, como la América republicana, como todas las naciones libres, no pueden reconocer al Papa su cualidad de Soberano.»<sup>1</sup>

137. No puede decirse más. El Ministro de Negocios extranjeros de Francia mira como una responsabilidad tratar de devolver al Papa sus Estados; y el Diputado Guillot afirma que es contrario al poder temporal y espiritual del Papa, y que ninguna nación libre debe considerar á este como soberano; y, en verdad, que esta es la doctrina de los liberales, y hoy casi todos los gobiernos profesan la doctrina liberal. ¿Será que se cumple ya el *discessio*, la apostasía, ó separación de los pueblos del Romano Pontífice y de toda autoridad, apostasía que el Apóstol dá á los Tesalonicenses como señal del fin?

1 *La Unión Católica*, n.º 437.

138. Recordamos que cuando las *bodas de oro* del sapientísimo é inmortal León XIII, todos los pueblos y naciones, los Soberanos todos, así católicos como no católicos se disputaron la palma en los presentes y regalos que hicieron al Vicario de Cristo: pero excepción hecha de los sinceros católicos, ¿cual fué el móvil de tan extraordinario y sorprendente suceso? ¿No fué un motivo meramente político? Y mejor aún, ¿no diríamos que fué un milagro del Omnipotente para demostrar que está con el Pontífice, aunque abatido y perseguido por sus enemigos, y que está en su mano confundir á estos y ensalzar á aquel, cuando bién le plazca, y que si no lo ha hecho es en castigo de los mismos pueblos y naciones por sus muchos pecados? En verdad que si los Reyes y potentados de la tierra hubieran querido servir en sus presentes y regalos, no á un fin político y sí á la causa de Cristo, bién sabían que el mejor presente era devolver á su Vicario en la tierra los Estados Pontificios. ¡Pero de esto, ni un triste proyecto, ni una palabra!

## §. II.

139. El mismo S. Pablo hablando de los hombres de los últimos tiempos, parece retratar nuestra época en las siguientes palabras: *Mas has de saber* (dice á Timoteo) *que en los últimos días sobrevendrán tiempos peligrosos: levantarse han hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altaneros, soberbios, blasfemos, desobedientes á sus padres, ingratos, facinerosos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, fieros, inhumanos, traidores, protervos, hinchados, más amadores de deleites que de Dios, mostrando apariencia de piedad, pero renunciando á su espíritu.....; así como James y Mambres resistieron á Moisés, del mismo modo estos resisten á la verdad,*

*hombres de un corazón corrompido, réprobos en la fé.*<sup>1</sup> En verdad, que á la sola lectura de las anteriores palabras del Apóstol, parece ser nuestro siglo de quien en ella se habla, y nuestra época, por tanto, la última del mundo.—*Sobrevendrán*, dice, *hombres amadores de sí mismos*: ¿y no reina el egoísmo más refinado? ¿No es el *yo* la deidad del siglo XIX, en cuyas aras se sacrifica todo?—*Codiciosos, altaneros, soberbios*: y ¿no oímos ya que el inmortal León XIII dice estar escritas para este siglo las palabras de S. Juan cuando escribe que en el mundo *todo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, soberbia de la vida?* *Blasfemos*: ya en otro lugar dejamos dicho que ni aun en tiempo del gentilismo y la barbarie se blasfemó tanto de Dios y de las cosas santas como hoy.—*Desobedientes á sus padres*: y ¿no es cierto que los padres, maestros y autoridades se quejan constantemente de la desobediencia de sus hijos, discípulos y súbditos? ¡Qué de insubordinación é indisciplina en los Institutos, Universidades y por calles y plazas! ¡qué de turbas desbandadas de jóvenes y niños contestando é insultando á todo aquel que les vaya á la mano ó les reprenda! Y ¿dónde está el respeto que se debe á las Autoridades? No há mucho tiempo que todos, jóvenes y ancianos, saludaban respetuosamente, descubriéndose ante todo aquel que de alguna manera participaba y era ministro del poder de Dios, así en lo temporal como en el espiritual: más hoy, no á un ministro cualquiera, sino hasta al Jefe supremo, los Monarcas, Reyes, Obispos y hasta al Papa, no sólo no se les tributa signos de respeto y veneración, sino que se les insulta, mofa y escarnece. Nunca se discutió ni criticó tanto como hoy cualquiera disposición superior, por sagrada que sea la autoridad de donde emane, ya civil, ya

1 II ad Timoth., cap. III, v. 1 y sig.

eclesiástica; y esto aun por hombres que se dicen católicos. No ha habido época parecida á la nuestra en esta materia, porque en ninguna se gritó y proclamó tanto: *libertad, liberalismo*, principio fecundo y natural de desobediencia é insubordinación.—*Ingratos, facinerosos, desnaturalizados, implacables*: secos están hoy los corazones de los hombres; la vida y amor de familia y de amistad ha desaparecido, la absorven toda los teatros, saraos, casinos, banquetes, festines, etc., etc....: los hombres y aun muchas mujeres, apenas si residen en familia las horas destinadas á la comida y descanso, y aun este poco tiempo impacientados, mirándolo como tiempo robado á sus placeres: todo lo cual consume y gasta las afecciones de familia sin creer y promover afección alguna á los demás. Y ¿qué diremos del número de asesinatos, parricidios y suicidios, que se perpetran, revestidos de las circunstancias más horrorosas, que espantarían y horrorizarían á las mismas fieras salvajes, y de que nos dan cuenta todos los días los periódicos de todo el mundo? No clama esto á voz en grito que los hombres de hoy son ingratos, facinerosos, desnaturalizados é implacables, fieros, inhumanos, etc., etc.? —*Calumniadores*: ¿qué de injurias y calumnias no se levantan hoy en periódicos y folletos, contra todas las clases de la sociedad, y muy especialmente contra la Iglesia y el Clero!—*Amadores de deleites más que de Dios, aparentando piedad y que resisten á la verdad*: y ¿no se llama este el siglo del positivismo, esto es, siglo de placeres materiales y sensuales? Y ¿no se hace ostentación de catolicismo aun por los enemigos de la Religión? Hoy, so pretexto de socorrer á la indigencia y subvenir á las calamidades, se reviste con el hermoso manto de la caridad el teatro y el baile: hoy se dicen más católicos que el Papa, y toman parte en asociaciones y peregrinaciones religiosas, los que despojaron á la Iglesia de sus bie-

nes, y, por tanto, á Dios del culto externo, los que de palabra y por escrito insultan á la Religión y sus ministros, lo que es el colmo de la pía impiedad. Y ¿no se hace hoy resistencia á la verdad en términos que se ha dado en llamar á la luz tinieblas, y á estas luz, á lo blanco negro, y á lo negro blanco? Si alguno no creyera acabado el retrato que el Apóstol hace de los hombres de nuestros días, de nuestra época, escuche lo que dice Lactancio.

### §. III.

140. Este célebre escritor del siglo cuarto de la Iglesia, teniendo presentes sin duda las palabras anteriores del Apóstol y las de Jesucristo en S. Mateo, cap. 24, dice: *Aproximándose el término de este siglo, es necesario que se perturbe el estado de las cosas humanas, y prevaleciendo la malicia, empeoren..... Será tan rara la justicia, tanto crecerán la impiedad, la avaricia, la concupiscencia libidinosa, que, si por casualidad existiesen entonces algunos buenos, serán presa de los malvados y maltratados en todas partes por los injustos; solo los malos serán ricos: más los buenos yacerán en toda afrenta é indignidad. Se confundirá todo derecho, y las leyes perecerán. Nadie tendrá entonces nada sino, ó lo mal adquirido, ó defendido por la fuerza: la audacia y la fuerza lo poseerán todo. No habrá fidelidad en los hombres, ni paz, ni humanidad, ni pudor ó vergüenza, ni verdad; y, por tanto, ni seguridad, ni régimen, ni descanso alguno de los males. Púés toda la tierra estará en completo tumulto; bramarán las guerras por todas partes: todas las gentes estarán en armas y mutuamente se opondrán: las ciudades limitrofes se batirán. Entonces la espada recorrerá el orbe, segándolo todo y postrando todas las cosas como*

*la mies..... Entonces las discordias civiles serán perpetuas: ni se dará tregua á las guerras, hasta que existan diez Reyes coetáneos, se dividan el mundo, no para regirle sino para consumirle. Estos aumentando los ejércitos inmensamente, abandonando el cultivo de los campos, lo que es el principio de la destrucción y de la ruina, perderán, destrozarán y devorarán todas las cosas..... Entonces serán tan detestables y abominables los tiempos, que se hará insoportable la vida. Las ciudades serán arrasadas y assoladas desde sus cimientos, no solo por el hierro y el fuego, sino también por los asídus terremotos, por los aluviones, y por las enfermedades frecuentes y continua hambre. Pués el aire se viciará, y haciéndose corrupto y pestilente, ya por las lluvias importunas, ya por la estéril sequedad, ahora por los intensos fríos, después por los insufribles calores, ni la tierra dará al hombre fruto, ni el árbol, ni la vid, sino que, dando grandes esperanzas cuando en flor, engañarán en el fruto. <sup>1</sup>*

141. Es tan vivo el retrato que Lactancio hace de nuestra época, que más bién que en el siglo IV, parece haberse escrito en nuestros días, y por ser tan vivo, sólo nos permitiremos llamar la atención de nuestros lectores sobre algunos de sus puntos, y haciendo caso omiso de lo que refiere acerca de la iniquidad, malicia, impiedad, avaricia y pasiones de los hombres, nos fijaremos en lo que manifiesta de la confusión de todo derecho, conculcación de toda ley; que sólo serán ricos los que lo hayan adquirido mal, por la fuerza, ó por la audacia; que no habrá seguridad alguna, ni régimen; que las naciones todas estarán en armas, aumentando sus ejércitos hasta lo indecible; que la tierra no dará fruto, y prometiendo mucho en la primavera, engañará en la recolección.—Volva-

<sup>1</sup> Lib. VII, cap. XVI., div. Inst.

mos ahora los ojos al mundo: ¿no es verdad que se ha conculcado ya todo derecho, que no se reconoce otro que el de la fuerza, el de los hechos consumados?, y que las riquezas se hallan hoy en manos del usurero, y de esas grandes compañías dedicadas á explotar los caudales de las naciones todas, y de jugadores de bolsa? Y ¿qué diremos de lo que se ha dado en llamar irregularidades, por no usar del verdadero nombre? Y ¿qué de la internacional, comunismo y nihilismo?—«No habrá seguridad ni régimen»; y ¿qué garantía de seguridad y de paz prometen hoy á los pueblos los gobiernos que rigen sus destinos? «Las naciones todas estarán en armas aumentando hasta lo indecible sus ejércitos:» y ¿no es cierto que asombra el número de hombres que cada nación tiene sobre las armas? Sólo Rusia y Alemania cuentan seis millones de hombres en las filas de su ejército, y á este tenor las demás naciones de Europa.—«La tierra prometiéndolo mucho en la primavera, engañará en la recolección:» á esto que contesten los labradores. ¡Cuántas veces les hemos oído los desengaños que sufrieron al ver frustradas sus esperanzas, de lo que prometían los campos en la primavera! Parece, en verdad, nuestra época la descrita por S. Pablo y Lactancio; pero estos afirman que la época en que tal suceda, será la última del mundo.

#### §. IV.

142. El príncipe de los Apóstoles, S. Pedro, dice: *Estad ciertos ante todas cosas, de que vendrán en los últimos tiempos impostores artificiosos, arrastrados de sus propias pasiones, diciendo: ¿dónde está la promesa ó venida de éste (Jesucristo)? Porque desde la muerte de nuestros padres, todas las cosas permanecen del mismo modo que al principio fueron criadas..... Más el día del Señor vendrá como la-*

*drón: y entonces los cielos pasarán con grande ímpetu.*<sup>1</sup>

Dicen los Expositores sagrados que en estas palabras habla San Pedro de los últimos días, á más que lo expresa el mismo Apóstol. Asimismo, S. Agustín y S. Ambrosio por cielos entienden aquí la atmósfera de que está rodeada la tierra. Según estos Santos Padres, lo que afirma en estas palabras es que, cuando esté próximo el fin, los vientos y nubes se moverán con gran ímpetu y rapidez; que habrá tiempos muy tempestuosos, y Lactancio dice que vendrán confundidas las estaciones del año en términos, que apenas podrán distinguirse. «Habrá, escribe, primavera en el invierno, é invierno en la primavera».<sup>2</sup>—Y Suárez: «significa S. Pedro, dice, que los cielos se han de agitar con movimiento velocísimo é inusitado: lo que no hay inconveniente alguno en entenderlo á la letra, de los cielos superiores....; sin embargo, mejor se dirá que en estas palabras el cielo significa la región inferior del aire, la que será arrebatada con movimiento velocísimo». Ya en otro lugar dijimos que nunca se creyó menos que hoy en el fin del mundo, y que si alguno quiere ver cumplirse ya muchas de sus señales, se le objeta con las palabras que S. Pedro pone en boca de los hombres que vivan en los últimos tiempos: *Siempre fué así desde el principio, siempre hubo lo mismo*. Cúmplase, pues, en esta parte la predicción de S. Pedro; pero también se cumple en cuanto al movimiento rápido de los cielos, revoluciones atmosféricas, y como dice Lactancio, confusión de estaciones: díganlo los pronósticos de los astrónomos, especialmente nuestro célebre Noherlesoom. Años há en que apenas pasa mes alguno sin que seamos azotados por uno, dos ó más huracanes, y como hoy se dice ciclones, que dan vuelta al mundo, causando graves desas-

<sup>1</sup> II. S. Petri, cap. III, v. 3, 4 y 10.

<sup>2</sup> Lactancio: Divin. Inst., lib. XII, cap. XVI. Suárez: In III. D. Thom. partem, quæst. LIX, a. 6.

tres y desgracias personales y materiales. Que las estaciones del año vienen confundidas, es la conversación ordinaria y familiar: y ¿cómo no serlo, si no hay dos días seguidos propios de una estación? Verifícanse cambios tan bruscos, que, en expresión de Lactancio, pasamos del calor insoportable al frío glacial, y estos cambios se verifican en un mismo día y en toda la Europa: y es de advertir que nosotros no podemos apreciar bién la confusión de estaciones por estar habituados á verlas así: quienes podrían decirnos y describirnos la gran confusión de estaciones del año serían los que nos precedieron há un siglo, si volvieran á la vida; pero ¿qué decimos? ¿no fué bién notada en toda Europa esta confusión el verano próximo pasado? ¿no es cierto que no hicieron ocho días seguidos, propios de la estación? Y el presente, ¿no lleva la misma marcha? En veranos anteriores es cierto que se hicieron sentir intensos fríos, pero por pocos días; cuando más, alguna semana: pero en el verano pasado fué al contrario; se contaron los días de calor: es más, no solo vienen confundidas las estaciones del año, sino que también podemos afirmar que se han casi confundido y desaparecido las zonas de la tierra; hoy lo mismo nieva en la zona tórrida que en la templada y glacial. Tienen, pués, exacto cumplimiento en nuestros días, las palabras del Príncipe de los Apóstoles. ¿Serán quizá los últimos del mundo? Continuemos investigando.







## CAPÍTULO CUARTO.

### *Señales del fin del mundo contenidas en el Apocalipsis. ¿Se cumplirán ya?*

Son señalados los siervos de Dios.—Soltura de Satanás en los últimos tiempos para tentar por sí mismo á los cristianos.—El Apocalipsis.—S. Agustín, S. Gregorio, el Maestro de las Sentencias.—Suárez y Pastorini.—Oración mandada decir después de las Misas rezadas por la Santidad de León XIII.—Apostasía y ruina de Roma.—Oscurecerse el Sol, caer las estrellas, etc., son signos próximos del juicio final, no del fin del mundo.—Fenómenos observados en los años 1883 y 84 en todo el mundo, y en Vigo en las noches del 15, 16 y 17 de Junio de 1889.

#### §. I.

143. **P**ROFETA de los últimos tiempos se llama el discípulo amado, y le cuadra el nombre, porque en su Apocalipsis nos legó muchas y muy características señales del fin. *Después de esto, dice, ví cuatro Ángeles que estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplasen sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre árbol alguno. Luego ví subir del Oriente á otro Ángel, que tenía la señal de Dios vivo: el cual gritó con voz sonora á los cuatro Ángeles, encargados de hacer daño á la tierra y al mar, diciendo: No hagais mal á la tierra, ni al mar, ni á los árboles, hasta tanto que pon-*

*gamos la señal en la frente á los siervos de nuestro Dios.* <sup>1</sup> Este hecho es indudable que tendrá lugar en los últimos tiempos, toda vez que S. Juan le refiere entre la apertura del sexto y séptimo sello, y dice que los señalados vienen de una gran tribulación, de la que nos habla Jesucristo, y que promoverá la Bestia: son señalados los hijos de Dios para ser conocidos y distinguidos y de este modo sean respetados por los Ángeles, que han de herir la tierra con las plagas significadas en el cap. VIII por las cornetas; plagas que precederán inmediatamente á la venida del Antecristo; es más, este ser señalados los hijos de Dios, dice relación á la conducta que observará la Bestia con sus afiliados, á quienes resellará también con su carácter de tal suerte, que sean como dos ejércitos, el de Jesucristo y el de la Bestia, con sus lábaros é insignias al frente. Este es el sentir casi unánime de todos los Padres y Expositores sagrados, fundándose en las razones expuestas.—«Este capítulo, escribe Alápide, pertenece al sexto sello, y es otra de sus partes. Porque, después de este capítulo, luego en el principio del siguiente cap. VIII, se abre el séptimo sello. De aquí, pues, que este capítulo es parte del sexto sello, pero al mismo tiempo es como preámbulo y preparación para el capítulo siguiente y séptimo sello. Pues como en el capítulo sexto precedente, en la primera parte del sexto sello, dijo que habría señales horrendas en la tierra, sol, luna, estrellas y en el cielo, los cuales últimos castigos del mundo están significados en el séptimo sello por las siete cornetas y plagas de los Ángeles; de aquí que se dice en este capítulo (séptimo) que son señalados los santos, para que dichas plagas y suplicios no envuelvan ni aflijan con los impíos á los fieles piadosos y santos..... Porque, así como Dios, habiendo de castigar á los primogénitos de Egipto por el

<sup>1</sup> Apoc., c. VII, v. 1, 2 y 3.

Ángel, mandó primero señalar las casas de los Hebreos, para que el Ángel exterminador pasase y no las tocase; y á la manera que Dios, habiendo de herir á Jerusalén y á los Judíos malvados mandó primero señalar los santos, á fin de que no fueran heridos con los malvados; así también mandará al fin del mundo señalar los justos, para que no sean envueltos en las plagas que herirán al mundo. Por lo que en el cap. IX, vers. 4, se dice: *Y se les mandó (á las langostas) no hiciesen daño á la yerba de la tierra, ni á cosa verde, ni á ningún árbol: sino solamente á los hombres, que no tienen la señal de Dios en sus frentes.*—Dirás que los señalados se dice que tenían estolas blancas, y palmas, y que estaban ante el trono de Dios; y, por tanto, que son bienaventurados en el cielo, más no hombres que militen en la tierra. S. Juan les vió en el cielo, porque eran ciudadanos predestinados: mas en realidad aún existían y militaban en la tierra, como se deduce de lo dicho. Y porque han de permanecer constantes en la fé y en la piedad hasta el fin de la vida en medio de la iniquidad de aquel último é impiísimo siglo y en la persecución del Antecristo, por eso son predestinados á la gloria celestial. Y por uno y otro manda Dios aquí que sean señalados para no ser heridos por los Ángeles, que derramarán sobre la tierra las siete últimas plagas. Por tanto, á la letra se trata de los santos que vivirán al fin del mundo, en tiempo del Antecristo, los que S. Juan vió en el cielo por espíritu profético..... Por lo que creemos menos probables las opiniones de otros. <sup>1</sup> Si, pués, los hijos de Dios han de ser señalados en los últimos tiempos, ¿no podremos decir que se cumplió ya la predicción de S. Juan?—Dos son las opiniones mas recibidas y fundadas acerca del modo de explicar el carácter ó signo de que habla S. Juan. Según unos esta señal no es otra cosa que la confesión pública y

1 In Apoc., cap. VII.

solemne que harán en los últimos tiempos para confesar la fé de Jesucristo y oponerse á la impiedad de los malvados; según otros es cierto signo visible, cierto objeto piadoso ó religioso que los fieles ostentarán para significar no tener parte con las sectas impías y sí con la Iglesia de Jesucristo. Pero ya se entienda en un sentido, ya en otro, parece haberse ya cumplido. En verdad, ¿cuándo se han hecho tantas y tan solemnes protextaciones de fé como en nuestros días? ¿Qué dicen esas continuas adhesiones de Obispos y fieles á la Sede Romana? Y ¿qué tantas é incesantes peregrinaciones, ya á éste, ya á aquel santuario, bién á Jerusalén, bién á Roma, Loreto y Lourdes? Y en estas peregrinaciones y manifestaciones católicas, ¿no ostentan los fieles signos sensibles y públicos en sus estandartes, en sus cruces, medallas, rosarios, escapularios, etc., etc.? Y ¿qué diremos de los Congresos llamados Católicos, celebrados con tanto entusiasmo, y á pesar de las sectas impías, en todo el mundo católico?

144. Pero creemos que aún existe otro signo en que parece cumplirse mas adecuadamente la predicción Apocalíptica de que nos ocupamos; aludimos á la tierna devoción al sagrado Corazón de nuestro amantísimo Jesús. ¿No podremos decir que esta devoción es el signo á que alude el Profeta de Patmos? En verdad que en ella parece encontrarse cuanto de dicho signo enuncia S. Juan y entienden los Expositores. Esta Asociación es una manifestación y confesión constante y pública de la fé católica; ella se multiplica y se extiende por todo el mundo, ramificándose bajo distintas formas; y es de esperar que sus individuos lleguen á completar y aun traspasar el número de hijos de Dios que S. Juan vió señalados. Tal se la ha prometido en distintas revelaciones, y tal es de esperar del celo que despliegan sus Directores. Ella tiene un signo visible, del que pública y orgullosamente hacen ostentación sus congregantes, en sus reuniones, en sus comu-

niones y procesiones: este signo es el escapulario, la estampa del Sacratísimo Corazón de Jesús. Dice S. Juán que fueron señalados los hijos de Dios para no ser heridos por las plagas que vendrán sobre la tierra, y en el Escapulario, signo de los hijos del Corazón de Jesús, leemos: *Detente, el Corazón de Jesús está conmigo*; que nosotros traducimos: Detente, oh Satanás, y deteneos males todos, porque llevo y tengo la señal del hijo de Dios. Hay un hecho especial que parece confirmar esta doctrina: aludimos á la revelación que el mismo escritor del Apocalipsis hizo á Sta. Gertrudis. Es muy digno de notarse que el mismo S. Juán, que describe el hecho de ser señalados los hijos de Dios, haya revelado á dicha Santa Gertrudis que se reservaba para los últimos tiempos la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. ¿Dirá esto que la mencionada devoción, y sus símbolos ó insignias, es el signo con que, según el Apocalipsis, han de ser señalados en los últimos tiempos los Santos, los siervos de Dios, ya para no ser heridos con las plagas, ya para distinguirse de los hijos de Satanás, de los secuaces del Antecristo? Si tal fuera, es indudable que están muy próximas las plagas significadas en las cornetas, y precursoras de la gran tribulación, porque los hijos de Dios han sido señalados; pues el Corazón de Jesús reina ya en el de muchos católicos, y de día en día se extiende su devoción. Si tal fuera, ¿quién no ve la gran conveniencia y hasta necesidad de alistarnos y acojernos bajo la bandera de dicha hermosa y saludable Congregación, de acojernos al Corazón amantísimo de Jesús, para librarnos de la indiferencia del frío glacial, en que yace hoy la humanidad hácia las cosas sagradas, para librarnos de tantos males como afligen al mundo?

## §. II.

144. *¡Ay de la tierra y del mar, esclama S. Juan, porque el diablo bajó á vosotros lleno de furor sabiendo que le queda poco tiempo!*<sup>1</sup> En estas palabras predice S. Juan que en los últimos tiempos se dará permiso á Satanás, príncipe de los demonios, para que, saliendo del averno, tiente á los hombres por sí y ante sí, no ya como lo ha venido haciendo, mediante sus ministros, los demonios inferiores. Que tal sea, lo indica bién S. Juan cuando dice: “que Satanás está lleno de furor porque le queda poco tiempo”, y cuando, en el cap. 20, refiere que destruida la Bestia, el Ángel encadenó al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo encerró en los abismos, para que no sedujera más á las gentes. Es más: es opinión comunmente seguida de los Santos Padres y Teólogos Escolásticos que Satanás, verificada la tentación de Jesucristo, solo volverá á tentar por sí y ante sí á los hombres de los últimos tiempos. Citaremos aquí el testimonio de alguno de ellos.

145. «Le desatarán al fin para que vea la Ciudad de Dios cuán fuerte contrario venció con tan inmensa gloria de su Redentor. Y ¿qué somos nosotros en comparación de los santos y fieles que habrá entonces? Pués para probar la virtud de aquellos, soltarán un tan fuerte enemigo (Satanás) con quien estando, como está atado, peleamos ahora nosotros con todo riesgo y peligro..... Y este atar al demonio, no sólo se hizo desde que la Iglesia, fuera de la tierra de Judea, se comenzó á dilatar y extender por unas y otras naciones, sino que también se hace ahora, y se hará hasta el fin del siglo, en que le han de desamarrar..... No vendrá Cristo á juzgar á los vivos y á los muertos, si antes no viniere á engañar á los

1 Apoc., c. VII, v. 12.

muertos en el alma su adversario, el Antecristo, aunque esto pertenece ya al oculto juicio de Dios el haber de ser engañados por él; porque su venida será, como se ha dicho, según la operación de Satanás, con todo su poder, con señales y prodigios falsos; y, sin embargo, engaño malvado para seducir y perder á los perdidos y réprobos, porque *entonces ha de ser suelto Satanás*.<sup>1</sup> Hasta aquí palabras de S. Agustín.—Dice S. Gregorio: «Cuya potencia (de Satanás) no se demuestra ahora porque ha sido ligado por disposición divina. De donde se dice en S. Juan<sup>2</sup> *Vi al ángel que bajaba del Cielo, teniendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano, y aprendió al dragón, serpiente antigua, que es el diablo y Satanás; y le ató por mil años.....*, pero también se íntima cómo al fin del mundo ha de ser desligado ó desatado, cuando se dice; y después que se hayan consumado los mil años, será desligado Satanás de su cárcel, y saldrá y seducirá á las gentes.»<sup>3</sup>

El Maestro de las Sentencias, tratando de la cuestión de “si Lucifer está ligado en el infierno desde que tentó á Jesucristo”, se expresa en los términos siguientes: «Mas de Lucifer opinan algunos que está allí ligado y que ahora no puede acercarse á nosotros para tentarnos: el cual Satanás se lee en el Apocalipsis que será suelto de su cárcel, y saldrá y seducirá á las gentes, cuando sean consumados mil años: lo cual será en el último tiempo del Antecristo: cuando será tanta la tribulación que, á ser posible, los escogidos fueran seducidos. Dicen que fué ligado allí desde que tentó á Jesucristo en el desierto ó en la pasión y fué vencido por él. Creen que él mismo (Lucifer) tentó al hombre y le venció; y después á Dios,

1 De Civ. Dei, lib. 20, cap. 8 y 19.

2 Apoc., c. 20.

3 Lib. 32. Exp. moralis, in cap. quadrag. Job.

y fué vencido por este, y, por tanto, ligado en el infierno..... Pero ya esté sumergido en el infierno, ya no, es creible, que no tiene la potestad de acercarse á nosotros que tendrá en tiempo del Antecristo; en quien fraudulenta y violentamente obrará, y quizá por esto se diga que entonces será desatado, porque entonces Dios le dará permiso para tentar á los hombres, que ahora no tiene.» <sup>1</sup>

144. Suárez escribe: «Dice San Juan que para concitar y mover esta persecución (del Antecristo), será desligado Satanás, que hasta aquel tiempo estará ligado, para significar que aquella persecución será tanto mas cruel, cuanto mejor puede dañar uno desatado que atado..... No hay duda que aquellos tormentos han de ser mucho más graves que todos los ocasionados por los perseguidores de Jesucristo. Porque, además de las Sagradas Escrituras, se puede colegir esto, ya del mayor poder del Antecristo y sus ministros, ya también porque el demonio, en aquel tiempo, suelto, tendrá mayor licencia de afligir á los hombres con varios géneros de tormentos. Por lo cual bien dijeron Cirilo é Hipólito que en aquel tiempo serán más ilustres los mártires; porque los primeros pelearon contra los hombres, ministros del diablo; pero estos contra el mismo demonio suelto y que ejerce todo su poder contra ellos.» <sup>2</sup> Cornelio Alápide: «Cristo, pués, en la cruz quitó al diablo el derecho y la potestad que había usurpado sobre los hombres, y le ató. Por eso dijo: *Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera*; pero bajo el Antecristo será desatado y recibirá sus fuerzas y las ejercerá por el Antecristo. Satanás..... esto es, Lucifer por Jesucristo en la cruz fué real y personalmente relegado

<sup>1</sup> Libro 2.º Distinción 6.ª, párrafos 6.º y 7.º

<sup>2</sup> Lugar ya cit., quest. 59, art. 6.º, disp. 54, sec. 6.ª

al infierno, y atado allí para que no pueda salir ni dañar á los hombres como si estuviera presente, hasta el tiempo del Antecristo: pues entonces será desatado y saldrá. Esto enseñan terminantemente San Gregorio, Ambrosio, Andrés, Lactancio, Rivera y Viegas, quienes enseñan que aquí se descubre cierto secreto, esto es, que en la pasión y muerte de Jesucristo bajó del Cielo cierto Ángel que ligó á Satanás en el infierno para que no pudiera salir de él hasta el tiempo del Antecristo.»<sup>1</sup> Lo mismo afirma Tirini exponiendo el citado capítulo 20 del Apocalipsis.—Por último, el Eminentísimo Cardinal Pastorini, en su exposición sobre el citado libro de S. Juan, dice: «Un Angel descende del Cielo y se apodera del dragón ó Satanás..... y después de haberle encadenado, le arroja al abismo ó al pozo profundo del infierno, donde queda encerrado *por mil años.....* Entiéndase por este período de tiempo, el que media desde el cautiverio del demonio hasta la venida del Antecristo en los últimos días del mundo, en cuya época será *desatado por un poco de tiempo.....* La época de desatar los cuatro Angeles atados en el Eufratres, parece indicar el momento en que Satanás será también desatado y saldrá del abismo ó del infierno donde fué aprisionado por mil años..... El príncipe del infierno será, pues, por permisión de Dios desatado en aquel mismo tiempo con su infernal cohorte, y le será permitido que use de su poder y de sus artificios para seducir á los hombres y arrastrarlos á la impiedad, á la idolatría, á la guerra y á todo género de crímenes. A esta época nos referimos cuando afirmamos que renacerá entre los hombres la idolatría.»<sup>2</sup> Hemos querido citar tantos testimonios y

1 In Apoc. cap. 20., v. 1.

2 Libro 1.º, cap. 20 del Apoc. pág. 107, (Versión castellana de D. Juan Bautista, año 1892) y Lib. 2.º sobre el cap. 16, pág. 375.

con tanta extensión para deducir de aquí que es cierto y aun casi de fé por estar revelado en las Sagradas Escrituras y contenido en la Tradición, que Satanás ó el príncipe de los demonios saldrá del averno en los últimos tiempos para tentar personalmente, ó sea, por sí y ante sí á los hombres y promover contra ellos todo género de calamidades y persecución.

147. Empero siendo esto cierto, estamos ya avocados al fin, porque es cierto que Satanás vaga ya suelto por el mundo, tentando á los hombres: el Vicario de Jesucristo, el inmortal y sabio León XIII, ha dicho, y la Iglesia toda lo repite y confiesa á cada instante, á cada momento en la oración que recita por mandato de aquel, al final de las misas no solemnes; oración que está concebida en estos términos: *San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha; sed nuestra defensa contra la malicia y asechanzas del diablo. Dios le mande: humildemente pedimos: y tú, príncipe de la milicia celestial, con poder divino arroja al infierno á Satanás y á otros espíritus malignos, que recorren el mundo para perdición de las almas.* Está demás todo comentario, no puede estar más terminante; se pide y se suplica en esta oración que el Arcángel, S. Miguel, arroje en el infierno á Satanás; luego ya está fuera del averno, y está fuera para recorrer el mundo y tentar á los hombres, según la misma oración: esto es lo que afirma S. Juan, Santos Padres y Expositores sagrados que sucederá en los últimos tiempos; luego estamos ya en ello; porque, repetimos, León XIII, maestro infalible, y la Iglesia universal confiesa que Satanás está ya suelto. Quizá el Vicario de Cristo, al prescribir esta oración, tuviera presente la predicción de S. Juan en el Apocalipsis y la doctrina de los Santos PP. y Teólogos Escolásticos; pero si así no fuera, diríamos que siendo Sumo Pontífice, profetizó.—No ter-

minaremos este párrafo sin decir que estas preces tan generales y constantes de la Iglesia, á más de expresar la salida de Satanás del averno, nos confirman más y más sobre lo especial y calamitoso de los tiempos que atravesamos; y, por tanto, que puedan ser estos los tiempos apocalípticos.

### §. III.

148. *Y exclamó (un Angel) con mucha fuerza, diciendo: Cayó, cayó Babilonia la grande..... por cuanto todas las naciones bebieron del vino irritante de su disolución: y los reyes de la tierra estuvieron amancebados con ella.... Y oí otra voz del cielo que decía: Sal de ella, pueblo mío, escapa de ella: para no ser participante de sus delitos, ni quedar heridos de sus plagas. Porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades.* <sup>1</sup> Esta Babilonia, según dejamos probado con argumentos intrínsecos y extrínsecos en el cap. segundo de la Primera Parte, es la Ciudad de Rómulo; y según Alcazar, cuyas palabras allí citamos, es doctrina cierta; Roma, pués, según S. Juán, será arrasada y asolada por sus iniquidades, por su malicia, saliendo antes de ella el pueblo de Dios: será arrasada y asolada, según Alápide, «porque al fin del mundo, volviendo al paganismo, perseguirá á Cristo y á los cristianos, y especialmente al Pontífice, á quien expulsará ó matará.» <sup>2</sup> «Es tradición, dice Gaume, transmitida de generación en generación por los Padres de la Iglesia, defendida por los teólogos más afamados y aceptada por los más autorizados intérpretes de la Escritura, que Roma en los últimos tiempos volverá al paganismo.» <sup>3</sup> Más Roma tiene ya mucho andado en las sendas y cami-

1 Apoc. XVIII, 2 y sig.

2 In Apoc., c. XVIII, v. 6.

3 Opusc. *¿Dónde estamos?* cap. 11.

nos de éste, y atenta contra el Pontífice, quien, según voz pública, proyecta abandonar la corte de los Césares. ¿Será que sonó ya la voz del Ángel que, según S. Juán, manda salir de Babilonia al pueblo de Dios para no ser envuelto en sus ruinas al ser destruída por sus iniquidades, por sus pecados? En verdad, si Roma no retrocede y muy pronto en los caminos que ha emprendido, es muy probable que haya entrado en su última etapa, y que sea arrasada y asolada para no volverse á levantar, por atentar contra el pueblo de Dios y su supremo Jerarca; pero, según S. Juán, Santos Padres y Expositores sagrados, cuando tal suceda, el mundo toca á su ocaso, pués, según aquel, Babilonia ó la Ciudad grande será arrasada y asolada por los reyes coetáneos á la Bestia; <sup>1</sup> y, según éstos, en los últimos tiempos; y como quiera que es muy de temer que Roma, lejos de convertirse, corra desenfrenada por los caminos de perdición, de aquí que es muy de temer que estemos en los tiempos Apocalípticos, en la última época del mundo.

149. Más dirá alguno que aún no se ha oscurecido el Sol, ni la Luna negado su luz, ni caído las estrellas del cielo, de que hablan los Evangelistas; pero es de advertir que estas cosas, según dijimos ya repetidas veces, y probamos ahora, más que señales del fin, son consumación del mundo, y han de suceder momentos antes de la venida de Jesucristo á juzgar vivos y muertos, como bién se desprende de la narración de los Evangelistas. Admira en verdad la concordia de estos en el orden que guardan al referir el hecho de oscurecerse el Sol, la Luna, el caer de las estrellas y conmoverse las potestades del cielo: todos lo ponen después de haber hablado de la gran tribulación, y todos refieren que oscu-

1 Apoc. XVII, 16

recido el Sol, Luna, etc., aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre: *Inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el Sol se oscurecerá, la Luna no alumbrará, las estrellas caerán del cielo..... Y entonces aparecerá la señal del Hijo del hombre en el cielo....., y verán al Hijo del hombre que viene en las nubes del cielo....., dice S. Mateo.*<sup>1</sup> *Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, el Sol se oscurecerá, y la Luna no dará su esplendor..... Y entonces verán al Hijo del hombre que viene en las nubes con gran virtud y gloria....., escribe S. Marcos:*<sup>2</sup> y, por último, San Lucas, después de describir la desolación y ruina de Jerusalén y la gran opresión que habrá en la tierra, dice: *Y habrá señales en el Sol, la Luna y estrellas....., y entonces verán al Hijo del hombre que viene en la nube con gran majestad y potestad.*<sup>3</sup> Es, pues, indudable que el oscurecerse el Sol, la Luna y el caer de las estrellas de que nos habla Jesucristo, no son señales del fin del mundo sino su consumación.

Pero si bién no se han dado en el Sol la Luna y estrellas los fenómenos de que nos habla Jesucristo en los Evangelistas, sí se han dado los que el profeta de Patmos anunció que tendrían lugar en dichos astros al abrirse el sexto sello del misterioso libro.

150. *Y ví como abrió el sexto sello: y al punto se sintió un gran terremoto, y el sol se puso negro como un saco de cilicio: y la luna se volvió toda como sangre; y las estrellas cayeron del cielo sobre la tierra, á la manera que una higuera, sacudida por un recio viento, deja caer sus brevas; y el cielo desapareció como un libro que es arrollado: y todos los montes y las islas*

1 C. XXIV, v. 29 y 30.

2 C. XIII, v. 24 y 26.

3 C. XXI, v. 25 y sig.

*fueron movidos de sus lugares.*<sup>1</sup> Esto dice haber visto San Juan al abrirse el sexto sello. Haciendo caso omiso del gran terremoto que, según Malte-Brun en su Geografía Universal, pág. 550, tuvo lugar en el año 1759, que causó la muerte en el valle de Baalbek á más de 20.000 personas, oigamos que nos dice dicho Malte-Brun en su citada obra, pág. 388, del terremoto habido en Calabria en el año 1783: «Los (terremotos), dice, de Calabria en 1783 nos proporcionan ejemplos tanto más preciosos, cuanto que descubrieron los hechos los hombres más distinguidos de esa época, tales como Vicencio, médico del Rey de Nápoles, Grinaldi, Hamiltón, etc., y, por último, una comisión de la Academia real de Nápoles. Esos terremotos produjeron un trastorno general en ese desgraciado país. El curso de los ríos quedó interrumpido y cambiado; casas enteras fueron levantadas á una altura mayor que la de la comarca en que ocurrió la catástrofe, al paso que otras, aunque á poca distancia de aquellas, se hundieron más ó menos; edificios de gran solidez quedaron agrietados de arriba abajo..... En todos los puntos entreabrióse la tierra, formando grandes hendiduras, algunas de las cuales llegaban á tener 150 metros de ancho..... Algunas hendiduras abiertas en el momento de experimentarse el terremoto, se cerraban súbitamente, estrujando, por decirlo así, las abitaciones que acababan de sepultarse en ellas; otras quedaban abiertas después del sacudimiento, ó se dilataban al experimentarse nuevas sacudidas..... En otras partes sucedió que extensiones más ó menos considerables de terreno se hundieron de repente, arrastrando consigo plantaciones y edificios, y dejando abiertos abismos de paredes verticales de ocho á cien metros de profundidad. En ciertos casos vióse salir inme-

1 Apoc. VI, v. 12, 13 y 14.

diatamente del fondo de esas cavidades una inmensa cantidad de agua, que produjo lagos más ó menos considerables..... En otros casos, al contrario, las hendiduras abiertas en la tierra absorbieron por algún tiempo ó para siempre varios arroyos.—Por último, si bién la principal acción de los terremotos se ejerció en el continente entre Oppido y Sortano, sus fenómenos se manifestaron también hasta en Messina, á través del estrecho de este nombre: más de la mitad de esta ciudad quedó destruída, desapareciendo dentro de la tierra 29 aldeas y pueblos. El fondo del mar disminuyó y se alteró en varios puntos; su orilla quedó agrietada, y todo el suelo del puerto de Messina se inclinó hácia el mar, bajando de repente algunos decímetros, y, por último, todo el promontorio que formaba la entrada del puerto desapareció en un instante.—A las hendiduras y derrumbamientos y á los abismos que interceptaron las aguas ó que proporcionaron otras, hay que agregar grandes moles de rocas que, cayendo á través de los valles, detuvieron el curso de sus aguas, que en breve se convirtieron en lagos en la parte superior. Esas aguas acumuladas se abrieron nuevos pasos, ya rompiendo los flancos del valle en otros puntos, ya ensanchando algunas hendiduras de montañas, ó por fin, destruyendo del todo ó en parte el obstáculo que hasta entonces las había contenido. De ahí terribles hundimientos é impetuosos torrentes arrastrando enormes fragmentos de rocas que produjeron tantos desastres como el terremoto mismo.» Hubo, pués, en el año 1783 un terremoto parecido al que describe S. Juan al abrirse el sexto sello; y lo particular es que en el mismo año se dieron también en el sol y la luna los fenómenos que dicho S. Juan vió al abrirse el mencionado sello.—En un folleto impreso en Madrid, en la imprenta de Urbano López, en el año de 1830, titulado, FIN DEL MUNDO, se dice

en la pág. 14: «Es evidente que en la extraordinaria caliginosidad observada en el año de 1783 en todo nuestro hemisferio, que duró tres meses consecutivos, se vió varias veces oscurecerse el sol, interceptarse sus rayos y no mostrar más que el solo disco de un color rubicundo, y que por la noche se vió la luna de un color rojo sanguíneo, sin que por eso se haya movido ninguno, ni aun de los mismos que observaron este fenómeno con atención, siendo así que un acontecimiento de esta naturaleza tiene apenas ejemplo.»<sup>1</sup> Desde dicho año 1783 hasta nosotros se han repetido varias veces estos fenómenos. Por lo que hace á los terremotos, léase el lugar citado del referido Malte-Brun, y nos convenceremos haberse cumplido que los montes é islas fueron movidos de sus lugares, como anuncia S. Juan, en virtud de terremotos; y por lo que hace al sol y luna, ¿quién, entre otras cosas, no recuerda el fenómeno raro y extraordinario que por espacio de año y medio se observó en los años de 1883 y 84 á la salida y puesta del Sol, fenómeno que ningún astrónomo ni físico supo explicarnos, y que se notó en el mundo todo? En el *Movimiento Católico*, del 22 de Junio del presente año, leemos lo siguiente: «En Vigo se ha observado un fenómeno bastante raro á la salida de la luna, durante tres noches consecutivas. El día 15 durante las dos primeras horas de su salida, se presentó aquella de un color rojo de sangre, que llamó poderosamente la atención de los observadores, y mucho más cuanto que ni un solo rayo de luz despedía; el día 16 tomó el aspecto de placa de zinc. Adquirió un color plomizo y se hallaba rodeada de un color amarillento; y el 17 había cambiado en un color vivo de escarlata y estaba rodeada de una aureola de color violáceo.»—Bien co-

1 Extractado de la proximidad del *Fin del Siglo*, por D. Cayetano Caballero.

nocido es el fenómeno llamado *lluvia de estrellas*, que tantas veces se ha repetido; y que, aunque natural (como naturales han de ser todos los signos, precursores del fin, según dejamos demostrado) concuerda con el caer de las estrellas del citado pasaje del Apocalipsis. Cuando S. Juan dice que las estrellas cayeron del cielo sobre la tierra, es evidente que no quiso significar que real y verdaderamente hubieran de caer, como no queremos significar esto en la expresión “lluvia de estrellas”, ni tampoco quiso significar verdaderas estrellas, sino ciertos meteoros luminosos, acomodándose en esto al lenguaje común de los hombres; este es el sentir de los Expositores sagrados, á más de dictarlo la razón: ésta nos dice que una sola estrella que cayese sobre la tierra, bastaría para su total destrucción; ahora bién, después de referirnos el escritor del Apocalipsis este hecho de caer las estrellas sobre la tierra, continúa hablando en los capítulos siguientes de la existencia de moradores en el globo terráqueo. Esto supuesto, repetimos, que se ha cumplido la predicción de San Juan en el fenómeno llamado *lluvia de estrellas*; y aún el mismo nombre de lluvia que los astrónomos han dado á este fenómeno, describe gráficamente la manera con que, según el profeta de Patmos, habrían de caer: *á la manera, dice: que una higuera, sacudida de un recio viento, deja caer sus brevas*. Esto, entendido el citado pasaje de verdaderas estrellas; porque, si lo hubiéramos de entender de varios meteoros luminosos, ¿quién podrá dudar que ha tenido su cumplimiento? ¿Quién ignora la multitud de aereolitos que han sido lanzados de la atmosfera sobre la tierra en lo que llevamos de siglo? En *La Regeneración* de 25 de Marzo de 1871, se dió esta noticia: «Dicen de Burdeos que el viernes por la noche, se descubrió en el horizonte de Norte al Sud, un cuerpo luminoso de 0'50 milímetros de diámetro, que arrojaba llamas

de su centro y chispas que, estendiéndose hácia un lado, formaba una larga cola. Se movía el cuerpo con mucha lentitud, y era tal la intensidad de su foco luminoso, que se oía como el chisporroteo de un cohete. Llegado al Sud, el foco se extinguió después de producir una fuerte detonación, quedando en el cielo, en la dirección que seguía, un rastro luminoso que amortiguóse poco á poco, durante próximamente veinte minutos. El observador refiere que jamás se ha visto una cosa parecida, y que fué el espectáculo verdaderamente sorprendente.»—Ya en el primer párrafo de este capítulo dijimos que parece haber sido señalados los hijos de Dios, otra de las cosas que S. Juan vió, cuando el Cordero abrió el sexto sello: y con motivo de la epidemia, con que hoy azota Dios á la Europa entera, llamada *trancazo*, *influenza* y *dengue*, leemos en los periódicos que algunos meteorologistas atribuyen dicha epidemia á una verdadera detención de la circulación aérea. A ser verdad dicha detención aérea, no dudamos que se ha cumplido plenamente lo escrito en el sexto sello; pues otra de las cosas vistas y leídas en él por el Vidente de Patmos es que «cuatro ángeles estaban sobre los cuatro ángulos de la tierra, deteniendo los cuatro vientos de la tierra, para que no soplasen sobre la tierra, ni sobre el mar, ni sobre árbol alguno.»<sup>1</sup> Y en verdad que, después de haber sido azotados años anteriores y aun el presente por tantos y tan fuertes ciclones, el que tan de repente la atmósfera quedase en completa calma y quietud, y por meses, sería para llamar la atención de cualquiera. Si á esto agregamos que, según nuestro cómputo, al hablar de la Bestia ó Antecristo, restan unos ochenta años, poco más ó menos, para que esta aparezca sobre la tierra, por faltar cuatro reyes, sus pre-

1 Apoc., cap. VII, v. 1.

cursores en Roma, y que antes de la gran tribulación ó aparición del Antecristo la tierra ha de ser castigada con seis plagas contenidas en el séptimo sello, plagas que consumirán en su ejecución varios años, es casi evidente que está para terminarse el sexto sello del libro visto por S. Juan, y para abrirse el séptimo. Pero ¿á quién se le oculta que en el séptimo sello el Profeta de Patmos oyó al Angel «que juró por el que vive en los siglos de los siglos..... Que ya no habrá más tiempo; sino que cuando se oyese la voz del séptimo Ángel, comenzando á sonar la trompeta, será consumado el misterio de Dios.»<sup>1</sup>

En vista de lo dicho en este capítulo y en todos los anteriores, ¿no podremos afirmar que está terminando el *initia dolorum* y avecinándose la gran tribulación? ¿Cuántas cosas reconocemos como ciertas que no tienen en su favor la cuarta parte de argumentos que llevamos aducidos! ¿Será que no nos agrada? Porque así como lo que deseamos, facilmente creemos; al contrario, rechazamos lo que nos desagrada, por verdadero que sea.



<sup>1</sup> Apoc., X, v. 6 y 7.





## CAPÍTULO QUINTO.

*(Continúa el mismo asunto.)*

*¿Qué tiempo trascurrirá desde el Antecristo hasta el fin del mundo?—Los mil años de S. Juan.*

El Antecristo vendrá al fin del mundo.—Pruebas del Evangelio, Cartas apostólicas y el Apocalipsis; de Santos Padres y Teólogos Escolásticos, S. Cirilo de Jerusalén, Teodoreto, S. Ambrosio, Belarmino, Suarez, Alápide, Pastorini.—¿Qué tiempo trascurrirá desde la muerte del Antecristo al fin del mundo?—Opiniones.—Se apoyan en supuestos falsos.—Gog y Magog serán después del Antecristo.—Nuestra opinión acerca de la duración del mundo después de muerta la Bestia.—Como deben entenderse los mil años de paz de que habla el Apocalipsis.

### §. I.

151. **H**EMOS demostrado en el capítulo cuarto de la Primera Parte, por lo que el Apocalipsis refiere de la Bestia, que esta parece llamar á las puertas del mundo: empero es casi de fé que éste tocará á su ocaso cuando el Antecristo aparezca sobre la tierra.

152. *Cuando viéreis, dice Jesucristo, que está establecida en el lugar santo la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel, el que lea esto, nótelo bien: entonces los que están en Judea, huyan á los montes; y el que está en el terrado, no baje á sacar cosa alguna de su casa, y el que está*

*en el campo no vuelva á coger su túnica..... Luego, después de la tribulación de aquellos días, el Sol se oscurecerá, la Luna no alumbrará, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se conmoverán. Y aparecerá entonces en el cielo la señal del Hijo del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorrumpirán en llantos: y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y magestad. El cual enviará sus ángeles, que á voz de trompeta sonora, congregarán á sus escogidos de las cuatro partes del mundo.»*<sup>1</sup> Es indudable que en estos pasajes nos dice Jesucristo que cuando aparezca la abominación de la desolación en el templo, serán después tan breves los días del mundo que los hombres no deben cuidarse nada de las cosas temporales: que cuando suceda la gran tribulación, á poco después vendrá el juicio final: más es cierto que la abominación de la desolación no es otro sino el Antecristo: que la gran tribulación, cual nunca fué, no es otra sino la que éste promoverá contra la Iglesia; pués, en expresión de los Santos Padres y Expositores Sagrados, cuantas persecuciones y tribulaciones ha sufrido la esposa de Jesucristo, no son más que sombra y figura de la que sufrirá cuando la Bestia.

152. Ya hemos repetido hasta la saciedad que el Apóstol de las Gentes dá á los Tesalonicenses, en su segunda carta, como señal del fin del mundo, la aparición del hombre de pecado, ó sea, el Antecristo sobre la tierra. San Juan, en su primera carta canónica, dice: *Hijitos, esta es ya la última hora: y así como oísteis que el Antecristo viene, así ahora muchos se han hecho Antecristos: por donde echamos de ver que ya es la última hora.*<sup>2</sup> En estas palabras sienta San Juan como principio que el Antecristo ha de venir á la última hora del mundo, toda vez que de existir ya, como si dijéramos, pequeños Antecristos, deduce él que ya era la última hora

1 Math. XXIV, 15 y sig., 29 y sig.

2 Cap. II, 18.

ó edad del mundo: pués es como si dijera: hijitos, sabemos que el Antecristo ha de venir al fin del mundo: vemos que hay ya muchos precursores suyos ó pequeños Antecristos: luego es señal cierta que esta es la hora novísima ó última edad del mundo. El mismo San Juan nos dice de modos mil en el Apocalipsis que después de la Bestia, luego vendrá la consumación. En verdad, él escribe que el Ángel que vió sobre la tierra y el mar, juró que no habría ya más tiempo, sino que se consumaría el misterio de Dios cuando el séptimo Ángel tocase su corneta <sup>1</sup>; y refiere la aparición de la Bestia después de haber sonado la séptima corneta: es más, según nuestro humilde juicio, y se desprende del mismo texto, la plaga significada por la séptima corneta es la misma persecución del Antecristo, y habiendo jurado el Ángel que no habría más tiempo después de haber sonado la dicha trompeta, es una prueba que después de la Bestia, luego será el fin del mundo. Las plagas significadas por las tazas de los siete Ángeles, nos dice el profeta de Patmos, que todas van dirigidas contra la Bestia y su reinado y contra los que tengan y lleven su signo ó carácter; y á estas plagas las llama *novísimas*, esto es, últimas, porque *en ellas será consumada la ira de Dios* <sup>2</sup>: más es notorio que la ira de Dios sólo se consumará en la tierra cuando se concluya el mundo; si, pués, según S. Juan, se ha de consumir con las plagas dirigidas contra la Bestia, es evidente que después de ésta el mundo sobrevivirá pocos años. Pero qué, ¿no dice que el Antecristo quitará la vida á los dos olivos, á los dos testigos, esto es, según el sentir común, á Elías y Henoch, á quienes Dios enviará? <sup>3</sup> Pero es cierto que dichos dos testigos han de aparecer cuando el mundo toque á su ocaso, cuando *sobrevenga el tiempo de ser juzgados los muertos y de dar el galardón á los siervos de*

1 Apoc., c. X, 6 y 7.

2 Apoc., XV, 1; XVI, 1 y sig.

3 Apoc., XI, 7.

*Dios, los profetas, y á los santos..... y de acabar con los que han corrompido la tierra.* <sup>1</sup>—Este mismo es el sentir de los Santos Padres, Teólogos Escolásticos y tradición constante.

## §. II.

153. San Cirilo de Jerusalén escribe: «Mas vendrá este predicho Antecristo, cuando fueren llenos los tiempos del imperio romano, y la consumación del mundo esté próxima» <sup>2</sup> S. Juan Damasceno: «Se dice Antecristo de una manera especial y principal el que ha de venir en la consumación del siglo.» <sup>3</sup> Teodoreto: «Resta, pues, que por la cuarta Bestia entendamos el imperio romano, al fin del cual se levantarán diez reyes coetáneos y el último aparecerá el Autor y Maestro de toda improbidad, haciendo y sufriendo las cosas que se nos han dicho; después de cuya muerte aparecerá Dios, Salvador nuestro; y se hará el juicio de todos los hombres; y se abrirán los libros, esto es, los recuerdos de las cosas que cada uno hizo; y el cuerpo de la Bestia será entregado al fuego.» <sup>4</sup> Lo mismo afirma San Ambrosio en las siguientes palabras: «Verdaderamente fué cercada Jerusalén por el ejército y expugnada por el Príncipe Romano. Por eso los Judíos creyeron haberse cumplido la abominación de la desolación; porque los Romanos, burlándose del rito judáico, arrojaron en el templo una cabeza de puerco: lo que yo de ninguna manera admito: pués la execrable abominación de la desolación es la venida del Antecristo; porque contaminará las almas con inusitados sacrilegios, sentándose, según la historia, en el templo, para adjudicarse el trono de la potestad divina... Entonces se aproximará la desolación; porque la mayor par-

<sup>1</sup> Apoc., XI, 18.

<sup>2</sup> Catech 15.

<sup>3</sup> Ortod. fid., lib., IV e., 27.

<sup>4</sup> In Dan. Orat. 7.ª

te cayendo en error abandonarán la religión verdadera. Entonces será el día del Señor.»<sup>1</sup> Lo mismo afirma Lactancio cuando dice que Roma será destruida por el Antecristo al fin: véanse sus palabras en el párrafo 28.

154. De los Teólogos Escolásticos y Expositores sagrados citaremos á Belarmino, Suárez, Alápide y Pastorini. Dice el primero: «La venida del Antecristo será poco antes del fin del mundo. Daniel, hablando dos veces del Antecristo en el capítulo séptimo, una narrando la visión, y otra cuando la explica, en una y otra dice, que inmediatamente después del Antecristo seguirá el último juicio.» Y después de citar los textos de San Mateo, San Pablo y San Juan por nosotros aducidos, continúa diciendo: «en las cuales palabras se dice que casi inmediatamente después del Antecristo, vendrá Cristo; porque mediará un tiempo brevísimo.»<sup>2</sup> Suárez, haciéndose cargo y refutando la opinión de los que decían haber venido ya el Antecristo, afirma que aún no ha venido, «porque inmediatamente después de su muerte será la segunda venida de Cristo y el día del juicio; como lo enseñan los Santos Padres basados en las palabras de San Pablo en la segunda á los Tesalonicenses, *Nisi venerit etc.*, en las que no solo significa que la segunda venida de Cristo no será antes que venga el Antecristo, sino que también significa que inmediatamente después de este vendrá; y, por tanto, que entonces verdaderamente es de temer que esté encima ya el día del Señor cuando fuere revelado el hombre de pecado. Por lo que dice más abajo el Apóstol que, cuando venga Jesucristo, destruirá al Antecristo con el resplandor de su venida. De donde deducen algunos que el Antecristo será muerto con la misma venida de Cristo.»<sup>3</sup> Continúa Suárez citando en apoyo de su doctrina las palabras de Jesucristo en San

1 Comment. in Luc., lib. 10.

2 De Rom. Pont., lib. 3., cap. 9.

3 Lug. ya cit., quést. 59, art. 6.<sup>o</sup>, p.<sup>o</sup> 2.

Mateo *statim post tribulationem etc...* Todo lo cual, á más de testificar de la verdad de nuestro aserto, confirma deberse entender de la venida del Antecristo los pasajes aducidos de la Sagrada Escritura. Alápide, exponiendo y haciéndose cargo de las distintas opiniones acerca del tiempo en que ha de principiarse á contarse los mil años de S. Juán en el Apocalipsis, refutando la opinión de los que sostienen que deben contarse desde la muerte de la Bestia ó Antecristo, escribe: «Pero esto se dice sin fundamento alguno, ni concuerda con la Escritura, la que enseña que el Antecristo vendrá al fin del mundo, y no mucho después del Antecristo ha de ser el juicio extremo y la resurrección; como bién lo insinúa San Juán, cuando, después de la derrota de Gog, Magog y del ejército del Antecristo, inmediatamente en el versículo once pasa á hablar del día del juicio.»<sup>1</sup> Por último, Pastorini abunda en el mismo parecer, que expresa de este modo: «El infierno y la tierra conspiran juntos; y sus agentes, el demonio, el Antecristo y el falso profeta, se aunan, reunen sus fuerzas y forman un solo cuerpo para destruir el Cristianismo. No hay medio á que no acudan, ni perdonan esfuerzo alguno para suprimir el culto del verdadero Dios y establecer en su lugar la idolatría. Hablando de aquel período terrible dice S. Agustín que *la persecución del Antecristo contra los cristianos será la última de las persecuciones, y vendrá hácia la aproximación del fin del mundo.*»<sup>2</sup> Nada decimos de la tradición constante del pueblo fiel acerca del tiempo en que aparecerá la Bestia en el mundo; pues es ésta una de las mas universales y como encarnada en todos y cada uno de los cristianos, y una de las primeras nociones, que adquiere apenas tiene uso de razón, que en los últimos tiempos habrá gran tribulación, promovida y excitada por el hombre de pecado, por el hijo de perdición, esto es, el Antecristo.

1 In Apoc., c. 20.

2 Lug. cit., lib. 3, cap. 4.

155. Es tan cierta esta doctrina, que sostienen varios autor es que no mediará tiempo alguno entre la muerte de la Bestia y el fin; otros, que mediarán cuarenta y cinco días; y otros, siete años: tal leemos en Suárez, cuyas son estas palabras: «Muchos fundados en las palabras del Apóstol en la segunda á los Tesalonicenses «á quien destruirá el Señor con el resplandor de su venida», deducen que el Antecristo morirá con la misma venida de Cristo..... Más dirás, cuanto tiempo mediará entre la muerte del Antecristo y el juicio ó venida de Cristo? Respondo: primero, que aquel tiempo ha de ser brevísimo..... Muchos dicen, basados en las palabras de Daniel, que aquel tiempo será de cuarenta y cinco días, que Dios concederá á los hombres para hacer penitencia después de la muerte del Antecristo. Porque Daniel, después de haber dicho que la persecución del Antecristo durará mil doscientos noventa días, continúa diciendo: *bienaventurado el que espera y llega hasta los días mil trescientos treinta y cinco*; en donde se añaden los dichos cuarenta y cinco días por la causa indicada, como notan Jerónimo, Teodoreto y otros..... Pero esta común sentencia es dudosa; porque Ezequiel en el capítulo XXXIX, después de la destrucción y derrota de Gog y Magog, significa que habrá siete meses, ó también siete años». <sup>1</sup> Y aunque parece no adherirse aquí á opinión alguna, sin embargo, se adhiere á la de los cuarenta y cinco días, como bién lo expresa en la misma cuestión y artículo, sección sexta, en estas palabras: «Lo cual entienden algunos que Jesucristo descenderá en persona para con su venida matar al Antecristo. Más esto no es verosímil; porque la segunda venida de Cristo será cuarenta y cinco días después de la muerte del Antecristo,» Alápide, por el contrario, desechando la opinión

1 Lugar cit., quest. LIX, art. 6, párrafo 2.

de los cuarenta y cinco días, parece inclinarse á la de siete años, pués dice: «Finalmente (Daniel, c.) XII, habiendo numerado los días del reino de éste (Antecristo) mil doscientos noventa, añade: *Bienaventurado el que llegue á los días mil trescientos treinta y cinco*, esto es, cuarenta y cinco días después de la muerte del Antecristo, Gog y Magog; no porque entonces haya de ser el día del juicio, sino porque en estos días la Iglesia y el mundo se verán plenamente libres de todos los secuaces del Antecristo, para que puedan arrepentirse los que bajo el Antecristo cayeron, y entonces la Iglesia será restaurada y florecerá. Se dará, pués, más tiempo y espacio, y, por tanto, el día del juicio no seguirá inmediatamente después de estos cuarenta y cinco días; más bién Ezequiel parece decir que habrá después siete años antes del fin del mundo.»<sup>1</sup> Aunque no tenemos por fundadas dichas opiniones, sin embargo, esto nos revela estar en el ánimo de dichos Escritores sagrados que, luego después del Antecristo, será el fin del mundo.

### §. III.

156. Hemos dicho que no tenemos por fundadas estas opiniones, y reservándonos para el capítulo séptimo combatir la de los que afirman no mediar tiempo alguno entre la muerte de la Bestia y juicio final, y la de los que sostienen que mediarán cuarenta y cinco días, demostraremos brevemente el ningún fundamento de la que concede al mundo siete años de existencia después del Antecristo. Esta opinión está basada en que, según Ezequiel, c. 39, v. 9, derrotado Gog el pueblo de Israel tendrá combustible con los despojos de las armas, para 7 años: pero supone dos cosas á

1 I.º II ad Thess. II, 11.

todas luces falsas: supone primeramente que el Gog y Magog de Ezequiel son los mismos que el Gog y Magog de que habla S. Juán en el capítulo XX del Apocalipsis, y basta co- tejar entre sí los dos profetas para convencernos de lo contrario. En verdad, el Gog y Magog de Ezequiel será suscitado del Aquilón»,<sup>1</sup> el de S. Juán, de los cuatro ángulos de la tierra: el Gog y Magog de Ezequiel será sepultado en un lugar famoso de Israel, en un valle, al Oriente del mar, mien- tras que el de San Juán será devorado por el fuego: después de la muerte de Gog y Magog de Ezequiel, el mundo sobrevivirá, toda vez que el pueblo de Dios tendrá combustible de las armas y despojos recogidos para 7 años, pero con la muerte del Gog y Magog del Apocalipsis, el mundo termina, pués el cielo y la tierra desaparecen y no queda nada de ellos y los muertos, grandes y pequeños, se presentan ante el trono.<sup>2</sup>

157. Supone en segundo lugar que el Gog y Magog de S. Juán han de vivir y morir cuando el Antecristo, lo que, si bien afirman algunos Santos Padres y Expositores sagra- dos, lo creemos inverosímil, por expresar claramente S. Juán que han de ser y morir en tiempos distintos. Según el Apo- calipsis, capítulo XX, versículo siete y siguientes, Gog y Ma- gog serán movidos por Satanás, pasados los mil años del reinado de las almas de los que murieron por el testimonio de Jesús; y en el versículo cuarto de dicho capítulo, entre los que reinarán con Cristo dichos mil años, se cuenta á los que no adoraron la Bestia; es más, si bien nos fijamos en dicho ver- sículo cuarto, solo y exclusivamente, parece referirse dicho reinado á los que murieron en la persecución de esta; luego es indudable que Gog y Magog, según San Juán, han de ve- nir después del Antecristo. Según el profeta de Patmos, la Bestia y su falso profeta vivos descenderán al infierno, y sus ejércitos perecerán al filo de la espada que sale de la boca del

1 Cap. XXXIX.

2 Apoc. XX, 7 y sig.

que está montado en el caballo <sup>1</sup>, mientras que Gog y Magog y sus aliados serán consumidos por el fuego que caerá del cielo. <sup>2</sup> Aún, según el Apocalipsis, hay otra diferencia más notable entre el Antecristo y Gog y Magog, cual es el que aquel nunca llegará á cercar, y menos destruir la Iglesia de Jesucristo, la que, durante la terrible persecución de la Bestia, se retirará ó esconderá en el lugar que le estaba preparado, <sup>3</sup> el Antecristo perseguirá sí á los cristianos que queden en las ciudades ó poblaciones, ya por no poder esconderse, ya para confesar públicamente á Jesucristo; mientras que Gog y Magog cercarán los reales de los Santos y la ciudad amada; <sup>4</sup> y por mas que el profeta se limita á decirnos que Gog y Magog con sus ejércitos sitiarán á los santos, creemos que en esto quiso significar no solo que los cercarán, si que también los destruirán pasándolos á cuchillo, muriendo mártires castos los últimos siervos de Cristo. La razón que tenemos para decir esto, la expresaremos en el último párrafo del capítulo 7.º—De lo dicho aparece ser nulo el fundamento sobre que descansa la opinión de los que sostienen que después del Antecristo el mundo durará siete años.

158. Si se nos preguntase nuestro parecer sobre el particular, contestaríamos hipotéticamente en la forma siguiente: Á ser verdad la opinión de los talmudistas, esto es, si el mundo ha de vivir con la ley de gracia dos mil años, y el Antecristo hubiera de aparecer en la tierra hacia el 1969, poco mas ó menos, seguiríase de todo que el mundo sobreviviría á la Bestia treinta años próximamente: sin que esto fuera señalar el día ni el año de la consumación, porque no sabemos á ciencia cierta desde cuando deben computarse los años de la era cristiana, si desde el nacimiento de Jesucristo

1 Apoc., XIX, 20 y 21.

2 Apoc., XX, 7, 8 y 9.

3 Apoc., XII, 14.

4 Apoc., XX, 8.

ó desde el día de Pentecostés. Mas, no siendo cierta ni la opinión talmudista, ni el año en que el Antecristo ha de aparecer sobre la tierra, nos contentamos con decir que, desde la muerte de la Bestia hasta el fin del mundo, han de transcurrir, como probaremos, algunos años, aunque pocos.

#### §. IV.

159. Contra esta doctrina pudiera objectarse lo que San Juan dice del reinado de los que murieron por testimonio de Jesucristo en tiempo de la Bestia, reinado que durará mil años: y siendo así, el mundo no ha de perecer luego después de ésta. Es bien conocida de todos los que hayan algún tanto leído los Expositores sagrados la multitud de cuestiones que se agitan sobre la manera de entender dichos mil años de San Juan, y sobre el término *a quo* de su cómputo: hay quienes, con San Gregorio, San Agustín, Primario, Beda, Andrés Viegas y Pereira, afirman que deben contarse desde la pasión de Cristo: otros que desde Constantino; y en este caso, la observación carece de fuerza. Pero con el debido respeto de dichos Santos Padres y Expositores sagrados, creemos insostenible esta opinión y no dudamos afirmar que dichos mil años deben principiar á computarse desde la muerte de la Bestia, y lo creemos revelado por S. Juan en el Apocalipsis, en donde, después de referirnos en el capítulo XII, que Satanás fué arrojado á la tierra, y en los dos últimos versículos del capítulo XIX, la muerte de la Bestia y de sus ejércitos, dice á continuación en el XX, que el Ángel ligó á Satanás y lo encerró en los abismos por espacio de mil años, durante los que las almas de los que murieron por Jesucristo reinaron con Él: entre el número de estas almas cuenta á las que murieron cuando el Antecristo. Oigamos sus mismas palabras: *Y ví unos tronos, y se*

*sentaron sobre ellos, y se les dió la potestad de juzgar y las almas de los degollados por la confesión de Jesucristo y por la palabra de Dios, y que no adoraron á la Bestia, ni á su imagen, ni recibieron su carácter en las frentes, ó en sus manos, y vivieron y reinaron con Cristo mil años.*<sup>1</sup> Todo esto dice bien claro que dichos mil años han de computarse desde la muerte del Antecristo, toda vez que después de la muerte de este, ha de ser ligado Satanás durante los mil años que han de reinar las almas que murieron á manos de la Bestia; esto mismo afirma S. Ireneo, Lactancio, Tertuliano, Victorino, Apolinar, Severo, San Justino y otros: más estos, si bién es verdad que afirman deben contarse desde el Antecristo, sostienen al mismo tiempo que con el Antecristo termina el mundo, de modo que, según ellos, dichos mil años serán después de la conclusión del mundo: lo que también creemos un error, toda vez que, según el mismo San Juan: *Consumados los mil años, será suelto Satanás de su prisión, y saldrá, y engañará á las naciones, que están en los cuatro ángulos del mundo:*<sup>2</sup> no podría tener lugar esto si dichos mil años fueran después de concluido el mundo. Dedúcese, pues, que, en nuestra opinión, deben computarse los mil años de San Juan, desde la muerte de la Bestia, y estos mil años expresan lo que el mundo ha de sobrevivir al Antecristo, y, por tanto, la objeción tendría fuerza si se hubieran de entender los mil años en su sentido propio literal; más es á todas luces cierto que deben de entenderse en sentido literal metafórico, y que San Juan expresa un número determinado por otro indeterminado, lo que probaremos con argumentos varios. Si exceptuamos los milenaristas, cuyo error está pulverizado, y el mismo S. Juan combate en las palabras in-

1 Apoc., XX, 4.

2 Apoc., XX, 7.

mediatamente arriba citadas, todos los demás Santos Padres y Expositores sagrados entendieron siempre é interpretaron los mil años del Apocalipsis en sentido metafórico; léanse sino y regístrense sus obras. Una de las principales reglas de interpretación de todo escrito y muy especialmente de la Sagrada Escritura, es que se han de tomar en sentido propio literal las palabras, á no seguirse de aquí algún absurdo, ó ponerse el escritor en contradicción consigo mismo, porque en este caso deben de entenderse en sentido no propio y sí metafórico: ahora bién, entendido literalmente los mil años de S. Juán, se seguiría el absurdo de que las Sagradas Escrituras mentirían, y que el mismo Apocalipsis estaría en contradicción consigo mismo; toda vez que, por este y por aquellas, hemos demostrado en este mismo capítulo que el fin del mundo será luego después de la muerte de la Bestia ó Antecristo, lo cual no fuera cierto si le hubiera de sobrevivir mil años; pués, si bién mil años con relación á la eternidad nada son, son algo considerados en sí mismos y con relación al mundo. Por otra parte, hay razones varias para que S. Juán usase aquí de un número indeterminado por otro determinado, mil por un corto número de años: y es la primera, no manifestar el día y la hora en que se consumará el mundo; pués, siendo como ha de ser conocidísimo el Antecristo y su muerte, y habiéndose de contar los mil años desde esta, claro está que si hubiera puesto un número determinado de años, fuera fácil designar el día y mucho mejor el año en que tendría fin el mundo. Asimismo, S. Juán quiso dar á conocer la suma felicidad y dicha que habrán de gozar las almas que, habiendo hecho frente á la Bestia y muerto en la persecución de esta, reinarán con Cristo, la cual dicha y felicidad será tanta que, habiendo durado los pocos años que mediarán desde su muerte al fin del mun-

do equivaldrán á haber gozado mil, y más de mil años, y este modo de hablar es frecuente en la Sagrada Escritura. David, ponderando lo dulce que es morar en los tabernáculos del Señor, dice: *Mejor es un día en tus atrios que más de mil (en el mundo)* <sup>1</sup> «Quiso S. Juan significar la nada de este mundo,» del tiempo comparado con la eternidad, como lo hace también David cuando dice: *mil años ante tus ojos como el día de ayer que pasó.* <sup>2</sup> San Pedro usa las mismas frases al hablar del fin del mundo. *Así los cielos, dice, que ahora existen y la tierra se guardan por la misma palabra para ser abrasados por el fuego en el día del juicio y del exterminio de los hombres malvados. Pero vosotros, carísimos, no debeis ignorar una cosa, y es que un día respecto de Dios es como mil años, y mil años como un día.* <sup>3</sup> Es indudable, pués, que el autor del Apocalipsis, queriendo significar las delicias inefables de que disfrutarán las almas, que murieron en testimonio de Jesucristo, y no adoraron á la Bestia, las comparó á mil años, por más que desde su muerte hasta la consumación del mundo trascurran sólo siete, diez ó veinte años.

Dedúcese, pués, de todo lo dicho en este capítulo, ser casi de fé que inmediatamente después de la Bestia vendrá el fin; por otra parte, hemos demostrado que esta llama á las puertas del mundo, que podrá aparecer sobre la tierra dentro de unos ochenta años poco más ó menos: luego es muy de temer si no cierto que estemos en pleno *initia dolorum*.



1 Salmo LXXXIII, 11

2 Ibid. LXXXIX, 4.

3 II. Pet., III, I. et 8.



## CAPÍTULO SEXTO.

*Confirmase la proximidad del Antecristo  
y del fin del mundo por la opinión de los  
Talmudistas: revelaciones particulares:  
Testimonio de algunos escritores: vejez del mundo.*

Tradición de la escuela de Elías acerca de la duración del mundo.—S. Bernabé, San Justino, martir, S. Ireneo, S. Hilario, S. Jerónimo, S. Gaudenio y otros están por los seis mil años de la duración total del mundo.—Belarmino, Alápide y Tirini.—En nada se opone á esto la divergencia de los códices y versiones, Vaticano, Alejandrino y Vulgata.—Desátase una objección.—Profecía de S. Malaquías, arzobispo, respecto á los Papas que habrá hasta el fin del mundo.—Cumplióse en los Papas Pío IX y León XIII.—S. Vicente Ferrer resucita un muerto para probar que él es el Ángel del Apocalipsis.—Revelaciones hechas á Sta. Gertrudis.—La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, última manifestación de la bondad divina para atraer los pecadores á penitencia.—Revelaciones de la Santísima Virgen de la Saleta á los niños Maximino y Melanio.—Alápide y el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Pastorini, Gaume, Conde de Maistre, Pío VII.—Padres franciscanos —Decrepitud del mundo.—Dos palabras de S. Cipriano á Demetriano sobre este asunto.

### §. I.

160. **H**ASTA aquí hemos basado nuestras conjeturas sobre fundamentos divino-humanos, es decir, vistas las señales del fin que Jesucristo y los Apóstoles nos dieron; hemos dirigido una mirada á los cielos y á la tierra para contemplar los sucesos y fenómenos del mundo físico y moral; réstanos confirmar nuestros temores con argumentos, que llamaremos puramente humanos,

no porque demos á estos más valor que aquellos, sino porque al verlos coincidir y estar en completa armonía, mutuamente se robustecen y consolidan: y haciendo caso omiso de la tradición, ó doctrina de los Santos Padres y Expositores sagrados respecto á la desaparición del Imperio Romano, cuando el mundo toque á su ocaso, por creer esta cuestión sumamente oscura, especialmente en determinar cuándo y en qué circunstancias se podrá decir que desapareció dicho imperio, pasaremos á tratar la tradición de los Talmudistas, que copiamos de Gaume, con pequeñas variantes.

161. Circulaba entre los Hebreos bajo el nombre del profeta Elías la siguiente doctrina: «La casa de Elías, dice el Talmud, enseña que el mundo durará seis mil años.» <sup>1</sup> Los que distribuían en esta forma: dos mil sin ley (escrita); dos mil con la ley de Moisés; y dos mil con la ley evangélica. Esta tradición es sumamente respetable, ya por su antigüedad, ya por su universalidad; pues se ha hecho propia de Judíos, Cristianos y Gentiles, y es lo que intentamos probar. San Bernabé, varón Apostólico dice: *El sábado es nombrado desde el principio de la creación; Dios completó su obra en seis días, el séptimo descansó y lo santificó. Prestad atención, hijos míos, á estas palabras: Acabó todas sus obras en seis días, las cuales significan que la duración del mundo solo debe de ser de seis mil años, que es el término que Dios ha impuesto á todas sus obras, porque mil años son para él uno solo, y así lo asegura diciendo: el día de hoy es para mis ojos como mil años; de modo, hijos míos, que la duración de todas las cosas será de seis días, es decir, de seis mil años.* <sup>2</sup> Por más que es cierto no contarse entre los escritos canónicos dicha carta, también lo es que se re-

1 Talmud. trac. Sanhedrin, cap. Elehc.

2 XV, 3-5.

monta á los tiempos apóstolicos, y que S. Jerónimo y otros la atribuyen á dicho S. Bernabé. San Justino, Martir, que vivió en el siglo II, dice: *Según muchos puntos de la Escritura, se puede conjeturar que no se equivocan los que pretenden que la duración del estado presente de este mundo será de seis mil años.* <sup>1</sup> San Ireneo: *El mundo tendrá tantos miles de años de duración como días se emplearon en su creación, y lo que la Escritura dice sobre lo que sucedió entonces, es al mismo tiempo una profecía de lo que debe suceder después.* <sup>2</sup> Todas las obras, dice Lactancio,  *fueron acabadas en seis días, y por esta razón es necesario que el mundo permanezca en el estado presente durante seis mil años, porque el gran día del Señor es de mil años, como lo advierte el Profeta al decir: Señor, ante vuestros ojos, mil años, son lo mismo que un día.* <sup>3</sup> San Hilario, refiriéndose á las palabras de S. Mateo, “seis días después fué transfigurado”, dice: *No hay duda que esta circunstancia de aparecer el Señor revestido de su gloria después de un intervalo de seis días, demuestra y anuncia que, después de la revolución de seis mil años, vendrá la gloria del reino celestial.* <sup>4</sup> S. Jerónimo, doctor máximo en las Sagradas Escrituras, exponiendo las palabras del Profeta, “mil años son ante vuestros ojos como el día de ayer que pasó,” *Creo, dice, que de este pasaje y de la carta de San Pedro viene la costumbre de considerar mil años como un día, de modo que, como el mundo se hizo en seis días, se cree que solo subsistirá seis mil años.* <sup>5</sup> San Gaudencio Brixiano, *Esperamos, dice, el día santo del año siete mil, que vendrá después de estos seis días, esto es, de los seis mil años del mun-*

1 Quæst. 71 ad Ortod.

2 Lib. V. adv. haeret.

3 Instit. div., lib. VII, c. 14.

4 In Matth., 17.

5 Epist. ad Cyp., 139.

do, pasados los cuales, será el descanso para la verdadera santidad y para los fieles creyentes en la resurrección de Cristo. <sup>1</sup> Esto mismo afirman otros muchos Santos Padres y Escritores eclesiásticos, como S. Germán Constantinopolitano, S. Isidoro, Serario, el Abad Joaquín, etc..., cuyas palabras no citamos consultando á la brevedad; y viniendo á los Teólogos Escolásticos, Belarmino dice: *Fué siempre célebre la opinión de muchos que afirman que el mundo durará seis mil años; toda vez que Dios crió al mundo en seis días, y mil años delante de Dios son como un día..... Con esta sentencia concuerda también la opinión de los Talmudistas, quienes dicen haber recibido de Elías, profeta, un vaticinio, en que se afirma que el mundo durará seis mil años. Esta sentencia no puede aún reprocharse por la experiencia; pues, según la verdadera cronología, desde la creación del mundo han pasado cinco mil seiscientos años, poco más ó menos..... Es buena la prudencia de S. Agustín, quien juzga probable esta sentencia, y como probable la sigue, libro XX, De Civitate Dei, cap. 7. No se sigue de aquí que nosotros conozcamos el último día. Decimos, pues, que es probable que el mundo no durará mas de seis mil años.* <sup>2</sup> Alápidz, después de citar varios testimonios de Santos Padres y Teólogos Escolásticos, dice: *Esta sentencia (no derminando día ni año) por lo común es probable....., y algunos que parecen desechar este cómputo de seis mil años, deben entenderse en cuanto á determinar definitiva y precisamente el día y año; pues de aquí se seguiría, como bién argumentan, que nosotros podríamos saber é indicar precisamente el año y día de la consumación del mundo y del juicio final, pues sería en el primer año y el primer día después de los seis mil....., mas esto es contrario al dicho de Jesucristo, «de que aquel día y hora nadie sabe.» Mas no se sigue tal, si este número de seis mil años se toma no aritmética y pre-*

<sup>1</sup> Trat. X.

<sup>2</sup> De Rom. Pont., lib. 3, c. 3.

*cisamente, sino geométrica y moralmente, esto es, que el mundo durará tan solamente seis milenarios de años, no más, y, por tanto, que no llegará al siete mil, sino que antes perecerá; más, si ha de perecer á los seis mil completos, ó seis mil diez, ó seis mil ciento, lo ignoramos: bástanos saber que estamos en el último milenario de los años del mundo: más si perecerá antes de cumplirse dicho milenario ó después, lo ignoramos.*<sup>1</sup> Esto afirma el Expositor Tirino, cuyas son estas palabras: *Porque se repiten aquí los mil años seis veces, al parecer para dar á entender lo que el mundo durará, la mayor parte de los Padres y Doctores juzgan que después de pasar seis mil años desde la creación del mundo, tendrá su fin....., y confieso que esta sentencia, como casi común, es probable*<sup>2</sup>; y Malvenda, añade: *que en general el mundo no debe durar mas de seis mil años, aunque sea una cosa incierta; no obstante, no quisiera condenar esta opinión á causa de la autoridad de los Padres que así lo han escrito; pues jamás creeré que estas graves lumbreras de la Iglesia lo hayan dicho sin tener grandes razones.*<sup>3</sup> Esto mismo enseñaron, entre los Gentiles, Hydaspes, Mercurio Trismegisto y las Sibilas, testigo Lactancio y Sixto Senense, y entre los Hebreos, Moisés Gerundense, R. Isaac, R. Elías.—No citaremos las muchas razones de congruencia, de paridad y semejanza, que suelen aducirse en confirmación de esta opinión, y que pueden verse en los Padres y Escritores citados, y muy especialmente en Cornelio Alápide.—A ser verdad esta opinión, resulta que tendrá el mundo de existencia ciento diez años, poco más ó menos; y si lo es también estarse ya cumpliendo todas las calamidades del *initia dolorum*, teniendo en cuenta el dicho de Jesucristo, *quando veais todas estas cosas, no querais temer. Conviene que sucedan todas estas cosas, pero aún no es el fin,*<sup>4</sup> dicha opinión tal-

1 In Apoc., c. XV.

2 In Apoc. c. XX.

3 De Antechr., l. II., c. 23.

4 Matth., XXIV, 6

mudista aparece robustecida; pues, en verdad, podemos decir que aunque hay calamidades, guerras, pestes, etc., no hay que temer, porque aún restan de existencia al mundo, según la referida opinión, ciento diez años, poco más ó menos.

160. Una razón poderosísima milita contra esta opinión. Según el Códice griego Vaticano, desde Adán al nacimiento de Jesucristo trascurrieron «cinco mil quinientos diez años»; y según el Códice Alejandrino, «cinco mil trescientos treinta», á los que agregados los «mil ochocientos ochenta y nueve» que contamos desde Jesucristo hasta nosotros, lleva el hombre de existencia sobre la tierra «siete mil doscientos diez y nueve años»; por tanto, esta opinión no es admisible, ni aun con la explicación que hace Cornelio Alápide, diciendo que los seis mil años no se deben de entender matemáticamente, sino que lo que quiere expresar la tradición talmudista, es que el mundo no llegará á los siete mil años: pues vemos que, según dichos Códices, pasa ya cuatrocientos, ó al menos doscientos de los siete mil; y nadie de cuantos estén versados en la Sagrada Escritura, ignora la gran autoridad de que gozan los referidos Códices, Vaticano y Alejandrino.—Fuerte es la razón expuesta y por eso aducimos solamente como probable el argumento deducido de la opinión talmudista; y que esta sea probable, lo dicen bien los muchos Santos Padres y Escritores arriba citados: por otra parte, si bien es cierto que es grande la autoridad de los Códices Vaticano y Alejandrino, no es menor la de la Vulgata, según la que, desde Adán á Jesucristo, trascurrieron cuatro mil cuatro años, y con ella asienten autores graves, como Belarmino, cuyas palabras citamos arriba, y Cornelio Alápide, y otros varios; y la Iglesia nada ha definido sobre el particular. Por tanto, militando razones graves en pró y en contra de una y otra cronología, quedan como probables, y, repetimos, que como probable hemos aducido este argumento, pero que, unido á los tantos ya expuestos, será un grano más en la balanza de la razón.

## §. II.

161. Repondrá quizá alguno: «siendo la ley evangélica ley de gracia y de misericordia, y la Iglesia de J. C. la realidad, de quién fué sombra y figura la sinagoga, parece natural que, habiendo durado la ley de Moisés 2,000 años, la realidad ó la ley evangélica debiera de durar el duplo ó más». Esta observación, sin duda, se hará en obsequio de la ley de gracia, queriéndola así realizar; pero, si bién se nota, lejos de realzarla, se la deprime, pues denota más grandeza, nobleza y dignidad, que en el mismo tiempo, ó en menos, le ley evangélica haya dado más gloria á Dios y salvado más almas que la sinagoga.

En verdad, bajo este punto de vista, 2.000 años con la ley de gracia son más que 6.000, que 8.000 y que 20.000 con la ley de Moisés, ¿quién podrá enumerar los miles de millones de veces que se ha inmolado sobre nuestros altares la oblación pura, gratísima á los ojos de Dios, según Malaquías, y por la que fueron desechados los holocaustos y víctimas de Moisés? ¿Quién podrá ponderar la gloria dada á Dios por tantos miles de mártires, que han derramado su sangre en testimonio de la ley de Cristo, y que no hubo en la antigua ley? ¿Quién podrá contar las alabanzas dirigidas al Omnipotente por tantos millones de almas puras, que en el claustro y en el mundo se han consagrado al Señor? ¿Quién medir el torrente de gracias que del Cielo han descendido á la tierra por conducto de Jesucristo y María y de toda la Iglesia triunfante, que no existía cuando la sinagoga? Y, por último, ¿quién contar podrá las almas conducidas á puerto de salvación por la nave de Pedro, por el arca del nuevo Noé, en la que han morado y moran el león y el cabrito, el lobo y el cordero; en la Iglesia, que se extiende por los cuatro

ángulos de la tierra á diferencia de la sinagoga que se limitaba á un pueblo ó nación? No tiene, pués, fuerza alguna la observación mencionada.—Y dejando ya este argumento, pasemos á las revelaciones particulares, que, careciendo de la auténtica aprobación de la Iglesia, por más que puedan ser divinas en sí mismas, no lo son en cuanto á nosotros, por lo que sólo las citamos como documentos humanos.

### §. III.

162. En primer lugar citaremos la de S. Malaquías, Arzobispo de Hibernia, cuya vida escribió S. Bernardo, y que se encuentra en Arnolfo Wiön, en las crónicas del orden de S. Benito, ó en el «Árbol de la vida», lib. II, cap. 40, al fin; en la cual profecía S. Malaquías describe todos los Romanos Pontífices que ha de haber desde su edad hasta el fin del mundo, dándoles á conocer por su orden y por ciertos símbolos y emblemas. De esta profecía se desprende que desde León XIII, «Lumen de Coelo» hasta el último de «Gloria Olivæ», habrá nueve Pontífices, ó diez, si Pedro II, que es último, no es el indicado por «Gloria Olivæ.» Es de advertir que se viene notando que, por singular providencia de Dios, no obstante ser elegidos en edad avanzada, los actuales Romanos Pontífices duran más en el poder, que sus predecesores. De aquí, pués, que no nos parece mucho dar á cada uno de los restantes, diez ó doce años de pontificado, por término medio; que, multiplicados por diez ú once de los pontífices restantes, dan un total de *ciento y tantos años*, lo cual coincide con todas las pruebas aducidas hasta el presente, según las que parece que faltan ochenta y tantos años para el reinado de la Bestia, y ciento y tantos para la consumación.

Esta profecía de S. Malaquías tiene en su confirmación que ha venido cumpliéndose hasta la fecha al través de tantos siglos, y nosotros la hemos visto cumplirse en Pío IX, «Crux de Cruce», y en el actual León XIII, «Lumen de Coelo».

#### §. IV.

163. «San Vicente Ferrer, hallándose en Salamanca, y hablando á una gran muchedumbre desde una colina por no haber en el templo, les dice: *Yo soy el Ángel del Apocalipsis*, que vió S. Juan volando por medio del cielo, y que decía en voz alta: “Pueblos, temed al Señor y glorificadle, porque se acerca la hora del juicio.” Sordo murmullo sale entonces de la muchedumbre oyendo tan extrañas palabras, y le acusan de locura, de orgullo y de impiedad; el enviado de Dios se para algunos momentos con los ojos fijos en el cielo, y como arrobado en éxtasis, vuelve á hablar y exclama otra vez con voz aún más fuerte: «Yo soy el Ángel del Apocalipsis, el Ángel del Juicio final». Los murmullos se aumentan y asordan su acento. Tranquilizaos, dice el mensajero celeste, y no os escandaliceis por mis palabras, pues vais á ver con vuestros propios ojos, que sé lo que digo. Id al extremo de la Ciudad, á la puerta de S. Pablo: encontrareis una mujer muerta; traedla aquí, pues yo la resucitaré en prueba de lo que S. Juan ha escrito de mí.» Un increíble clamoreo y tumulto siguió á estas palabras; pero algunas personas se dirigieron á la puerta indicada, donde hallando efectivamente una mujer muerta, cogieron el ataúd y lo colocaron en medio del auditorio. Todos se acercan, todos quieren asegurarse de que la mujer está verdaderamente difunta; y cuando millares de testigos no dudan de su muerte, todo el auditorio asombrado forma un círculo inmenso en torno del cadáver. S. Vicente, que no ha abandonado un

solo instante su sitio elevado, se dirige entonces hácia la difunta y le dice con voz potente: “¡Mujer, en nombre de Dios te mando que te levantes!” Álzase la mujer en seguida dentro del ataud, y S. Vicente añade: “Decid, ya que podeis hablar, decid para la salvación de todo este pueblo si es cierto ó no que soy el Ángel del Apocalipsis, encargado de anunciar al mundo la proximidad del juicio final”. “Sí, Padre; responde la muerta, vos sois ese Angel, sí, vos lo sois verdaderamente”. El Santo entonces, para afirmar tan portentoso testimonio con los milagros, le dice: «quereis quedar viva ó morir otra vez?» «Me quedaré con gusto en la tierra, respondió la mujer. Vivid, pués. Y vivió en efecto un gran número de años.» Este hecho ha recibido toda su autenticidad por medio de requisiciones, declaraciones y testimonios bajo juramento, y de pruebas de toda especie en el expediente de canonización; y la Iglesia ha prestado homenaje solemne á la verdad de tan grande acontecimiento por el órgano del Soberano Pontífice, Pío II, reconociendo en la Bula de canonización al taumaturgo por el Ángel del Apocalipsis y diciéndo con S. Juán: «Tuvo las palabras del Evangelio eterno para anunciar, como el Ángel que volaba por en medio del cielo, el reinado impercedero de Dios á todas las gentes, tribus, lenguas, pueblos y naciones, y para demostrar la proximidad del juicio final.»<sup>1</sup>

164. Contra este hecho pudiera objetarse: ¿cómo trascurrieron tantos siglos sin tener cumplimiento? Pero esto mismo de haber trascurrido tantos años desde la predicción de S. Vicente Ferrer, lejos de atenuar, aumenta nuestros temores, porque es muy probable que, cual otra Nínive, habiendo hecho el mundo penitencia á la predicación de nuestro Taumaturgo, Dios suspendiera y prorrogara la ejecución de

1 Gaume.—Historia de la sociedad, etc., preámbulo, párrafo XVIII.

sus decretos anunciados por Vicente; pero habiendo trascurrido cerca de cinco centurias, y vuelto el mundo á los mismos y mayores desórdenes y extravíos, es muy de temer que se cumplan las predicciones del Ángel del Apocalipsis: como se cumplieron las de Jonás respecto de Nínive, sino en el plazo señalado, en otro no lejano. Por otra parte, en cierto modo se cumplió la predicción de Vicente; pues este decía que se aproximaba el juicio final, lo cual tuvo exacto cumplimiento, toda vez que, á poco de su predicación, como veremos en el capítulo siguiente, principió el *initia dolorum*, acentuándose desde entonces acá, cada vez más.

### §. V.

165. El profeta de los últimos tiempos, S. Juan, reveló á Sta. Gertrudis que Dios reservaba la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como remedio supremo á los males y desgracias de los últimos tiempos. <sup>1</sup> Y en verdad, que los últimos clamores de una madre, las últimas razones, con que llama á su hijo extraviado, es enseñarle los pechos que le amamantaron y seno en que fué engendrado. Y ¿no es cierto que se propaga ya por todas partes el culto al Sagrado Corazón de Jesús? Es más, ¿no pudiéramos considerar esta devoción como el distintivo, la señal, por que se conocen los verdaderos fieles, hijos de la Iglesia? Creemos que sí, y, por tanto, que es muy de temer estemos en los últimos tiempos.

166. Pública es la aparición de la Santísima Virgen en Septiembre de 1846 á los pastorcitos de la Saleta, Maximino y Melania, á quienes confió un secreto especial que nadie pudo arrancarles por tentativas que se hicieron, y que por escrito comunicaron por orden de la

<sup>1</sup> Mensaj. del Cor. de J., Junio, 1888.

Santísima Virgen á Pío IX; y después han escrito varias cartas explicando algunas partes de dicho secreto, y que trasladamos aquí. «Ya no hay almas generosas..... Dios se dispone á castigar de una manera sin ejemplo. ¡Ay de los habitantes de la tierra! Dios va á agotar su ira, y nadie podrá sustraerse á tantos males reunidos..... La tierra será herida con toda suerte de plagas, además de la peste y del hambre que recorrerán todos los países..... La sociedad está en vigiliás de los azotes más terribles y de los más graves acontecimientos..... La Italia será castigada por su ambición en querer sacudir el yugo del Señor de los Señores: por esto será ella entregada á la guerra: la sangre correrá de todos lados: las Iglesias serán cerradas ó profanadas: los Sacerdotes y Religiosos serán echados de sus casas, se les dará la muerte y una muerte cruelísima; y vendrá tiempo en que muchos abandonarán la fé..... En mil ochocientos sesenta y cuatro Lucifer con un gran número de demonios será desatado del infierno. Trabajarán para ir aboliendo la fé poco á poco, aún en las personas consagradas á Dios, á las cuales cegarán de tal modo, que sin una gracia especial tomarán el espíritu de los malos Ángeles; y hasta harán que muchas casas religiosas pierdan enteramente la fé, y perderán á muchas personas. Los malos libros abundarán en la tierra, y los espíritus de tinieblas extenderán por doquier una relajación universal respecto á cuanto atañe al servicio de Dios, y tendrán (para castigo de los hombres) un gran poder sobre la naturaleza; habrá templos para servir á estos espíritus, los cuales trasladarán á las personas de un lugar á otro....., se hará resucitar muertos y justos (es decir, que estos muertos tomarán la figura de personas justas que hubieren vivido en el mundo, para engañar á los hombres, y estos llamados muertos resucitados, que no serán otra cosa que demonios

que tomarán su forma, predicarán un Evangelio contrario al verdadero Cristo Jesús negando la existencia del Cielo, etc., etc.) y también las almas de los condenados. Todas estas almas aparecerán como unidas á sus cuerpos. En todas partes acaecerán sucesos que se tomarán por prodigios extraordinarios..... El vicario de mi Hijo tendrá que padecer mucho, porque por un tiempo la Iglesia será víctima de grandes persecuciones: este será el tiempo de las tinieblas: la Iglesia pasará una crisis espantosa.... Francia, Inglaterra, Italia y España estarán en guerra.... Después habrá una guerra general que será espantosa. Por un tiempo Dios no se acordará de la Francia, porque el Evangelio de Jesucristo no es ya creído..... El Santo Padre padecerá mucho: yo estaré con él hasta el fin para recibir su sacrificio. Los malvados atentarán muchas veces contra su vida (política)..... Un precursor del Antecristo con sus tropas de diferentes naciones combatirá contra el verdadero Cristo, el Salvador del mundo, derramará mucha sangre y querrá aniquilar el culto de Dios para hacerse considerar él mismo como Dios..... Por aquel tiempo nacerá el Antecristo..... Al nacer vomitará blasfemias, tendrá dientes y será, en una palabra, como un demonio encarnado. Dará gritos espantosos, obrará prodigios y se alimentará (su espíritu) de impurezas. También tendrá hermanos, los cuales, aunque no sean, como él, demonios encarnados, estarán ya llenos de maldad á los doce años; luego se harán notar por las valientes victorias que alcanzarán y pronto se hallará cada uno de ellos al frente de ejércitos..... París será quemado y Marsella tragada; muchas Ciudades serán también conmovidas y tragadas por los terremotos..... Yo dirijo á la tierra un urgente llamamiento; yo llamo á los verdaderos imitadores de Cristo-hombre....., yo llamo á mis hijos, á mis verdaderos devotos, á aquellos que se ha- entre-

gado á mí para que los guie á mi hijo..... Combatid, hijos de la luz, vosotros, pequeño número que veis, porque hé aquí el tiempo de los tiempos, el fin de los fines..... El fuego del Cielo caerá y consumirá tres Ciudades; todo el universo será herido de terror, y muchos se dejarán seducir, porque no han adorado al verdadero Cristo, viviendo entre ellos. El Sol se oscurece: la fé sola llegará..... He aquí el Rey de los Reyes de tinieblas, he aquí la Bestia con sus basallos.”<sup>1</sup> Cuando Melania escribía esto á M. Bliard, al fin de sus palabras, puso entre paréntesis las siguientes: «No se pasará dos veces cincuenta años.» —No respondemos de la autenticidad de esta carta; sí sabemos que ha circulado mucho, y que los sucesos posteriores, especialmente lo de Italia, Francia, lo de los templos en que serán adorados los espíritus de tinieblas, cumplido en las Sociedades Secretas, los prodigios extraordinarios obrados por los Espiritistas, la soltura de Lucifer, de que ya hablamos, persecución y amarguras del Pontífice, de que somos testigos, confirman la verdad del secreto que dice haber recibido de la Virgen Santísima.—Y omitiendo otras varias revelaciones particulares, pasamos al testimonio de algunos escritores.

#### §. VI.

169. Cornelio Alápide, escritor del siglo XVII, exponiendo el capítulo de San Mateo en que se habla de las señales del fin y especialmente de la predicación del Evangelio por todo el mundo, dice: «Finalmente como ya há ciento cincuenta años que ha sido descubierto el nuevo mundo por los Españoles, cuando Américo (de donde el nombre de América) Vespucio y Cristóbal Colón, navegando descubrieron la India Occidental, la que en verdad es la mitad de

<sup>1</sup> Carta de Melania al Abate Bliard, en Niza, el 30 de Enero de 1870.

todo el Orbe; y vemos que se propaga allí el Evangelio por todas las provincias, excepto algunas regiones australes aún desconocidas; de aquí podemos colegir que nos aproximamos sensiblemente al fin del mundo. Pués en lo restante del mundo no hay parte alguna en donde no haya sido recibida en algún tiempo la fé de Cristo, á no ser quizá la China, en donde, sin embargo, Nicolás Trigancio, libro "de Fide in China propagata", demuestra con testimonios ciertos haber habido allí cristianos é Iglesias de Cristo; y esto mismo prueba una inscripción lapidaria poco há encontrada en China, la cual manifiestamente testifica que en ella fué predicado el Evangelio por varones Apostólicos.» <sup>1</sup> Y más expresamente aún en su Exposición sobre el Apocalipsis, en donde, después de hacerse cargo de las autoridades y razones que militan en favor de los talmudistas, así como también de otras varias señales del fin, concluye diciendo: «De lo dicho se sigue que nos acercamos extraordinariamente al fin del mundo, y que este no está distante; de lo cual hay muchos signos: primero, que vemos que el Evangelio ya casi se ha predicado en todo el mundo; segundo, que S. Vicente Ferrer..... terminantemente predicó y predijo esto mismo, y lo predicó y predijo por mandato de Cristo, como se lee en su vida, lib. II, cap. 4 y 5.... Pensemos esto, y preparémonos para el día del Señor, como si estuviera próximo: no peguemos el corazón á la tierra, no cuidemos aquí de familias y palacios, como que apenas han de durar doscientos años; sino fabriquémonos en los Cielos mansiones perpetuas por las obras de caridad y de otras virtudes.» <sup>2</sup>

168. El Cardenal Pastorini, escritor del siglo XVIII, dice: «También nosotros, y todos los cristianos con nosotros, debemos reconocer la especial merced con que el Todopo-

<sup>1</sup> In Matth., cap. XXIV, v. 14.

<sup>2</sup> In Apoc., c. XX, v. 5.

deroso nos favorece; advirtiéndonos anticipadamente de los desastres que ocurrirán en la sexta edad, para que estemos advertidos y podamos prepararnos. Por nuestra parte, nos consideramos en el deber de recordar estas advertencias á todos los fieles, tanto más cuanto que tocamos ya de cerca el principio del anunciado período, y es probable que la generación *próxima ó la siguiente, á mas tardar*, vea ya alguna parte de las calamidades que aquí se anuncian. Juzgamos que la quinta edad terminará dentro de cincuenta años, (llama quinta edad la penúltima del mundo), pero no sabemos á punto fijo cuando tendrá principio la edad que sigue. Tenemos ya, sin embargo, algunos indicios que parecen ser las avanzadas de la aproximación de aquel período. El Todopoderoso en su infinita sabiduría y en su inagotable misericordia se digna avisar á los hombres antes de someterlos al castigo. Así presenciamos ya en los tiempos presentes notorias irregularidades en las Estaciones, mayor número de enfermedades entre los hombres y en las bestias, más ruinas y miserias en las sociedades, terremotos más frecuentes, mayores estragos causados por las inundaciones, por los pedriscos, por las tempestades, y otros muchos desastres, que pueden ser considerados como preludio de otras calamidades mucho más terribles, que deben venir con la edad que sigue. Pero téngase en cuenta que todos estos males que pesan sobre la humanidad, los envía el Todopoderoso en castigo de la corrupción de costumbres, de la incredulidad de los hombres y de su olvido é indiferencia hacia Dios..... Y como no se puede esperar que mejoren su conducta, sino que por el contrario se endurecerán más y más hasta sumergirse en el abismo de la corrupción, como es desdichadamente demasiado probable, tampoco ellos deben esperar que cesen aquellos males, antes al contrario aumentarán en la misma proporción y se multiplicarán á medida que crezca la maldad de los hombres y llegue á su colmo.....

Urge, pués, y cada día apremia más la necesidad de que se inculquen las lecciones que dejamos expuestas á las generaciones que se suceden, cuando vemos que la fé se entibia en todas partes y decae visiblemente en los pueblos cristianos. Las prácticas de la moral se descuidan grandemente, y son tan pocos los que se cuidan ya de la religión, que este hecho basta para que vislumbremos de cerca la aproximación de la *Apostasía*, como dice San Pablo, ó de la defección general de la fé; y ésto unido á la total corrupción de las costumbres, es indudablemente el preludio de la aparición del gran ministro de Satanás, el Antecristo. Y la verdadera fé se va debilitando con tanta más rapidez cuanto mayores progresos hace el libertinaje en el espíritu de los hombres, cuanto que cada particular parece no admitir otros principios de creencias que los que le dicta su razón, aceptando sólo quello que puede halagar sus pasiones..... ¿No es esta la marcha ordinaria de los pueblos y de los hombres de nuestros días? Creemos que sí, y conviene, por tanto, tomar todas las precauciones posibles para impedir que la generación naciente se infecte de esta corrupción pestilencial, y que se empleen todos los medios para prepararla á que merezca ser inscrita en el libro de los escogidos para el tiempo que se acerca.» <sup>1</sup> Todo esto escribía ya Pastorini en el año 1776, há ya mas de un siglo. Mas acá en nuestros tiempos, varios han escrito sobre esta misma materia, quienes me figuro como centinelas avanzados, que Dios pone de tiempo en tiempo, para que den á los hombres la voz de alerta, y despierten del letargo, en que yacen; y para justificar algún día su gran misericordia, y los hombres no podamos alegar excusa alguna en el día terrible. Entre estos centinelas avanzados de nuestros días ocupa preferente lugar Gaume, quien preludia la proximidad del fin del mundo ya

1 Obra ya citada, lib. III, c. 4., párrf. 6.

en su opúsculo titulado *¿Á donde vamos á parar?*, ya en el discurso preliminar á su obra *Historia de la Familia*.—El ilustre Conde de Maistre, en sus «Veladas de S. Petersburgo» exclama: «¡Corremos, y corremos con increíble velocidad, al fin del mundo!» Pío VII, en su Bula contra los Carbonarios, dada en 13 de Septiembre de 1821, entre otras cosas dice: «Lo que sucedió en tiempos remotos, se repite otra vez; y especialmente en la época lamentable en que vivimos, que parece ser aquellos *últimos tiempos*, tantas veces anunciados por los Apóstoles.....» Esto mismo, aunque en distintas frases, han repetido sus sucesores.

169. «De la ya citada obra *La Diosa y la Furia*, son los siguientes testimonios de varios Padres de la Orden Seráfica, respetables por su ciencia, virtud y canas.

Cuando yo sentado sobre una piedra y solo en el paseo, me agitaba meditando qué habría sido de mi amado Solano, y qué suerte me tocaría á mí, se acerca un venerable anciano, y me pregunta la causa de mi aflicción. Yo le respondo, se la explico, él se para, suspira una y muchas veces, y repite: ¡Ay de nosotros, hijo! ¡Y hay del mundo por la Furia.....! ¡Ay Padre! le decía yo, esto es terrible; ya veo que nos hallamos mal. El mundo se encuentra en gran peligro, y no lo advierte. Yo veo que los pueblos, unos por un lado otros por otro, se sumen en el materialismo, y van entrando todos los hombres al servicio de la Furia por oír sus doctrinas astutas y deslumbradoras. ¡Qué desgracia! Este mónstruo por fuerza es el dragón rojo del Apocalipsis que vió el profeta de Patmos.

Estoy por asegurarte que no, respondió el anciano, pues el dragón allí aludido es Luzbel, príncipe de los demonios, capitan de los réprobos y enemigo directo de Dios. La Furia avaricia, es el mónstruo y enemigo directo de la Diosa.

Pués en este caso, le interrumpí, será el segundo del infierno; y supuesto que hoy domina, será este el penúltimo reinado del mal.

Hijo mío, prosiguió el anciano con dignidad, entiende bién: la Furia que con todo concluirá, ya sabes que será la soberbia, personificación de Lucifer y carácter de su reinado, que gobernará su ministro y sacerdote sumo, el Antecristo; y si la Furia inmediata, y que prepara el mundo al imperio de la soberbia es la avaricia, claro es que este mónstruo es el segundo de Lucifer, y que es el precursor del hijo de perdición.

Yo no dudo es el príncipe infernal que está concluyendo con el amor santo en el mundo, generalmente considerado, para así preparar el terreno al último combate y más terrible que jamás han sufrido la fé y la verdad; medita sobre la marcha de los sucesos, coteja las profecías, y verás que han empezado las vísperas del último y más espantoso cataclismo en ese progreso de la ilustración material ó progreso avaro.

Según el anciano se explicaba, le veía iniciado en los misterios y observaciones que en otros venerables advertí por lo que me enseñaron, y con mis preguntas procuraba adquirir más caudal de ciencia; así me atreví á preguntarle:

Pero, Padre, yo entiendo que esa soberbia que tan fatal ha de ser para el mundo, tal como la consideramos los dos, ya se ostentó algunas veces, singularmente en el siglo pasado, en que se negó por el hombre cuanto debe á Dios, divinizándose á sí mismo.

Lo que dices es cierto, pero este período de errores nunca vistos en el mundo, con motivo de levantarse el hombre á lo sumo de la soberbia, pudo tener dos causas, á mi modo de ver las cosas: ó el intentar Lucifer hacer un ensayo para ver si estaba el mundo preparado

á recibirle; ó el afán de sus aliados, cuyo odio á Dios les hizo creer que todos como ellos se hallaban dispuestos para el grande y decisivo golpe. En uno y otro caso se ve evidentemente que, ya sea Lucifer, ya sus aliados, al detener su marcha destructora á fines del siglo anterior, conocieron era antes preciso preparar los pueblos con las ideas materiales, ó sea acomodarle al reinado de la Furia avara, y este el gran negocio que hoy se trae entre manos.

También imagino permitió Dios la horrorosa reseña, para que vean los hombres lo que podrá ser la tierra un siglo después, cuando las ideas que produjeron aquellos horrores, lo tengan todo dispuesto al mismo trastorno.

Pero, Padre, le repliqué, según veo poco falta ya para que todos los hombres no respiren más que materia y sensualismo, y, por consecuencia, la aparición de la última y más terrible de las Furias se halla más próxima, y podrá aparecer de un año á otro.

Ciertamente, me respondió, ya te dice el Evangelio que vendrán días en que, porque abundará la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos: ese muchos quiere decir, de casi todos. Mira los grados de iniquidad que hay, mira si puede llegar á más, y verás que caridad ó amor hay ya en los corazones. Las señales anunciadas para el fin del siglo impío, están casi cumplidas.

Pero con todo, yo observo, le dije, que hay muchos buenos, que lejos de materializarse se espiritualizan más, y trasforman como en serafines.

Ciertamente que los hay y habrá hasta el fin; pero este número se aminorará tanto, que dentro de pocos años, si Dios no lo remedia, te causará asombro el corto número de amantes verdaderos de la Diosa; porque examinando las prácticas de su religión y conducta, te llenarás de amargura al ver que todo es exterioridad, y que apenas se encuentran almas verdaderamente encendidas en

amor, ó que escuchan sus lecciones, únicas que no pertenecen al reinado material. Entonces ¡ó carísimo!, si vi- ves, tocarás los dos extremos; verás á medida de la gro- sería material de los muchos, crecer el fervor y despren- dimiento de los pocos. Cuanto más el mundo avance á la época extrema, verás más notable este fenómeno; lo que es preciso que se verifique el más terrible combate y más glorioso triunfo en favor de la verdad. Sí, la Furia triunfará por último en la multitud; su ministro quitará la vida á millares de los defensores de la Diosa; más toda la turba de malvados perecerá después y eternamen- te. Estos acontecimientos, según la rápida marcha de los sucesos, deben inaugurarse pronto.

Pero decidme, Padre, ¿está muy cercano este término fatal?

Solo podré decirte sobre esto, que oigas á Jesucristo cuando habla sobre lo mismo. Mira, te dice; las aves por las señales del cielo conocen las mudanzas de las estacio- nes; observa tú y no preguntes sobre esto; vela y ora, observa la época de transición, porque caminas velocísi- mamente. Si vives treinta años, verás los progresos asom- brosos de la Furia á mediados del siglo, verás luego su casi completo triunfo, de que los hombres apenas se ocuparán. Tocarás con la mano el más terrible de los reinados; verás á los hombres, como anunció el Salva- dor, tan ocupados como en los días de Noé en lo mate- rial y riéndose de la predicación del profeta; así los de tus días, ó se reirán de los predicadores que como Noé les anuncien la espantosa catástrofe, ó les escucharán con indiferencia»<sup>1</sup>. . . . .

«Hubo en una Ciudad, á fines del siglo XVIII, un Re- ligioso Franciscano, varón de santidad eminente. Su vida era edificante, austera y modelo de virtudes; su oración

<sup>1</sup> Tomo 1.º, cap. V, pág. 119 y sig.

constante y estática; llamaba sin cesar á los pecadores á penitencia. Viendo progresar las doctrinas irreligiosas y antisociales de los corifeos de la impiedad y sensualismo, esforzaba sus predicaciones; y como el mal se aumentase, dió en llorar amargamente..... Voy á escribir lo que este Santo repetía y le oí alguna vez..... *Súbditos y amados de la Diosa*, ¿Quién os ha embrigado ó enloquecido? Os veo en tropas desertar de sus banderas, y afiliaros á las legiones de la Furia.

Ya no mirais á las estrellas, la tierra y lo que en su seno oculta, os arrebatata.

Pisais alfombras de esmeraldas sembradas de diamantes, perlas y maravillas; pero os veo semejantes á las bestias, que también hollan prodigios, y solo se ocupan de saciar sus apetitos. ¡O vasallos, vosotros veis la ruina, la matanza, la abyección de vuestros pastores, milicias, guardias, legiones y su exterminio!

¡O nécios, que permanecéis impasibles, indiferentes, ó entregados al regocijo! Y ¿no calculais vuestras desgracias futuras?

Temblad, pueblos, pues la Furia, tomando el gobierno de la Diosa, á su carro os atará con cadenas de metales preciosos, para así más deslumbraros.

Con ella gritareis: seremos libres; pero vivireis esclavos. Seremos hermanos; pero estareis divididos.

Seremos iguales; pero vereis por do quiera pulular despóticas y crueles tiranías.

Estas voces con la Diosa son verdad, pero con la Furia son mentira y destrucción. Llorad, pueblos, pues ya veo que termina el tiempo de lo verdaderamente bello, hermoso y deleitable.

La Furia avara es feroz, es cruel y os pisoteará con cuanto os pertenece, al mismo tiempo que la aclameis vuestro numen.

Aun sus más favorecidos é inmediatos serán tan infelices, que vendrán á acabar por devorarse unos á otros.

Llorad, ¡ó pueblos! llorad amargamente, pues aun las lámparas sacrosantas están agonizando.

Muchas ya alumbran á la deidad cruel.

Los palacios de la oración serán incendiados, ó dedicados al nefando culto de la Furia.

Los objetos del culto sagrado y de devoción, los vereis tratados con sacrilego sarcasmo, befa y atropello.

Tanto os familiarizareis con los horrores, que los que antes conmovieran la comarca, serán oídos friamente al verlos tantas veces reproducidos. Cada día, cada hora y cada instante, la memoria de la ventura antigua os estará atormentando. Esta será la vida que tendréis por abandonar los derechos y el servicio de la Señora del amor.

Llorad, gentes y naciones; llorad, pueblos.

Tiendó mi vista por do quiera, y veo, ¡qué horror! Conjuración general contra la Diosa se levanta.

La iniquidad abunda, sobreabunda, y por esto el amor ó la caridad en los corazones se enfría y desaparece.

¿No gritareis conmigo, devotos contemplativos?

¿Qué se ha hecho de la ciudad hermosa, llena de fieles servidores?

Ya veo viuda la Señora de las gentes, y á la Princesa de las provincias tributaria.

Lágrimas amargas corren por sus mejillas.

No hay de sus amados quien la consuele; antes la desprecian, y se han hecho sus enemigos.

¡O ciudad desgraciada, antes feliz con el gobierno de la Diosa! por la aflicción consiguiente habitarás entre enemigos.

¡Estos oprimirán á tus amigos sin cesar entre agonías. ¡Qué desventura!

Ya veo desiertos los caminos que conducían á la solemnidad.

Tus sacerdotes gimen, las vírgenes están decaídas y amarillentas; los pequeñuelos son llevados en cautiverio, los conjurados se han enriquecido con tus depósitos sagrados.

Ya, ya los antiguos príncipes se ven como corderos sin fortaleza; se retiran ante la fuerza de la Furia que los oprime.

Tus antiguos habitantes recordarán su pasada gloria para mayor tormento.

Tus enemigos, que lo vean, harán fiestas de feroz desprecio.

Conculcarán los días de descanso y solemnidad, en que harán trabajar á los afligidos.

Pueblos, llorad temblando, porque es grande el pecado que comete la ciudad hermosa.

Ya veo á las masas buscando pan, dando las preciosidades al usurero para saciar el hambre.

Cuantos oís tanta aflicción, compadeceos, pues las generaciones no la vieron semejante.

Son las vísperas de las iras del Esposo.

Va á vengar los ultrajes hechos en su Amada.

Siglos há viene sufriendo; ya no puede ser más.

La muralla y antemuralla, la ciudad toda caerá en manos de la Furia.

No habrá ley, pues se desechó la verdadera y recta del santo amor.

Tampoco profetas, pues no viendo cual antes en el Señor, callarán.

También los ancianos y los amantes enmudecerán.

Cubiertos de ceniza todos los perseverantes, se contentarán con gemir y padecer.

¡Ay de mi pueblo! Yo lloro su aflicción.

Ya veo que el párvulo es arrojado por las calles y plazas. ¡Qué delito!

Se blasfema y ultraja de Dios el santo nombre. ¡Grande iniquidad!

Hija fornicaria, nécia meretriz; el Señor lo ve y le obligas á que te deje.

No busques ya profetas, que reprendan tus errores, que con valor te los echen en rostro y llamen á penitencia.

Ya, ya, pueblo mío, los que desde el monte del triunfo te contemplan, ya te silban y palmotean.

Se rien, y sobre tu ruina menean la cabeza, y cantan himnos á su feroz deidad.

¿Por qué no veis lo que yo veo? ¡Ay de mí, que advierto vibrando la ira de la Justicia indignada!

¡Ay! que mi piel, llorando ha envejecido; mi carne se ha estenuado; mis huesos se estremecen por el espanto y estupor.

Tantos males como lloro en esta altura solitaria contemplo sobre tí.

He enronquecido á fuer de gritar; no soy escuchado.

Ya no hay remedio; la segur puesta al árbol le ha herido; ya está tan inclinado, que dá con él en tierra.

Sí, sí, pueblos, no hay duda; todo dice que estos sucesos son las vísperas de las iras del Señor.

Las ciencias del progreso material facilitan la conjuración.

Los corazones orgullosos que se materializan, muy pronto llegarán al punto culminante de dureza.

También á lo lejos diviso á la Furia Soberbia, representada en el *Hijo de perdición*.

¡Pueblos; oid, escuchad! ¿No veis? ¿Es ilusión?

¿No parece que suena á lo lejos el formidable clarín que dice: levantaos los degollados por la gloria del Esposo para el triunfo, y los perseguidores para la ignominia? ¿No oís llamar: á juicio..... á juicio..... á juicio?»<sup>1</sup>.....

1. Ibid. cap. XIV, pág. 356 y sig.

Otro Padre de la misma orden seráfica conocido entre los suyos, por sus virtudes y ciencia, con el nombre de Apóstol, explicando los lamentos que preceden, decía: «Los pueblos y naciones de cuya ruina se lamenta el Varón santo, prosiguió el Apóstol, ya conoces, hijo mío, que son los hijos de la Iglesia, que desechando de su corazón el amor divino, dan entrada al de la Furia con tanta intensidad cuanto aquel se aleja. Los súbditos de la Diosa han cometido el gran pecado de infidelidad; han visto indiferentes, y aun se han complacido muchos en la ruina de las legiones santas que les defendían. Dominados del amor á la avaricia, se han cebado en lo que no era suyo y sí de la Señora; más ellos, sus hijos y sus nietos lo llorarán sin remedio. Miserables, cuanto dice el Santo se está cumpliendo y se verá efectuado; ganando la Furia terreno, hará que los esfuerzos que practiquen los desengañados para la restauración, no tenga otro resultado que nuevas lágrimas, muertes y horrores.

Pasando los años, reinando la Bestia avara, la sociedad empeorará del tal modo, que su general curación no podrá verificarse sin un milagro tan grande como la restauración del mundo gentil por Jesucristo; y aún mayor, porque el mal actual es recaída, y no hay al presente las especiales causas que motivaron aquella venida misericordiosa, é inauguraron el reinado de la Diosa Caridad. Sí, creo como el Varón santo que escribió el opúsculo, que estamos en vísperas de la venida de Jesús, pero en traje de juez. Vino para el mundo infinitamente misericordioso, mas ya le veo acercarse infinitamente justiciero. ¡Ay de los hijos del siglo impío!

El Apóstol pronunció estas últimas proposiciones en tal tono que yo me estremecí, y exclamé: Padre mío, sus reflexiones, con las de los otros varones santos, sábios y meditabundos, me aterran; ¿qué va á ser de nosotros, cielo

santo? ¿Qué de los pueblos? ¿Qué de la sociedad, si ya no hay remedio? ¡Ojalá apesure Dios el fin, siquiera porque no pierdan el cariño á la Diosa sus escojidos, como prometido tiene.

Así sucederá, carísimo, así lo verá el mundo, cuando menos piensen, pues el Juez Soberano tiene dicho que vendrá como un ladrón para esos miserables, que pasará como un rayo, y que á su venida estarán los mundanos como en los días de Noé: es decir levantando casas, abriendo vías, fabricando pueblos y ciudades: divertidos, alegres, sensualizados y olvidados de ese clarín que en el instante menos pensado va á sonar.»<sup>1</sup> . . . . .

«Refugiado con mis compañeros de viage, un día de gran tempestad y terremoto en un ruinoso monasterio, que había sido de Trapenses, oímos de boca de un Venerable anciano de dicha orden lo siguiente: “Llorad, llorad, pasajeros de este mundo, pues por todas partes se vierten hoy lágrimas sin consuelo. El terremoto que habeis presenciado es una figura de la revolución ó trastorno general que ha sufrido la sociedad. Las gentes solo pensaban esta tarde en sus afanes é intereses, y en gozar sin límites; estas eran sus ideas, estos sus deseos, estas sus costumbres, solo á esto tendían sus ocupaciones: más el terremoto, todo lo ha desquiciado; en un momento se cambió la escena: las ideas presentes son melancólicas; las costumbres actuales han desaparecido; solo se ocupan en el llanto: todo ha sucedido en un momento. Pues bien, medítad, pasajeros, y vereis en poco tiempo revolucionada la tierra: medio siglo ha bastado para hacer ese terremoto aún más terrible; las ciudades, sus calles, y casas todo se ha mudado. Las ideas sanas, santas y religiosas han desaparecido, y triunfan las impías y materialistas. Las cos-

<sup>1</sup> Ibi., pág. 372-73.

tumbres cristianas, justas, honradas, huyeron, y han sido sustituidas por las impías, inmorales y aun salvajes; las ocupaciones que se dirijían sin cesar al cielo, al presente no son otra cosa que las de la vida animal, y degradándolo todo en la social y religioso, en poco tiempo se ha trastornado. El terremoto y revolución se ha hecho, y es, sin duda, el que anunció el Evangelista, San Juán, que tendría lugar al abrirse el sexto sello. Tales son, ó pasajeros de la tierra, las reflexiones que en esta tarde me hacía al presenciar ese horrible terremoto, que todo lo ha trastornado, y del cual he salido libre milagrosamente, por hallarme en este sólido torreón, observando los fenómenos que le anunciaban. No puedo descender donde estais, pues todo es ruinas. Aguardemos que amanezca: pasemos la noche orando y lamentando, no precisamente el trastorno ocurrido en esta triste tarde, sino lo que él figura y simboliza, esto es, la revolución social, que ya se ha hecho para desventura del globo. Pero ¡qué espanto! ¡Revolución y trastorno en todo el mundo! ¡Qué pavor en todas partes de un modo uniforme! Todo el mundo muere con igual veneno. Y ¿hay quién se divierta? ¡Qué locura! Si hubo antes algún pueblo tan envenenado como el actual, ¿no podía el globo temer que le matasen y disolviesen las sociedades todas? Mas siendo la enfermedad y trastorno común, general y uniforme, ¿habrá remedio posible? ¡Y los mortales no se estremecen! ¡Y hay quién se divierta! ¡Ay de la tierra! ¡Ay de las naciones! ¡Ay de los pueblos! ¡Ay! ¡Ay!!!

Calló el solitario después de pronunciar tan lastimeros ayes. Palermo, conmovido, se volvió hacia mí diciendo: Amado Asís, la reflexión que acabamos de oír de la boca de ese Venerable no debe apartarse de nuestra mente, y comprenderemos la excepcional situación en que el mundo se halla. Has presenciado una verdad innegable. En los siglos anteriores las naciones han sufrido alternativa-

mente las consecuencias de la idolatría, heregía, mahometismo, cisma y apostasía: pero hoy todas tienen sobre sí la reunión de esas cinco plagas en el materialismo. Aunque alguna nación, en circunstancias dadas, haya padecido la misma enfermedad, no fué tan mortífera como la de este siglo, pues al veneno inoculado hay que añadir las ideas y formas materialistas y la rebelión á toda autoidad, con más el desprecio positivo de cuanto respetable conocieron los siglos, aun entre los salvajes. Quiero conceder que alguna nación haya llegado en ocasiones dadas á tan mortal estado, pero no como en el día el mundo todo.

Así hablábamos á cosa de las doce de la noche, cuando el Solitario, que se hallaba en lo más elevado de la torre medio ruinosa, rompe su silencio, y en lenguaje patético y lastimero empieza una série de enfáticas exclamaciones. Palermo sacó al momento su cartera, y á la luz de la luna fué apuntando lo que oímos; yo he conservado sus apuntes, los cuales serán el término de esta segunda parte de mi obra. Ó jóvenes, leed y meditad.

Al pié de los escombros y paredones ruinosos del vasto monasterio de la Trapa, sin salir del espanto y terror que nos había causado la horrorosa catástrofe del terremoto, me hallaba con Palermo y Bailón, el cual, como le cogiera en despoblado la tempestad, vino á refugiarse, y se halló en el mismo sitio que nosotros. Allí estupefactos, y siempre temiendo se reprodujera el trastornador movimiento, hacíamos alguna vez reflexiones sobre lo que habíamos presenciado, contrayéndolas á lo que sucedía en el orden social. Á esto nos ayudaban las exclamaciones que de vez en cuando el Solitario hacía, el que, si bien se hallaba á larga distancia y sobre lo más elevado de lo existente del templo, el silencio de la soledad y el que la noche había quedado, hacían que su voz sonora, me-

lancólica y penetrante hiriera claramente nuestros oídos. Cada cuarto de hora le oíamos pronunciar lastimeros ayes.

Nuestros sollozos resonaban por el aire con los lamentos del Venerable, interrumpidos solo por el ruido de alguna piedra ó trozo de paredón desnivelado por el terremoto, y que se desprendía al suelo. Cuando la luna tendía al Occidente para ocultarse, y las estrellas ostentaban más su brillo variado, y en el Oriente iba asomando consoladora claridad, entonces, en aquellos instantes sublimes, entre dos y tres de la mañana, que era de las primeras de junio, el Solitario de la Trapa, situado sobre el elevado torreón, con sus manos levantadas al cielo y sus ojos fijos en él, alzó más su voz sonora y lastimera, y continuó con pausa una serie de patéticos lamentos. Oímos distintamente cuanto pronunciaba; sus ayes, hiriendo nuestros oídos, conmovieron también nuestro corazón, se fijaron en nuestra mente, y tanto, que pudimos después trasladarlos al papel en horas más pacíficas; y como fuesen tan sentenciosos é interesantes, y yo los crea como un epílogo de las ideas esenciales que he consignado en esta segunda parte de mi obra, me he resuelto á escribirlos para terminarla, como también los consejos que nos dirigió, y todo fué como sigue.....

No apresures tu marcha, astro luciente. ¿A qué vienes? ¿Intentas que al través de tus fulgores observe el trastorno ya realizado?

Deteneos, tiniéblas, y si no, densos nubarrones, condensaos sobre mí: quiero oscuridad, y contemplar en ella y llorar calamidades tan profundas.

¿Qué es de tí ya, progenie excluida del Edén? Contempla tu desnudez, tus miserias y el castigo con que el gran Jehová te quiere despertar.

Pero no ves ya, no entiendes; ¡qué desgracia! Hondos suspiros conmueven mi pecho al notar tu demencia. El celo devora mis entrañas al contemplar tu dureza é inquietud.

Cruel, idolátra, necia, adúltera; vomita de lo alto rayos contra tí el Dios terrible, pues te ríes: y te mofas, y aun le insultas revolcándote en el cieno.

¡Qué ceguedad! ¡Qué de edificios y ciudades, de leyes y derechos derrumbados! Qué atmósfera, llena de humo y polvareda! ¡Y sobre todo, tu demencia, hija fornicaria, salta, bulle y se festeja.

¡Cielo santo! ¿Qué es esto? ¿Acaso acciones del hombre en su razón? No, no, por cierto; son delirios de un enfermo, los desatinos de un loco, los vértigos de un obstinado.

Detente, sociedad, mira el trastorno; observa, generación infeliz, las ruinas, pavesas, convulsiones y materias que atrás dejas y se aumentan.

Dadme, Dios mío, voz de trueno, y gritaré; mis ecos resuenan por toda la tierra, pero en vano; la multitud, aturdida entre el estrépito de las pasiones y novedades, marcha, corre, viene y va, no atiende. ¡Qué dolor!

Vosotros, siquiera los que estáis en la aurora de la vida, oidme, deteneos un poco; cotejad lo antiguo con lo nuevo, lo que fué y lo que es, y entenderéis el trastorno.

Pero tampoco estos; el oropel los deslumbra, el griterío tumultuoso del movimiento les embobeca y lleva al precipicio. ¡Quién no gime! ¡Quién no llora! ¡Pobrecillos! No hay remedio, porque no hay amor: y sin este no hay luz, todo es ceguera.

Pero ¿es posible? ¿Y no hay remedio? Voz del íntimo sentido, cruel, no me aterres con ese ruido, no, no, no. ¡Dios mío! ¡Dios santo! Un consuelo siquiera.

Héle ahí. En la grey escogida está. La revolución se ha hecho, más los hijos de la luz van adelante, miran al cielo.

Muy bien, Aleluya, aleluya. Pero ¿y la multitud? ¿Y tantos niños, jóvenes y doncellas? ¡Todos casi para la revolución y trofeos de sus conquistas!

Esto es desgarrador. ¡Qué dolor tan vehemente! Dios altísimo, mueran los infantillos á millares antes que el carro revoltoso los eleve; y si no venid cuanto antes, juez tremendo, y dad fin á maldad tanta.

Late, corazón mío; la aflicción seque mis huesos, palidezca mi rostro de amargura; de mis ojos se ausente la alegría.

¡Ay de la sociedad! ¡Ay de las naciones, pueblos, familias! ¡Ay de la juventud, que la revolución está hecha! ¡Pobres jóvenes! Resuene esta frase en vuestros oídos. La revolución está hecha, y marcha en boga.

El Cordero abrió el sexto sello, y el misterio ha sido consumado. Desde el principio no se ha visto cosa semejante. La misma historia lo prueba. ¿Quién se alegra?

Todo en siete decenas se ha trastornado, y en todo sentido; muy poco queda en pié, no hay duda; ahora debe ser el cumplimiento de la profecía del Águila.

Abrid los ojos, prestad oídos, y entenderéis el trastorno. Consultad á las ruinas y á vuestros abuelos, y os responderán que antes no era así

¡Combinación monstruosa! ¡Idolatría, heregía, sensualismo y cisma! Con la apostasía que abortaron han engendrado la revolución materialista.

¡Pobre humanidad! Reunidas las seis Furias, y cubiertas con lo sumo de la falacia é hipocresía, te han transformado en un mónstruo, y á su modo te dirijen. . .

Como el Solitario nos viese atónitos por sus observaciones, y nos oyese decir cómo podía haber hombres tan perversos que se valiesen de los azotes del cielo para cometer horrores tantos y hacer daño á las religiosas que no les hacían mal, me contestó: Aquí veo, carísimos, el gran peligro de la juventud, que no se acaba de persuadir que hay hombres hoy, cuyas almas, identificadas con

los demonios, solo atienden á perderla sin reparar en los medios, y á terminar el triunfo de la revolución materialista por concluir así con el Catolicismo por el medio ó camino que puedan.

¿Veis, añadía, cómo una de las pruebas evidentes de nuestra Religión es esa perfectísima armonía que guardan sus escrituras, profecías, dogmas, sacramentos, preceptos, reglas, misterios, ceremonias y cuantas partes le constituyen, sin que la más pequeña haya dejado de corresponder al fin y bien del individuo y sociedad? ¿Veis cómo en esa armonía de máquina tan portentosa, todo evidencia que no es obra del talento é ingenio humanos, y sí de una inteligencia sobrenatural y divina que inspiró y se manifestó á los hombres? Pues del mismo modo, ese principio y marcha sorprendentes de la revolución; ese conducir ciencias, artes, carreras, pintura, música, poesía, imprenta, fotografía, al plan de la Bestia trastornadora; ese dirigir principios, doctrinas, leyes, decretos, usos, costumbres, sociedades y sectas al fin de la revolución; ese llevar teatros, bacanales, fondas, lujo, modas, lupanares, tabernas, bailes y espectáculos al objeto de la revolución; ese encaminar tribunas, parlamentos, clubs, casinos, liceos, paseos, motines, guerras, partidos, caminos, fábricas, invenciones, especulaciones, política y movimiento al término que se propuso la materialista fiera; ese disponer todo con tanto tino y en todo sentido, directa ó indirectamente, al triunfo del infierno y á destruir el Catolicismo, demuestra con evidencia que tal obra y sus pasmosas combinaciones no son obra solo de los hombres, ni su cálculo puede avanzar á tan exacto acierto, y sí que hay una potencia sobrenatural que dirige la máquina, un sér que inspira á los que son suyos. Todo prueba que obra, manda, dirige y domina el demonio Avariciél ó Furia filosófico-materialista, ayudada de sus segundos, Poe-

sión, Especulón, Político, y Movilión; y que hombres olvidados de Dios y que le aborrecen, ponen ciegamente en ejecución las inspiraciones revolucionarias de tales mónstruos.

No lo dudeis, la portentosa armonía del todo con sus partes y de estas con el todo en el Catolicismo, prueban con evidencia su divinidad, y que su autor y conservador es un Dios. Así también la admirable uniformidad de la revolución en todos los planes contra la Religión verdadera, prueban y patentizan que es obra de un sér sobrenatural, secundado por hombres-diablos identificados en malicia con estos. Cuantas persecuciones ha sufrido la Iglesia podrán llamarse humano-diabólicas, en cuanto á que los hombres malos, aproximándose á los diablos, les llamaron en su favor; más la *revolución actual es diabólico-humana*, pues la iniciativa debió partir del Averno, y su admirable combinación, de que no es capaz cálculo humano. Así lo indica San Juan al decir, que los *cuatro espíritus* revolucionarios, en castigo del orgullo de la sociedad, fueron *desatados*, y los hombres perversos se han identificado en malicia con ellos. Estos miserables son capaces de todo; ellos veo que son *las langostas que el Profeta vió salir del pozo del abismo*. Y formando sociedades públicas y secretas, son con toda propiedad las taladoras legiones de la apostasía, ó Bestia protestante *que salió del mar*, que empapados en su espíritu y además en el de los cuatro demonios citados, forman hoy los ejércitos de innumerables caballos de la Bestia *filosófico-materialista, que salió de la tierra é hizo el gran terremoto*.

Supuesto cuanto os digo, amados, andad con cuidado. Seguid vuestro camino, terminó el Solitario, que mayores males habeis de sufrir en la ciudad, porque veo próximo el día en que va á estallar una tremenda convulsión política.

No perdais de vista á Dios, pues como le seais fieles, Él con su Providencia adorable os sacará de todos los peligros.

Preciso es que ahora reuna todos mis esfuerzos, mis amados jóvenes, para repetiros que no olvidéis el gran peligro en que os hallais, pues habeis nacido en la revolución. Valida la sierpe filosófico-materialista de vuestra inexperiencia, hará con vosotros lo que la antigua hizo con Eva en el Paraiso: os atraerá con alhagos, lisonjas y astucia hasta perderos. Velad y orad. Por medio del estudio y oración aprendereis desengaños, y cuanto necesitais para salvaros del mónstruo. Aseguraos así, ya que vuestros padres y maestros, generalmente hablando, no os previenen, y antes se vé que muchos, ya corrompidos, se complacen en llevaros á las garras del mónstruo para que os devore. Dícese que en los ancianos hay madurez y desengaño; pero yo advierto que sí por este ordinario carácter que forman los años, trabajos y vicisitudes de la vida, los jóvenes habeis de libraros del peligro, no hay remedio, todos sin quedar uno pereceis, puesto que no habiendo en vosotros experiencia, no poseeis esa cualidad que salva el desengaño en edad mayor.

Por esto es absolutamente indispensable os deis al estudio y oración, con lo que un joven se hace prudente, maduro y desengañado. Si esperais á conseguirlo por la vía ordinaria, todos con raras excepciones perecereis, pues ó no llegareis á edad avanzada, ó la extrema relajación os sumirá en el abismo de la perversidad, y no os cuidareis de preveniros y libraros de las seducciones. No perdais de vista esta reflexión.

No concluyera de hablar para preveniros en días tan peligrosos. Considerad que corriendo las dos decenas primeras del siglo presente y alguna del anterior se inauguró el imperio de la Furia filosófico-materialista; ya habeis visto que en las tres siguientes su obra ó revolución se ha

desarrollado casi por toda la tierra; que las venenosas plantas y sus fétidas flores han dado malditos frutos de corrupción y exterminio, en contraposición á los frutos y bienes que produjo en su nacimiento y propagación el reinado de la caridad, que dió paz, ventura y prosperidad á cuantos pueblos y naciones la recibieron y practicaron sus lecciones.

No os hagais ilusiones, carísimos jóvenes, meditad cuanto os he dicho, y os convencereis de que la obra de la Furia sexta, ó revolución, sin contradicción está dominando: á no ser la que le suscitan y entre sí sus aliados arman por sus ambiciones, y por quien ha de manejar su *bolsillón*: de este modo corre el tiempo y no llegan tal vez á donde desean á fin de que tengan lugar las disposiciones del Altísimo para estos últimos años. Sí, sí, no hay que dudarle; la sexta Furia ó segunda cabeza del Dragón Rojo se halla imperando; verdad terrible y estremecedora para el que vé inmediata la época mas terrible de la seducción, tormentos y apostasía, y en que aun los justos, *aun los escojidos se perderán si no fuese abreviada*, como dice el Evangelio. Velad y orad; sed constantes. El martirio y la persecución os esperan, ó ser de la multitud de enemigos de Dios, que será luego envuelto en el destructor torbellino y fuego, muriendo en la ignorancia y desesperación sempiternas. 1. .

Hemos visto lo que el autor de *La Diosa y la Furia* oyó de boca de varios Padres Misioneros respecto á los tiempos en que vivimos: oigamos ahora el juicio de dicho autor sobre el particular. «¡O carísimos jóvenes! voy á presentaros la oposición de esa Furia infernal contra la Diosa divina, ó para que me entendais mejor, la guerra y conjuración empeñada del materialismo de este siglo contra la caridad, bajo los dos hermosos conceptos con que ejer-

1 Tomo 2.º, cap. XIII, pág. 449 y sig.

ce su acción benéfica y fecundísima en los corazones, y llevándolos al amor de Dios, y al de sus prójimos, para así hacer su felicidad en la tierra, y la más completa en el cielo. Si acierto á probar que la guerra del materialismo está viva y que la Furia va triunfante, os [habré demostrado que se está dando la última estocada al catolicismo. Verdad terrible, pero cierta. <sup>1</sup>. . . . .

De estos antecedentes podreis sacar temor y espanto sobre todo, al ver cuanto sea vuestro peligro cuando la Furia del averno, secundada por los hombres á ella unidos y resueltos á destruir el reinado del amor, preparará la tierra á su placer, arrojará las semillas del materialismo, y continuará su obra de iniquidad hasta verlas nacer. ¡Oh, si vosotros lo reflexionáseis detenidamente, de seguro que temblando haríais cuanto os fuera posible para que ni la Furia ni los furiosos os robasen el precioso tesoro del santo amor; de seguro que por evitar ruina y desgracia de consecuencias tan fatales, ahondaríais en la tierra de vuestro corazón para buscar la mina, y sacar de ella mucha riqueza, ó sea mucho amor de Dios.

¿Juzgáis acaso que son ficciones de un espíritu fantástico ó asustadizo las que intento presentaros? ¡Ay, mis amados! que de aquí la desgracia de muchos, y el que no den á los acontecimientos la importancia que tienen. No hay cosa más común, á la par que sorprendente, que la magnífica salida de la aurora y del astro que la sigue, su bella retirada, y las tinieblas que todo lo enlutan; y, sin embargo, apenas hay quien se pare á contemplar maravillas tantas. Pues de la misma manera, no hay cosa más palpable y patente al que reflexiona la época actual que la conjuración del Infierno, y de los unidos á él,

1 Obra cit., tom. I, pág. 18.

contra el amor santo, ó contra la Diosa caridad, por medio del entronizamiento de las ideas materiales; y, sin embargo, apenas se halla joven que se detenga á considerarlo. ¡Qué miseria! Sucede á todos generalmente lo que con la aurora; pocos la observan, y, por lo tanto, apenas hay quien la admire; pocos de vosotros os deteneis á meditar los manejos de la furia avara, aunque tan notorios; de aquí marchar todos por el derrumbadero á que conduce la impremeditación. Jóvenes, observad un poco siquiera, y entenderéis; de seguro que, iluminados por la verdadera luz, empezareis á cavar la mina, á congregar riquezas, á guardar vuestro tesoro, crecer en amor, y salvaros del materialismo. <sup>1</sup>. . . . .

Muchas veces oireis que los tiempos están muy malos; que nunca el mundo ha estado peor: otros, para alucinarnos, dirán que siempre el mundo ha sido mundo; que es un horror leer la historia de otros siglos. A la verdad que son ciertas estas dos últimas aserciones, pero lo son igualmente las primeras. Ahora vosotros, jóvenes, es preciso que con el estudio y meditación examineis el por qué se dice con toda verdad que habeis nacido en los peores días, y en los que se cumple aquel anuncio de un profeta. «Vendrá un tiempo, dejó dicho, que no tuvo semejante hasta él desde que las gentes empezaron á existir.» Si lo meditais, encontrareis que así lo prueba el particular carácter de la conjuración presente contra el Altísimo, que no tuvo semejante hasta estos días aciagos en que habeis nacido. <sup>2</sup>. . . . .

¿Acaso presumíais que el estado de cosas actual había sido siempre el mismo? Pues ya veis que no, por el contexto que ha ido ocupando mi pensamiento. Si alguno se

<sup>1</sup> Obra cit. tom. 1.º, pág. 22.

<sup>2</sup> Ib., pág. 24.

empeña en asegurarnos lo contrario, os engaña. El hombre á veces padece fuertes ataques que comprometen su existencia, más un médico experimentado suele sacarle del apuro y entonces vuelve al estado normal de salud; pero si queda dañado en las entrañas, ó estas enferman por otras causas, entonces se forma la enfermedad llamada tísis, de la que en su último grado el paciente solo sanará por un milagro: no hay para él remedio; su muerte es inevitable. Este sencillo ejemplo os convencerá, carísimos, del estado en que la sociedad se halla. Abrid la Historia: ella os demuestra que el cuerpo social ha sufrido enfermedades que le han puesto á punto de morir, más el Omnipotente envió médicos sapientísimos y santos, y le sacaron de aquellos apuros. Más aquellas enfermedades repetidas, siempre de peor y más dañino carácter, han venido á causar que el mundo enferme sin remedio. Tísis es su enfermedad, y yo os he demostrado que se le han ido dañando las entrañas. . . . .

No, no puede vivir mucho, á no ser que sane por una transformación solo posible en la infinita Omnipotencia, á lo que parece se opone la infinita Justicia, porque se halla pisada, despreciada y ultrajada del modo más salvaje y sacrílego la infinita Misericordia.<sup>1</sup> . . . . .

Al terminar la primera parte os decía que el mundo iba á tísico, pues empezaba á alimentarse de sustancias venenosas que podrían sus entrañas. Habiéndonos probado en esta que esos principios disolventes apenas han dejado ya parte sana, que el enfermo desecha las saludables medicinas, claro es que la tísis llegó al último grado, y que se halla en estado de descomposición total de putrefacción, y que

1 Ib., pág. 378-79.

vive agonizando ya. ¡Qué espanto! No hay remedio posible. Los reyes, gobiernos y autoridades, los políticos, sábios y ricos, todo el que medita la situación, se espanta al ver la gravedad del mal; hoy, en el pavoroso ruido que se acerca, ven el precipicio; la sima abierta; quieren retroceder, buscan medios, discurren cómo salvar al enfermo, pero en vano: ven que no hay otra esperanza que la desastrosa muerte y horrenda desesperación. En medio de situación tan pavorosa se afanan por prestar algunos paliativos al paciente. Pero todo en vano; el mundo presente rechaza ya toda medicina; nada alcanza. Escuchad, ó jóvenes, á todos los que hoy se dicen conservadores, y fatigados de probar medios, les oireis exclamar: No hay remedio. Mirad como se retiran: ven el turbión, y discurren como hallar una tabla de salvación en el naufragio que ya empieza; pero ¡vana esperanza! El rayo divino alcanza los antros. Sólo se salvarán en él esos seres privilegiados que se hallan serenos, porque guardan el tesoro y solo respiran en las dulzuras de la Señora del amor. . . .

Quisiera, carísimos jóvenes, que meditáseis detenidamente estas reflexiones, é ilustrados por ellas, veríais cada vez mas claro el abismo á que precipitada vuela la presente generación. Y ¿no os estremeceis? Cese ya la alegría y el placer, que hoy es sólo propio de necios, locos, ébrios ó revolucionarios. Mirad, ó jóvenes, que de uno á otro instante vá á inaugurarse el último imperio de abominación, *el de la soberbia*. El séptimo sello parece ya va á abrirse. ¡Ay de la tierra! que aquellos ángeles preparan los pavorosos clarines. ¡Qué pena al ver la ruina de tanto joven, y que no hay remedio! No, no le hay. La Furia imperamente avanza hasta donde ninguna llegó. Ya lo veis; ha privado á la sociedad del único medio y remedio de restaurarse, y por el que siempre se levantó de sus caidas en otras generaciones. Los hijos de la revolución han cautivado la caridad *como amor al*

*prójimo*, además de prohibirla. Esto es lo que forma la espantosa é irremediable enfermedad de la actual generación, y que concluye con ella.

Jóvenes, entended esto bién. El mundo se halla ya en el período desesperado. Como aquel enfermo que, rabiando por morir, retira y desecha la única medicina con la cual está cierto que sanaría ó no moriría tan pronto, así la sociedad actual. <sup>1</sup>. . . . .

Realizados por el infierno y sus aliados cuantos medios se propusieron para hacer la revolución contra el Catolicismo, ya, carísimos jóvenes, no les resta otra cosa que continuar la obra, ensanchando y asegurando sus dominios hasta el último rincón de la tierra. En esto se ocupan con afán desde mediados del siglo; por eso el crecer ese malestar que en todos y en todas partes se advierte, y caminar la sociedad como nave sin timón ó caballo desbocado al precipicio, ó como cuerpo gangrenado á la próxima muerte, y cadáver á la putrefacción. Considerad detenidamente la situación social, y estremecidos os convencereis, pues todas las señales son de próxima muerte.

Tal es la revolución y afán de novedades, que el agonizante de todo se disgusta, se ha hecho ingobernable. Hubo épocas en que las naciones, no hallando salud, se rindieron á lo menos á la voz de un dictador; mas la historia contemporánea nos prueba que ya ni esto alcanza.

La obcecación, soberbia, audacia y descaro, alentados por el formidable poder de los antros, á todo se atreven. No sólo los tronos tiemblan, sino que los gobiernos apenas saben cómo acertar ni paliar situación tan inquieta y amenazante. No alcanza ya la buena intención y fuerza de voluntad de algunos que por el bien general aceptan el mando, aun con peligro de sus personas. En medio de semejante angustia,

1 Obr. cit., tom. II, pág. 468-59.

cuando se puede asegurar han llegado los días que anunció Ezequiel, diciendo; *Vendrá un tiempo que no tuvo semejante, desde que las gentes empezaron á existir hasta él*, ¿quién no vé que la consecuencia es el final cataclismo, y el estallido general del volcán, que va conteniendo los pocos elementos de vida y orden que se hallan en los baluartes del Catolicismo, y almas fieles que no han doblado su cuello al error?

El desbordamiento de las hordas, creen los soberbios reyezuelos, contiene la fuerza de las armas que protejen para no caer del puesto á que se alzaron, porque ven que sus riquezas y honores rodarán el día de la *tremenda*, que ellos han preparado. Pero se engañan, *caerán los impíos en la hoya que fabricaron*, á pesar de su más astutas y combinadas medidas de opresión. Sus afanes de orden egoísta, sólo serán una de las causas segundas de que Dios se vale para contener la gran catástrofe, hasta que estén llenos los designios de su Providencia, pues de otro modo ya hubieran, hace tiempo, conseguido victoria completa los que hormigean en la obscuridad.

Abrid los ojos, jóvenes carísimos; deteneos á reflexionar, y cual yo comprendereis que los que os dicen que siempre fué lo mismo, que hubo épocas peores, ó tan malas como la presente, ó son unos seductores solapados, que así hablan para que la sociedad no despierte, ó unos ignorantes instrumentos del Infierno para lo mismo. Cotejad nuestra situación en general con la de otros tiempos, y vereis el especial carácter del siglo diez y nueve, y que en él termina la acción del Infierno y sus aliados, y muy pronto.

¿Cómo es posible esa tranquilidad y necia esperanza en tantos? No ven, no oyen. Nadie podrá negar que la salud del mundo sólo puede venir hoy sucediendo que la revolución se detenga, retroceda, se esconda y muera, pues los hechos nos demuestran su actividad vital; si á la voz ó fuerza de un famoso enviado llega á ceder y se esconde, volverá á la lucha

con mas fuerza á pocos años. Entonces verán los hombres como nosotros hoy, que no sólo vive, sino que vuela cada día mas rápida al triunfo completo; luego es consecuencia natural é inevitable la muerte de la sociedad corrompida, y mientras tanto, la lucha constante y abierta entre los partidos del Cordero y de la Bestia, que ya ha empezado. <sup>1</sup> . . . . .

Según estos testimonios y según el sentir casi unánime de las personas autorizadas, en lo humano no se vé medio alguno de salvar á esta sociedad, que se desmorona y se derrumba, y, ó Dios obra un milagro, ó el mundo perece. ¿Cuál de estas dos cosas sucederá? Es evidente que para Dios nada es imposible, y que cuando quiere, de la nada levanta los pueblos, y que de las piedras puede suscitar hijos de Abrahám; pero también lo es que nosotros debemos de juzgar *ex regulariter contingentibus*, y lo regular es que Dios, en lo espiritual como en lo temporal, rija y gobierne al mundo, no con milagros, sino según las leyes que tiene establecidas en uno y otro orden. De aquí que, si el mundo ha de perecer algún día, dado el orden actual de cosas, es muy de temer que esté próxima su ruina,

#### §. VII.

170. Por último, la razón basada en la decrepitud y vejez del mundo, nos dice que este toca á su ocaso. «Has de saber, decía San Cipriano á Demetriano, que el mundo ya ha envejecido, ya no tiene aquella virilidad, ni aquel vigor y fortaleza, que tenía antes. Esto nos lo dice el mismo mundo, y su ruina lo testifican las cosas que pasan. El invierno ya no nutre las semillas con tan

<sup>1</sup> Ib., pág. 429-30-31.

copiosa lluvia, las flores no tienen aroma y fragancia en la primavera, ni el verano se alegra con sus colores, ni los otoños son tan fecundos en frutas. Los minados y fatigados montes ya prestan menos mármoles, y las minas de oro y plata, ya agotadas, apenas suministran riqueza. Falta el labrador en los campos, el piloto en el mar, el soldado en los campamentos, la inocencia en el foro, la justicia en el juicio, en las amistades la concordia, en las artes la pericia, en las costumbres la disciplina. Es necesario que se disminuya todo lo que, próximo el fin, toca á su ocaso y extremo..... Esta sentencia ha sido dada al mundo, esta es ley de Dios que todo lo que ha nacido, muera, que lo que ha crecido, envejezca, flaquee lo fuerte, y las cosas grandes decrezcan, y después que hayan enfermado y decrecido, perezcan. Cuando antes la vida de los hombres excedía de ochocientos y novecientos años, ahora apenas puede llegar á ciento (hoy, á lo sumo, setenta). Vemos á los niños canosos, faltan los cabellos antes que crezcan, la vida no termina en la vejez sino que principia ya anciana. De esta manera la vida en su propio nacimiento se precipita hacia el fin, así todo lo que ahora nace, degenera con la vejez del mismo mundo; de tal suerte que á nadie debe de admirar que todas y cada una de las cosas hayan principiado á envejecer, en el mundo, cuando el mismo mundo está ya envejecido y toca á su fin.»—Hasta aquí S. Cipriano. ¿Cuánto mejor podemos decir de nuestros días lo que él dijo de los suyos? Recordando lo que dejamos escrito en todo el trascurso de este Opúsculo, de las guerras, pestes, hambres, terremotos, perturbación y cambio de las estaciones del año, esterilidad de la tierra, revoluciones y tempestades atmosféricas, la brevedad de la vida del hombre, la corrupción y apostasía general, etc. etc., vemos en verdad que este mundo es un viejo decrepito cuyas funciones y mo-

vimientos son tan irregulares y descompasados, que realmente anuncian su agonía. Según, pues, todas las probabilidades, estamos avocados á grandes y terribles acontecimientos, y los males, que nos afligen, lejos de decrecer, aumentarán: un solo remedio queda á los hombres para librarse del universal cataclismo que les amenaza, convertirse á Dios y hacer penitencia de sus muchos pecados, como los Ninivitas: pero ésto, llegados á la altura de corrupción y desorden á que hemos llegado, sólo puede verificarse por un gran milagro de la gracia; oremos y pidamos al Dios de las misericordias se digne obrar tan gran milagro; y si, á pesar de nuestras súplicas, á causa de la gran corrupción del mundo, el Omnipotente no quisiera revocar el decreto de exterminio que tiene fulminado contra el género humano, no desfallezcamos ni desmayemos al leer en el capítulo siguiente los males que habremos de presenciar; antes bien confortémonos en el Señor, teniendo presente que nada sucede en el mundo sin que Él lo tenga previsto y ordenado. No olvidemos que nos tiene dicho que en el mundo tendríamos persecución, más que confiemos, que Él venció al mundo; con su gracia, que no niega á nadie, todo lo podemos: recordemos que el Apóstol nos dice, que todo cede en bien de los que aman á Dios, y que el premio y galardón serán proporcionados á los méritos y trabajos de cada uno.







## CAPÍTULO SEPTIMO.

*Última época del mundo: su división en periodos:  
¿estamos ya en dicha última época?  
Orden cronológico  
de los últimos sucesos hasta el fin.*

Qué entendemos por última época del mundo.—Se divide en tres periodos.—Primer periodo:—*initia dolorum*.—Desde la apertura del sexto sello hasta la sexta corneta del sexto Ángel del Apocalipsis, ambos inclusive.—Segundo periodo:—*gran tribulación*.—Desde la séptima corneta hasta la paz de la Iglesia.—Tercer periodo:—*paz de la Iglesia*.—significado de los mil años del Apocalipsis.—Dáse cuenta detallada de esta división y se refutan las opiniones contrarias.

Cuadro cronológico de la última época del mundo.—Primer periodo: *initia dolorum*.—Sucesos que tendrán lugar en él.—Segundo periodo: *gran tribulación*.—Desde el principio del reinado de la Bestia hasta su muerte (tres años y medio).—Acontecimientos que se verificarán en este corto tiempo.—Tercer periodo: *paz de la Iglesia*.—Desde la muerte de la Bestia hasta el fin del mundo.—Sucesos que tendrán lugar.—Notas aclaratorias de estos periodos.

### §. I.

171. **M**UCHO importa á los hombres de los últimos tiempos conocer los sucesos que entonces tendrán lugar. Jesucristo nos lo dice en las siguientes palabras: *Ya veis que lo he predicho. Si pues os dijeren, hé ahí que está en el desierto, no vayais allá; mirad que está en la parte más inferior de la casa, no lo creais:*<sup>1</sup> en cuyas palabras no sólo expresa ser importante conocer estas cosas, sí que también da la razón de por qué, esto es, para no

<sup>1</sup> Matth. cap. XXIV, v. 25 y 26.

ser seducidos, antes bien, confirmarnos |más y más en la fé, al ver cumplirse al pié de la letra cuanto Él había predicho; y para que seamos prudentes; ó bien precaviendo y evitando cuanto sea posible los males, que nos esperan, ó bien preparándonos para sufrirlos y llevarlos con paciencia y resignación, haciendo frente al enemigo, antes que caer en sus manos, dejándonos resellar con su estigma de eterna reprobación. Por esto queremos reseñar aquí por su orden cronológico los sucesos más notables que tendrán lugar en la última época del mundo; no sin antes decir cuatro palabras acerca de ésta y su división en períodos.

172. Bajo el nombre de última época del mundo comprendemos todo aquel tiempo, que ha de transcurrir desde el *initia dolorum* hasta la consumación del siglo. Esta época podemos dividirla en tres períodos, á saber: *initia dolorum*, *gran tribulación* y *paz de la Iglesia*. No dudamos que pudiera hacerse otra, pero ésta tiene gran fundamento en las Sagradas Escrituras y Santos Padres.

Jesucristo nos habla de las dos primeras, cuando en S. Mateo dice: *No queráis temer: conviene que suceda todo esto (guerras, pestes, etc.) pero aún no es el fin..... todo esto no es más que el principio de los males.* <sup>1</sup> Y enseñándonos cuando hemos de temer, dice por el mismo S. Mateo: *Habrá entonces gran tribulación.* <sup>2</sup> S. Juan enuncia dichos tres períodos en el Apocalipsis: el primero desde el versículo doce del capítulo VI hasta el cap. X, exclusive, ó sea, desde la apertura del sexto sello hasta la sexta plaga significada por la sexta corneta del séptimo sello; y el segundo, desde el capítulo XI y siguientes hasta el XX, exclusive; y en éste nos habla del tercer período, ó sea, *paz de la Iglesia*, paz significada en los mil

<sup>1</sup> Matth. cap. XXIV, v. 6 y sig.

<sup>2</sup> Matth., XXIV, 21.

años, durante los que Satanás fué ligado en los abismos. Hemos de advertir, para que no se crea que estamos en contradicción ó no conformes con nosotros mismos, que en nuestra Exposición dividimos estos períodos en otra forma; allí decimos que el primer período está significado en el sexto sello, y en las palabras de Jesucristo en S. Mateo, cap. XXIV, versículo 1 hasta el 15, éste exclusive; y el segundo, en el sello séptimo del Apocalipsis, ó sea, desde el cap. VIII, exclusive, hasta el XX, exclusive, y desde el versículo 15 del citado cap. XXIV de San Mateo hasta el 29, exclusive. La razón de seguir en este Opúsculo una división de períodos diferente de la que adoptamos en la Exposición, es la de no aglomerar en el cuadro, que habremos de poner, sucesos en el segundo período, y evitar de este modo la confusión que de aquí podría originarse: y como quiera que las plagas significadas por las seis primeras cornetas son como eslabones que han de unir al *initia dolorum* con la gran tribulación, de aquí que puedan figurar indistintamente ya en el primero, ya en el segundo período de la última época del mundo.

173. Respecto de los primeros períodos no hay dificultad alguna, estando todos los Santos Padres y Expositores sagrados de acuerdo sobre el particular; no así del tercero, pues como dejamos insinuado ya en otro lugar, opinan algunos que inmediatamente después de la Bestia, ó cuarenta y cinco días después de su muerte, será la consumación y juicio universal: por lo que habremos de confirmar con razones nuestro aserto, lo que haremos primero indirectamente, refutando dichas opiniones, y después directamente, con argumentos positivos.

## §. II.

174. Los que sostienen que inmediatamente después de la muerte del Antecristo es la segunda venida del Hijo del hombre, se fundan en las siguientes palabras del Apóstol: *Y entonces se rebelará aquel inicuo, á quien el Señor Jesús matará con el espíritu de su boca, y destruirá con la ilustración de su venida.*<sup>1</sup> De cuán poco valor sea este argumento se comprenderá teniendo en cuenta que cuando el Apóstol dice que Jesucristo matará al inicuo con la ilustración de su venida, no habla de la venida de Jesucristo á juzgar á los vivos y á los muertos, sino que, cual Santiago se apareció al frente de las huestas españoles contra los moros, así Jesús aparecerá acompañado de los ejércitos celestiales contra el Antecristo y su ejército, de la cual venida habla también San Juan, cuando en el capítulo XIX del Apocalipsis, describe los dos ejércitos, el de Jesucristo y el de la Bestia, y la gran batalla que se librárá entre ellos, en la que quedarán completamente derrotados la Bestia y su ejército; y aquí nos dice que Jesucristo aparecerá montado en caballo blanco. *Y ví, dice, el cielo abierto y hé ahí un caballo blanco, y el que cabalgaba sobre él se llamaba Fiel y Veraz....., y el nombre de este, Verbo de Dios.*<sup>2</sup> Mas cuando ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos, nos le representa sentado en un trono grande y resplandeciente. *Y ví un gran trono blanco y el que estaba sentado sobre él, á cuya vista huyó la tierra y el cielo..... Y ví los muertos grandes y pequeños que estaban ante el trono, y se abrieron los libros.....*<sup>3</sup> Es, pues, á no dudar, la venida de Jesucristo, cuando quitará la vida á la Bestia, distinta de la que hará para juzgar á los vivos y á los muertos; y, por tanto, flaquea por su base la opinión que com-

1 II al Thess., II., 8.

2 Apoc., XIX, 11 y 13.

3 Apoc., XX, 11 y 13.

batimos: y esto aun concediendo que las palabras del Apóstol sobre que estriba, se hayan de entender literalmente, y que Jesucristo haya de venir en persona á derrotar al Antecristo y su ejército, y no se hayan de entender, como quieren muchos, en sentido metafórico, en cuanto que la Bestia será destruida por mandato de Jesús.

### §. III.

175. La segunda opinión, ó sea, de los que afirman que desde la muerte del Antecristo al juicio mediarán cuarenta y cinco días, tiene por fundamento las siguientes palabras de Daniel: *Y desde el tiempo en que será quitado el sacrificio perpétuo y será autorizada la abominación de la desolación, pasarán mil doscientos y noventa días. Bienaventurado el que espere y llegue á mil trescientos treinta y cinco días.*<sup>1</sup> Dicen ellos que en esta diferencia de cuarenta y cinco días entre los que reinará la Bestia y los que se han de vivir para ser bienaventurado, quiso significar Daniel el tiempo que sobrevivirá el mundo al Antecristo; más, en verdad, no vemos la razón; pues á ser cierta esta opinión, ó lo que es lo mismo, si después de cuarenta y cinco días de la muerte de la Bestia ha de ser el fin del mundo, no sabemos cómo pueden decirse bienaventurados los que vivan y esperen á mil trescientos treinta y cinco días, esto es, los que vivan y presencien la gran catástrofe del universo; antes al contrario, debieran llamarse desgraciados, toda vez que en aquellos días será tal el horror, la confusión y el espanto que se apoderará de los hombres, que despavoridos huirán á los montes para refugiarse en sus cavernas, y la muerte estará retratada en sus rostros, y se secarán de temor; por tanto, del pasaje de Daniel más bien parece deducirse que el mundo sobrevivirá algunos años á la Bestia, y que sobrevendrá una paz

<sup>1</sup> Cap., XII, 11 y 12.

octaviana, la paz que describe S. Juan en los mil años; y ésta y no otra es la razón por que Daniel llama bienaventurados á los que sobrevivan cuarenta y cinco días á la destrucción de la Bestia, porque de este modo, pasada la gran tribulación, disfrutarán y gozarán de suma paz y tranquilidad.

#### §. IV.

176. Estas dos opiniones, á mas de descansar sobre movediza arena, tienen contra sí poderosas razones; por lo que las creemos de todo punto erróneas. Es de fé que el pueblo judío se ha de convertir en los últimos tiempos, y es ciertísimo que lo harán después del reinado de la Bestia, toda vez que han de recibir á ésta como al Mesías: así lo dijo Jesucristo en estas palabras: *Yo vine en nombre de mi Padre y no me recibisteis, si otro viniere de su propia autoridad, á aquel recibireis*<sup>1</sup>: pasaje que los Santos Padres, entre los que San Juan Crisóstomo, San Cirilo, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín, San Ireneo y otros que citamos en el capítulo primero de la Primera Parte, interpretan del Antecristo. Es cierto y notorio que el pueblo judío espera al Mesías, y á un Mesías rico, potentado, y cuyo dominio se extienda de uno al otro polo, cual hemos dicho y demostrado que será el Antecristo; siguiéndose de todo esto que el pueblo judío ha de reconocer á éste como al Mesías prometido, y que solamente se convertirá y reconocerá al Hijo de María, verdadero Mesías, cuando vea el trágico y desastroso fin de la Bestia; pero el espacio de cuarenta y cinco días nos parece corto para tan gran suceso. Hemos ya dicho que los mil años del capítulo XX del Apocalipsis deben principiarse á contar desde la muerte del Antecristo; asimismo dijimos también que dichos mil años significan la duración del mundo después de la muerte y destrucción del hijo de iniquidad; y

1 Joan. V, 43.

si bien no se han de tomar en sentido literal dichos mil años, es evidente que han de significar una duración mayor de cuarenta y cinco días, y aún de siete años. Es indudable y tal hemos probado, que Gog y Magog vendrán después de la Bestia, toda vez que, según S. Juan, han de ser incitados ó movidos por Satanás no bien hayan transcurrido los mil años del reinado de los que no adoraron á la Bestia ni á su imagen. Por último, es evidente, como demostramos con argumentos intrínsecos y extrínsecos en la exposición del Apocalipsis, que tenemos escrita, y que, Dios mediante, no tardando verá la luz pública, que San Juan guarda en su Apocalipsis un orden cronológico cual puede darse y desearse en la historia mejor escrita: ahora bien, después de describirnos la muerte de la Bestia y destrucción de su ejército en el capítulo XIX, en el XX habla de los mil años y de Gog y Magog, todo lo cual prueba que, después de la Bestia, el mundo sobrevivirá algunos años, años que serán de paz para la Iglesia, y, por tanto, que se ha de dar un tercer período en la última época del mundo.

#### §. V.

177. Si estamos ó no en ésta época, nuestros lectores dirán, visto lo dicho, pues cuanto dejamos escrito hasta la fecha converge á este punto, como los rayos del Sol á su foco; y si creen que estamos ya en ella, podemos afirmar que dió principio en el siglo XVI, en el año 1517, con la herejía de Lutero.

178. En verdad, el fraile apóstata arrojó en la tierra la semilla, cuyo fruto natural son guerras, sedicciones y apostasía general, pues con su principio de protesta abrió la sima de donde emanan todos los miasmas pútridos de insubordinación, haciendo imposible todo gobierno, minan-

do la base sobre que descansa y estriba toda sociedad: el principio de protesta fué la semilla que, desarrollada con los años, produjo el venenoso árbol del liberalismo, bajo cuya sombra tan alagüeña como mortífera quieren descansar los pueblos, y no hallan sino guerras y disensiones. Asimismo, proclamando el fraile apóstata el libre examen, el espíritu privado, la razón individual como juez árbitro en las cuestiones, graduó de doctores, y, por tanto, de profetas y maestros á todos y cada uno de los hombres, abrió el pozo del grande abismo de herejías cuya boca exhala un humo tan espeso que nubla y oscurece el sol de verdad y de justicia. En una palabra, Lutero arrojó á la tierra la manzana de la discordia, inculó en la sociedad el virus ponzoñoso de guerras, disensiones, corrupción y apostasía general, y abrió la puerta á la nube de falsos profetas y predicadores que hoy inundan y corrompen el mundo con sus pestilentes doctrinas. Para convencernos de esto, bastará leer la historia del protestantismo y ver que desde entonces acá se han multiplicado y generalizado en el mundo dichos males, y como consecuencia de estos, como azotes de la ira de Dios, vienen sobre la tierra, pestes, hambres, terremotos y tempestades del cielo, constituyendo todos estos males como el estado normal del mundo; pero cuando tal suceda, dijo Jesucristo, que será el *initia dolorum*; por tanto, es indudable que el que haya puesto al mundo en estas circunstancias, habrá sido el iniciador de tal época. ¡Esta triste honra cupo al fraile apóstata!

Suponiendo que da principio la última época del mundo con la herejía de Lutero, en el año 1517, y terminando su primer período en la gran tribulación ó reinado de la Bestia, y concediendo que ya esta ha de aparecer hacia el año 1969, poco más ó menos, resulta que este primer período abraza cuatrocientos cincuenta y tantos años, de los que han

trascurrido trescientos sesenta y dos; en este caso, estaremos en la última quinta parte del *initia dolorum*, ó lo que es lo mismo, terminando este primer período y avocados á la gran tribulación; y como cada período, al aproximarse al inmediato, ha de participar mucho de éste, de aquí que parezcan sentirse ya los terribles efectos del segundo: es, pues, muy de temer que la tempestad, lejos de calmarse, arrecie de día en día, y que las olas de este soberbio mar azoten con más furia la nave de Pedro, de la que, en estas sacudidas, muchos caerán siendo arrollados por la tempestad y sumergidos en los abismos; más ella flotando y elevándose á merced de las mismas olas que la combaten, marchará con rumbo cierto y seguro á puerto de salvación, llevando á bordo los pocos escogidos, que no serán arrebatados de las manos del Señor, por fuerte que sea el huracán, antes bien en alas de éste volarán á su objeto deseado. ¡Corred, pues, enemigos implacables de Cristo y su Iglesia, volad por el anchuroso camino que habeis emprendido, desencadenad toda vuestra furia! Nada nos arredra; estamos prevenidos, sabemos ya cuanto habeis de hacer en vuestra obra destructora, y hasta el orden con que lo habeis de ejecutar; sabemos que no habreis de hacer ni un ápice más de lo que Dios ha permitido que hagais, y que todo, mal que os pese, ha de ceder á su mayor gloria. Sí, no lo dudeis; vuestras iniquidades y pecados, vuestros desórdenes han de contribuir á que brille más y más en este mundo, la omnipotencia y sabiduría divina, que de los males saca grandes bienes; y en el otro, su justicia, atributo de Dios, como la misericordia. Es ley inexorable que ni el mismo Dios puede relajar: en la creación del universo no pudo proponerse otro fin que su misma gloria, y el universo todo infaliblemente llenará este fin, aunque otra cosa se propusiera; todo él contribuirá á la mayor gloria de Dios

sin que jamás, ni por un instante siquiera, ni el hombre ni el infierno todo pueda oscurecerla, pues sería triunfar contra el Omnipotente, contra quien jamás obtendrá el menor triunfo criatura alguna, porque no hay poder ni consejo contra Dios. Corred, pues, repetimos, por el camino que habeis emprendido y á fin de que, como dijo Jesucristo á Judas, lo que habeis de hacer lo hagais luego: y lo que es más, para prevenir á los verdaderos y sinceros católicos, describiremos á grandes rasgos los sucesos más notables que tendrán lugar hasta el fin del mundo; sucesos que, si bien muchos de ellos quedan ya enunciados, queremos recojer en el siguiente cuadro sacado de las Sagradas Escrituras, cuyas palabras procuraremos conservar en él cuanto nos sea posible. Después del cuadro, para su mejor inteligencia, pondremos notas aclaratorias ó una brevísima explicación del mismo.

---

## CUADRO CRONOLÓGICO

de la

### última época del mundo.

---

#### PRIMER PERÍODO:

##### INITIA DOLORUM.

---

179. En este primer período tendrán lugar los siguientes principales sucesos: Gran número de predicadores y propagadores del error, seducen á muchos, y abundando la iniquidad se resfria la caridad; preceden, acompañan y subsi-

1 Matth., XXIV.

guen guerras, opiniones de guerra, sediciones, pestes, hambres y terremotos en distintos lugares. <sup>1</sup> Las estaciones del año vendrán confundidas, moviéndose los cielos con grande ímpetu, soplando fuertes huracanes ó ciclones y grandes tempestades atmosféricas. <sup>1</sup>

180. Los pueblos apostatarán en su generalidad separándose de la fé y buenas costumbres y rebelándose y separándose de los reyes y del Romano Pontífice. <sup>2</sup>

181. En este mismo período, avanzado ya, se inicia la abominación de la desolación en el lugar santo, en donde no debe, (en Roma); <sup>3</sup> principiando la serie de los seis reyes, precursores de la Bestia ó Antecristo. <sup>4</sup>

182. Dios en su infinita misericordia llama á los pueblos, enviándoles siete plagas, significadas en las siete cornetas ó trompetas de los capítulos VIII y IX del Apocalipsis, que consisten y vendrán en este orden: Primera, una gran tempestad de granizo y fuego mezclados con sangre, descarga sobre la tierra, con lo que la tercera parte de la tierra se abrasa y con ella la tercera parte de los árboles y toda la yerba verde: Segunda, cae en el mar como un grande monte de fuego, y la tercera parte del mar se convierte en sangre, y perece la tercera parte de las naves: Tercera, cae del cielo una grande estrella (ó meteoro) ardiendo como una tea, y cae en la tercera parte de los ríos y de los manantiales de las aguas, y el nombre de la estrella es *ajenjo* (por el efecto que ha de producir), y la tercera parte de las aguas se convierten en ajenjo (esto es, se hacen insalubres) y mueren muchos hombres á causa de las aguas, porque se hicieron amargas: Cuarta, es herida la tercera parte del Sol, la tercera parte de la Luna y la tercera parte de las estre-

1 II Petri, c. III, y Lactancio, lugar ya citado.

2 II ad Thess., II y Alápide.

3 Matth., XXIV, Marc. XIII.

4 Apoc., XVII, 9 y sig.

llas, de tal manera que se oscurecieron en su tercera parte, quedando así privado el día de la tercera parte de su luz, y lo mismo la noche. Aun esperan mayores males á los habitantes de la tierra en las tres plagas restantes: Quinta, cae una estrella del cielo en la tierra y abre el pozo del abismo (el mar) subiendo de éste un humo semejante al de un grande horno: y con el humo queda oscurecido el Sol y el aire, del humo salen langostas que tienen un poder semejante al que tienen los escorpiones; no harán daño á la yerba ni á cosa verde, ni á ningún árbol, sino solamente á los hombres que no sean hijos de Dios; mas no les matarán sino que les atormentarán por cinco meses; y el tormento que causa, es semejante al que causa el escorpión cuando pica: y tal será el dolor, que los hombres desearán morir y la muerte huirá de ellos: Sexta, reúnen gran número de tropas, líbrase una gran batalla en la que perecen la tercera parte de los hombres de la tierra.

183. Todo esto está tomado al pié de la letra de los capítulos VIII y IX del Apocalipsis. De la gran batalla significada en la sexta plaga, según nuestro humilde parecer, resultará el entronizamiento de la Bestia, que es la plaga de la séptima corneta. Á todo esto se habrá cumplido la predicación del Evangelio por todo el mundo. <sup>1</sup>—Si exceptuamos las plagas significadas en el Apocalipsis, todos los demás acontecimientos anunciados en este primer período se han cumplido en gran parte, según dejamos demostrado en los capítulos anteriores, y continuarán cumpliéndose.

---

<sup>1</sup> Matth , XXIV, 14.

## SEGUNDO PERÍODO: GRAN TRIBULACIÓN.

*Da principio en el reinado de la Bestia y termina con su muerte: comprende tres años y medio.*

184. Los hombres, no obstante las seis plagas con que fueron heridos, no hacen penitencia de sus obras, no dejan de adorar á los demonios<sup>1</sup>, por lo que el séptimo Ángel toca su trompeta, y Satanás con grande ira persigue á los hombres; la Iglesia se oculta en un lugar que le estaba preparado (como antes en las catacumbas); airado entonces el dragón, despliega toda su furia contra los cristianos que no se ocultaron, valiéndose para esto de la Bestia. Esta tiene gran poder, todo el poder de Satanás; se hace dueña del universo mundo, domina sobre todo pueblo, lengua y nación, y hace que todos lleven en el brazo ó mano derecha ó en la frente su signo ó carácter. Nótese bien signo ó carácter, que equivale al número seiscientos sesenta y seis: (cuanto hoy tiene de oscuro aparecerá claro el día que esto suceda); hará que todos adoren su imagen, persiguiendo de muerte y excluyendo de la sociedad á todo aquel que esto no haga ó no lleve su signo, y esta potestad la ejercerá por cuarenta y dos meses; hablará blasfemias blasfemando de Dios y sus santos. Tendrá un falso profeta, y así éste como ella obrarán grandes prodigios, como hacer bajar fuego del cielo y dar habla á la imagen de la Bestia (como en otro tiempo hablaron los ídolos, ya mediante el demonio, ya mediante los sacerdotes, quienes se escondían en sus cavidades) seduciendo casi á todos los hombres, á quienes hará que tengan la imagen de la Bestia y la adoren. Uno de los prodigios que hará ó aparentará hacer, será

<sup>1</sup> Apoc., IX, 20.

curar á la Bestia de una grave herida <sup>1</sup> (real, según algunos Santos Padres, fingida ó aparente, según otros). Al mismo tiempo que el Antecristo, aparecerán sobre la tierra dos testigos de Dios, y profetizarán ó predicarán por espacio de mil doscientos sesenta días, cubiertos de sacos; y si alguno quisiere matarlos, morirán heridos por el fuego que dichos testigos harán bajar del Cielo. Estos dos testigos (Elías y Henoc, según la tradición constante de la Iglesia) tienen potestad de cerrar el cielo para que no llueva, de convertir el agua en sangre, de herir á la tierra con toda suerte de plagas, siempre que quieran; esto es, de obrar milagros verdaderos, (para contradecir y oponerse á los falsos prodigios de la Bestia y su profeta). Cuando hayan terminado su predicación, ó sea, pasados los mil doscientos sesenta días (y, por tanto, poco antes de la muerte del Antecristo), éste moverá guerra contra ellos y los vencerá y les quitará la vida. Y sus cadáveres yacerán en las plazas de la grande Ciudad, que se llama místicamente Sodomá y Egipto, donde asimismo el Señor de ellos fué crucificado (Jerusalén); y serán vistos por gente de todo pueblo, lengua y nación, por espacio de tres días y medio: pues no permitirán (la Bestia y sus aliados) que se les dé sepultura: y los hombres se regocijarán con verlos muertos y harán fiesta: y se enviarán mútuos presentes ó parabienes á causa de que estos dos profetas los habían atormentado (con su predicación y plagas). Pero al cabo de tres días y medio resucitan y se alzan sobre sus piés, quedando sobrecogidos de terror cuanto los vieron. Se oirá una voz del cielo que les dice: *Subid acá*. Y subirán al cielo en una nube á vista de sus enemigos. En aquella hora se sentirá un gran terremoto que arruinará la décima parte de la Ciudad y perecerán en el terremoto siete mil personas: conviértiéndose

1 Apoc., C.IX, X. XII, XIII.

dose los demás dando gloria á Dios del Cielo. <sup>1</sup> Por este mismo tiempo, durante el reinado de la Bestia y predicación de Elías y Henoc, tienen lugar las siete plagas que son las postreras, porque en ellas se consumará la ira de Dios, significadas por las siete tazas de los siete Ángeles que vió S. Juan, las que fueron derramadas por el orden que se expresan, produciendo en los secuaces de la Bestia, y sólo en ellos, mas no en el pueblo de Dios (como en otro tiempo las plagas de Egipto) los males siguientes. Primera plaga: Úlceras crueles y malignas en los hombres, que tienen la señal de la Bestia y que adoraron su imagen. Segunda: El mar se convierte en sangre, y muere todo animal viviente en él. Tercera: Conviértense en sangre los ríos y fuentes; dando á beber sangre á los que derramaron la sangre de los Santos y de los profetas. Cuarta: El Sol afligirá con calor excesivo y extraordinario á los hombres, que blasfemarán de Dios en vez de hacer penitencia. Quinta plaga: Se hace tenebroso el reino de la Bestia, y los hombres despedazarán sus lenguas en el exceso de su dolor, blasfemando de Dios por causa de tantos dolores y llagas; mas (cual otro Faraón y Egipcios) no se arrepienten de sus obras. Sexta: Sécase el río Eufrates para abrir camino á los Reyes que han de venir del Oriente; pues el Dragón, la Bestia y su falso Profeta envían emisarios á los reyes de la tierra (tributarios ya del Antecristo) para congregarse en batalla para el día grande del Dios Todopoderoso: y los congregará á todos en un lugar llamado en hebreo Armagedon (no se sabe de cierto cual sea este lugar; unos quieren que sea en la Palestina, cerca de Jerusalén, en el valle Josafat, ó en el monte Sión, etc., otros dicen que San Juan no determina aquí el lugar y sí mas bien el nombre que recibirá por la horrible matanza y destrozo que Dios hará de los ejércitos de la Bestia, una vez

1 Apoc., c. XI., v. 3 al 13.

reunidos en el lugar que haya designado).—Quizá alguno diga que no se ve aquí plaga alguna, toda vez que no se habla más que de la reunión de los ejércitos; pero, si tiene en cuenta el fin con que Dios permite se reunan allí, que es para dejarles á todos postrados y derribados cual otro Senaquerib y su ejército por ministerio de un Ángel ó del mismo Jesucristo, como dice en la plaga siguiente, bien se echa de ver que es una de las grandes plagas.—Séptima: Gran tempestad de truenos y relámpagos, cayendo sobre los hombres granizo del grandor como de un talento, plaga en extremo grande; se siente un gran terremoto, tal y tan grande cual nunca hubo. Con lo cual la Ciudad grande se rompió en tres partes, y las ciudades de las naciones se arruinaron, y se acordará Dios de la gran Babilonia para darle el vino de la indignación de su cólera. En efecto, la Ciudad grande, Roma, que tiene imperio sobre los Reyes de la tierra, la gran meretriz con quien se amancebaron bebiendo el vino de su torpeza los habitantes de la tierra, es asolada arrasada é incendiada por diez Reyes coetáneos de la Bestia, que harán esto por odio que la tienen, permitiéndolo Dios para tomar venganza de sus iniquidades pasadas y presentes, vengar la sangre de los mártires y humillar su soberbia, y su destrucción será para no volverse á levantar. Después de este hecho, la Bestia reunida con los Reyes de la tierra y sus ejércitos coligados (á quienes citó y llamó, como dijimos, en la sexta plaga) para trabar batalla contra Jesucristo y su Iglesia, es aprendida, y con ella el falso profeta, y los dos son lanzados vivos en el estanque de fuego, y los demás son muertos al filo de espada, y las aves se hartarán de la carne de ellos, <sup>1</sup> (con lo que termina este segundo período, ó *la gran tribulación*.)=Al fin del cuadro, según prometimos, daremos algunas aclaraciones sobre lo que dejamos dicho, que sucederá en este período.

1 Apoc., XV, XVI, XVII, XVIII y XIX.

## TERCER PERÍODO

## PAZ DE LA IGLESIA.

*Da principio con la muerte del Antecristo,  
y termina con el fin del mundo.  
Sucesos que tendrán lugar.*

185. Muerta la Bestia, y postrado todo su ejército en Armagedon, visto por el pueblo judío el fin desastroso del Antecristo, á quien ellos habían recibido por el Mesías prometido, y recordando la predicación y milagros de Elías y Henoc, se convierten al Cristianismo, reconociendo á Jesús, hijo de María, como al Mesías prometido y Salvador del mundo; cayendo de sus ojos el velo, que no les permitía entender las Sagradas Escrituras, llegando aún el momento de salvarse las reliquias de Israel. Los Judíos una vez convertidos á la Iglesia de Jesucristo, dueños de los tesoros y caudales del mundo, como son hoy, y entonces los serán más, señores de los ferro-carriles y de todas las grandes empresas y compañías, darán á la Iglesia días hermosos de paz y prosperidad, paz que indica S. Juan en los mil años que dice estará ligado Satanás después de la muerte de la Bestia; <sup>1</sup> paz de que nos habla la tradición constante y universal del pueblo fiel: pero que será corta, toda vez que sabemos por las Sagradas Escrituras y Santos Padres que luego después de la gran tribulación de la muerte de la Bestia vendrá el fin. En verdad, apenas habrán trascurrido algunos años desde la muerte del Antecristo, cuando hé ahí que *Satanás será suelto de su prisión, y saldrá y engañará á las naciones, que hay sobre los cuatro ángulos del mundo, á Gog y á Magog, y los juntará para dar batalla, cuyo número es co-*

1 Apoc., XX.

*mo la arena del mar; y extendiéronse sobre la redondez de la tierra y cercan los reales de los santos y la ciudad amada. Mas Dios hace llover fuego del cielo que los consume: <sup>1</sup> y entonces el Sol se oscurecerá, la Luna no alumbrará, y las estrellas caerán del Cielo, y las virtudes de los Cielos temblarán. Entonces aparecerá en el Cielo la señal del Hijo del hombre, á cuya vista todos los pueblos de la tierra prorumpirán en llanto: y verán venir al Hijo del hombre sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. El cual enviará á sus Ángeles, que á voz de trompeta sonora congregarán á sus escogidos de las cuatro partes del mundo, desde un horizonte del Cielo hasta el otro. <sup>2</sup> El mar, pues, entrega los muertos que había en él; y la muerte y el infierno entregaron los muertos que tenían dentro. Y los muertos grandes y pequeños, aparecen ante el trono, abriéronse los libros y fueron juzgados los muertos por las cosas escritas en los libros....., y se dió á cada uno la sentencia según sus obras. <sup>3</sup>*

186. Hasta aquí los futuros sucesos de la última época del mundo, para cuya mayor inteligencia haremos algunas advertencias aunque breves, por no permitir más los estrechos límites de un opúsculo: quien desee más datos y las razones del por qué de este orden cronológico, podrá leer nuestra exposición sobre el Apocalipsis.

187. Respecto al primer período es de advertir, como queda dicho, que á medida que se aproxime al segundo ó gran tribulación participará de esta, acentuándose los males cada vez más. Las guerras, pestes, hambres, terremotos, etc., que tendrán lugar en este período, si bien serán pertinaces y constantes y muy generalizados, no obstante, no han de darse á un mismo tiempo en el mundo todo, como creen algu-

<sup>1</sup> Apoc. XX, 7. 8 y 9.

<sup>2</sup> Matth , XXIV, 29, 30 y 31.

<sup>3</sup> Apoc., XX, 12 y 13.

nos, *per loca*, dijo Jesucristo. <sup>1</sup> Las plagas significadas por las cornetas de los capítulos VIII y IX del Apocalipsis se han de entender en sentido literal, sin excluir por esto el sentido místico. La sangre en que dice venir mezclado el granizo y fuego de la primera plaga, claro está que se la llama así por el color rojo de la lluvia, lo cual no es nuevo, toda vez que en la física se habla de lo que se conoce con el nombre de lluvia de sangre, fenómeno que se ha repetido varias veces; la tercera parte de la tierra, y lo mismo de los árboles, que dice fué abrasada en esta plaga, ésta tercera parte no se ha de computar continuamente, sino en distintas partes; esto es, serán incendiados los árboles y la tierra, parte en Francia, por ejemplo, parte en España, ya en América, etc. y sumadas estas partes equivaldrán á la tercera parte de la tierra y de los árboles del mundo, que es lo que quiere significar San Juan, é importa tener presente; y lo mismo debe entenderse de las otras plagas, siempre que exprese el número de hombres ó cosas y la cantidad de tierra que fué herida. El monte grande, que en la segunda plaga cae sobre el mar, entiéndase, no un monte real y verdadero, sino como lo entiende Rivera, Alápide y otros varios Expositores, ciertas exhalaciones, muchas y grandes, unidas, que, encendidas, parecerán un monte ardiendo: será este una gran masa de materia crasa, concreta y encendida en el aire, que al caer se dividirá en varias partes, como los aerólitos, cayendo así en varios puntos del mar: el mismo San Juan insinúa ya que no es un verdadero monte y sí una cosa semejante, toda vez que dice *tamquam mons*. <sup>2</sup> Lo mismo debe entenderse de las estrellas que en la tercera y quinta plaga vió caer del cielo en los ríos y en la tierra; no son estrellas real y verdaderamente, sino grandes meteoros luminosos, que el vulgo y la generalidad de los

1 Matth., XXIV, 7.

2 Apoc., VIII, 8.

hombres creen ser verdaderos astros. Cuando en la cuarta dice que fué herida la tercera parte del Sol, de la Luna y de las estrellas, quiere significar que habrá cierta oscuridad, de suerte que el día y la noche serán la tercera parte mas oscuras que de costumbre. Es de advertir que esta oscuridad no se debe confundir con las que nos refiere San Mateo, del Sol, Luna y estrellas, ni con las tinieblas que ocuparán la tierra cuando la quinta plaga que Dios enviará sobre el reinado de la Bestia, y de que nos habla San Juán en el capítulo XVI del Apocalipsis. Las langostas, que dice saldrán del huino del abismo cuando la quinta plaga, son verdaderas langostas, aunque especiales y raras, que, saliendo del mar, se lanzarán sobre la tierra para herir á los hombres con sus mordeduras, probándolo todo por designio especial de la Providencia, como en otro tiempo las ranas, que salieron del Nilo, invadieron las casas de los egipcios; y no importa que se diga en el texto sagrado que tienen aspecto como de hombres y cabellos como de mujer, pues nada tiene esto de extraño, y basta para que se cumpla, que tengan alguna semejanza con el aspecto del hombre, pues dice el profeta de Patmos *tamquam facies hominum*<sup>1</sup>; lo que nada tiene de increíble, cuando hoy mismo conocemos animales algún tanto parecidos al hombre. Es indudable que en la sexta plaga significa San Juán una gran batalla que reñirán las naciones del mundo, como bien lo indica el número de combatientes que dice vió, y que hace ascender sólo la caballería á doscientos millones, lo que tampoco debe extrañarnos si tenemos en cuenta los ejércitos que hoy mantienen en pié las naciones, y que en nuestro humilde juicio son ya preparativos para el día de esta gran batalla, de la que opinamos<sup>2</sup> ha de resultar el entronizamiento de la Bestia ó Antecristo, con lo que termina este pri-

1 Apoc., IX, 7.

mer período y las seis primeras plagas, viniendo la séptima, que es la gran tribulación ó reinado del Antecristo.

Si bien creemos que aún no se ha cumplido ninguna de dichas plagas, por que estas se darán pocos años antes de la Bestia, como últimos avisos del cielo para que los hombres se conviertan, y de este modo eviten que venga sobre ellos la última plaga, ó sea, la gran tribulación que promoverá el Antecristo, opinamos que principiarán muy pronto á cumplirse, porque, según dijimos en el capítulo 4.º, están para terminar los acontecimientos contenidos en el sexto sello del libro visto por S. Juan, y á punto de abrirse el último sello, en cuya apertura han de tener lugar las referidas plagas.—Por tanto, vivamos prevenidos, y observemos con cuidado por que el ver que se cumplían las mencionadas plagas, serían nuevas pruebas que harían cierto ó casi cierto nuestro juicio sobre la proximidad del fin, y lo que es más, nos confirmarían más y más en la fé, que por misericordia divina profesamos, al ver cumplirse lo que tantos años há está predicho. Y para no ser engañados, no nos cansaremos de repetir que así estas plagas, anunciadas por S. Juan en el Apocalipsis, como las guerras, pestes, etc., predichas por Jesucristo en los Evangelistas, no han de ser milagrosas, sino producidas por causas naturales, aunque extraordinarias: asimismo, no olvidemos que no es necesario que se den á un mismo tiempo en todo el mundo, lo que importa tener muy presente; pues el no tener ideas claras sobre el particular, hará que muchos nó las reconozcan, aun cuando se cumplan.

188. Respecto del segundo período, ya queda indicado que la persecución que sufrirán los cristianos, será sin ejemplo en la historia, y que la Iglesia, durante los tres años y medio de la gran tribulación, desaparecerá, escondiéndose en los antros y cavernas de los montes, etc., quedan-

do en las poblaciones algunos cristianos, contra quienes desenvolverá toda su furia la Bestia. Asimismo, dejamos demostrado que los tres años y medio del reinado del Antecristo se han de entender literalmente. Nada diremos de los prodigios que así éste como su falso profeta han de obrar para seducir á las gentes, como hacer bajar fuego del cielo, hablar las estatuas etc., pues sabiendo que el Antecristo ha de tener todo el poder de Satanás, y teniendo en cuenta los sorprendentes adelantos en las ciencias naturales, como el teléfono, fonógrafo, etc., y recordando lo hecho por los magos de Faraón, no tiene por que sorprendernos. Las plagas que Dios enviará sobre la Bestia y sus secuaces, y de que nos habla San Juan en el capítulo XVI de su Apocalipsis, por más que algunos opinen otra cosa, según se deduce del mismo texto, son distintas, y tendrán lugar en distinto tiempo de las significadas por las cornetas, de las que hemos hablado en el primer período; y cómo éstas deben entenderse en sentido literal, y en ellas concurrirán, como en las de Egipto, circunstancias milagrosas, como la de herir solamente á los secuaces de la Bestia y no á los hijos de Dios. Son tantos y tan variados los sucesos que han de tener lugar en el corto espacio de tres años y medio que, si bien estamos ciertos de las cosas que sucederán, no tanto del cuándo y del cómo. Si bien sabemos que Roma ha de ser incendiada y arrasada por diez reyes coéтанos á la Bestia, no sabemos quienes serán estos, ni si la arrasarán luego, al principio del reinado de la Bestia, ó al fin, cuando sean llamados por el Antecristo, al derramar el sexto Angel su taza para reunirse en Armagedon y librar la gran batalla contra la Iglesia de Cristo, al pasar quizá por ella: nos inclinamos á esto último. Si bien creemos que la Bestia, tendrá su corte en la ciudad de los Césares, ignoramos si por mucho ó poco tiempo de su reinado. Si bien nos consta que

Elías y Henoc han de morir á manos de la Bestia, y que han de morir en Jerusalén, no sabemos si morirán treinta ó cuarenta ó más días antes de reunirse los ejércitos en Armagedon y ser allí derrotados y postrados con su jefe, el Antecristo. Ya dejamos indicado que nada hay de cierto sobre el lugar que San Juan quiso significar en la palabra Armagedon, en donde la Bestia y su profeta, vivos, serán tragados por la tierra, y los reyes y ejércitos tributarios quedarán vencidos y postrados por Jesucristo, quien, según expresa San Juan,<sup>1</sup> aparecerá montado en caballo blanco, como nos le presenta en el principio del Apocalipsis, para derribar á su último y más cruel enemigo, el Antecristo; y de este modo hacer ver que, aun en la tierra, triunfó de todos sus perseguidores, toda vez que al fin del mundo aparece montado en el mismo caballo en que se presentó cuando principió la lucha en los primeros siglos de la Iglesia.

189. Ponemos en el tercer período la conversión del pueblo judío, por mas que algunos opinen lo contrario; razones poderosas, que ya citamos en otro lugar, nos hacen tener por fundada nuestra opinión, pues el pueblo judío aún espera al Mesías; pero un Mesías rico y poderoso, cual ha de ser el Antecristo; y sólo después de ver el fin desastroso de éste, y después de la predicación de Elías y Henoc, es cuando caerá el velo que no permite al pueblo deicida reconocer á Jesús, hijo de María, por el Mesías prometido. Asimismo, ponemos en este tercer período la persecución de Gog y Magog, en lo que bien damos á conocer que les tenemos por distintos del Antecristo, lo cual dejamos ya demostrado, y creemos deducirse del mismo Apocalipsis.—Según nuestra humilde opinión, los sucesos de este tercero y último período tendrán lugar en la forma siguiente: Destruir-

1 Apoc. XIX, 11 y sig.

da la Bestia y su ejército, el pueblo judío, viendo el fin tan desastroso del que él creyó y tuvo por el Mesías, y lo que es más, iluminado y movido por los auxilios de la divina gracia, se convierte y abraza el Cristianismo. Las naciones sobrecogidas y escarmentadas por los terribles castigos del cielo, y deudoras del pueblo de Israel, quien se hará dueño, si no lo es ya, de los capitales todos y grandes empresas, le estarán subordinadas, surgiendo de aquí una paz octaviana para la Iglesia de Jesucristo, reducida entonces casi á la nación judía. Mas pasados los cortos años que durará este tercer período, las naciones querrán secudir el yugo y mando del pueblo judío, ya cristiano, repuestas de su sorpresa, y excitadas y movidas por Satanás, segunda vez suelto, <sup>1</sup> se levantarán en armas, esto es, Gog y Magog *congregados por Satanás en batalla, cuyo número es como la arena del mar, se levantarán sobre la latitud de la tierra y cercarán los campamentos de los Santos y la Ciudad amada;* <sup>2</sup> y por mas que el profeta de Patmos se limita á decirnos que los pueblos en armas cercaron á la Ciudad santa, á la Ciudad amada, á la Iglesia, creemos que en esto quiso decirnos no sólo que la cercarán, sino que la pasarán á cuchillo. La razón que tenemos para decir esto, es la siguiente: S. Juan en los versículos siguientes al en que refiere este hecho de Gog y Magog, escribe: *Y Dios hizo llover fuego del cielo, y los devoró; y el diablo que los seducía, fué enviado al estanque de fuego y azufre: en donde la Bestia y su falso profeta serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos. Y ví'un gran trono reluciente, y al que estaba sentado sobre él, á cuya vista huyó la tierra y el cielo, y no quedó nada de ellos. Y ví los muertos gandes y pequeños delante del trono, y los libros fueron abiertos; y abrióse también otro libro, que es el de la vida: y fueron juzgados*

1 Apoc., XX.

2 Ibidem, v. 7 y 8.

*los muertos por las cosas escritas en los libros, según sus obras.* <sup>1</sup> Es evidente que describe en estas palabras el fuego que ha de abrasar al mundo, poniendo fin á éste, y el juicio final en lo que significa el Profeta de Patmos que inmediatamente después de haber cercado Gog y Magog á la ciudad amada, á los Santos, es el fin del mundo: mas opinamos que, mientras haya buen número de justos en la tierra, el mundo no se concluirá: tenemos un ejemplo en el diluvio, del cual libertó Dios á los que en la tierra había: en las ciudades nefandas, sobre las que no hubiera bajado el fuego destructor, si en ellas se hubieran encontrado diez justos. Morirá, sí, mártir casi la totalidad de los últimos cristianos: lo que nada tiene de increíble, así como el que, según San Juan, sea cercada la Iglesia, si tenemos en cuenta que esta, en los últimos tiempos, estará reducida casi á solo el pueblo judío, habiendo sido desechadas por Dios las naciones. Pues así como, según el Apóstol á los Romanos, cap. XI, el pueblo judío por su incredulidad, siendo el ramo fué cortado de su tronco, dando ocasión á que el azebuche ó pueblo gentil fuera ingerto en buena oliva, así este en los últimos tiempos, por su incredulidad será cortado para dar lugar á que los ramos ó descendientes de Abrahám sean otra vez unidos á su tronco, terminando la Iglesia de Jesucristo allí donde tuvo su origen, y permitiendo Dios que todo quedase envuelto en la incredulidad, á fin de ejercitar su misericordia con todos, y para que ni Judío ni Gentil tuviera de que gloriarse, á no ser de su nada y miseria.

190. Tenemos, pues, que Satanás será dos veces desatado y saldrá del averno: una, poco antes de la Bestia, para preparar el reinado de esta, después de cuya muerte será otra vez ligado en el infierno, como refiere S. Juan en el capítulo XX; y otra, cuando Gog y Magog.

<sup>1</sup> Apoc., XX, 9 y sig.

191. Tres veces (no negamos que se reúnan más) se reunirán los ejércitos de la tierra; una, en el primer período, y de la que habla S. Juan en el capítulo IX, cuando la sexta plaga de la sexta corneta; otra, en el segundo ó gran tribulación, cuando, llamados por la Bestia, se reunirán en Armagedon, y de esta habla el profeta de Patmos en el capítulo XVI en la sexta plaga de la sexta taza; y la tercera y última, en el tercero y último período del mundo, cuando movidos por Satanás, reunidas las gentes ó naciones cerquen, á la Ciudad amada, á la Iglesia, y de esta habla en el capítulo XX.

192. Tres veces habrá señales en el Sol, la Luna y las estrellas; una, en el primer período, en la cuarta plaga de la cuarta trompeta, según el capítulo VIII del Apocalipsis; otra, en el segundo en la quinta plaga de la quinta taza, cuando, según el capítulo XVI, vers. 10, el reino de la Bestia se hará tenebroso, esto es, vendrán sobre él densas tinieblas, como las de Egipto; y tercera y última, en el último período, cuando se consuma el mundo; y de esta nos habla Jesucristo en los Evangelistas, S. Mateo y S. Marcos, capítulo XXIV y XIII, respectivamente.

193. Este es nuestro humilde parecer, y le creemos fundado en las Sagradas Escrituras, Santos Padres, Teólogos y Expositores sagrados, como Belarmino, Suárez, Cornelio Alápide, Tirini, Pastorini, S. Agustín, S. Jerónimo, S. Gregorio, S. Juan Crisóstomo, S. Ireneo, S. Cipriano, Lactancio y otros; sin embargo, no nos creemos infalibles, antes bien confesamos pública y solemnemente nuestra pequeñez, nuestra nada; pero, si nos hubiéramos equivocado, nos contentaríamos con dar en este nuestro escrito ocasión á que otro, ya por sus luces, ya por el trascurso de los años, pudiera con más acierto describir y dar á conocer al monstruo de iniquidad y sus obras, á fin de que, precavidos los hombres, no se alistén bajo su bande-

ra, si bien para conseguir esto, creemos suficiente lo que hemos escrito acerca de la Bestia. Por que después de lo dicho, ¿habrá quién desconozca al hombre de pecado, al hijo de perdición? habrá quién le siga? ¡Ah! sí que habrá; nos lo dice el profeta de Patmos, y lo dice la suma verdad, Jesucristo. ¡Le seguirán los más! y esto sucederá, porque el odio que el mundo tendrá á Cristo, será tan grande, que aborrecerá cuanto á él diga relación; y de aquí que, separando su vista de los libros santos y cerrando los oídos á la verdad, les abrirá y les convertirá á oír, á leer fábulas, novelas y periódicos.—¡Oh Dios de las misericordias! si algo valen nuestras súplicas, te pedimos y suplicamos por lo que más amas, por las llagas de tu Hijo Santísimo, en quien tienes todas tus complacencias, por la Reina de los Mártires, María inmaculada, tu criatura predilecta después de Jesús, que no sean del número de estos ningún católico, ningún Español, ninguno con quien nos liguen lazos de amistad, compañerismo y parentesco, que no sea yo; y no te pedimos por el mundo todo, por ser moralmente imposible que el mundo no os aborrezca; pero si Vos quereis *omnia sunt possibilía*. ¡Oh hombres! reflexionad un momento, pensad seriamente unos instantes sobre los tiempos que atravesamos y los que nos esperan, y no sereis seducidos con nuevas doctrinas por los falsos profetas y predicadores, por las sociedades secretas. Si estas os dijeren: *Venid con nosotros; armemos lazos al inocente, traguémosle vivo como el sepulcro traga los cádaveres, y henchiremos con todo género de riquezas y de despojos nuestras casas; unid vuestra suerte con la nuestra; una sea la bolsa de todos nosotros; no le sigais, porque sus piés corren al mal*<sup>1</sup> no las sigais, porque estas tales sociedades, como lo dice su nombre, andan en ti-

1 Prov., I., 10 al 16.

nieblas y preparan los caminos al Antecristo, y oísteis ya cual será el fin de éste y de sus aliados; fin desastroso, de eterno llanto y crujir de dientes, mientras los que permanezcan firmes, confesando á Cristo, cantarán eternas glorias.





## CAPÍTULO OCTAVO.

### *Recapitulación y conclusión.*

Apéndice: Estadística de las guerras habidas en los dos últimos siglos.—Motines y revoluciones.—Terremotos y erupciones volcánicas y calamidades principales: epidemias.

#### §. I.

194. **L**LEGÓ el momento de recoger lo que está disperso. Dice un axioma físico: *fuerzas, que separadas no lograrían una pequeña resultante, unidas pueden vencer grandes resistencias*; unamos, pues, y recopilemos cuanto hasta el presente hemos dicho.

195. En los últimos tiempos, cuando el mundo toque á su fin, habrá guerras, opiniones de guerra, motines, formidables ejércitos, pestes, hambres y terremotos en distintos lugares; la Iglesia se verá oprimida y perseguida, y odiado el nombre de Cristo, abundarán los falsos profetas y predicadores, quienes seducirán á muchos; abundará la iniquidad, y la caridad se resfriará, y todo esto será como el estado normal de los pueblos, nacerá de su misma constitución y modo de ser: el Evangelio será predicado en todo el mundo, y los hombres se entregarán á la crápula y banquetes, á los negocios seculares, vivirán en completo olvido del mal que les amenaza, y se mofarán de quien les prediga: Cuando esté próximo el fin del mundo, los pueblos apostatarán de to-

da autoridad, así espiritual como temporal, se separarán de sus reyes, Obispos y del Romano Pontífice; levantar-se han hombres amadores de sí mismos, codiciosos, altaneros, blasfemos, desobedientes, ingratos, desnaturalizados, implacables, calumniadores, disolutos, inhumanos, traidores, protervos, mas amadores de deleites que de Dios, y que, aparentando piedad, renunciarán al espíritu de esta, y resistirán á la verdad. Aproximándose el término de los tiempos, será perturbado el estado de las cosas humanas, prevaleciendo la malicia; la justicia será rara; sólo los malos serán ricos, nadie tendrá entonces sino lo mal adquirido ó defendido por la fuerza; ésta y la audacia lo poseerán todo, se confundirá todo derecho, y las leyes perecerán; no habrá pudor ni vergüenza, ni verdad ni régimen, ni seguridad, ni descanso alguno de los males; los cielos se moverán con gran ímpetu, esto es, habrá huracanes ó ciclones, tormentas, tempestades, avenidas, y las estaciones del año apenas se marcarán, viniendo confundidas, en el invierno habrá verano, y en el verano invierno: cuando el mundo toque á su ocaso, serán señalados los hijos de Dios para no ser envueltos en los castigos y plagas que azotarán á los pueblos. Satanás, saliendo del abismo por permisión divina, vagará por la tierra tentandó á los hombres por sí y ante sí, no ya sólo por sus ministros los demonios inferiores, como lo venía haciendo, sino que los tentará él mismo en persona; y Roma, separándose del Pontífice y su Dios, volverá á sus antiguas abominaciones; aparecerá el hombre de pecado, el hijo de perdición, el Antecristo, á quien Satanás dará todo su poder, á fin de que, subyugando al mundo, lo separe de Dios y le adore á él, tomando asiento y colocando en el templo su imagen, teniendo así lugar la abominación de la desolación en el lugar santo, en donde no debe. Todo esto es cierto, es de fé que ha de

suceder en los últimos tiempos; está revelado por Jesucristo, los Apóstoles y Profetas; lo enseñan los Santos Padres, Teólogos y Expositores Sagrados y la Tradición constante de la Iglesia: ahora bien, todo esto junto y separado se da hoy en el mundo.

En verdad, se sienten ya los pasos y se prepara á toda prisa el reinado del Antecristo; pues, cuando venga, ha de ser precedido de seis ó siete reyes en Roma; hará que todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, libres y esclavos, lleven en su mano derecha ó en sus frentes su signo ó carácter, y que nadie pueda comprar ni vender sino el que lleve dicho signo; cuando venga, obrará grandes prodigios, signos mendaces, hará hablar á su imagen y hará curaciones admirables, subyugará al universo mundo y reinará sobre todo pueblo, lengua y nación; su idioma será flasefemias, vomitando impropiedades contra Dios, Jesucristo y su Iglesia, y restaurará la idolatría ó demonolatría: pues bien, hoy Satanás es llevado en triunfo por calles y plazas de Roma, se le dedican himnos y es adorado por una secta antes oculta en los antros de la tierra, y hoy pública y con carta de vecindad en las naciones todas; hoy se habla el lenguaje de la Bestia, toda vez que, cual nunca, se blasfema contra todo lo santo, en el periódico, en el folleto, en la novela y en la cátedra: hoy se trata é intenta que el mundo todo constituya un solo pueblo y nación; esto propala y á esto aspira una sociedad cosmopolita, extendida por el orbe y con intervención en los gobiernos, y parece conseguir su intento, toda vez que han desaparecido los límites, usos y costumbres propios de cada nación, y hasta se proyecta que en la tierra una sea la lengua de todos los hombres; lo cual facilita y prepara el reinado del Antecristo sobre toda tribu, lengua y nación; á lo que contribuirán no poco los mismos adelantos de la ciencia, el telégrafo, ferro-ca-

rril, quizá el globo., etc.: Satanás, mediante los espiritistas, magnetizadores, sonámbulos, mesmeristas é hipnotistas, ensaya los prodigios y signos mendaces que obrará mediante el Antecristo. Existe una sociedad extendida por todo el mundo, cuyos individuos son conocidos por llevar en su brazo y mano ciertos signos y caracteres, sociedad que, apoderándose del Gobierno é influyendo en los poderes de la tierra, intenta, y no solo intenta sino que realiza el separar de las funciones públicas, de los puestos honoríficos, á todo el que no ve resellado con sus signos ó caracteres: se han dado en Roma dos reyes intrusos, anticatólicos, y todas las probabilidades están por que se dará un tercero, un cuarto y hasta un sexto usurpador de los Estados Pontificios: la abominación de la desolación se entronizó ya en las calles de la Ciudad eterna, y después penetrará en el Vaticano, tomando asiento en el lugar santo, en donde no debe. Todo esto ¿no será preparar el reinado del Antecristo? Los grandes acontecimientos buenos y malos ne se realizan de repente. Pero, si es cierto que el Antecristo llama á las puertas del mundo, no lo es menos que Roma volvió á sus antiguas abominaciones, y que está siendo el escándalo de las naciones todas, persiguiendo é insultando á su propio rey y monarca, el Pontífice, permitiendo en su seno y dando acogida y aclamando con frenesí á la secta más enemiga y contraria á la doctrina de Aquel que la eligió para cabeza de su Iglesia; secta que no oculta sus planes, que no son otros que convertir á la capital del mundo católico en centro de corrupción y apostasía: asimismo, Satanás salió ya del averno y vaga por el mundo; la Iglesia toda lo confiesa en la oración, que por mandato de su Supremo Jeraarca se recita al final de las misas: los hijos de Dios han sido señalados, ostentan en sus pechos, en sus lábaros, el Sacratísimo Corazón de Jesús; para no ser envueltos en las plagas, con que

el mundo es y será azotado, llevan la señal del Cordero, significado en aquel con cuya sangre fueron señaladas las casas de los Israelitas en Egipto, en la noche del Ángel exterminador: huracanes y revoluciones atmosféricas se cuentan por días: la apostasía ó separación de los pueblos de sus monarcas y del Romano Pontífice es evidente, cuando los pueblos se dicen soberanos, y el Romano Pontífice se vé despojado de su poder temporal, y en lo espiritual apenas respetado y obedecido por un puñado de fieles; sus decretos y decisiones puestos en tela de juicio aun por muchos que se dicen católicos. Los hombres de hoy somos soberbios, desobedientes, inhumanos, amadores de deleites más que de Dios, etc.; díganlo los teatros, casinos, cafés, fondas, saraos: díganlo los suicidios, parricidios, asesinatos, etc. etc., que continuamente se perpetran. Hoy impera la fuerza, los cañones y ametralladoras; no se reconoce otro derecho ni más ley que la de los hechos consumados, la de la moral universal: y la riqueza está en poder del usurero: nunca se creyó el hombre inmortal sobre la tierra ni vivió tan olvidado de su propia muerte cuanto mas del fin del mundo, como en nuestros días: la voz del misionero apostólico sonó ya en los cuatro ángulos de la tierra: la corrupción y apostasía lo invaden todo; el mundo separándose de Jesucristo y su doctrina, se precipita, y con movimiento acelerado retrocede á los errores y abominaciones del paganismo, merced al racionalismo y liberalismo que se ha infiltrado en las sociedades todas y circula por las venas de los pueblos y naciones, constituyendo su modo de ser y su principio vivificador, que mejor diremos destructor, y de aquí que abundando la iniquidad, se ha resfriado la caridad. El corazón del hombre se ha materializado: tener para gozar, éste es su lema, y en verdad que lo acreditan todas sus obras. Hoy absorben por completo la vida del hombre las grandes empresas, el comercio, la industria, el juego de

bolsa, ferro-carriles, los recreos y pasatiempos: la Iglesia es perseguida, y odiado el nombre de Cristo; «La Iglesia, en expresión de su supremo Jerarca, su acción en el mundo, su sacerdocio, sus enseñanzas, sus sagrados derechos, son por do quier, y en Italia y en Roma más que en ninguna otra parte, combatidos, hollados y arrojados de la vida social por todos los medios de que dispone el poder humano y la mas refinada astucia. Todas las instituciones católicas, en su prodigiosa variedad, desde las que tienen por principal objeto la propagación y conservación de la fé, hasta las que se destinan á aliviar los numerosos males que la humanidad padece, todas son blanco de sus ataques, que se encaminan á apoderarse de ellas y privarlas de su carácter religioso y cristiano..... Y nada exageraríamos si añadiésemos que esta guerra está movida directamente contra Dios, contra quien la humana razón se ha revelado temerariamente, y á quien provoca, en cierto modo, á entrar en lid. Esta diabólica audacia, impotente contra Dios y su Cristo, desahoga su odio profundo y su furor satánico en la Iglesia de Jesucristo, y en los hijos de la Iglesia. Esta es una lucha violenta, encarnizada, en que nada se perdona, y que tiende á conmover, y si posible fuera, á destruir hasta en sus cimientos, la obra divina de nuestro Redentor.»<sup>1</sup> Desde Lutero hasta nuestros días ha sido derramada la sangre de miles de cristianos, y son acusados ante los tribunales civiles no sólo los simples fieles de Cristo, sino hasta los príncipes de la Iglesia, los Sres. Obispos, y esto en naciones que se dicen católicas y cristianísimas. No hay en el mundo nación alguna que en su totalidad se diga católica, y que abiertamente se declare protectora del reinado de Cristo y su Iglesia; al contrario, todas ellas, ya de un modo, ya de otro, la presentan obstáculos y estrechan de día en

1. Alocución de 24 Dic. 1880.

día su círculo de acción, y se han apoderado de sus bienes y riquezas, haciendo así depender de ellas sus templos y el esplendor del culto externo, que pueden, por tanto, abolir de un solo plumazo negándose á pagar lo que de rigurosa usticia deben, al culto y clero.

Cuéntense, si es posible, el número de periódicos, folletos y novelas impías que, cual torrente, cruzan, en alas del vapor, la tierra, y penetran hasta en el último rincón, invadiéndolo todo, multiplicándose cada vez más los predicadores y falsos profetas: guerras, pestes, hambres, terremotos, confusión de las estaciones del año, cosas son estas que pasan á nuestra vista; por desgracia somos los víctimas de tantas calamidades, calamidades que se suceden sin tregua ni descanso; apenas nos deja una, cuando aparece otra; no ha cesado el trancazo, dengue, influenza, y ya se nos habla del cólera; calamidades que, á más de pertinaces y múltiples se extienden por el universo mundo con rapidez asombrosa, y no solamente por el universo mundo, sino por todos los pueblos de las naciones todas, y no solamente por todos los pueblos, sino casi por todas las casas por todos los individuos de cada casa; testigo el trancazo; calamidades, en fin, que indican ser las que Jesucristo dió como señales del gran cataclismo. En una palabra, existen y se dan hoy y años há guerras, opiniones de guerra, sediciones, pestes, hambres, terremotos, ciclones, confusión de las estaciones del año, revoluciones atmosféricas y terrores del cielo, persecución de la Iglesia, falsos profetas y predicadores, gran corrupción de ideas y de costumbres, resfriamiento de la caridad, apostasía de la fé y separación de los pueblos de sus Reyes y del Romano Pontífice; el Evangelio se ha predicado á toda criatura; han sido señalados los hijos de Dios; Satanás vaga por el mundo, y los hombres, olvidados de su fin, pasan la vida en orgías y bacanales; Roma está casi pa-

ganizada, y el Antecristo llama á las puertas del mundo: todas estas cosas señales son del fin del mundo, dadas por Jesucristo, los Apóstoles y Profetas, enseñadas por los Santos Padres, Teólogos y Expositores sagrados y creidas por la Iglesia universal. Á mas de esto, hay una opinión, la de los Talmudistas, muy acreditada, según la que el mundo tendrá de existencia unos ciento diez años próximamente, ciento diez años vivirá, atendido al número de Pontífices que restan, según la profecía de S. Malaquías: y según Melania, pastorcita de la Saleta, el Antecristo aparecerá sobre la tierra hácia el año mil novecientos sesenta y tantos; por entonces ha de aparecer, según el cómputo que hicimos de los reyes precursores del Antecristo en Roma. Há cinco siglos que un hombre se dijo el Ángel del Apocalipsis, encargado de anunciar al mundo su próxima ruina, y lo acreditó con milagros, se llamaba Vicente Ferrer; y la Iglesia le adora en sus altares, y le llama el Ángel del Apocalipsis. Hay una revelación particular hecha á Sta. Gertrudis, en la que se dice que Dios reservaba el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús para los últimos días. Asimismo, escritores varios presienten y afirman que el mundo toca á su ocaso, y en verdad, el mundo parece que (permítase la expresión) chochea de viejo.

Después, y á vista de todo esto, ¿podrá decirse iluso y temerario quien crea y afirme que estamos en pleno *initia dolorum*, y en vísperas de la gran tribulación? Que se diera una que otra de las cosas anunciadas como señales del fin del mundo, nada tendría de extraño ni de particular; pero que se den á la vez tantas como quedan enunciadas, ¿no será prueba suficiente de que estos nuestros tiempos son los predichos como los últimos del mundo? Creemos y juzgamos que sí: y tan convencidos estamos de esto, que sólo nos haría retractar este nuestro juicio una de estas dos cosas, ó el fallo del maestro infalible, diciendo que entendíamos é interpretábamos mal los pasajes de la sagrada Escritura y los

testimonios de Santos Padres, Teólogos y Expositores sagrados sobre que basábamos nuestros argumentos, ó el ver que cambiaba el orden de cosas existentes en el mundo; el ver que pueblos y naciones retrocedían en los caminos por que hoy se precipitan, variando de legislación, costumbres y modo de ser. Mientras no se dé una de estas dos cosas, continuaremos creyendo y afirmando que el mundo toca á su ocaso, y que, en expresión del ilustre Conde de Maitre, corremos con increíble velocidad al fin del mundo.

Consuélate, consuélate, alma mía, consuélate y no olvides esto en el día, en el momento terrible, en que por decreto ineludible del Omnipotente, tengas que separarte de este tu compañero, el cuerpo, con quien tantos años viviste en estrecha amistad é íntima unión, compartiendo con él tus alegrías, tristezas y pesares. Consuélate, porque la separación quizá sea muy breve, de pocos años, quizá tengas tu misma que romper el sello que cierre la estrecha casa, la última morada, el sepulcro, que los hombres le depararon, para volverte á unir á él: porque el día de la resurrección general está muy próximo. Parecen oirse ya los ecos de la trompeta del Angel que llama á los muertos, y el ruido de los huesos áridos y dispersos por el campo de Babilonia, que á la voz del Omnipotente se ponen en movimiento, y buscándose los unos á los otros, se unen y ocupan su puesto, tornando á ser propia mansión del alma que un tiempo les animó: se aproxima el día de espanto y de terror para la muerte, al ver cuan en vano trabajó y se afaná segando la vida del hombre: sí, la muerte quedará vencida, su victoria se convertirá en completa derrota, y muy pronto, porque el día del Señor se acerca; próximo está el día de la restauración universal; pronto habrá cielos nuevos y tierra nueva, porque, si estos nuestros tiempos no fueran los últimos del mundo, dígasenos; cuando lleguen (porque han de llegar) ¿le serán mas parecidos.....?

Antes de terminar, cuatro palabras, que quisiéramos llegasen á las madres de familia, porque á éstas van dirigidas. Si estos nuestros tiempos son los últimos del mundo, vuestros hijos y vuestros nietos, madres de familia, corren grandísimo peligro de perderse; verán marchar en triunfo al vicio y á la maldad; verán al Antecristo obrar casi milagros hasta aparentar resucitar muertos, y dar habla á las estatuas: verán las riquezas, el esplendor y placeres en que abundarán y nadarán los malos, mientras son humillados, abatidos y perseguidos de muerte, los siervos de Cristo, la Iglesia, quien será reducida á tal extremo de pobreza, que, ni templos, ni altares tendrá en que ofrecer el *juge sacrificium*, el Santo Sacrificio de la Misa, ni entonar los himnos y cánticos de alabanza á su Dios y Señor, viéndose precisada, como en los primeros tiempos, á hacer esto en las cavernas, grutas y casas particulares, cesando así todo el esplendor del culto católico; y cuando tal vean, ¿qué podrá contenerles en el servicio de Dios nuestro Señor y en la práctica de las virtudes? ¿Qué impedirá que no sean arrastrados por la gran corriente y persecución sin igual que han de sufrir? Después de la gracia de Dios, cremos que solo podrá contenerles el recuerdo de la madre; porque el recuerdo de la Madre es fuerte como el amor. ¡Oh, que son muy dulces y tiernas, se graban fuertemente en el corazón del hijo las palabras que la madre le dirige cuando le estrecha contra sus pechos y le mece en su regazo! ¡Cuántos se han contenido en el servicio de Dios, nuestro Señor, ó vuelto al redil de la Iglesia, recordando los saludables consejos de su tierna Madre! Hoy mismo tenemos un ejemplo de esto, y que no queremos pasar en silencio, ya por venir al caso, ya por contener doctrinas que pudieran ser útiles á algunos: ejemplo que copiamos del MOVIMIENTO CATÓLICO, 4 de Febrero de este año, referente á un sujeto conocidísimo en la Ciudad de Murcia, individuo que fué de la Sociedad secreta,

grado 33, y que convertido, escribió á dos hijos suyos, la siguiente carta: «Mis queridos hijos, Pascual y Enrique: á nadie puedo comunicar con tanto motivo como á vosotros las extremas resoluciones de mi espíritu. Ved aquí la más importante de toda mi vida: «Vuelvo decididamente al seno de la Iglesia, mi primera madre, con aquella disposición de ánimo que llevaba el hijo pródigo al arrojarse á los piés de su padre pidiéndole misericordia y perdón.» Mis sentimientos de adoración á Jesucristo y la venerada memoria de mi madre me retenían en las cercanías de esa Iglesia. La muerte de una hija me hace entrar en ella arrasrado por secreta é irresistible atracción. Decidme si puede ser vano é injustificado este regreso á que unidamente me conducen Jesucristo, mi madre y mi hija. ¿Qué filosofía, qué ciencia ó qué bandera de cuantas hay en el mundo pueden ejercer sobre mi corazón el influjo que ejercen estos tres espíritus tan adorables para mí, adorables por la más profunda ley de mi naturaleza?

»Vosotros querreis que yo me salve. ¿Y existe en la sociedad ó en el universo quien me ofrezca la salvacion que me ofrece Jesucristo? ¡Mísero cielo el de otras religiones! ¡Triste destino el que me dan los sistemas inventados contra Cristo! Elegid para mí el mejor destino después de esta vida. Venid el día de mi muerte al lado de mis restos, y pronunciad adónde deseáis que pase mi alma. No puedo dudar; deseareis que vaya al cielo. Hay, pues, que tomar el camino, y no hay más camino que la Iglesia, porque es el que quedó instituido en el principio, sin que haya venido Cristo después á instituirnos otro.

»Las objeciones en contrario deben de ser debilidades ó rebeldías de nuestro espíritu. Se dice, por ejemplo, que algunos de los hombres que componen la Iglesia docente adolecen de miserias y contradicciones, que no tendrían si con efecto ejercieran misión divina. No es esto una razón; porque

el divino Fundador no rechazó á Pedro por débil, ni á Tomás por incrédulo. Les reprendió su falta, pero no les retiró la misión que les había dado. No los hizo ¡impecables, sino repartidores de los bienes que nos legó en su testamento. ¿Y qué sin razón no será la nuestra si no seguimos al Salvador porque entre Él y nosotros se interponen algunos ministros que son pecadores? Esto valdría tanto como no seguirlo, porque esos mismos ministros padecen las enfermedades que todos padecemos: pues la enfermedad y el pecado son iguales en su naturaleza y origen, sin más diferencia que pertenecer la enfermedad al cuerpo y el pecado al alma. El Médico infalible del alma es Jesucristo. Él me envía la medicina que necesito. Para aceptarla ó rechazarla, ¿he de atender á la salud ó enfermedad del que me la trae? ¿Por ventura, si este se encuentra enfermo, pierde la medicina de que es portador su virtud intrínseca? No seamos insensatos.

»Las demás objeciones son tan vanas como ésta. La verdadera Iglesia, la Iglesia de la fé y de la caridad, la Iglesia en que los hombres se salvan, no es enemiga de las ciencias, ni del progreso, ni de la libertad, ni de ninguno de los movimientos y empresas del espíritu humano. La prueba de ello es que todo esto se ha desenvuelto y realizado hasta hace poco bajo su dirección ó bajo su patrocinio. Lo que ha sucedido es que ha habido hombres, y en seguida partidos, y en seguida revoluciones que han procedido á conquistar esos bienes, no ya en emancipación, sino en guerra abierta contra Cristo. Y ved cómo por esta causa todos los adelantos, buenos en sí, son como conflagraciones de espantosos problemas y terribles amenazas. Las mejoras son mejoras, pero dentro de ellas hierven las iras del mal. Para convertirlas en fuente purísima de bien, no hay más que llevar á su fondo el espíritu cristiano, porque Cristo es el único que ha dado las reglas para convertir todo mal en todo bien. Yo sé que

la vida moderna ha de ser deshaciada por la experiencia, y entonces se convertirán todos los hombres, como yo me convierto ahora.

»Si aun después de estas reflexiones y otras muchas que me hago, todavía me quedara alguna resistencia, la tengo por achaque de mi vida, y es muy grato para mí venir á rendirla al pié de la Cruz. En esta ara quiero sacrificar mi responsabilidad de muchos años, porque sé que de este sacrificio he de renacer fuerte, feliz é inmortal. Á él va el hombre, hijo de la naturaleza y del siglo; de él saldrá el verdadero cristiano, hijo de Dios y de la redención.

»Consuelo dulcísimo y gloriosa promesa esta que se cumple en mí, al servirme la muerte de una hija para encontrar á Dios. Milagro cristiano, como el de la conversión del agua en vino, es esta otra conversión más interesante del dolor y la desgracia en salvación y dicha. Cuando la muerte instantánea de la hija de mi alma me hunde en un abismo y el mundo nada puede hacer por mí, de las doctrinas de la Iglesia desciende una muy brillante, me saca del abismo y me presta alas para volar á mi Criador. «Ya no hay muerte, todo es vida», exclamo yo, como el hosanna más alegre de mi alma.

»Yo, por otra parte, no puedo mirar á mi madre, y tengo que mirarla, porque la llevo en el corazón, sin cumplir el encargo que me dió en su agonía, el cual misteriosamente me recuerda con mucha energía mi hija muerta. Me encargó que fuera cristiano. Y ved aquí de qué manera los muertos vienen á dar vida eterna á los vivos. ¿Dónde más que en la Iglesia podré yo encontrar este aumento de intimidad y trato, este abrazo indisoluble con mi hija y con mi madre después de muertas?

»Hijos míos, voy á confesar y á comulgar; voy á poner mi vida pasada al pié de la Cruz, y en seguida á asistir á la última cena de Cristo. De estos actos, que deciden de la sue-

te eterna de vuestro padre, deseo vivamente que seáis testigos, para que guardéis esta memoria de mí y la tengáis presente después de mi muerte.

»Estaréis conformes; pero declaradme esta conformidad, y decidme qué sentís en vuestro corazón al anunciaros este movimiento de mi espíritu, el cual ejecuto después de experimentado todo y de comparar y apreciar cuanto he visto en el mundo.

»Vuestro padre, *Pascual*.»

¡Oh madres de familia! Por el grande amor que profesais al fruto de vuestras entrañas, os suplicamos que no perdoneis medio ni ocasión de inculcar á vuestros hijos las máximas religiosas y el amor á la virtud; esto siempre fué necesario, pero hoy más que nunca, si vuestros hijos han de hacer frente á la gran tribulación y perseverar en el amor santo de Dios; y repetimos que para conseguir esto, después de los auxilios de la gracia, nada servirá tanto como vuestro recuerdo, como el traer á la memoria vuestros sanos consejos; lo acabais de ver en el ejemplo citado, y al tenor de este, pudiéramos citaros otros muchos, si no temiéramos separarnos algún tanto de nuestro objeto, y si no fuera tiempo de terminar este humilde trabajo:—Sí, aunque la pluma se resiste á ello por parecerle aun no bien ponderados los males que nos esperan, y lo muy prevenidos que debemos vivir, concluyamos ya; y ¿con qué otras palabras podremos terminar mejor que con las que el Profeta de los últimos tiempos termina su Apocalipsis?

197. *El tiempo está cerca; el que daña, dañe aún: y el que está sucio, prosiga ensuciándose: y el que es justo, justifíquese más y más: y el santo más y más se santifique: y dijo el que estaba sentado en el trono: Mirad que vengo luego y traigo conmigo mi galardón, para recompensar á cada uno según sus obras. Yo soy el Alpha y la Omega, el primero y el último, el prin-*

*cipio y el fin. Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero: para tener derecho al árbol de la vida y á entrar por las puertas de la ciudad. Ciudad santa que tiene la claridad de Dios: cuya luz es semejante á una piedra preciosa, trasparente como cristal.....; la estructura de su muro, de piedra de jaspe: y la misma Ciudad oro puro, semejante á un vidrio sin mancha. Sus muros están adornados con toda suerte de piedras preciosas.....; sus puertas son de perlas; su pavimento oro puro y trasparente como el cristal....., y la Ciudad no necesita sol ni luna que alumbren en ella: porque la claridad de Dios la ilumina, y su lumbrera es el Cordero. Sus puertas no se cerrarán al fin de cada día: porque no habrá allí noche..... En ella un río de agua de vida, claro como un cristal, que mana del solio de Dios y del Cordero. En medio de la plaza de la Ciudad y de la una y otra parte del río, está el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada mes su fruto, y las hojas del árbol sanan á las gentes. Allí no habrá jamás maldición alguna, ni llanto, ni alarido, ni habrá más dolor, sino que Dios y el Cordero estarán de asiento en ella y verán su cara. El que venciere, poseerá estas cosas. No entrará en esta ciudad cosa sucia ni quien cometa abominación y falsedad, sino solamente los que se hallan escritos en el libro de la vida del Cordero. <sup>1</sup> Ciudad santa! patria querida! ¿quién me diera ser tu ciudadano? ¿quién me diera vencer á la Bestia y sus aliados y lavar mis vestiduras en la sangre del Cordero, y de este modo entrar á disfrutar de dicha tanta? ¿quién sino Vos, Reina, Emperatriz y puerta de ciudad tan bella, puede alcanzarme tal gracia? ¿quién sino Vos, Madre mía amantísima? Sí, en tí confío, en tí espero, y por lo que más amas, te su-*

1 Apoc., XXI, XXII.

plico que desde el alto trono que ocupas en esa mística ciudad, bendigas este mi pequeño trabajo, que te consagro, á fin de que sirva á la mayor honra y gloria de Dios, tuya, de tu casto esposo, José, del Profeta de Patmos, y á la salvación de muchas almas, especialmente de la mía, de mi familia, de mis amigos y compañeros, de la España toda, y, si es posible, de todos los hombres. ¡Oh Señora! si tal hicieras, como espero firmemente, á las piedras preciosas que adornan tu bella corona, añadirás una más, y valiosísima; y nosotros en tu honor, en el de tu hijo santísimo y en el de la Trinidad beatífica entonaremos himnos de alabanza sempiterna. Fiat, fiat.

ANDRÉS BENGOT  
ABOGADO  
SANTANDER





## APÉNDICE.

### CUADRO

*de las principales guerras, revoluciones,  
terremotos y calamidades. (a)*

#### *Guerras en el presente siglo.*

<u>Años.</u>	
1800	Guerra de Austria, Inglaterra y Estados Alemanes con Francia.
1801	Id. de Inglaterra con Dinamarca, Suecia y Rusia.— Id. de España y Francia con Portugal.—Id. de Egipto, entre Francia, Turquía, Inglaterra y Egipto.
1802	Guerra de Francia con Suiza.—Id. de Francia con Sto. Domingo.
1803	Guerra de Francia con Inglaterra y Hannover.
1805	Guerra de Francia con Austria.—Id. con Rusia.— Id. de Francia y España con Inglaterra.—Id. de Rusia en Persia.
1806	Guerra de Francia en Prusia y Sajonia.—Id. con Rusia.

(a) Esta estadística nos fué proporcionada por el estudioso é ilustrado Médico del Excmo. Cabildo Catedral y Seminario, D. Eduardo Aragón Obejero, quien, al preguntarle cómo podríamos adquirir estos datos, tomó á su cargo facilitarnos los trabajos.

- 
- 1807 Guerra de Inglaterra con Dinamarca.—Id. de Rusia con Inglaterra.—De Inglaterra con casi toda Europa.—De Francia con Portugal.—De Rusia con Turquía.—De Francia con Prusia.—De Inglaterra en Egipto.
- 1808 Guerra de Francia con España.—De Francia con Inglaterra.—Id. de Siam y Birmania.
- 1809 Guerra de Francia con Austria.—Id. con España.—Id. con Inglaterra.
- 1810 Guerra de Francia con España é Inglaterra.
- 1811 Guerra de Francia con España é Inglaterra.—Id. de independencia de Venezuela, Confederación Argentina y Chile, con España.
- 1812 Guerra de Francia con Suecia.—De Francia con Rusia.—De Rusia con Persia.—De Rusia con Turquía.
- 1813 Guerra de Francia con Rusia y Prusia.—Id. con Austria.—Id. de independencia del Paraguay con España.
- 1814 Guerra de Francia con Prusia, Rusia, Austria y Estados Alemanes.—De Rusia con Persia.
- 1815 Guerra de Francia con Inglaterra, Alemania y Prusia.—Id. de independencia de Colombia con España.
- 1816 Guerra de Inglaterra y Argelia.
- 1818 Guerra de Inglaterra en la India.—De Egipto con Arabia.
- 1819 Guerra entre España y los Estados Unidos.
- 1820 Guerra de independencia del Ecuador con España.
- 1821 Guerra de independencia de Bolivia, Sto. Domingo, Guatemala y Perú con España.—Id. de Turquía con Grecia.—De España con Méjico.
- 1823 Guerra de Francia con España.
- 1824 Guerra entre Birmania é Inglaterra.
- 1825 Guerra entre la República Argentina y el Brasil.—Id. de Turquía y Egipto con Grecia.

- 
- 1827 Guerra de Turquía con Grecia, Inglaterra, Francia y Rusia.
- 1828 Guerra de Rusia con Persia.
- 1829 Guerra de Rusia con Turquía.
- 1830 Guerra de Francia con Argelia.
- 1831 Guerra entre Bélgica y Holanda.
- 1834 Primera guerra civil en España.
- 1840 Guerra de Inglaterra con China.—Id. de Francia con Sto. Domingo.
- 1842 Guerra de Inglaterra con China.
- 1846 Guerra entre Méjico y los Estados Unidos.
- 1847 Guerra de España é Inglaterra con Portugal.—Id. de Francia en Argelia.
- 1849 Guerra de España, Francia y Nápoles contra Roma sublevada.—Id. de Austria con el Piamonte.—Idem de Dinamarca y Prusia.
- 1850 Guerra de Inglaterra en la India.
- 1852 Guerra de Prusia y Austria con Dinamarca.—Id. de Inglaterra en la India.—Id. del Montenegro con Turquía.
- 1856 Guerra de Inglaterra, Francia y Turquía con Rusia.
- 1857 Guerra de Inglaterra con la India.
- 1858 Guerra de Francia y España con Cochinchina.—Id. de Inglaterra en la India.
- 1859 Guerra de Francia é Italia con Austria.—Id. de Inglaterra con China.
- 1860 Guerra del Piamonte con Nápoles.—Id. del Piamonte con los Estados Pontificios.—Id. de España con Marruecos.
- 1861 Guerra de Inglaterra, Francia y España con Méjico, en Sto. Domingo.
- 1864 Guerra entre el Perú y España.—Id. entre Dinamarca y Prusia.

- 1865 Guerra de Francia con Méjico.—Id. entre la República Argentina y el Paraguay.  
 1866 Guerra de Austria y Prusia.—Id. de Prusia y Hannover.—Id. de Italia en Austria.  
 1868 Guerra de España en Cuba.  
 1870 Guerra entre Francia y Prusia.—Id. del Piamonte contra Roma.

Esta nota ó cuadro no puede comprender ni con mucho todas las guerras en todo el mundo en el presente siglo hasta el año 1870; ha habido muchas más, y tampoco han faltado desde dicho año en adelante. Algunas de estas guerras fueron breves, como la de Francia á España en 1823; pero la mayoría han sido de varios años de duración, aunque solo se suele citar un año. Los datos están tomados de Oncken, Rubió y otros Historiadores.

### *Motines y revoluciones.*

- 1801 Motín en Valencia y su reino.  
 1808 Id. en Aranjuez contra Godoy, y en Madrid consecuencia del de Aranjuez.  
 1819 Conspiración militar en Valencia.  
 1820 Sublevación militar en las Cabezas de San Juan. Idem en la Coruña, Ferrol, Vigo, Zaragoza, Barcelona, Pamplona, Cadiz y otras poblaciones.  
 1821 Motín republicano en Málaga y en Madrid, Granada, Valencia, Zaragoza, Sevilla y Cadiz: esto en Enero y Febrero: y en Noviembre del mismo año motín, en la Coruña, Cartagena, Murcia y Valencia.  
 1822 Motín en Pamplona, Cartagena y Barcelona, Valencia, Madrid y Castro del Rio.  
 1824 Sublevación en Tarifa.  
 1825 Sublevación cerca de Madrid.  
 1827 Sublevación en Cataluña.

- 
- 1830 Sublevaciones en varios puntos de España.
- 1831 Sublevación en San Fernando y otros puntos de Andalucía.
- 1833 Sublevación en Talavera de la Reina, Bilbao, Guipúzcoa, Alava, Navarra, la Rioja y varios otros puntos de España.
- 1834 Motín en Madrid.
- 1835 Motín en Madrid, Málaga, Zaragoza, Murcia, Reus, Barcelona, Sabadell, Mataró, Tarragona.
- 1836 Motín en Madrid, Valladolid, Salamanca, Málaga, Cádiz, Sevilla, Utrera y otras muchas provincias de España.
- 1840 Motín en Madrid y otros varios puntos.
- 1841 Sublevación en Madrid, Pamplona, Vitoria, Bilbao, Zamora y Zaragoza.
- 1842 Sublevación de Barcelona.
- 1843 Sublevación en Málaga y Granada, que se extendió á toda España, menos en Madrid, Cádiz y Zaragoza.
- 1844 Sublevación de Alicante y Cartagena.
- 1845 Sublevación de los valles de Flechó y Ansó, Barcelona, Gerona, Figueras, Zaragoza, León, Sevilla y Almería.
- 1846 Sublevación en Galicia.
- 1848 Sublevaciones y motines en Madrid, y sublevaciones en Cataluña.
- 1854 Sublevación en Madrid y Zaragoza.
- 1856 Sublevación en Madrid, Valencia, Valladolid, Sevilla y otros puntos.
- 1860 Sublevación en Loja y en San Carlos de la Rápita.
- 1864 Conatos de sublevación en Madrid.
- 1866 Sublevación de Prim, y de Madrid algunos meses después.
- 1868 Sublevación de Septiembre, y desde esta fecha siguió un número grandísimo de motines y sublevaciones.

Estas notas están tomadas de la Historia de Lafuente, Zamora, Pirala, Bermejo y Ramírez. Y no necesitamos advertir que se limitan solo á España.

## Terremotos y erupciones volcánicas. Calamidades.

- 1730-31 Violentos terremotos en Chile (*Geog. de Miranda, de Maria, Cruz, V. Chile, p. 991*).
- 1737 Erupción del Vesubio, que arrojó 8.879,383 piés cúbicos de lava (*Serao; Descripción del Vesubio, Geol., p. 174*).
- 1741 Erupción del Cotopaxi que mató unas mil personas. (*Tejera, Repúblicas Colombianas; Geog., p. 834*).
- 1746 Terremoto que destruyó la ciudad de Lima, y se sintió en Trujillo y otros puntos. (*Vilanova y Piera Geol. especulativa, p. 834*).
- 1755 Terremoto en Lisboa que llegó hasta la Laponia y la Martinica y se dejó sentir en dirección de la Groelandia, en África y en toda Europa (*Geol. de Beudant, miembro del Inst. de Francia, p. 388*).
- 1757 Se presentó en una sola noche, en la llanura del Jorullo (*Méjico*) un volcán de 1300 metros de altura y más de 2000 bocas que aún humean (*Méjico por García Cuevas, Geog. p. 667*).
- 1759 Terremoto en Mechoacam que dió lugar en una sola noche á la formación de un volcán y seis grandes cerros, uno de mas de 500 metros de alto: esto en un terreno llano y cultivado (*Geol. de Beudant p. 381*). En el mismo año, terremoto en el valle de Baalbek, que ocasionó la muerte de 20.000 personas y grandes estragos (*Geog. de Malte Brun, Vivien, etc., Asia, p. 580*).

- 1768 Erupción del Cotopaxi, que hizo el día noche por la gran cantidad de cenizas vomitadas (*Tejera, Rep. Colum., p. 834*).
1770. Apareció en América el volcán de Yxalco en el sitio de una hacienda, volcán que hoy se eleva á la altura de 4973 metros, (*Geog. de Malte Brun etc., tomo II, p. 732*). Después de este volcán, el de Sta. Ana de 6,600 pies de altura y una base de diez leguas, que estando como apagado, ha empezado á echar humo, secando la vegetación de sus contornos (*Nota anterior*).
- 1772 Se sepultó el volcán de Papandayan, Java, arrastrando consigo cuarenta aldeas (*Geol. de Beudant p. 400*).
- 1773 Terremoto que arruinó á Guatemala (*Geol. de Malte Brun, etc. tomo II, p. 721*).
- 1774 Erupción del Cotopaxi, cuyos ruidos se oyeron á distancia de 800 kilómetros. (*Tejera, R. C. Geog. p. 834*).
- 1778 Terremoto que arruinó á Lepo (*Malte Brun, t. I, p. 580*).
- 1783 Erupción del Chaptar-Jokul que cubrió con sus materiales un espacio de 70 leguas cuadradas (*Geog. Vilanova, p. 174*). El mismo año, terremoto en Alepo, Trípoli y el Líbano (*Malte Brun, t. I p. 580*) En el mismo año, terremoto, en Calabria que trastornó por completo el país, cambió el curso de los ríos, se abrieron grietas en la tierra de 150 metros de ancho, que algunas se volvieron á cerrar, se hundieron terrenos repentinamente, y se abrieron abismos, y fueron sepultados varios pueblos, alterándose el fondo del mar. (*Geog. Estudio de la Acad. Real de Nápoles, t. I, p. 388*).
- 1787 Fuerte erupción del volcán de S. Miguel, (América,)

- que además ha hecho otras dos ó tres en el presente siglo (*Malte Brun, t. II, p. 733.*)
- 1791-92-93 Sequía tan grave en el Brasil que los ríos se agotaron, murieron los ganados, y se despoblaron varias comarcas (*Nota anterior, p. 908.*)
- 1793 Erupción del volcán Tuxtla, (Méjico), que lanzó sus cenizas á 240 kilómetros de distancia, (*Méjico por G. Cuevas, p. 667.*)
- 1794 El Vesubio destruyó el pueblo de Torre del Greco é hizo retirar las aguas del golfo más de 150 metros (*Geol. Vilanova, p. 172* )
- 1796 Apareció una isla cerca de Aleutianas (*Beudant, p. 392*)
- 1797 Fuerte sacudimiento en el Valle de Quito. (*Nota anterior*) En el mismo año el pueblo de Pellileo, cerca de Río Vamba, quedó sepultado debajo de una gran masa de fango negro (*Geol. de id., p. 400.*) En el mismo año, terremoto en la república del Ecuador, que arrancó los cimientos de muchas poblaciones, trastornó gran extensión de leguas de terreno y mató mas de 40.000 personas (*Malte Brun, t. II, p. 172.*)
- 1802 Erupción del volcán Tutupaca, (Perú), cuyas cenizas llegaron hasta Tacna y Arequipa (*Patsoldan y Benitez: El Perú, p. 843.*)
- 1803 Erupción notable del Cotopaxi (*Tejera: R. C., p. 834.*)
- 1806 En Rosverg, (Suiza), se desprendió una montaña y sepultó varias aldeas (*Beudant, Geol., p. 103.*)
- 1807 En San Jorge de las Azores se formaron varios volcanes con estruendo, cuyos productos cubrieron la tierra en el espacio de varias leguas (*Idem, p. 391.*)
- 1811 Apareció una isla en las Azores, (*Idem p. 392.*)
- 1812 Terremoto en Caracas que terminó con la erupción de un volcán en las Antillas (*Idem, p. 391.*) En el mismo año, hambre grande en la India (*Graves, p. 128.*)

- 1814 Apareció una isla en el Archipiélago Aleutiano (*Beudant, p. 392.*)
- 1815 Terremoto en San Salvador que hizo muchos estragos (*Malte Brun, t. II, p. 721.*)
- 1816 Hambre general en Inglaterra (*Graves, p. 389.*)
- 1817 El volcán de Teschen desoló toda la comarca (*Beudant, p. 400.*)
- 1818 En el valle de Bagne se formó un lago (*Idem, p. 404.*)
- 1819 Terremoto en la India que hundió en varios sitios el terreno y levantó en un llano un monte de 20 leguas, (*Id., p. 389.*) En el Delta de Lindo, sumergió en el mar una superficie de 242 leguas cuadradas y varios pueblos (*Vilanova, p. 184.*) En el mismo año, terremoto en Siria (*Malte Brun, t. I, p. 580.*) En el mismo, terremoto en San Salvador con grandes estragos. (*Idem, t. II, p. 721.*)
- 1820 Cerca de las Molucas se levantó el fondo del mar mas de 100 metros (*Beudant, p. 392.*) En el mismo año, apareció un lago en San Miguel de las Azores (*Idem, p. 393.*)
- 1822 Terremoto en Chile, que con los ocurridos después, elevaron la costa en una extensión de mas de 200 leguas, así como algunas islas (*Idem, p. 389.*) En el mismo año erupción del Gallung-Gung con temblores de tierra, que trasformó el país y sepultó gran número de habitantes (*Idem, p. 399.*) En el mismo año, terremoto en Siria (*Malte Brun, t. I, p. 580.*)
- 1826 Terremoto en Nueva Granada cuyos efectos se sintieron en una extensión de muchos miriámetros cuadrados (*Beudant, p. 388.*)
- 1828 Terremoto en la isla de Ischia (*Idem, idem.*)
- 1829 Terremoto en Irkontek, cerca del lago Vaical (*Vilanova, p. 181.*) En el mismo año, terremoto en Alicante y Murcia, destruyendo pueblos, templos, 4000

- casas, y produciendo muchos muertos (*Zamora, Hist. de España, t. VI, p. 483*).
- 1831 Apareció en el mar cerca de Sicilia la isla Julia por causa de los volcanes (*Beudant, p. 392*). En el mismo año, un terrible huracán destruyó la ciudad de los Cayos, Haiti, una de las principales casas comerciales francesas (*Malte Brun, t. II, p. 786*).
- 1834 Un terremoto destruyó parte de la Ciudad de Santa Marta (*Tejera, R. C., p. 810*).
- 1835 Terremoto en Chile (*Bendant, p. 389*). En el mismo año apareció un lago cerca de la antigua Cesárea de Capadocia (*Idem, p. 393*). En el mismo año, en los Alpes se desplomó el Dent du Mid y se precipitó al Ródano, haciendo refluir las aguas del río con gran fuerza (*Id., p. 404*). El mismo año, el volcán de Cosigüina, América, tuvo una erupción de las más célebres (*V. la nota á parte Geog. Malte Brun, t. II, p. 747*). En el mismo año, terremoto en Chile que arruinó varias ciudades (*Miranda, M.<sup>a</sup> Cruz, Chile, p. 991*).
- 1837 Terremoto en Chile que llenó de ruinas la provincia de Baldívia y Chiloé (*Idem*).
- 1843 Terremoto en la Guadalupe que se extendió á Santa Cruz, Cayena y otros puntos (*Vilanova, p. 182*).
- 1845 Hambre grave en Irlanda (*Graves, p. 127*) que duró el año siguiente.
- 1846 Terremoto en Toscana (*Vilanova, p. 183*). En el mismo año, huracán en Cuba, que sólo en la Habana derribó 1872 casas, deterioró 5000, se perdieron 235 buques, se estropearon 48, y hubo varios muertos y heridos, á pesar de que la zona principal del huracán pasó á 8 leguas de la Capital (*Malte Brun, t. II, p. 779*).
- 1848 Terremoto en Noruega (*Vilanova, p. 183*).

- 1852 Terremoto que destruyó gran parte de Santiago de Cuba (*Idem*, p. 172). En el mismo año, erupción del Etna, que sepultó el valle del Bove con una capa de diez metros de espesor (*Idem*, p. 175).
- 1854 Terremoto en San Salvador (*Malte Brun*, t. II, p. 721)
- 1855 Terremoto en Esmirna y otros puntos (*Idem*, t. I, p. 556). En el mismo año, terremoto en el Cantón del Valle (Suiza) (*Vilanova*, p. 182). En el mismo año, levantamiento de la costa de la Nueva Zelanda, que en algunos puntos llegó á tres metros (*Idem*, p. 183). En el mismo año, terremoto en Geddón (Japón), que mató 30,000 habitantes (*Geol*, *Vivero*, p. 454). En el mismo año, erupción del Cotopaxi (*Tejera*, R. C., p. 834).
- 1863 Terremoto en Manila con inmensas desgracias (*Rivera*, *lug. cit.*)
- 1868 Terremoto en la República del Ecuador, que en 15 minutos mató 40,000 personas (*Lugar citado*). En el mismo año, erupción del volcán de Conchagua (América) (*Malte Brun*, t. II, p. 733). En el mismo año, erupción de los volcanes de la República del Ecuador (*Idem*, p. 834). En el mismo año, terremoto en el Perú, que hizo estragos en toda la costa Sur del mismo, y arruinó las ciudades de Arequipa y Arica (*Idem*, p. 847).
- 1869 Erupción del Cotopaxi, en la que arrojó cenizas á distancia de 52 leguas (*Tejera*, *lug. cit.*, p. 834).
1870. Huracán en Matanzas, que elevó el nivel del mar mas de seis metros, desbordó los ríos, arrancó puentes de piedra, levantó la estación del ferro-carril 10 varas y la estrelló; arrasó ingenios y mató 800 personas (*Malte Brun*, t. II, p. 779).
- 1873 Terremoto en Venecia, que produjo siete movimientos ascendentes y siete descendentes (*Vilanova*, p.

- 182). En el mismo año, terremoto en San Salvador, que en unión de los anteriores, arruinó la Ciudad (*Malte Brun, t. II, p. 721*).
- 1875 Terremoto que destruyó á Rosario y otros pueblos en Colombia (*Tejera, R. C., p. 811*).
- 1884-85 El célebre terremoto de Andalucía que tantos estragos hizo.

Según Perrey de Dijón, el número total de terremotos que ha habido en el espacio de los cuatro años que cita, ha sido el siguiente:

En el año 1844	hubo 86	terremotos	} Geología de Vilanova, pág. 182.
En el id. 1845	id. 85	id.	
En el id. 1846	id. 77	id.	
En el id. 1847	id. 66	id.	

En la isla de Cuba solamente, ha habido 161 temblores de tierra desde el siglo XVI, por el siguiente orden: Uno en el siglo XVI;—9 en el XVII;—43 en el XVIII; y 108 en el XIX (*Geog. de Malte Brun, etc, t. II, pag. 779*).

### Principales epidemias del presente siglo.

- 1800 Epidemia de sífilis en la Illiria, Dalmacia y Croacia.—Idem de gripe en Europa.—Idem de fiebre amarilla en Cadiz.—Idem de pulmonía tifoidea en Germania.
- 1801 Epidemia de fiebre amarilla en Sto. Domingo.—Idem de escarlatina en Irlanda.—Idem de pulmonía tifoidea en Germania.
- 1802 Epidemia de escarlatina en Irlanda.—Idem de pulmonía tifoidea en Germania.
- 1803 Epidemia de fiebre amarilla en Cadiz.—Idem de escarlatina en Irlanda.—Idem de gripe en Europa.

- 
- 1804 Epidemia de escarlatina en Irlanda.—Idem de fiebre amarilla en Andalucía.
- 1805 Epidemia de intermitentes perniciosas en Burdeos.—Idem de tifus cerebro espinal, en Ginebra.
- 1806 Epidemia de tifus cerebro espinal, en los Estados Unidos.—Idem de idem, idem en Prusia.
- 1807 Epidemia de tifus cerebro espinal, en Prusia y en los Estados Unidos.
- 1808 Epidemia de tifus cerebro espinal, en los Estados Unidos.—Idem de tifus en España.
- 1809 Las mismas epidemias anteriores y en los mismos sitios.—Epidemia de fiebre nerviosa en Weimar.
- 1810 Epidemia de fiebre amarilla en Cadiz.—Idem de tifus, en España.—Idem de fiebre nerviosa en Weimar.—Idem de tifus cerebro espinal, en los Estados Unidos.
- 1811 Epidemia de tifus en España.—Idem de idem cerebro espinal, en los Estados Unidos.
- 1812 Epidemia de tifus en España. Id. de fiebre nerviosa en Dorpat y en el Norte de Alemania.—Idem de tifus cerebro espinal, en los Estados Unidos.
- 1813 Epidemia de fiebre amarilla en Andalucía.—Idem de fiebre nerviosa en el Norte de Alemania é Irlanda.—Idem de tifus en Maguncia y Estados Unidos.
- 1814 Epidemia de tifus cerebro espinal en Maguncia, Grenoble, Kiel y otros puntos.—Idem de fiebre nerviosa en Irlanda.
- 1815 Epidemia de cólera en Malabar.—Idem de viruela en Europa.
- 1816 Epidemia de tifus en Inglaterra.—Idem de tifus cerebro espinal en los Estados Unidos.—Idem de viruela en Europa.
- 1817 Epidemia de tifus en Inglaterra.—Idem de cólera en la India, que se extendió á todo el mundo,

- 
- 1818 Epidemia de viruela en Europa.—Idem de cólera en la India.—Idem de tifus en Inglaterra.
- 1819 Epidemia de cólera en las Molucas, islas de Francia y Borbón, Ceilán, Candía, Siam, Tonkín y Cochinchina.—Idem de tifus en Inglaterra.—Idem de viruela en Europa.
- 1820 Epidemia de fiebre amarilla en Filadelfia.—Idem de cólera en Bombay, África, Islas Filipinas y China.
- 1821 Epidemia de fiebre amarilla en Barcelona.—Idem de sudor miliar en Francia.—Idem de cólera en China, Persia, Java, Batavia y Arabia.
- 1822 Epidemia de tifus en Irlanda.—Idem de tifus cerebro espinal, en Vesoul.
- 1823 Epidemia de cólera en Madura, Macasar, las Molucas, Asia menor, orillas del mar Caspio, India, Persia y China.—Idem de tifus cerebro espinal, en los Estados Unidos.
- 1825 Epidemia de viruela en Europa.—Idem de cólera en la India, Asia menor, Persia y China.
- 1826 Epidemia de tifus en Irlanda.
- 1827 Epidemia de sífilis en Sta. Eufemia.—Idem de peste en Grecia.—Idem de cólera en las Indias, Asia Menor, Persia y China.
- 1828 Epidemia de fiebre amarilla en Gibraltar.—Idem de cólera en las Indias, Asia menor, Persia y China.—Idem de acrodinia en París.—Idem de tifus cerebro espinal, en los Estados Unidos.—Idem de peste en Grecia.
- 1829 Epidemia de fiebre puerperal en París.—Idem de acrodinia en París.—Idem de cólera en la India, Asia menor, Persia, China y Rusia.
- 1830 Epidemia de gripe en Francia, Australia, Rusia, Alemania, Inglaterra, Italia, España y América.—Idem de cólera en Rusia.

- 
- 1831 Epidemia de cólera en Polonia, Hungría, Prusia, Inglaterra, Rusia, Suecia, Bohemia, Bucharest, Bulgaria, Turquía, Arabia y Egipto.—Idem de gripe en Europa, Australia y América.—Idem de peste en Turquía y Asia menor.—Idem de disentería en Amur.
- 1832 Epidemia de cólera en Francia, Hungría, Bohemia, Alemania, Inglaterra y Estados Unidos.—Idem de gripe en Australia, América y Europa.—Idem de disentería en Amur.
- 1833 Epidemia de peste en Egipto y Turquía.—Idem de gripe en toda Europa y Egipto.—Idem de cólera en Portugal y España.
- 1834 Epidemia de cólera en España, Francia y Portugal.—Idem de tifus en España é Inglaterra.—Idem de escarlatina en Irlanda.—Idem de gripe en Europa.
- 1835 Epidemia de cólera en Europa.—Idem de tifus en Inglaterra.—Idem de escarlatina en Irlanda.
- 1836 Epidemia de fiebre puerperal en París.—Idem de gripe en Nueva Holanda.—Idem de cólera en Italia.—Idem de tifus en Inglaterra.
- 1837 Epidemia de peste en Egipto y Turquía.—Idem de gripe en Francia, Inglaterra, Nueva Holanda, Australia y cabo de Buena-Esperanza.—Idem de tifus en Inglaterra.—Idem de cólera en Argelia, Italia, Francia, Prusia y Alemania.—Idem de escarlatina en Inglaterra.
- 1838 Epidemia de peste en Egipto y Turquía.—Idem de escarlatina en Inglaterra.—Idem de fiebre puerperal en París.
- 1839 Epidemia de fiebre amarilla en la Martinica.—Idem de sudor miliar en Francia.—Idem de tifus en Francia.
- 1840 Epidemia de bronquitis capilar en Francia.—Idem de

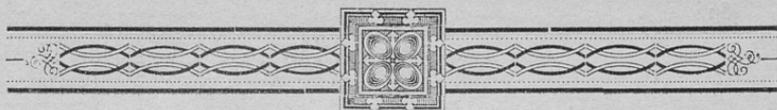
- escarlatina en Inglaterra.—Idem de tifus en Reims.
- 1841 Epidemia de sudor miliar en Francia.—Idem de bronquitis capilar en la misma nación.
- 1842 Epidemia de cólera en el Imperio Birmán.—Idem de disentería en Versalles.
- 1843 Epidemia de cólera en Moumein.
- 1844 Epidemia de cólera en la India.
- 1845 Epidemia de sudor miliar en Francia—Idem de cólera en la India, Afghanistan, la Persia, Bagdad, la Tartaria y el Indostán.
- 1846 Epidemia de tifus en Irlanda.—Idem de escarlatina en Inglaterra—Idem de cólera en Teheran, la Meca, Ispahan y Bagdad.
- 1847 Epidemia de tifus en Irlanda y Madrid.—Idem de gripe en Inglaterra.—Idem de escarlatina en Irlanda.—Idem de cólera en Rusia.—Idem de influenza en Portugal, España, Nueva Zelanda, América, Siria y África.
- 1848 Epidemia de tifus en la Silesia.—Idem de cólera en Alemania y Rusia.—Idem de escarlatina en Irlanda.
- 1849 Epidemia de cólera en Alemania y otras naciones de Europa.
1850. Epidemia de fiebre amarilla en Cayena.—Idem de cólera en Alemania,
- 1852 Epidemia de sudor miliar en Francia.
- 1853 Epidemia de sarampión en Austria.—Idem de fiebre amarilla en Filadelfia.—Idem de cólera en Europa.
- 1854 Epidemia de cólera en Alemania.
- 1855 Epidemia de tifus en Crimea y Suecia.—Idem de fiebre puerperal en París.
- 1856 Epidemia de fiebre amarilla en Lisboa.—Idem de tifus en Suecia.
- 1857 Epidemia de fiebre puerperal en París.—Idem de gripe en Génova.

- 1858 Epidemia de tifus en Suecia.  
 1860 Epidemia de tifus en Madrid.  
 1863 y 64 Epidemia de tifus en Silesia.  
 1865 Epidemia de cólera en Europa, Egipto y Turquía.—  
 Idem de sudor miliar en Francia.  
 1866 Epidemia de cólera en Europa.—Idem de tifus en Dorpat y Bonn.  
 1867 Epidemia de tifus en S. Petersburgo Dorpat é Irlanda.  
 1868 Epidemia de tifus en Madrid, Dorpat, Irlanda é Istria.  
 1869 Epidemia de tifus en Prusia.  
 1870 Epidemia de fiebre amarilla en Barcelona.  
 1871 Epidemia de fiebre amarilla en Buenos-Aires.—Idem de tifus en Breslau, Maudrogne, Viena y Nauplia.  
 1872 Epidemia de fiebre amarilla en Rio-Janeiro.—Idem de tifus en Nueva York.  
 1873 Epidemia de cólera en Europa.—Idem de tifus en Boston.—Idem de fiebre amarilla en Río-Janeiro.  
 1874 Epidemia de tifus en Dorpat, Boston é Italia.

NOTA.—Los datos de este estado ó cuadro de las epidemias habidas en el presente siglo, estan tomados de Jaccoud, Niemeyer, Graves, Grissolle, Valleix, Monti, Monlau y otros. Como comprenderán nuestros lectores, este cuadro es incompleto, y no han podido ser incluidas en el mismo, toda las epidemias habidas en el siglo, por falta de datos.







# ÍNDICE.

Páginas

Dedicatoria. . . . .	
Dictamen. . . . .	
Prólogo. . . . .	

## PRIMERA PARTE

### EL ANTECRISTO.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

**El Antecristo es un hombre singular y determinado.**

Pruébese por las Sagradas Escrituras.—Santos Padres: S. Cirilo de Jerusalén, S. Juan Crisóstomo, S. Jerónimo, S. Gregorio, S. Juan Damasceno.—Teólogos y escritores sagrados: Belarmino, Alápide, Suárez.—Refútanse los argumentos principales de la opinión contraria. . . . . 15

#### CAPÍTULO SEGUNDO.

**El Antecristo será un Rey, y su corte,  
al menos por algún tiempo, la ciudad de Roma.**

Será un rey.—Pruebas sacadas de la Sagrada Escritura.  
Santos Padres: S. Juan Damasceno, S. Cirilo, S. Jerónimo y otros. . .

Residirá por algún tiempo en Roma.—Pruébase por los Capítulos XVII y XVIII del Apocalipsis.—Grandioso proyecto de Pío IX de poner á Roma en comunicación con el Mediterráneo y el Adriático por medio de un canal.—Testimonios de S. Jerónimo, Tertuliano, S. Agustín, Alápide, las Sibilas, Pastorini.—Dudas de Suárez que comprueban nuestro aserto.—La ciudad de las siete colinas.—Los siete reyes.—Entrada en Roma del rey del Piamonte.—Paralelo entre los cap. XIII y XVII del Apocalipsis.—La abominación de la desolación entronizada en donde no debe.—La cuarta Bestia que vió Daniel.—Nada se infiere contra el Pontificado de que sea Roma la capital del Antecristo. . . . . 29

## CAPÍTULO TERCERO.

### El Antecristo no vino aún.

Cuando venga, reinando tres años y medio, dominará al orbe.—Pruébase por la profecía de Daniel y el Apocalipsis.—San Hipólito, mártir, S. Ireneo, S. Jerónimo, S. Cirilo, San Agustín, Suárez.

A la aparición del Antecristo, los cristianos se verán constreñidos á refugiarse en los desiertos, y apenas se dará culto público á Dios.—Pruebas sacadas del Apocalipsis y de la profecía de Daniel.—Suárez y Alápide.—Roma será destruida para no volver á levantarse.—El Apocalipsis; Lactancio y los Santos Padres.—El Antecristo dará muerte en las calles de Jerusalén á los dos testigos Apocalípticos.—Paralelismo entre los cap. XII y XIII del Apocalipsis.—Sentir de Alápide.—Elías y Henoc son dichos testigos.—Malaquías, S. Mateo, los Santos Padres y Teólogos Escolásticos.—S. Ambrosio, Tertuliano, S. Agustín, Suárez y Belarmino.—Signo de la Bestia en sus secuaces, que serán muchos.

Proximidad del fin del mundo á la venida del Antecristo.—Pruébase que nada de esto se ha cumplido.—El Antecristo no fué Nerón, ni Diocleciano, ni Mahoma, etc.—Desátase una

objección.—Los reyes significados en las cabezas de la Bestia no fueron los primeros tiranos, y sí serán precursores inmediatos al Antecristo.—En el Apocalipsis se observa orden cronológico. . . . . 58

## CAPÍTULO CUARTO.

¿Estará próximo el Antecristo?  
¿Qué tiempo tardará en venir?

Demonolatría: El Apocalipsis.—S. Pablo.—Alápide.—Pastorini.—Nuestra España.—Francia.—Roma.—Notables palabras de M. Gaume.—Idem de León Taxil.—Lenguaje blasfemo predicho en los días de la Bestia.—Daniel.—El Apocalipsis. Horrenda oración masónica publicada por Taxil.—Reinado del Antecristo sobre todo pueblo y nación.—La persecución se extiende á todos los países y contra todo lo religioso.—Crispi protegido ó alentado por las potestades seculares.—El idioma *volapik*.—El ferro-carril.—El teléfono.—Los globos aerostáticos.—El Semitismo y sus aspiraciones: discurso pronunciado por un gran Rabino.—Prodigios que hará el Antecristo.—El espiritismo é hipnotismo.—Cuatro palabras oportunas de la Novela titulada «Los Espíritus de las tinieblas» por el P. Franco.—Refiérense algunos hechos.—El Antecristo hará que todos lleven su signo ó carácter, persiguiendó al que no le lleve.—El Apocalipsis.—La masonería funcionando públicamente.—Palabras del Gran Oriente Italiano á las logias.—Reyes precursores del Antecristo.—¿Fué Víctor Manuel el primero de los siete reyes significados en las cabezas de la Bestia?—¿Qué tiempo tardará ésta en venir?—Las testas coronadas preparando el reinado del Antecristo.—Epílogo. . . . . 73



## SEGUNDA PARTE

---

### EL FIN DEL MUNDO.

---

#### CAPÍTULO PRIMERO.

---

Páginas.

---

##### Preocupaciones ó ideas erróneas acerca del fin del mundo y sus señales.

Puede conjeturarse con alguna aproximación cuando fenecerá el mundo.—Pruébese por las palabras de Jesucristo en San Mateo.—Las cartas canónicas y el Apocalipsis.—Desátase una objeción.—Declárase el sentido de los Santos Padres al hablar de este asunto.—Las señales del fin del mundo serán extraordinarias, no milagrosas.—Una excursión por el campo de las ciencias físico-astronómicas.—Significado de las palabras, caer las estrellas, oscurecerse el sol, etc.—Serán muy pocos los que reconocerán por tales las señas del fin del mundo cuando se cumplan. . . . . 127

#### CAPÍTULO SEGUNDO.

---

##### Señales del fin del mundo contenidas en los Santos Evangelios.—¿Se cumplirán ya?

Explícate el cap. XXIV de San Mateo y los paralelos de San Marcos y San Lucas.—Las señales que Jesucristo dió á los Apóstoles en estos pasajes, son relativas al fin del mundo.—Muchas de ellas no pudieron serlo de la ruina de Jerusalén.—Palabras de S. Gregorio respecto al particular.—Idem de Lactancio, Alápide y Allioli.—¿Se cumplirán ya dichas señales?—Lucha de nación contra nación.—Calamidades y hambres.—Persecución de la Iglesia.—Aspiración de la Masonería.—Matanza de Sacerdotes y de personas eclesiásticas y seglares.—Cartas de misioneros.—*Tolle, tolle* de los actuales enemigos del cristianismo, por M. Gaume.—Ayes de

dolor de Su Santidad, León XIII.—Escándalo que padecen algunos al ver el estado de la Iglesia.—Plaga de falsos profetas ó predicadores.—La prensa al servicio de la iniquidad.—Crecimiento de la corrupción y disminución de la fé, por M. Gaume.—El siglo de las luces, ó sea *claridad oscura*.—*Nolumus hunc regnare super nos*: artículo de «El Mensajero del Corazón de Jesús.» Una observación.—Una insistencia.—Dos palabras del Conde de Maistre.—Predicación del Evangelio en todo el mundo.—*Comamos y bebamos, que mañana moriremos*.—Banquete monstruo.—Tristes reflexiones que se siguen de todo lo escrito, aplicándolo á nuestra época.—¿Estaremos en el *initia dolorum*, de San Mateo? . . . 149

## CAPÍTULO TERCERO.

### Señales del fin del mundo

contenidas en las cartas apostólicas.—¿Se cumplirán ya?

Explicación del *discessio* de S. Pablo.—Separación de los pueblos, de los reyes y del Pontífice.—¿Hay algún gobierno verdaderamente católico?—Manejo de impiedades, recogido de algunas Cámaras de varios Estados.—Regalos hechos al inmortal León XIII, en sus *bodas de oro*.—Aplicación á las costumbres de nuestros días, de las palabras del Apóstol á su discípulo Timoteo, carta II, cap. III.—Lactancio describe gráficamente nuestras costumbres.—*Los hechos consumados*, ó el derecho del más fuerte.—Revoluciones atmosféricas á que alude S. Pedro en el cap. III de su II Carta.—Los ciclones.—Confusión de las estaciones del año. . . 239

## CAPÍTULO CUARTO.

### Señales del fin del mundo

contenidas en el Apocalipsis.—¿Se cumplirán ya?

Son señalados los siervos de Dios.—Soltura de Satanás en los últimos tiempos para tentar por sí mismo á los cristianos.—El Apocalipsis.—San Agustín, San Gregorio, El Maestro

de las Sentencias.—Suárez y Pastorini.—Oración mandada decir después de las Misas rezadas, por la Santidad de León XIII.—Apostasía y ruina de Roma.—Oscurecerse el Sol, caer las estrellas, etc., son signos próximos del juicio final, no del fin del mundo.—Están para terminar los sucesos del sexto sello: principian los del séptimo y último del misterioso libro que vió San Juan.—Fenómenos observados en los años de 1883 y 84 en todo el mundo, y en Vigo en las noches del 15, 16 y 17 de Junio de 1889. . . . . 253

## CAPÍTULO QUINTO.

(Continúa el mismo asunto.)

¿Qué tiempo transcurrirá desde el Antecristo hasta el fin del mundo?—Los mil años de San Juan.

El Antecristo vendrá al fin del mundo.—Pruebas del Evangelio, Cartas apostólicas y el Apocalipsis.—De Santos Padres y Teólogos Escolásticos: S. Cirilo de Jerusalén, Teodoreto, S. Ambrosio, Belarmino, Suárez, Alápide, Pastorini.

¿Qué tiempo transcurrirá desde la muerte del Antecristo al fin del mundo?—Opiniones.—Se apoyan en supuestos falsos.—Gog y Magog serán después del Antecristo.—Nuestra opinión acerca de la duración del mundo después de muerta la Bestia.—Cómo deben entenderse los mil años de paz de que habla el Apocalipsis. . . . . 274

## CAPÍTULO SEXTO.

Confírmase la proximidad del Antecristo y del fin del mundo por la opinión de los Talmudistas: revelaciones particulares: Testimonios de algunos escritores: vejez del mundo.

Tradición de la escuela de Elías acerca de la duración del mundo.—S. Bernabé, S. Justino, mártir, S. Ireneo, S. Hilario; S. Jerónimo, S. Gaudenio y otros están por los seis mil años de la duración total del mundo.—Belarmino, Alápide y Tirini.—En nada se opone á esto la divergencia de los

códices y versiones, Vaticano, Alejandrino y Vulgata.—Desátase una objeción.—Profecía de S. Malaquías, arzobispo, respecto á los Papas que habrá hasta el fin del mundo.—Cumpliósse en los Papas Pío IX y León XIII.—S. Vicente Ferrer resucita un muerto para probar que él es el Ángel del Apocalipsis.—Revelaciones hechas á Sta. Gertrudis.—La devoción al Sagrado Corazón de Jesús, última manifestación de la bondad divina para atraer los pecadores á penitencia.—Revelaciones de la Santísima Virgen de la Saleta á los niños Maximino y Melania.—Alápide y el descubrimiento del Nuevo Mundo.—Pastorini, Gaume, Conde de Maistre, Pío VII.—Padres franciscanos.—Decrepitud del mundo.—Dos palabras de S. Cipriano á Demetriano sobre este asunto. . . . . 287

## CAPÍTULO SÉPTIMO.

Última época del mundo: su división en períodos:  
¿estamos ya en dicha última época?

Orden cronológico de los últimos sucesos hasta el fin.

Qué entendemos por última época del mundo.—Se divide en tres períodos.—Primer período—*initia dolorum*.—Desde la apertura del sexto sello hasta la sexta corneta del sexto Ángel del Apocalipsis, ambos inclusive.—Segundo período—*gran tribulación*.—Desde la séptima corneta hasta la paz de la Iglesia.—Tercer período—*paz de la Iglesia*.—Significado de los mil años del Apocalipsis.—Dáse cuenta detallada de esta división y se refutan las opiniones contrarias.

Cuadro cronológico de la última época del mundo.—Primer período: *initia dolorum*.—Sucesos que tendrán lugar en él.—Segundo período: *gran tribulación*.—Desde el principio del reinado de la Bestia hasta su muerte (tres años y medio).—Acontecimientos que se verificarán en este corto tiempo.—Tercer período: *paz de la Iglesia*.—Desde la muerte de la Bestia hasta el fin del mundo.—Sucesos que tendrán lugar.—Notas aclaratorias de estos períodos. . . 333

## CAPÍTULO OCTAVO.

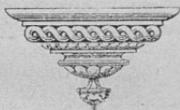
Recapitulación y conclusión. . . . .	361
--------------------------------------	-----

## A P É N D I C E .

### Cuadro de las principales guerras, revoluciones, terremotos y calamidades.

Guerras en el presente siglo. . . . .	377
Motines y revoluciones. . . . .	380
Terremotos y erupciones volcánicas. Calamidades. . . . .	382
Principales epidemias del presente siglo. . . . .	388

**FIN.**

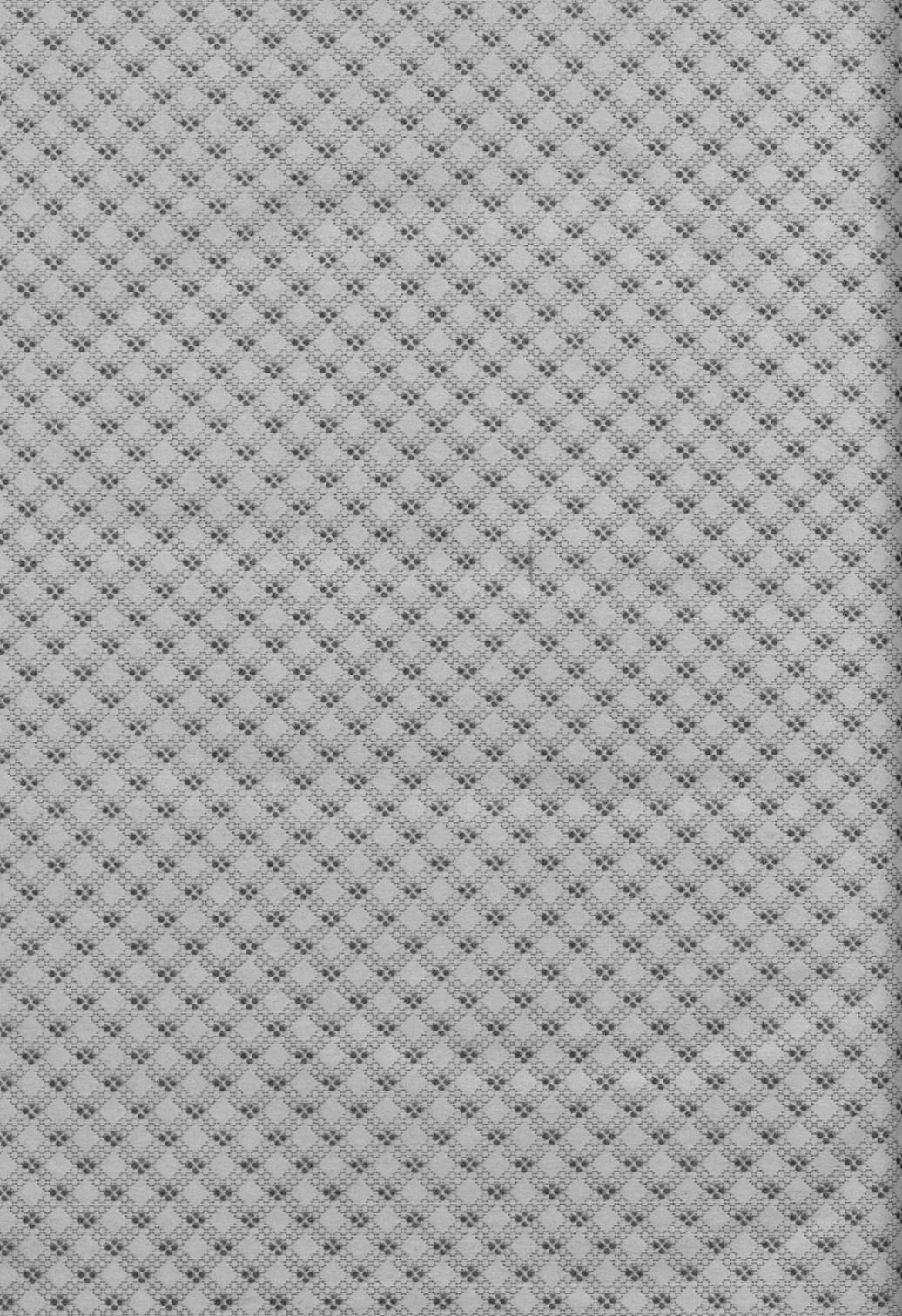


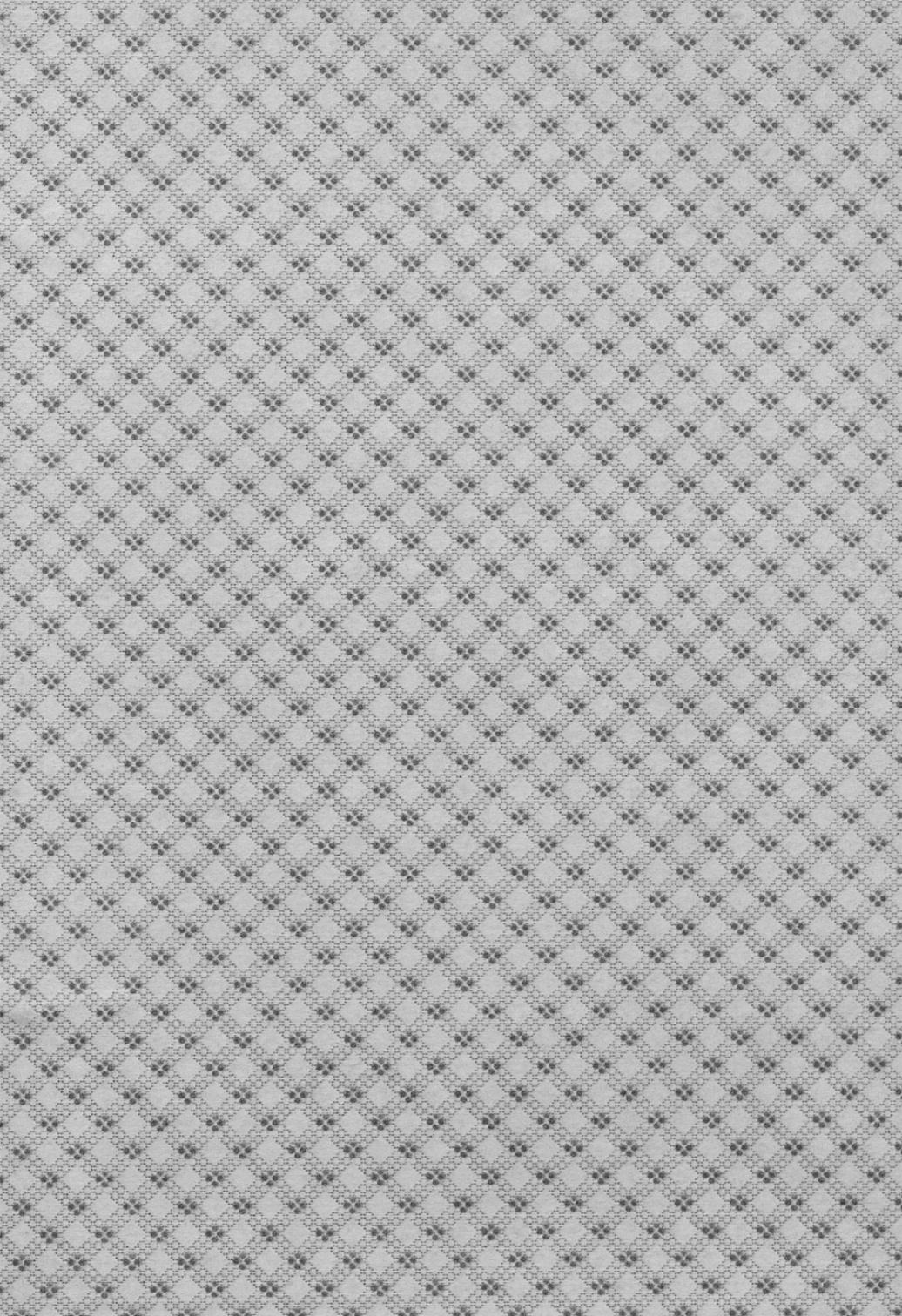
(Es propiedad del Autor.)

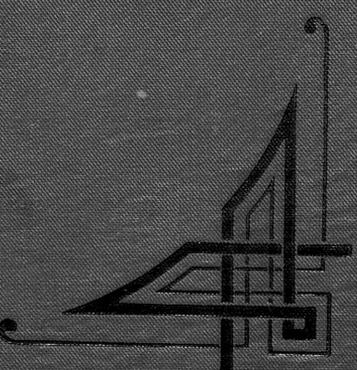
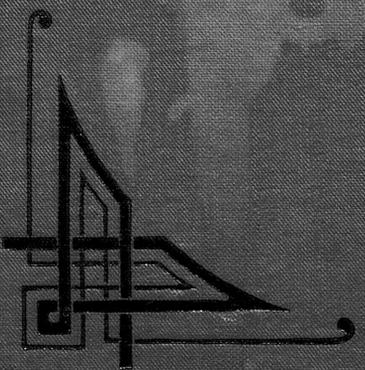
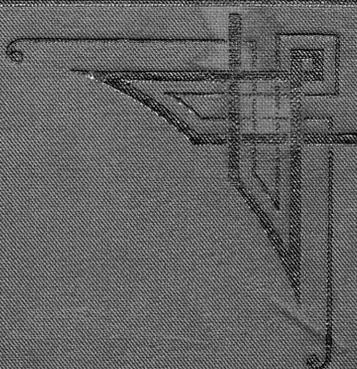
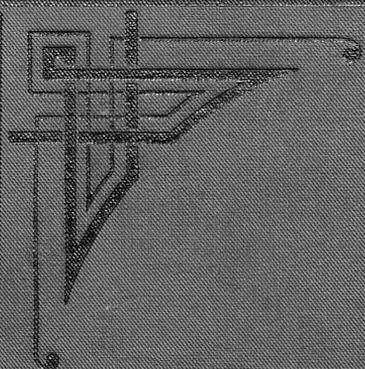


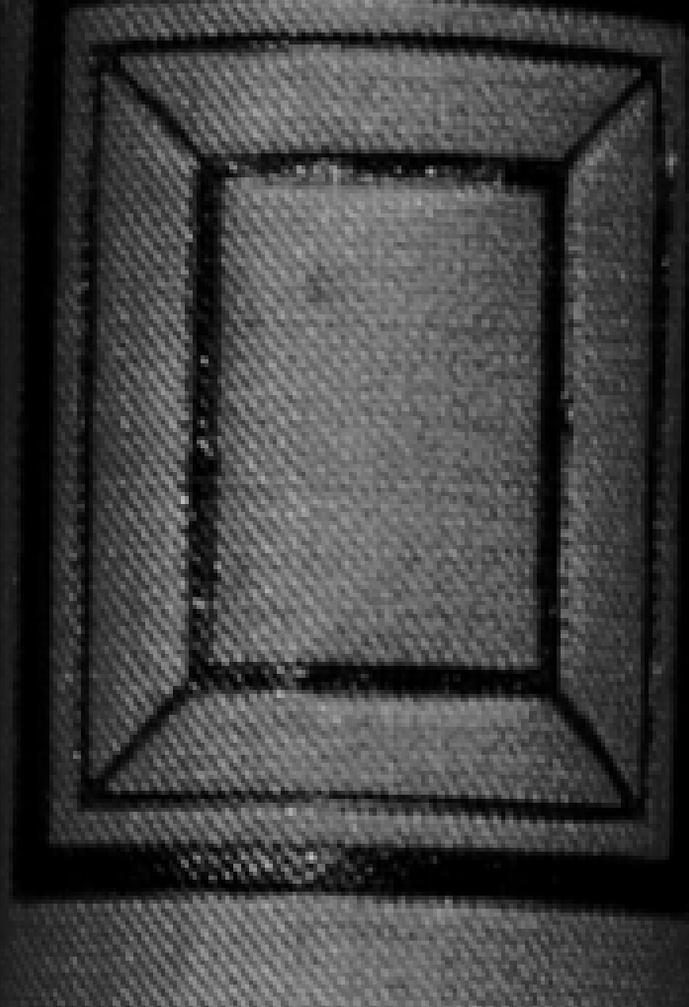




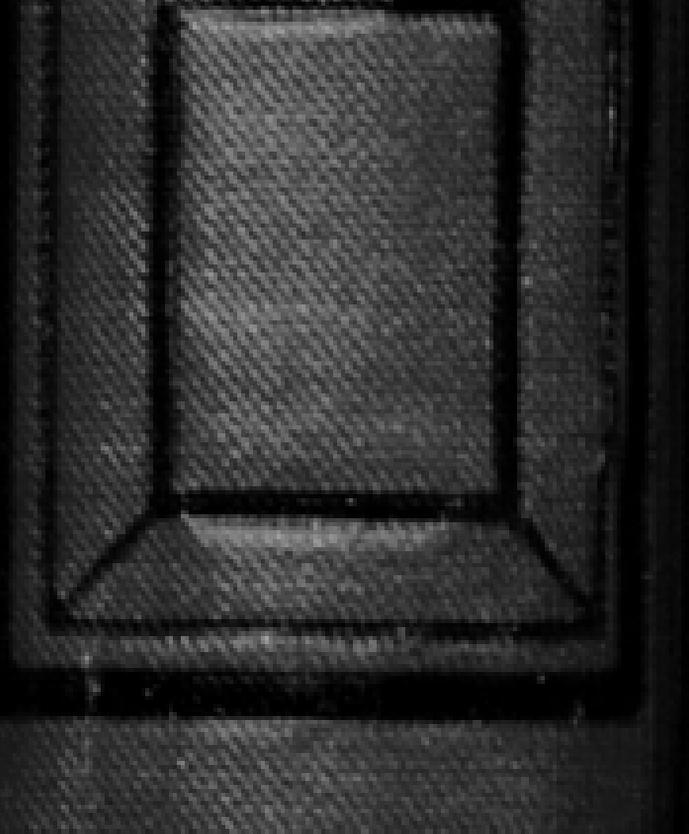








ARTI  
L'ANTER  
VOLF  
DEL  
LINE



G 44817